# Cartas en el asunto

Terry Pratchett

Traducción de Javier Calvo

## 

## El prólogo de los 9000 años

Las flotillas de los muertos recorría el mundo navegando por los ríos submarinos.

Casi nadie sabía de ellas. Pero la teoría es fácil de entender.

Va así: en muchos sentidos el mar es, al fin y al cabo, solo una forma más mojada de aire. Y es sabido que el aire es más denso cuanto más se desciende y más ligero cuanto más alto se vuela. Así pues, cuando un barco zarandeado por una tormenta naufraga y se hunde, tiene que llegar a una profundidad donde el agua de debajo sea lo bastante viscosa como para frenar su caída.

En pocas palabras, el barco deja de hundirse y termina flotando en una superficie submarina, a salvo de las tormentas pero muy encima del fondo oceánico.

Allí todo está en paz. Todo descansa en paz.

Algunos barcos hundidos conservan las jarcias; algunos, incluso las velas. Muchos siguen teniendo tripulantes, enredados en las jarcias o atados a la rueda del timón.

Pero sus viajes prosiguen, ya sin rumbo, sin puerto a la vista, porque debajo del océano hay corrientes, y es por eso que las embarcaciones muertas con sus esqueléticas tripulaciones siguen recorriendo el mundo, navegando por encima de ciudades hundidas y entre montañas sumergidas, hasta que son devorados por la podredumbre y las bromas, y se desintegran.

A veces un ancla cae hasta la serena, oscura y fría llanura abisal, y perturba la quietud de siglos al levantar una nube de limo.

Una de ellas estuvo a punto de caerle encima a Anghammarad, que estaba sentado mirando los barcos que pasaban flotando allá en lo alto.

Se acordaba porque era la única cosa interesante de verdad que le había sucedido en nueve mil años.

## 

## El prólogo de un mes

Había una... enfermedad que contraían los operarios de clacs.

Se parecía a aquella otra conocida como «calentura» que afectaba a los marineros cuando, tras varias semanas de calma chicha bajo un sol de justicia, de pronto se les metía en la cabeza que el barco estaba rodeado de verdes prados y saltaban por la borda.

A veces los operarios de clacs creían que podían volar.

Las enormes torres de señales estaban separadas trece kilómetros entre sí, y cuando subías a lo alto de una te encontrabas a casi cincuenta metros por encima de los llanos. Decían que, si pasabas demasiado tiempo allí arriba sin sombrero, la torre en la que estabas crecía y la siguiente se acercaba, y a veces parecía posible saltar de una a otra, o bien viajar a lomos de los mensajes invisibles que flotaban entre ellas, o incluso creer que uno mismo era un mensaje. Tal vez, como decían algunos, todo aquello no era más que un trastorno del cerebro causado por el viento en las jarcias. Nadie lo sabía a ciencia cierta. La gente que da un paso al aire a cincuenta metros de altura casi nunca tiene gran cosa que explicar después.

La torre se mecía un poco al viento, pero no pasaba nada. Aquella torre contaba con muchas innovaciones particulares. Almacenaba el viento para alimentar sus mecanismos, se combaba en lugar de romperse y actuaba más como un árbol que como una fortaleza. Se podía construir casi por completo a ras de suelo y luego montarla en una hora. Era un artefacto lleno de gracia y elegancia. Y podía mandar mensajes hasta cuatro veces más deprisa que las viejas torres, gracias al nuevo sistema de postigos y a las luces de colores.

O por lo menos lo haría en cuanto solucionaran unos cuantos problemillas persistentes...

El joven trepó con agilidad a lo alto de la torre. Durante la mayor parte del ascenso estuvo envuelto en una niebla matinal pegajosa y gris, y por fin emergió a la gloriosa luz del sol, mientras que a sus pies, como un mar, se extendía la niebla hasta el horizonte.

No prestó ninguna atención a las vistas. Nunca había soñado con volar. Él soñaba con mecanismos, con hacer que las cosas funcionaran mejor que nunca.

Ahora mismo quería averiguar por qué volvía a encallarse la nueva ringlera de postigos. Engrasó las correderas, comprobó la tensión de los cables y luego se columpió por encima del aire fresco para ir a comprobar los postigos en sí. No debía hacerse, pero todos los técnicos de mantenimiento de la línea sabían que era la única manera de solucionar las cosas. Además, era completamente seguro siempre y cuando...

Oyó un clinc. Miró hacia atrás y vio el mosquetón de su cuerda de seguridad tirado sobre la pasarela, vio la sombra, sintió el dolor terrible en los dedos, oyó el grito y cayó...

... como un ancla.

## 

## CAPÍTULO I

### El ángel

Donde nuestro Héroe experimenta la Esperanza, el Más Grande de los Dones — El Bocadillo de Beicon del Remordimiento — Reflexiones Sombrías del Verdugo sobre la Pena Capital — Famosas Últimas Palabras — Nuestro Héroe Muere — Ángeles, conversaciones sobre — Ofertas Fuera de Lugar y Poco Aconsejables sobre Palos de Escoba — Un Trayecto Inesperado — Un Mundo Vacío de Hombres Honrados — Un Hombre a la que Salta — Siempre Hay Elección

Dicen que ante la perspectiva de ser ahorcado por la mañana, un hombre es capaz de concentrar su pensamiento de un modo maravilloso; por desgracia, en lo que se concentra el pensamiento de forma inevitable es en que está dentro de un cuerpo que será ahorcado por la mañana.

Al hombre que iba a ser ahorcado le habían puesto el nombre de Húmedo von Mustachen unos padres que lo adoraban aunque no muy espabilados, pero él no avergonzaría aquel nombre, en la medida en que todavía fuera posible, dejando que lo ahorcaran con él. Para el mundo en general, y en concreto para aquella porción del mismo conocida como sentencia de muerte, él era Albert Relumbrón.

Asimismo, había adoptado un enfoque más positivo de la situación y había concentrado su pensamiento en la perspectiva de que no lo colgaran por la mañana, y más concretamente en la perspectiva de sacar con una cuchara toda la argamasa reblandecida que rodeaba un sillar de su celda. De momento la tarea ya le había ocupado cinco semanas y había reducido la cuchara a algo parecido a una lima de uñas. Por suerte nunca venía nadie a cambiar las sábanas, o habrían descubierto que tenía en su celda el colchón más pesado del mundo.

Lo que copaba en aquellos momentos toda su atención era aquel sillar grande y pesado, al que en algún punto del pasado alguien había clavado una grapa enorme para sujetar grilletes.

Húmedo se sentó de cara a la pared, agarró con las dos manos el aro de hierro, apoyó las piernas en las piedras de ambos lados y tiró.

Los hombros le ardieron y una niebla rojiza le empañó la vista, pero por fin el sillar se deslizó hacia fuera, con un tintineo débil y nada apropiado. Húmedo consiguió sacarlo del hueco y se asomó al interior.

Al fondo había otro sillar, rodeado de una argamasa que se veía sospechosamente fuerte y reciente.

Y justo delante había otra cuchara. Relucía.

Mientras la examinaba, oyó aplausos a su espalda. Giró la cabeza, con los tendones tañendo una pequeña melodía de agonía, y vio que varios de los carceleros lo miraban al otro lado de los barrotes.

—¡Buen trabajo, señor Relumbrón! —exclamó uno de ellos—. ¡Ron, aquí presente, me debe cinco dólares! ¡Ya le decía yo que usted no aflojaría! ¡No es de los que aflojan, le dije!

—Esto lo ha organizado usted, ¿verdad, señor Wilkinson? —dijo Húmedo con voz débil, contemplando el destello de la luz sobre la cuchara.

—No, no es cosa nuestra, señor. Órdenes de lord Vetinari. Insiste en que a todos los prisioneros condenados hay que ofrecerles la promesa de la libertad.

—¿Libertad? ¡Pero si por ahí se llega a una puñetera piedra enorme!

—Sí, eso es verdad, señor, sí, eso es verdad —dijo el carcelero—. Verá, es que solo le damos la promesa. No la libertad libre de verdad. Ja, menuda tontería sería eso, ¿no?

—Supongo que sí —dijo Húmedo. No añadió «cabrones». Los carceleros lo habían tratado con bastante cortesía durante aquellas seis últimas semanas, y él siempre se aseguraba de llevarse bien con la gente. Era algo que se le daba de maravilla. El don de gentes era parte de su especialidad laboral. De hecho, era casi la totalidad de ella.

Además, aquella gente llevaba unas porras enormes. Así que, hablando con cautela, añadió:

—Hay gente que podría considerar esto una crueldad, señor Wilkinson.

—Sí, señor, ya se lo comentamos una vez, señor, pero él dijo que no, que no lo era. Nos explicó que proporciona... —se le arrugó el ceño— té-rapiao-copa-zonal y ejercicio saludable, impide el abatimiento y ofrece el más grande de los tesoros, que es la esperanza, señor.

—La esperanza —murmuró Húmedo abatido.

—No se ha molestado, ¿verdad, señor?

—¿Molestado? ¿Por qué iba a molestarme, señor Wilkinson?

—¿Sabe que el último tipo al que tuvimos en esta celda consiguió escaparse por ese desagüe, señor? Un hombre pequeñajo. Muy ágil.

Húmedo miró la pequeña rejilla que había en el suelo. Él la había descartado de plano.

—¿Lleva al río? —preguntó.

El carcelero sonrió.

—Eso es lo que pensaría cualquiera, ¿verdad? Él sí que se molestó cuando lo pescamos. Me alegro de ver que se lo está tomando usted tan bien, señor. Ha sido un ejemplo para todos nosotros, señor, la forma en que ha persistido. Meter todo ese polvo en su colchón... Muy listo, muy ordenado. Muy cuidadoso. Nos ha animado mucho tenerlo a usted aquí. Por cierto, de parte de la señora Wilkinson, muchas gracias por la cesta de fruta. Es de lo más elegante. ¡Hasta tiene naranjas enanas!

—No se merecen, señor Wilkinson.

—Al director no le ha hecho mucha gracia lo de las naranjas enanas porque a él solo le venían dátiles en la suya, pero yo le he dicho, señor, que las cestas de fruta son como la vida: hasta que no sacas la piña de encima, nunca sabes que hay debajo. Él también le manda sus agradecimientos.

—Me alegro de que les haya gustado, señor Wilkinson —dijo Húmedo con aire ausente. Varias de sus antiguas caseras habían traído obsequios para «aquel pobre muchacho confuso», y Húmedo siempre invertía en generosidad. Al fin y al cabo, las carreras como la suya eran mera cuestión de estilo.

—Hablando de eso más o menos, señor —dijo el señor Wilkinson—, los muchachos y yo nos estábamos preguntando si no le gustaría a usted, llegado este momento, desprenderse de la carga que le supone el paradero del lugar donde se ubica el punto donde, para no andarnos con rodeos, tiene usted escondido todo el dinero que robó...

La cárcel entera guardó silencio. Hasta las cucarachas estaban escuchando.

—No, eso no puedo hacerlo, señor Wilkinson —dijo Húmedo en voz bien alta, después de una pausa lo bastante larga para darle un efecto dramático. Se dio unos golpecitos en el bolsillo de la pechera, levantó un dedo y guiñó el ojo.

Los carceleros le devolvieron la sonrisa.

—Lo entendemos perfectamente, señor. Ahora si yo fuera usted descansaría un poco, señor, porque vamos a ahorcarlo dentro de media hora —dijo el señor Wilkinson.

—Eh, ¿no me van a dar desayuno?

—El desayuno no es hasta las siete en punto, señor —dijo el carcelero en tono de reproche—. Pero ¿sabe qué? Voy a prepararle un bocadillo de beicon, por ser usted, señor Relumbrón.

\* \* \*

Y ahora faltaban unos minutos para el amanecer y era a él a quien estaban llevando por el corto pasillo hasta el cuartito de debajo del patíbulo. Húmedo se dio cuenta de que se estaba observando a sí mismo desde lejos, como si una parte de su ser flotase fuera de su cuerpo como el globo de un niño, listo para que él soltara el cordel.

La habitación estaba iluminada por la luz que se colaba entre los resquicios del suelo del patíbulo, y en mayor medida por los bordes de la amplia trampilla. Las bisagras de dicha trampilla las estaba engrasando cuidadosamente un hombre encapuchado.

El hombre se detuvo cuando vio llegar al grupo y dijo:

—Buenos días, señor Relumbrón. —Se levantó la capucha con gesto solícito—. Soy yo, señor, Daniel A-la-primera Dispuesto. Voy a ser su verdugo para esta ejecución, señor. No se preocupe, señor. He ahorcado a docenas de personas. En un periquete lo sacamos a usted de aquí.

—¿Es verdad que si a un hombre no lo han ahorcado después de tres intentos lo indultan, Dan? —preguntó Húmedo, mientras el verdugo se secaba concienzudamente las manos con un trapo.

—Eso he oído, señor, eso he oído. Pero no me llaman A-la— primera porque sí, señor. ¿Y el señor va a querer hoy el capuchón negro?

—¿Ayuda en algo?

—Hay gente que piensa que les da un aspecto más elegante, señor. Y evita esa facha de ojos saltones. Es más para el público, en realidad. Se ha reunido una buena multitud ahí fuera esta mañana. Ayer publicaron un artículo bastante majo sobre usted en el Times, en mi opinión. Un montón de gente diciendo que usted era un joven encantador y tal y cual. Ejem... ¿le importaría firmar la soga por adelantado, señor? Es que no voy a tener oportunidad de pedírselo después, ¿verdad?

—¿Firmar la soga? —dijo Húmedo.

—Síseñor —dijo el verdugo—. Es bastante tradicional. Hay mucha gente ahí fuera dispuesta a comprar sogas usadas. Coleccionistas especializados, se los podría llamar. Un poco raro, pero hay gente para todo, ¿no? Valen más dinero firmadas, claro. —Hizo una floritura con un trozo de soga gruesa—. Tengo una pluma especial que escribe en la soga. ¿Una firma cada cinco centímetros? Firme sin más, no hace falta dedicatoria. Para mí es dinero, señor. Le estaría muy agradecido.

—¿Lo bastante agradecido como para no colgarme? —quiso saber Húmedo, cogiendo la pluma.

Aquello fue recibido con risas de aprobación. El señor Dispuesto le observó mientras firmaba por toda la cuerda, asintiendo risueño con la cabeza.

—Buen trabajo, señor, es mi plan de pensiones lo que está usted firmando. Y ahora a ver... ¿estamos todos listos?

—¡Yo no! —se apresuró a decir Húmedo, suscitando otra ronda de regocijo general.

—Es usted la monda, señor Relumbrón —dijo el señor Wilkinson—. Esto no va a ser lo mismo sin usted, se lo aseguro.

—Por lo menos para mí no —dijo Húmedo. Aquello fue nuevamente tratado como una fina agudeza. Húmedo suspiró—. ¿De verdad cree que esto disuade a los criminales, señor Dispuesto?

—Bueno, en términos generales yo diría que es difícil saberlo, puesto que no es fácil obtener pruebas de crímenes que no se han cometido —respondió el verdugo, dándole unos últimos golpecitos a la trampilla—. Pero en términos concretísticos, señor, yo diría que es muy eficaz.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que nunca he visto a nadie pasar por aquí más de una vez, señor. ¿Vamos?

Hubo un revuelo cuando ascendieron al aire helado de la mañana, seguido de unos cuantos abucheos y hasta algunos aplausos. La gente era así de extraña. Roba cinco dólares y eres un vulgar ladronzuelo. Roba miles de dólares y eres o bien un gobierno o bien un héroe.

Húmedo miró al frente mientras leían la lista completa de sus crímenes. No pudo evitar pensar que aquello era muy injusto. Ni siquiera había echado nunca una puerta abajo. Había forzado cerraduras alguna vez, pero siempre volvía a cerrarlas después de pasar. Aparte de todas aquellas expropiaciones, bancarrotas e insolvencias repentinas, ¿qué había hecho él que fuese malo? Si solo había movido algunas cifras de aquí para allá.

—Hoy tenemos un buen público —dijo el señor Dispuesto, tirando el cabo de la soga por encima del travesaño y aplicándose a los nudos—. Y también a mucha prensa. El ¿Qué cadalso? cubre todas las ejecuciones, claro, y también están el Times y el Heraldo de Pseudópolis, seguramente por aquel banco que se hundió allí, y también he oído que hay un hombre de La Gaceta de las Llanuras de Sto. Muy buena su sección de economía, yo siempre miro los precios de la soga de segunda mano. Parece que hay mucha gente que quiere verlo muerto, señor.

Húmedo se fijó en que al fondo de la multitud se había detenido un carruaje negro. No se veía escudo de armas en la portezuela, a menos que uno estuviera al corriente del secreto, que era que el escudo de armas de lord Vetinari tenía el campo de sable. Negro sobre negro. Había que reconocer que el cabrón tenía estilo...

—¿Eh? ¿Qué? —dijo en respuesta a un codazo.

—Le he preguntado si quiere decir unas últimas palabras, señor Relumbrón —dijo el verdugo—. Es la costumbre. Me pregunto si ha pensado usted algunas...

—Es que en realidad no esperaba morir —respondió Húmedo. Así de simple. Y es que era verdad que no lo había esperado, por lo menos hasta aquel momento. Había estado seguro de que algo lo impediría.

—Muy gracioso, señor —intervino el señor Wilkinson—. Pues con eso nos quedamos, ¿vale?

Húmedo entrecerró los ojos. Primero se movió un poco la cortinilla de una ventanilla del carruaje. Después se abrió la portezuela. La esperanza, el más grande de los tesoros, ofrecía un pequeño destello.

—No, esas no eran mis últimas palabras —dijo—. Hum... déjeme pensar...

Del carruaje estaba bajando una figura liviana y con aires de secretario.

—Ejem... Esto que hago ahora no es tan malo como... ejem... —Ajá, por fin todo empezaba a cobrar sentido. Vetinari solo quería asustarlo. Solía hacer esas cosas, por lo que Húmedo tenía entendido. ¡Le iban a dar el indulto!—. Yo... ejem... yo...

Más abajo, el secretario estaba teniendo dificultades para avanzar entre la muchedumbre apiñada.

—¿Le importaría darse un poco de prisa, señor Relumbrón? —dijo el verdugo—. Es de justicia, ¿no?

—Quiero hacerlo bien —dijo Húmedo con altivez, mirando cómo el secretario sorteaba a un troll enorme.

—Sí, pero hay un límite, señor —replicó el verdugo, molesto por aquella violación del protocolo—. ¡Si no, uno se podría pasar, hum, días enteros aquí! ¡Lo bueno, si breve, dos veces bueno, señor, esa es la idea!

—Vale, vale —dijo Relumbrón—. Ejem... oh, mire, ¿ve a ese hombre de ahí? Le está haciendo señales.

El verdugo bajó la vista hasta el secretario, que se había abierto paso forcejeando hasta el frente de la multitud.

—¡Traigo un mensaje de lord Vetinari! —gritó el hombre.

—¡Eso es! —dijo Húmedo.

—¡Dice que acaben ya, que hace rato que ha amanecido! —prosiguió el secretario.

—Oh —dijo Húmedo, mirando fijamente el carruaje negro.

Aquel maldito Vetinari también tenía el sentido del humor de un carcelero.

—Venga, señor Relumbrón, no querrá meterme en líos, ¿verdad que no? —El verdugo le dio una palmada en el hombro—. Unas palabritas de nada y todos podemos seguir con nuestras vidas. Exceptuando a la compañía presente, claro.

Así que aquel era el fin. Por extraño que pareciera, resultaba bastante liberador. Ya no había que temer que pasara lo peor, porque lo peor era esto y ya casi se había acabado. El carcelero había tenido razón. Lo que había que hacer en esta vida era apartar la piña, se dijo Húmedo. La piña era grande y pinchuda y llena de nudos, pero tal vez debajo hubiera melocotones. Aquella era una buena guía para la vida y por tanto, ahora mismo, completamente inútil.

—En ese caso —dijo Húmedo von Mustachen—, encomiendo mi alma al dios que pueda encontrarla.

—Bonito —dijo el verdugo, y tiró de la palanca.

Albert Relumbrón murió.

Hubo acuerdo general en que habían sido unas buenas últimas palabras.

\* \* \*

—Ah, señor Mustachen —dijo una voz lejana, acercándose—. Veo que está despierto. Y todavía vivo, por el momento.

Aquella última frase tuvo una ligera inflexión que hizo saber a Húmedo que la duración de aquel momento estaba enteramente en manos del que hablaba.

Abrió los ojos. Estaba sentado en un cómodo sillón. Ocupando una mesa de despacho delante de él, con las manos entrelazadas en gesto reflexivo delante de sus labios fruncidos, estaba Havelock, lord Vetinari, bajo cuyo gobierno idiosincrásicamente despótico Ankh-Morpork se había convertido en la ciudad en la que, por alguna razón, todo el mundo quería vivir.

Un primigenio sentido animal informó también a Húmedo de que había más gente detrás del cómodo sillón, y que cualquier movimiento repentino por su parte podía convertirlo en un sillón extremadamente incómodo. De todas maneras, aquella gente no podía ser tan terrible como el hombre flaco de túnica negra, barbita pulcra y manos de pianista que ahora lo observaba.

—¿Me permite que le hable de los ángeles, señor Mustachen? —preguntó el patricio en tono cordial—. Conozco dos datos interesantes sobre ellos.

Húmedo gruñó. No tenía delante ninguna ruta de escape obvia, y de dar media vuelta era mejor ni hablar. El cuello le dolía horrores.

—Oh, sí. Le han ahorcado —dijo Vetinari—. Una ciencia muy precisa, el ahorcamiento. El señor Dispuesto es todo un maestro. El grado de deslizamiento y el grosor de la soga, si el nudo está situado aquí en lugar de allí, la relación entre el peso y la distancia... Estoy seguro de que ese hombre podría escribir un libro. Tengo entendido que usted ha sobrevivido a su ahorcamiento por menos de centímetro y cuarto. Solo un experto que estuviera de pie a su lado lo habría percibido, y en este caso el experto era nuestro amigo el señor Dispuesto. No, Albert Relumbrón ha muerto, señor Mustachen. Hay trescientas personas dispuestas a jurar que lo han visto morir. —Se inclinó hacia delante—. Es por eso que me parece apropiado hablarle a continuación de los ángeles.

Húmedo consiguió soltar un gruñido.

—El primer dato interesante sobre los ángeles, señor Mustachen, es que a veces, muy pocas veces, llegado un punto en la carrera de un hombre en que ha convertido su vida en un embrollo tan retorcido y espantoso que la muerte parece la única opción sensata, un ángel se le aparece, o mejor dicho, se le anuncia, y le ofrece la posibilidad de regresar al momento en que las cosas se torcieron, y esta vez hacerlas bien. Señor Mustachen, me gustaría que me considerara usted... un ángel.

Húmedo se lo quedó mirando. ¡Había sentido el tirón de la cuerda, el nudo que lo asfixiaba! ¡Había visto la oscuridad inundándolo todo! ¡Había muerto!

—Le estoy ofreciendo un trabajo, señor Mustachen. Albert Relumbrón está enterrado, pero el señor Mustachen tiene futuro. Es posible, claro, que sea un futuro muy breve, si es tonto. Le estoy ofreciendo un trabajo, señor Mustachen. Un trabajo, con un salario. Sé que tal vez el concepto no le resulte muy familiar.

Solo como un tipo de infierno, pensó Húmedo.

—Se trata del puesto de director general de la Oficina de Correos de Ankh-Morpork.

Húmedo siguió mirándolo fijamente.

—Déjeme añadir, señor Mustachen, que tiene usted una puerta detrás. Si en cualquier momento de esta entrevista le viene a usted el deseo de marcharse, no tiene más que salir por ella y no volverá a tener noticias mías nunca más.

Húmedo clasificó aquello como «profundamente sospechoso».

—Volviendo al tema: el trabajo, señor Mustachen, consiste en la renovación y la dirección del servicio postal de la ciudad, la preparación de los paquetes internacionales, el mantenimiento de la propiedad de la Oficina de Correos, etcétera, etcétera.

—Y si me mete una escoba por el culo, seguro que también puedo barrer el suelo —dijo una voz. Húmedo se dio cuenta de que era la de él. Tenía el cerebro hecho un cromo. Era un shock descubrir que el más allá era lo de aquí.

Lord Vetinari le dedicó una mirada muy, muy larga.

—Bueno, si así lo desea —dijo, y se giró hacia un secretario que pululaba cerca—. Drumknott, ¿sabe si la gobernanta tiene un armario para trastos de la limpieza en esta planta?

—Oh, sí, milord —dijo el secretario—. ¿Quiere que...?

—¡Era una broma! —estalló Húmedo.

—Oh, lo siento, no me había dado cuenta —dijo lord Vetinari, volviéndose de nuevo hacia Húmedo—. Avíseme si se siente obligado a hacer otra, ¿quiere?

—Escuche —dijo Húmedo—, ¡no sé qué está pasando aquí, pero yo no sé nada de repartir el correo!

—Señor Húmedo, esta mañana no tenía usted ninguna experiencia en estar muerto, y sin embargo, de no ser por mi intervención, habría resultado que se le daba de maravilla —replicó Vetinari en tono seco—. Eso demuestra que nunca se sabe hasta que uno lo intenta.

—Pero cuando usted me sentenció...

Vetinari levantó una mano pálida.

—¿Cómo? —dijo.

El cerebro de Húmedo, consciente al fin de que tenía que ponerse a funcionar en aquel momento, intervino para responder:

—Ejem... cuando usted... sentenció... a Albert Relumbrón...

—Así me gusta. Continúe.

—¡... dijo que era un criminal nato, un estafador vocacional, un mentiroso habitual, un genio perverso y alguien indigno de la menor confianza!

—¿Está aceptando mi oferta, señor Mustachen? —dijo Vetinari en tono cortante.

Húmedo lo miró.

—Disculpe —le dijo, poniéndose de pie—, me gustaría comprobar una cosa.

Detrás de su sillón había dos hombres vestidos de negro. No era un negro particularmente elegante, sino más bien ese negro que llevan quienes no quieren que se vean las manchitas. Tenían pinta de secretarios, hasta que les mirabas a los ojos.

Se hicieron a un lado mientras Húmedo caminaba hacia la puerta, que, tal como le habían asegurado, estaba allí. La abrió con mucha cautela. Al otro lado no había nada, ni siquiera suelo. Con la determinación de alguien resuelto a probar todas las posibilidades, se sacó del bolsillo lo que quedaba de la cuchara y la dejó caer. Pasó bastante tiempo antes de que se oyera el tintineo.

Luego regresó y se sentó en su sillón.

—¿La promesa de la libertad? —preguntó.

—Exacto —dijo lord Vetinari—. Siempre hay elección.

—¿Quiere decir... que podría elegir una muerte segura?

—Pese a todo, es una elección —dijo Vetinari—. O tal vez una alternativa. Verá, yo creo en la libertad, señor Mustachen. No hay muchos que crean en ella, aunque por supuesto la gente protestará y dirá que sí. Y ninguna definición práctica de la libertad estaría completa sin la libertad de aceptar las consecuencias. De hecho, es la libertad en que se fundamentan todas las demás. Y ahora a ver... ¿acepta usted el trabajo? No le reconocerá nadie, de eso estoy seguro. Da la impresión de que a usted no lo reconoce nunca nadie.

Húmedo se encogió de hombros.

—Bueno, de acuerdo. Por supuesto, acepto en calidad de criminal nato, mentiroso habitual, estafador y genio perverso indigno de la menor confianza.

—¡Magnífico! ¡Bienvenido al funcionariado público! —dijo lord Vetinari, ofreciéndole la mano—. Yo me enorgullezco de elegir siempre al hombre idóneo. El salario son veinte dólares semanales y, por lo que tengo entendido, el director general de correos tiene a su disposición un pequeño apartamento en el edificio central. Creo que también hay una gorra. Necesitaré que me mande informes periódicos. Que tenga un buen día.

Se puso a mirar sus papeles. Al cabo de un momento levantó la vista.

—Parece que sigue usted aquí, director general...

—¿Y ya está? —preguntó Húmedo, horrorizado—. ¿Me estaba colgando usted y de pronto va y me da trabajo?

—Déjeme ver... sí, eso creo. Ah, no. Claro. Drumknott, dele sus llaves al señor Mustachen.

El secretario se adelantó, entregó a Húmedo un llavero enorme, oxidado y atiborrado de llaves y a continuación sacó una tablilla sujetapapeles.

—Firme aquí, por favor, director general.

Un momento, pensó Húmedo. Esto es solo una ciudad. Tiene puertas. Está completamente rodeada de direcciones distintas en las que correr. ¿Qué más da lo que firme?

—Por supuesto —dijo, y garabateó su nombre.

—Su nombre correcto, por favor —dijo lord Vetinari, sin levantar la mirada de la mesa—. ¿Con qué nombre ha firmado, Drumknott?

El secretario estiró el cuello.

—Ejem... Ethel Serpiente, milord, por lo que puedo leer.

—Intente concentrarse, señor Mustachen —dijo Vetinari en tono fatigado, todavía leyendo aparentemente sus papeles.

Húmedo volvió a firmar. Al fin y al cabo, ¿no era un garabato y marchando? Y muy rápido tendría que marchar si no se hacía con un caballo.

—Con eso, ya solo queda la cuestión de su agente de la condicional —dijo lord Vetinari, todavía enfrascado en los papeles que tenía delante.

—¿Mi agente de la condicional?

—Sí. No soy tonto del todo, señor Mustachen. Su agente se encontrará con usted dentro de diez minutos delante del edificio de correos. Que tenga un buen día.

Cuando Húmedo se hubo marchado, Drumknott carraspeó cortésmente y dijo:

—¿Cree usted que se va a presentar, milord?

—Siempre hay que tener en cuenta la psicología del individuo —dijo Vetinari, corrigiendo la ortografía de un informe oficial—. Es lo que hago yo todo el tiempo y lamentablemente, Drumknott, usted no siempre hace. Por eso no le ha devuelto el lápiz antes de irse.

\* \* \*

Hay que moverse siempre deprisa. Nunca se sabe qué te anda pisando los talones.

Diez minutos más tarde Húmedo von Mustachen ya estaba lejos de la ciudad. Había comprado un caballo, lo cual era un poco vergonzoso, pero la presteza había sido crucial y solo había tenido tiempo de sacar un alijo de emergencia de entre sus escondrijos secretos y elegir un viejo jamelgo famélico de la cuadra de saldos en la Caballeriza de Hobson. Por lo menos eso significaba que ningún ciudadano airado iba a acudir a la Guardia.

Nadie lo había importunado. Nadie lo había mirado dos veces; nadie lo hacía nunca. Las puertas de la ciudad habían estado abiertas de par en par. Ante sí tenía la llanura rebosante de oportunidades. Y a él se le daba muy bien conseguir algo donde no había nada. Por ejemplo, en el primer pueblo al que llegara se pondría a trabajar en aquel viejo jamelgo haciendo uso de unas cuantas técnicas e ingredientes que lo harían valer el doble de lo que había pagado por él, al menos durante veinte minutos o hasta que lloviera. Veinte minutos le bastarían para venderlo y, con un poco de suerte, encontrar un caballo mejor pagando un poco menos de lo que valía en realidad. Volvería a hacer lo mismo en el siguiente pueblo, y al cabo de tres o cuatro días ya tendría una montura que valiera la pena poseer.

Pero todo eso era completamente secundario, algo que solo haría para no perder la práctica. Llevaba tres anillos casi de diamantes cosidos al forro de la chaqueta, otro de verdad dentro de un bolsillo secreto que tenía en la manga y un dólar casi, casi de oro astutamente cosido al cuello de la camisa. Para él aquellas cosas eran lo que para un carpintero son la sierra y el martillo. Herramientas primitivas, pero lo devolverían al ruedo.

Hay un dicho, «No se puede engañar a un hombre honrado», que gusta mucho citar a la gente que se gana la vida engañando a hombres honrados. Sin embargo, Húmedo nunca lo había intentado de forma consciente. Si engañabas a un hombre honrado, solía ir a quejarse a la Guardia local, y últimamente costaba mucho sobornarla. Engañar a hombres deshonestos resultaba mucho más seguro y, en cierta manera, más deportivo. Y por supuesto, abundaban mucho más. Apenas hacía falta apuntar.

Media hora después de llegar al pueblo de Hapley, desde donde la gran ciudad solo era una columna de humo en el horizonte, estaba sentado delante de una posada, alicaído, sin más posesión en el mundo que un anillo auténtico de diamantes que valía cien dólares y con prisa por volver a Genua, donde su pobre y anciana madre estaba muy enferma de mosquito. Once minutos más tarde estaba plantado pacientemente delante de una joyería, dentro de la cual el joyero explicaba a un ciudadano compasivo que el anillo que el forastero estaba dispuesto a vender por veinte dólares en realidad valía setenta y cinco (hasta los joyeros tienen que ganarse la vida). Y treinta y cinco minutos después de eso ya estaba cabalgando en un caballo mejor, con cinco dólares en el bolsillo, dejando atrás a un satisfecho ciudadano compasivo que, pese a haber sido lo bastante listo para vigilar las manos de Húmedo, ahora estaba a punto de volver a entrar en la joyería para intentar vender por setenta y cinco dólares un anillo de hojalata con una piedra de cristal que valía exactamente cincuenta peniques.

El mundo estaba afortunadamente vacío de hombres honrados, y maravillosamente repleto de hombres convencidos de poder distinguir a un hombre honrado de un maleante.

Se palpó el bolsillo de la chaqueta. Los carceleros le habían quitado el mapa, por supuesto, sin duda mientras andaba ocupado estando muerto. Era un buen mapa, y cuando el señor Wilkinson y sus amigotes lo estudiaran iban a aprender mucho de descifrado, geografía y artimañas cartográficas. No encontrarían en él el paradero de ciento cincuenta mil dólares de Ankh-Morpork en divisas variadas, sin embargo, puesto que el mapa era una completa y compleja ficción. Aun así, a Húmedo le producía una maravillosa sensación de calidez pensar que durante una temporada estarían en posesión del más grande de los tesoros que es la esperanza.

Si alguien era incapaz de recordar dónde había escondido una fortuna enorme, en opinión de Húmedo merecía perderla. De momento él no podía acercarse a la suya, aunque la mantenía presente para conservar la ilusión...

Húmedo ni siquiera se molestó en preguntar cómo se llamaba el pueblo siguiente. Tenía una posada y con eso ya le bastaba. Cogió una habitación con vistas a un callejón en desuso, comprobó que la ventana se abriera con facilidad, tomó una buena cena y se fue a dormir temprano.

Nada mal, pensó. Aquella mañana había estado en el patíbulo literalmente con la soga al cuello y esa noche volvía a estar en acción. Lo único que necesitaba hacer ahora era volver a dejarse barba y no acercarse a Ankh-Morpork en seis meses. O tal vez en solo tres.

Húmedo tenía un talento. También había adquirido muchas habilidades de forma tan exhaustiva que ya eran como una segunda piel. Había aprendido a ser afable, pero algo en sus genes hacía que la gente se olvidara de él. Tenía el talento de que los demás no se fijaran en su persona, de ser una cara más en la multitud. A la gente le costaba describirlo. Era... era «más o menos». Tenía más o menos veinte años, o más o menos treinta. En los informes policiales del continente entero medía, pues, entre metro ochenta y metro noventa y pico, tenía el pelo de todos los colores desde el castaño medio hasta el rubio, y su falta de rasgos distintivos abarcaba su cara entera. Era más o menos... normal. Lo que la gente sí recordaba era el mobiliario, cosas como las gafas y los bigotes, de manera que siempre llevaba encima una selección de ambas cosas. También recordaban los nombres y los gestos peculiares. De esos, tenía cientos.

Ah, y recordaban que habían tenido más dinero antes de conocerlo.

A las tres de la mañana, la puerta se abrió de golpe. O más bien de un golpazo que la reventó; los trozos de madera rebotaron en la pared. Pero antes de que el primero llegara al suelo Húmedo ya estaba fuera de la cama y se lanzaba hacia la ventana. Fue una reacción automática que no le debía nada al pensamiento. Además, antes de acostarse había comprobado que afuera había un tonel enorme lleno de agua que amortiguaría la caída.

Ahora ya no estaba.

Quien lo hubiera robado, sin embargo, no había robado también el suelo, que ahora amortiguó la caída de Húmedo torciéndole el tobillo.

Se levantó, con un débil gemido agónico, y se alejó a la pata coja por el callejón, usando la pared de apoyo. Las cuadras de la posada estaban en la parte de atrás; lo único que tenía que hacer era encaramarse a un caballo, a cualquiera...

—¿Señor Mustachen? —bramó una voz enorme.

Oh dioses, era un troll, tenía voz de troll, y de los grandes. No sabía que también hubiera trolls allí, fuera de las ciudades...

—¡No Puede Correr Ni Esconderse, señor Mustachen!

Un momento, un momento, él no le había dado su nombre verdadero a nadie en aquel lugar, ¿verdad? Pero todo aquello eran pensamientos de fondo. Alguien le iba detrás y por tanto él iba a correr. O a dar saltitos.

Se arriesgó a echar un vistazo detrás de sí cuando llegó a la puerta de atrás de las cuadras. En su habitación había un resplandor rojo. No estarían quemando el lugar por un puñado de dólares, ¿verdad que no? ¡Menuda estupidez! Todo el mundo sabía que si te endilgaban una buena falsificación lo que había que hacer era pasársela cuanto antes a algún otro primo, ¿no? Había gente que no tenía remedio.

Su caballo estaba solo en la cuadra, y no pareció impresionado de verlo. Húmedo le puso la brida dando saltos a la pata coja. No tenía sentido molestarse en ponerle la silla. Demonios, una vez incluso había cabalgado sin pantalones, aunque por suerte el alquitrán y las plumas que llevaba encima le habían ayudado a mantenerse sujeto a la montura. Era el campeón mundial de salir a toda pastilla de los pueblos.

Se disponía a sacar al caballo de su compartimento cuando oyó el clinc.

Bajó la vista y apartó la paja a patadas.

Había una barra de color amarillo brillante que unía dos cadenas cortas con grilletes amarillos en los extremos, uno para cada pata delantera. La única manera de que aquel caballo pudiera ir a algún lado era dando saltitos, igual que él.

Le habían puesto el cepo. Le habían puesto el puto cepo.

—¡Oh, Señor Mustaaachen! —retumbó la voz por el patio—. ¿Quiere Que Le Explique Las Normas, Señor Mustachen?

Él miró a su alrededor, desesperado. No había nada que pudiera usar de arma, y además las armas lo ponían nervioso, razón por la cual nunca llevaba ninguna. Con armas, todo eran palabras mayores. Era mucho mejor recurrir a su don para salir airoso de las situaciones hablando, armando confusión y, en caso de que eso fallara, mediante unos zapatos que tuvieran buenas suelas y un grito de: «¡Mirad! ¿Qué es eso de ahí?».

Sin embargo, ahora tenía la clara sensación de que por mucho que hablara, allí nadie iba a escucharlo. Y en cuanto a desaparecer, iba a tener que estar a la que salta.

En un rincón del patio había una escoba y un cubo de madera para el forraje. Se metió el cepillo de la escoba debajo de la axila para usarla de muleta y agarró el asa del cubo mientras unos pasos pesados se acercaban retumbando a la puerta de la cuadra. Cuando la empujaron, él golpeó fuerte con el cubo y notó que se hacía añicos. El aire se llenó de astillas. Al momento se oyó el golpe sordo de un cuerpo pesado que daba contra el suelo.

Húmedo brincó por encima y se adentró tambaleándose en la oscuridad.

Algo igual de duro y resistente que un grillete se le cerró en torno al tobillo bueno. Por un momento permaneció suspendido del mango de la escoba y luego se desplomó.

—¡No Tengo Más Que Buenos Sentimientos Hacia Usted, Señor Mustachen! —bramó la voz en tono jovial.

Húmedo gimió. La escoba la debían de tener allí de adorno, porque estaba claro que no la habían usado mucho para limpiar las acumulaciones del patio. Por el lado positivo, aquello significaba que había caído sobre blando. Por el lado negativo, significaba que había caído sobre blando.

Alguien le agarró de la chaqueta y levantó su cuerpo del estiércol.

—¡Marchando, Señor Mustachen!

—Se pronuncia Mustajen, imbécil —gimió—. Con jota, no con che.

—¡Marjando, Señor Mustajen! —le dijo la voz retumbante, mientras volvían a colocarle la escoba/muleta bajo el brazo.

—¿Tú qué demonios eres? —consiguió decir Mustachen.

—¡Soy Su Agente De La Condicional, Señor Mustajen!

Húmedo consiguió darse la vuelta y levantó la mirada, y luego la levantó aún más, hasta la cara de pan de jengibre de un hombre con unos relucientes ojos rojos. Cuando hablaba, su boca era un vislumbre del averno.

—¿Un gólem? ¿Eres un maldito gólem?

La cosa lo recogió con una mano y se lo echó al hombro. Se agachó para meterse en las cuadras y Húmedo, que estaba cabeza abajo y con la nariz pegada a la terracota del cuerpo de la criatura, se dio cuenta de que con la otra mano cogía a su caballo. Se oyó un breve relincho.

—¡Tenemos Que Salir A Toda Leje, Señor Mustajen! ¡Tiene Que Comparecer Ante Lord Vetinari A Las Ojo En Punto! ¡Y Llegar Al Trabajo A Las Nueve!

Húmedo gimió.

\* \* \*

—Ah, señor Mustachen. Por desgracia, volvemos a vernos —dijo lord Vetinari.

Eran las ocho en punto de la mañana. Húmedo se bamboleaba. Tenía el tobillo mejor, pero era la única parte de su cuerpo que lo estaba.

—¡Esa cosa se ha pasado la noche entera caminando! —exclamó—. ¡Toda la maldita noche! ¡Y cargando con un caballo!

—Siéntese, señor Mustachen —dijo Vetinari, levantando la vista de la mesa y haciendo un gesto fatigado en dirección al sillón—. Por cierto, esa «cosa» es «él». El pronombre es ciertamente honorífico en su caso, pero tengo grandes esperanzas depositadas en el señor Pistón.

Húmedo vio el resplandor en las paredes cuando el gólem, que estaba detrás de él, sonrió.

Vetinari volvió a mirar la mesa y por un momento pareció perder el interés en Húmedo. La mayor parte de la mesa la ocupaba un tablero de piedra. Cubierto de figuritas talladas de enanos y de trolls. Parecía una especie de juego.

—¿El señor Pistón? —preguntó Húmedo.

—¿Mmm? —dijo Vetinari, moviendo la cabeza para contemplar el tablero desde un punto de vista ligeramente distinto.

Húmedo se inclinó hacia el patricio y señaló con el pulgar en dirección al gólem.

—¿Eso —dijo— es el señor Pistón?

—No —dijo lord Vetinari, inclinándose hacia delante igual que él y concentrando de forma repentina, completa y desconcertante su atención en Húmedo—. Ese... es el señor Pistón. El señor Pistón es un funcionario público. El señor Pistón no duerme. El señor Pistón no come. Y el señor Pistón, señor director general de Correos, no se detiene.

—¿Y qué quiere decir exactamente eso?

—Quiere decir que si está pensando usted en, por ejemplo, encontrar un barco que zarpe hacia Cuatroequis, pensando que el señor Pistón es grande y pesado y solo puede viajar a pie, el señor Pistón lo seguirá. Usted tiene que dormir. El señor Pistón no. El señor Pistón no respira. Las profundas llanuras abisales no suponen ninguna barrera para el señor Pistón. Seis kilómetros por hora son mil ocho kilómetros por semana. Todo se acumula. Y cuando el señor Pistón lo encuentre...

—Un momento —dijo Húmedo, levantando un dedo—. Permítame que le interrumpa. ¡Yo sé que los gólems no tienen permitido hacer daño a las personas!

Lord Vetinari enarcó las cejas.

—Por todos los dioses, ¿dónde ha oído usted eso?

—Lo tienen escrito... ¡en algún sitio dentro de la cabeza! En un pergamino o algo parecido, ¿no? —dijo Húmedo, con incertidumbre creciente.

—Oh cielos. —El patricio suspiró—. Señor Pistón, rómpale un dedo al señor Mustachen, ¿quiere? Limpiamente, por favor.

—Sí, Su Señoría. —El gólem echó a andar con pasos pesados.

—¡Eh! ¡No! ¿Cómo? —Húmedo dio manotazos frenéticos al aire y derribó varias piezas del juego—. ¡Espere! ¡Espere! ¡Hay una regla! ¡Un gólem no debe dañar a un ser humano ni permitir que un ser humano sufra daño!

Lord Vetinari levantó un dedo.

—Espere un momentito, por favor, señor Pistón. Muy bien, señor Mustachen, ¿se acuerda usted de lo que sigue?

—¿Lo que sigue? ¿Qué es lo que sigue? —dijo Húmedo—. ¡No sigue nada!

Lord Vetinari enarcó una ceja.

—¿Señor Pistón? —dijo.

—... A Menos Que Lo Ordene Una Autoridad Debidamente Constituida —dijo el gólem.

—¡Esa parte no la había oído nunca! —protestó Húmedo.

—¿Ah, no? —dijo lord Vetinari, con cara de sorpresa—. No me imagino quién no la incluiría. A un martillo difícilmente puede permitírsele que se niegue a golpear al clavo en la cabeza, ni a una sierra que haga juicios morales sobre la naturaleza de la madera. En cualquier caso, yo tengo empleado al señor Dispuesto, el verdugo, a quien por supuesto usted conoce, y también a la Guardia de la Ciudad y a los regimientos, y de vez en cuando... a otros especialistas plenamente autorizados a matar en defensa propia o bien para proteger a la ciudad y sus intereses. —Vetinari empezó a recoger las piezas caídas y a colocarlas meticulosamente sobre el tablero—. ¿Acaso iba a ser distinto el señor Pistón solo porque está hecho de arcilla? En última instancia, todos lo estamos. El señor Pistón lo acompañará a usted a su puesto de trabajo. Fingiremos que le hace a usted de guardaespaldas, como corresponde a un alto funcionario público. Solo nosotros sabremos que tiene... instrucciones adicionales. Los gólems son por naturaleza criaturas de gran moral, señor Mustachen, pero tal vez descubra usted que su moralidad es una pizca... ¿anticuada?

—¿Instrucciones adicionales? —dijo Húmedo—. ¿Y le importaría decirme cuáles son exactamente esas instrucciones adicionales?

—Por supuesto. —El patricio sopló para quitar una mota de polvo de un troll pequeñito de piedra y lo dejó sobre su cuadrado.

—¿Y bien? —dijo Húmedo, después de una pausa.

Vetinari suspiró.

—Sí, por supuesto que me importaría decirle cuáles son exactamente. No tiene usted derecho a preguntarlo. Le hemos incautado el caballo, por cierto, ya que se ha utilizado para cometer un delito.

—¡Esto es un castigo cruel y desproporcionado! —exclamó Húmedo.

—¿Ah, sí? —dijo Vetinari—. Le ofrezco un empleo fácil de despacho, libertad relativa de movimientos, trabajar al aire libre... No, yo creo que mi oferta tal vez sea desproporcionada, pero ¿cruel? No me lo parece. De todas maneras tengo entendido que en los sótanos tenemos castigos que son extremadamente crueles y en muchos casos bastante desproporcionados, si desea usted probarlos en aras de comparar. Y por supuesto, siempre le queda la opción de bailar el claqué del esparto.

—¿El qué?

Drumknott se le acercó y susurró algo en el oído a su jefe.

—Ah, mis disculpas —dijo Vetinari—. Me refería, por supuesto, al fandango del cáñamo. Es cosa de usted, señor Mustachen. Siempre hay elección, señor Mustachen. Oh, y por cierto... ¿conoce usted el segundo dato interesante sobre los ángeles?

—¿Qué ángeles? —dijo Húmedo, furioso y desconcertado.

—Oh cielos, la gente nunca presta atención —dijo Vetinari—. ¿No se acuerda? ¿Lo del primer dato interesante sobre los ángeles, que le conté ayer? Supongo que estaba usted pensando en otra cosa. El segundo dato interesante sobre los ángeles, señor Mustachen, es que solo se te aparece uno en la vida.

## 

## CAPÍTULO II

### La Oficina de Correos

Donde conocemos al Personal — A Teneborsa Noche — Disertación sobre la Jerga Rimada — «¡Tendría que haber estado allí!» — Las Cartas Muertas — La Vida de un Gólem — El Libro de Ordenanzas

Siempre había una estrategia. Siempre había un precio. Siempre había una respuesta. Y míralo de esta manera, pensó Húmedo: ahora en vez de una muerte segura afrontas una muerte incierta, y eso es una mejora, ¿no? Era libre de pasearse... bueno, de momento, de renquear. Y existía la posibilidad de que en alguna parte de todo aquello hubiera algún beneficio. Bueno, era posible. A él se le daba bien ver oportunidades donde los demás solo veían terreno baldío. De manera que no pasaba nada por portarse bien unos días, ¿verdad? Eso le daría tiempo para que se le curara el pie, podría investigar aquella situación y hacer planes. Incluso podría averiguar hasta qué punto eran indestructibles los gólems. Al fin y al cabo, estaban hechos de arcilla, ¿verdad? A veces las cosas se rompían.

Húmedo von Mustachen levantó la vista y escrutó su futuro.

La Oficina Central de Correos de Ankh-Morpork tenía una fachada tétrica. Era un edificio diseñado con fines puramente prácticos. Por tanto, venía a ser más o menos un bloque enorme donde dar trabajo a la gente, con dos alas en la parte de atrás que encerraban la enorme caballeriza. Se habían cortado por la mitad algunas columnas baratas para pegarlas al exterior, se habían abierto algunos nichos para colocar estatuas de ninfas variadas y se habían colocado algunas vasijas de piedra por el parapeto para, de esa manera, crear una Arquitectura.

En agradecimiento por tanta consideración, los buenos ciudadanos, o más probablemente sus hijos, habían cubierto las paredes hasta el metro ochenta de altura de pintadas magníficamente coloridas.

En una franja que recorría toda la parte superior de la fachada, manchando la piedra en tonos verdes y marrones, había una inscripción en letras de bronce.

—«NI LA NIEVE NI L LL VIA NI A TENEBORSA NOCHE PUEDEN APA TAR A ESTO MENSAGEROS DE SU DEBER» —leyó Húmedo en voz alta—. ¿Eso qué demonios quiere decir?

—Hubo Un Tiempo En Que La Oficina De Correos Era Una Institución Orgullosa —dijo el señor Pistón.

—¿Y eso otro de ahí? —señaló Húmedo. En un tablero situado en la parte baja del edificio había una inscripción menos heroica en pintura descascarillada:

NO NOS PRESGUNTES ACERCA DE:

rocas

trolls con palos

Toda clase de dragones

La señora Cake

Henormes cosas verdes con dientes

Cualquier clases de perros negros con cejas anaranjadas

Lluvias de mastines

niebla

La señora Cake

—He Dijo Que Era Una Institución Orgullosa —dijo el gólem con voz retumbante.

—¿Quién es la señora Cake?

—Me Temo Que En Eso No Lo Puedo Ayudar, Señor Mustajen.

—Parece que le tienen bastante miedo.

—Eso Parece, Señor Mustajen.

Húmedo contempló aquel ajetreado cruce de aquella ajetreada ciudad. A él la gente no le prestaba ninguna atención, pero al gólem le dirigían unos vistazos rápidos que no parecían demasiado amistosos.

Aquello también resultaba extraño. Había tenido... ¿cuántos años, catorce?... la última vez que había usado su nombre real. Y los dioses sabrían cuánto tiempo hacía que no salía de casa sin alguna marca distintiva fácil de quitarse. Se sentía desnudo. Desnudo e invisible.

En medio de la indiferencia general, subió los escalones manchados y metió la llave en la cerradura. Para su sorpresa, giró con facilidad, y las puertas salpicadas de pintura se abrieron sin un solo chirrido.

Húmedo oyó tras de sí un ruido hueco y rítmico. El señor Pistón estaba aplaudiendo.

—Bien Hejo, Señor Mustajen. ¡Su Primer Paso En Una Carrera Provejosa Tanto Para Usted Como Para El Bienestar De La Ciudad!

—Sí, claro —murmuró Mustachen.

Se adentró en el vestíbulo enorme y oscuro, que solo recibía la luz tenue de una cúpula grande pero mugrienta que había en el techo. Allí dentro nunca había más que anochecer, por mucho que fuese mediodía. Los autores de pintadas también habían trabajado en el interior.

En la penumbra pudo ver un mostrador largo y roto detrás del cual había puertas y casilleros.

Casilleros de los de toda la vida. Pero convertidos en nido de palomas. El aire estaba cargado del olor acre y salado del guano viejo, y cuando las baldosas de mármol resonaron bajo los pasos de Húmedo, varios centenares de palomas levantaron el vuelo frenéticas y se elevaron en espiral hacia un cristal roto del techo.

—Mierda —dijo él.

—El Lenguaje Soez No Es Apropiado, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón, detrás de él.

—¿Por qué? ¡Si lo pone en las paredes! ¡Además, era una descripción, señor Pistón! ¡Guano! ¡Debe de haber toneladas! —Húmedo oyó que su propia voz rebotaba en las paredes lejanas—. ¿Cuándo fue la última vez, que este sitio abrió?

—¡Hace veinte años, director general!

Húmedo miró a su alrededor.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó. Parecía que la voz hubiera venido de todas partes.

Se oyó un susurro seguido del clic-clic de un bastón, y en medio del polvoriento aire gris y muerto apareció una figura anciana y encorvada.

—Ardite, señor —dijo con voz resollante—. Oficial de cartero Ardite. A su servicio. Una sola orden suya, señor, y me pondré en acción volando, señor, volando.

La figura se detuvo para toser largo y fuerte; sonó como si alguien estuviera golpeando repetidamente una pared con un saco de piedras. Húmedo vio que tenía una de esas barbas cortas y pinchudas que daban la impresión de que su propietario se había visto interrumpido en el acto de comerse un erizo.

—¿Oficial de cartero Ardite? —repitió.

—Eso mismo, señor. La razón es que nunca ha habido nadie que estuviera el tiempo suficiente como para ascenderme, señor. Por veteranía tendría que ser ya el maestro cartero Ardite, señor —añadió el anciano en tono solemne, y se le volvió a escapar otra tos volcánica.

Te quedaría mejor ex cartero Ardite, pensó Húmedo. Pero en voz alta dijo:

—Y trabaja aquí, ¿verdad?

—Sí, señor, eso sí, señor. Ya solo estamos el chico y yo, señor. Es un chico aplicado, señor. Mantenemos el lugar limpio, señor. Todo según las Ordenanzas.

Húmedo no podía dejar de mirarlo. El señor Ardite llevaba peluquín. Tal vez en alguna parte existiera un hombre a quien le quedara bien el peluquín, pero fuera quien fuese aquel hombre, no era el señor Ardite. Era un peluquín castaño que tenía el tamaño equivocado, la forma equivocada, el estilo equivocado y, en general, era una gran equivocación.

—Ah, veo que está usted admirando mi pelo, señor —dijo Ardite con orgullo, mientras el peluquín le giraba un poco—. Es todo mío, ¿sabe? No una ciruela.

—Esto... ¿ciruela?—preguntó Húmedo.

—Lo siento, señor, no tendría que hablar en jerga. Ciruelas viene de «sirope de ciruelas», señor. Jerga de Dimwell[[1]](#footnote-1). Sirope de ciruelas: peluca. No quedan muchos hombres de mi edad que conserven todo el pelo, imagino que es eso lo que piensa. Pues es gracias a llevar una vida limpia, por dentro y por fuera.

Húmedo echó un vistazo al aire fétido y los montículos de guano que se extendían en la penumbra.

—Buen trabajo —murmuró—. Bueno, señor Ardite, ¿tengo un despacho? ¿O algo?

Por un momento la cara que se veía por encima de la barba desaliñada pareció la de un conejo sorprendido por el farol de un carruaje.

—Oh, sí, señor, teóricamente sí —se apresuró a decir el anciano—. Pero ya no entramos en él, señor, oh, no, por lo del suelo. Es muy peligroso, señor. Por lo del suelo. Podría hundirse en cualquier momento, señor. Así que usamos el cuarto de las taquillas del personal, señor. Si quiere seguirme por aquí, señor...

Húmedo estaba al borde de la carcajada.

—Vale —dijo. Se volvió hacia el gólem—. Ejem... ¿señor Pistón?

—¿Sí, Señor Mustajen? —dijo el gólem.

—¿Se le permite ayudarme de alguna manera, o se limita a esperar cerca de mí hasta que llegue el momento de pegarme en la cabeza?

—No Hay Necesidad De Realizar Comentarios Hirientes, Señor. Se Me Permite Prestar Asistencia Apropiada.

—Entonces, ¿puede usted limpiar la mierda de las palomas y dejar que entre un poco de luz?

—Por Supuesto, Señor Mustajen.

—¿De verdad puede?

—A Los Gólems No Les Da Miedo Trabajar, Señor Mustajen. Voy A Localizar Una Pala.

El señor Pistón puso rumbo al lejano mostrador y al barbudo oficial de cartero le entró el pánico.

—¡No! —chilló, echando a dar tumbos tras el gólem—. ¡No es buena idea para nada tocar esos montones!

—¿Puede que se hundan los suelos, señor Ardite? —sugirió Húmedo con una sonrisa.

Ardite miró primero a Húmedo, luego al gólem y de nuevo a Húmedo. Se le abrió y se le cerró la boca mientras su cerebro buscaba palabras. Por último suspiró.

—Será mejor que vengan a las taquillas, pues. Por aquí, caballeros.

\* \* \*

Húmedo reparó en el olor del señor Ardite mientras seguía al anciano. No es que oliera mal, sino... raro. Era un olor vagamente químico, al que se unía un penetrante aroma a todas las clases de medicina para la garganta habidas y por haber, con un leve matiz de patatas rancias.

El cuarto de las taquillas resultó estar al final de un tramo corto de escalera que bajaba a los sótanos, donde presumiblemente los suelos no se podían hundir porque no tenían adonde hundirse. Era alargado y estrecho. Al fondo había un horno monstruoso que, como Húmedo supo más adelante, había formado parte en algún momento de un sistema de calefacción, ya que la Oficina de Correos había sido un edificio muy moderno para su época. Ahora había instalado al lado un fogón pequeño y redondo, que emitía un resplandor casi rojo cereza en la base. Con una tetera negra y enorme encima.

El aire indicaba la presencia de calcetines y carbón del barato, y la ausencia de ventilación. En una pared había una hilera de taquillas de madera destartaladas, con los nombres escritos en pintura descascarillada. La luz entraba, con no poco esfuerzo, por unas ventanas mugrientas que había cerca del techo.

Fuera cual fuese el propósito original del cuarto, sin embargo, ahora era el sitio donde vivían dos personas; dos personas que se llevaban bien pero que pese a todo tenían un sentido claro de lo mío y de lo tuyo. El espacio estaba dividido en dos, con un camastro estrecho pegado a cada una de las paredes opuestas. La línea divisoria estaba pintada por el suelo, subía las paredes y recorría el techo. Mi mitad y tu mitad. Siempre y cuando recordemos eso, indicaba la línea, no habrá más... problemas.

En el centro, encima mismo de la línea, había una mesa. Con sendos tazones y sendos platos de hojalata cuidadosamente situados en cada punta. En medio de la mesa había un salero. Al llegar al salero, la línea se convertía en un círculo para englobarlo en su propia zona desmilitarizada.

Una mitad del estrecho cuarto contenía una mesa de trabajo inmensa y desordenada, con montones de frascos, botellas y papeles viejos; parecía el espacio de trabajo de un químico que se inventaba las cosas sobre la marcha o hasta que explotaban. En la otra mitad había una vieja mesa plegable donde se veían amontonadas una serie de cajitas y rollos de fieltro negro con una precisión algo inquietante. También había la lupa más grande que Húmedo había visto nunca, sobre un pie.

Aquel lado de la habitación estaba perfectamente barrido. El otro estaba hecho un desastre que amenazaba con desbordar la Línea. A menos que uno de los papeles del lado sucio tuviera una forma rara, parecía que alguien, con cuidado y precisión y presumiblemente una hoja de afeitar, había cortado la esquina que se pasaba de la raya.

En mitad del lado limpio del suelo había un joven. Era obvio que había estado esperando a Húmedo, igual que Ardite, pero no dominaba el arte de ponerse firmes o, mejor dicho, solo lo había entendido en parte. Tenía el lado derecho mucho más firme que el izquierdo, y en consecuencia se le veía bastante pinta de plátano. Pese a todo, con su sonrisa enorme y nerviosa y sus grandes ojos relucientes, irradiaba un entusiasmo que muy posiblemente trascendía los límites de la cordura. Daba toda la sensación de que de un momento a otro iba a ponerse a morder. Y llevaba una camisa de algodón azul en la que alguien había impreso la frase «¡Pregúnteme sobre alfileres!».

—Ejem... —dijo Húmedo.

—El aprendiz de cartero Stanley —murmuró Ardite—. Huérfano, señor. Muy triste todo. Nos lo mandaron del orfanato de las Hermanas de Offler, señor. Sus padres murieron los dos contagiados en una epidemia de mosquito en su granja del monte, señor, y a él lo criaron los guisantes.

—¿Quiere decir que lo criaron a base de guisantes?

—Los guisantes, señor. Un caso muy poco habitual. Es buen chaval cuando no pierde los nervios, pero tiende a torcerse hacia el sol, señor, ya me entiende.

—Ejem... tal vez —dijo Húmedo. Se giró a toda prisa hacia Stanley y habló con lo que esperaba que fuese un tono animado—: Conque sabes un par de cosas sobre alfileres, ¿eh?

—¡Noseñor! —dijo Stanley. Le faltó hacer el saludo militar.

—Pero tu camisa dice...

—Lo sé todo sobre alfileres, señor —dijo Stanley—. ¡Todo lo que se pueda saber!

—Vaya, eso es, ejem... —empezó a decir Húmedo.

—Lo sé todito todo sobre alfileres, señor —continuó Stanley—. No hay nada que no sepa de ellos. Pregúnteme lo que quiera sobre alfileres, señor. Lo que usted quiera. ¡Adelante, señor!

—Bueno... —Húmedo se quedó sin saber qué decir, pero los años de práctica acudieron en su ayuda—. Me pregunto cuántos alfileres se fabricaron el año pasado en esta ciu...

Se detuvo. La cara de Stanley había experimentado un cambio: se había suavizado y había perdido aquel vago aire de que su propietario estaba a punto de intentar arrancarte la oreja de un mordisco.

—El año pasado la suma de todos los talleres (o «alfilererías») de Ankh-Morpork produjo veintisiete millones, ochocientos ochenta mil novecientos setenta y ocho alfileres —dijo Stanley, contemplando un universo privado lleno de alfileres—. Eso incluye los de cabeza de cera, los de acero, de latón, los de cabeza de plata (y los integrales de plata), los extra grandes, los hechos a mano y a máquina, los doblados y los de fantasía, pero no los de solapa, que no se deberían agrupar nunca con los verdaderos alfileres, porque técnicamente se conocen como «distintivos» o «insignias», señor...

—Ah sí, creo que una vez vi una revista o algo parecido —interrumpió Húmedo a la desesperada—. Se llamaba, ejem... La revista mensual del alfiler...

—Oh cielos —gimió Ardite a sus espaldas.

La cara de Stanley se retorció hasta convertirse en algo que parecía un culo de gato con nariz.

—Eso es para aficionados —dijo entre dientes—. ¡No son auténticos «cabezones de alfiler»! ¡No les importan los alfileres! Bueno, ellos dicen que sí, pero luego tienen una página entera de agujas cada mes. ¿Agujas? ¡Las agujas las puede coleccionar cualquiera! ¡Solo son alfileres con un agujero! Y en todo caso, ¿para qué está Agujas populares? ¡Pero ellos no se dan por enterados!

—Stanley es redactor jefe de Alfiler total —susurró Ardite por detrás de Húmedo.

—Creo que nunca la he visto... —empezó a decir Húmedo.

—Stanley, sube a ayudar al asistente del señor Mustachen a encontrar una pala, ¿quieres? —dijo Ardite, levantando la voz—. Luego ve a ordenar otra vez tus alfileres hasta que te encuentres mejor. El señor Mustachen no quiere ver uno de tus Arrechuchos. —Dedicó a Húmedo una mirada inexpresiva.

—... el mes pasado publicaron un artículo sobre acericos —murmuró Stanley, saliendo en estampida de la habitación. El gólem lo siguió.

—Es un buen chaval —dijo Ardite después de que se marcharan—. Es solo que está un poco taza-y-platillo de la cabeza. Si se lo deja en paz con sus alfileres no molesta nada. Se pone un poco... intenso a veces, eso es todo. Ah, y precisamente tenemos aquí al tercer miembro de nuestro equipillo, señor...

Acababa de entrar en la habitación un enorme gato blanco y negro. No prestó ninguna atención a Húmedo ni a Ardite, sino que avanzó lentamente por el cuarto en dirección a una cesta destartalada y raída. Húmedo estaba en su trayectoria. El gato continuó hasta dar un golpecito suave con la cabeza en la pierna de Húmedo y se detuvo.

—Le presento al señor Mimitos, señor —dijo Ardite.

—¿Mimitos? —dijo Húmedo—. ¿Me está diciendo que eso es un nombre de gato de verdad? Pensaba que era de broma.

—Es más bien una descripción que un nombre, señor —explicó Ardite—. Será mejor que se mueva usted, señor, si no se va a quedar ahí todo el día. Ya tiene veinte años y se ha vuelto un poco de ideas fijas.

—¿Es ciego? —preguntó Húmedo.

—No, señor. Él tiene su rutina y siempre la sigue, señor, la sigue a rajatabla. Es muy paciente, para ser un gato. No le gusta que le muevan los muebles. Ya se acostumbrará usted a él.

Como no sabía qué decir, pero le parecía que tenía que decir algo, Húmedo señaló la hilera de frascos que Ardite tenía en la mesa de trabajo.

—¿Se interesa por la alquimia, señor Ardite? —preguntó.

—¡Noseñor! Yo practico la medicina natural —dijo Ardite con orgullo—. ¡No creo en los médicos, señor! ¡No he estado enfermo ni un solo día en la vida, señor! —Se aporreó el pecho, haciendo ese ruido parecido a «zlap» que normalmente no se asocia con el tejido vivo—. ¡Franela de algodón, grasa de oca y pudín de pan, señor! ¡No hay nada igual para proteger los conductos contra las efluviencias nocivas! ¡Me aplico una capa nueva todas las semanas, señor, y no verá que me pase ni un estornudo por las narices, señor! ¡Muy saludable y muy natural!

—Ejem... bien —dijo Húmedo.

—Lo peor de todo es el jabón, señor —dijo Ardite, bajando la voz—. Una cosa terrible, señor, se lleva por delante todos los humores beneficiosos. ¡Deja las cosas donde están, digo yo siempre! ¡Deja que los conductos circulen, métete azufre en los calcetines, presta atención a tu protector de pecho y ya puedes reírte de todo! Y a ver, señor, estoy seguro de que a un joven como usted le preocupará el estado de su...

—¿Y esto para qué es? —se apresuró a interrumpirlo Húmedo, cogiendo un bote de pringue verdoso.

—¿Eso, señor? Una cura para las verrugas. Maravillosa. Muy natural, no como las cosas que te dan los médicos.

Húmedo olisqueó el bote.

—¿De qué está hecha?

—De arsénico, señor —dijo Ardite, tranquilamente.

—¿De arsénico?

—Muy natural, señor —dijo Ardite—. Y verde.

Así pues, pensó Húmedo mientras dejaba el bote con cautela extrema, está claro que dentro de la Oficina de Correos la normalidad no guarda una relación de uno a uno con el mundo exterior. Puede que no capte los indicios. Decidió que el papel que había que interpretar allí era el de director entusiasta pero perplejo. Además, salvo por lo de «entusiasta», no le iba a costar ningún esfuerzo.

—¿Puede usted ayudarme, señor Ardite? —dijo—. ¡No sé nada del correo!

—Bueno, señor... ¿a qué se dedicaba usted hasta ahora?

A robar. A engañar. A falsificar. A malversar. Pero nunca, y esto era importante, valiéndose de ninguna clase de violencia. Nunca. Húmedo siempre ponía mucho cuidado en ello. También intentaba no hacer las cosas a hurtadillas, si podía evitarlo. Que te pillaran a la una de la madrugada en el depósito de un banco llevando ropa negra con muchos bolsillitos podía considerarse sospechoso, así que ¿para qué hacerlo? Con una planificación meticulosa, el traje adecuado, los papeles adecuados y, sobre todo, los modales adecuados, uno podía entrar en el lugar a mediodía y el encargado le aguantaría la puerta al salir. Dar cambiazos con anillos y explotar la codicia de los tontos del pueblo era solo para no perder la práctica.

Todo estaba en la cara, ni más ni menos. Tenía una cara honrada. Y le encantaba aquella gente que lo miraba fijamente a los ojos para ver su yo interior, porque él tenía una colección entera de yos interiores, uno para cada ocasión. En cuanto a los apretones firmes de manos, la práctica le había dado uno al que se podían amarrar barcos. Era simple don de gentes, ni más ni menos. Un don de gentes especial. Antes de poder vender cristales como si fueran diamantes, había que hacer que la gente estuviera ansiosa por ver diamantes. Aquel era el truco, la madre de todos los trucos. Alterar la forma en que la gente veía el mundo. Dejarles que lo vieran como ellos lo querían ver...

¿Cómo demonios había averiguado su nombre Vetinari? ¡Ese hombre había pescado a Von Mustachen como si usara caña! ¡Y la Guardia de allí era... demoníaca! Y lo de poner a un gólem a pisarle los talones...

—Era administrativo —dijo finalmente Húmedo.

—¿Cómo, papeleo y esas cosas? —preguntó Ardite, mirándolo con atención.

—Sí, básicamente papeleo. —Y era verdad, si eso incluía falsificar tarjetas, cheques, cartas de acreditación, giros bancarios y escrituras.

—Vaya, otro más —dijo Ardite—. Bueno, no hay mucho trabajo. Podemos apretarnos y hacerle sitio aquí, no hay problema.

—Pero se supone que tengo que poner este sitio en funcionamiento igual que antes, señor Ardite.

—Ya, claro —dijo el anciano—. Venga conmigo, pues, director general. ¡Me da a mí que hay un par de cosillas que no le han contado!

Hizo que Húmedo lo siguiera de vuelta al lúgubre vestíbulo, dejando un rastro de polvillo amarillo que le caía de las botas.

—Mi padre me traía aquí cuando yo era niño —dijo—. En aquellos tiempos había muchas familias que eran familias de la Oficina de Correos. Tenían unas cosas enormes y tintineantes hechas de cristalitos que colgaban del techo, ¿sabe? Que daban luz...

—¿Lámparas de araña? —sugirió Húmedo.

—Ajá, supongo —dijo Ardite—. Dos. Y había latón y cobre por todos lados, bruñido como si fuera oro. ¡Había balcones señor, rodeando todo el vestíbulo y en todas las plantas, hechos de hierro, como en filigranas! Y todos los mostradores eran de maderas nobles, decía mi padre. ¿Y la gente? ¡Este sitio estaba abarrotado! ¡Las puertas nunca paraban de girar! Hasta de noche... oh, de noche, señor, en el gran patio trasero, ¡tendría que haber estado allí! ¡Qué luces! Los coches del correo que iban y venían, los caballos soltando vapor... ¡Oh, señor, tendría que haberlo visto, señor! Los hombres llevando afuera a los tiros de caballos... ¡tenían una cosa, señor, un aparato, con el que se podía meter y sacar un carruaje del patio en un minuto, señor, en un minuto! ¡Qué bullicio, señor, qué bullicio y qué alboroto! ¡Se decía que podías venir aquí desde Hermanas Dolly o incluso subir desde Degolladero, y mandarte una carta a ti mismo, y tenías que correr como alma que lleva el diablo, señor, como alma que lleva el diablo, para llegar a tu puerta antes que el cartero! ¡Y aquel uniforme, señor, azul real con botones de latón! ¡Tendría que haberlo visto! Y...

Húmedo miró por encima del hombro del anciano balbuceante en dirección al montículo más cercano de guano de paloma, donde el señor Pistón había dejado de cavar un momento. El gólem había estado hurgando en aquella porquería apestosa y ahora, bajo la mirada de Húmedo, enderezó la espalda y echó a andar hacia ellos trayendo algo en la mano.

—¡... y cuando entraban los coches grandes, señor, los que venían de las montañas, se podían oír los cuernos a kilómetros de distancia! ¡Tendría que haberlos oído, señor! Y si había algún bandido que intentaba algo, teníamos a unos hombres que salían y...

—¿Sí, señor Pistón? —dijo Húmedo, interrumpiendo la historia de Ardite.

—Un Descubrimiento Sorprendente, Director General. Los Montículos No Están, Como Yo Conjeturaba, Hejos De Excremento de Paloma. No Hay Palomas Que Pudieran Acumular Tanta Cantidad Ni En Mil Años, Señor.

—Entonces, ¿de qué están hechos?

—De Cartas, Señor —respondió el gólem.

Húmedo miró a Ardite, que cambió de postura, incómodo.

—Ah, sí —dijo el anciano—. Estaba a punto de comentarlo.

\* \* \*

Las cartas...

... no se acababan nunca. Llenaban hasta la última sala del edificio y se derramaban por los pasillos. Era cierto que el despacho del director general de correos no se pudiera usar por el estado del suelo: se hallaba sepultado bajo cuatro metros de cartas. Había pasillos enteros obstruidos por ellas. Los armarios estaban llenos de cartas a presión; abrir una puerta en un descuido implicaba caer bajo una avalancha de sobres amarillentos. Los tablones del suelo estaban sospechosamente combados hacia arriba. El papel asomaba por entre las rendijas del yeso caído del techo.

La sala de clasificación, que era casi tan grande como el vestíbulo, tenía montículos que en algunos puntos llegaban a los seis metros de altura. Aquí y allí, los archivadores asomaban del mar de papel como si fueran icebergs.

Al cabo de media hora de exploración, Húmedo ya tenía ganas de darse un baño. Aquello era como recorrer tumbas del desierto. Sentía que le estaba asfixiando el olor a papel viejo, que tenía la garganta llena de polvillo amarillo.

—Me han dicho que tengo un apartamento aquí —graznó.

—Sí, señor —dijo Ardite—. El chico y yo echamos un vistazo el otro día a ver si lo encontrábamos. Se rumoreaba que estaba al otro lado de su despacho. Así que el chico entró atado a una cuerda. Me dijo que le parecía palpar una puerta, pero para entonces ya se había hundido dos metros y medio en el correo y estaba sufriendo, señor, sufriendo... así que tiré de la cuerda y lo saqué de allí.

—¿El edificio entero está lleno de cartas sin entregar?

Habían vuelto al cuarto de las taquillas. Ardite había rellenado la tetera negra con el agua de una palangana, y ahora estaba humeando. En la otra punta de la habitación, sentado frente a su pulcra mesita, Stanley contaba sus alfileres.

—Casi todo, señor, menos el sótano y las cuadras —respondió el anciano, lavando un par de tazones de hojalata en un barreño de agua no muy limpia.

—¿Quiere decir que hasta el despacho del direc... mi despacho está lleno de cartas viejas, pero nunca han llenado el sótano? ¿Qué sentido tiene eso?

—Oh, el sótano no se puede usar, señor, oh, el sótano no —dijo Ardite, con expresión escandalizada—. Ahí abajo hay demasiada humedad. Las cartas se destruirían en un periquete.

—Se destruirían —dijo Húmedo sin entonación.

—Nada destruye las cosas tanto como la humedad, señor —dijo Ardite, asintiendo con expresión sabia.

—Destruiría cartas enviadas por gente muerta a otra gente muerta —dijo Húmedo, con la misma voz neutra.

—Eso no lo sabemos, señor —dijo el anciano—. O sea, no tenemos ninguna prueba.

—Pues no. ¡Al fin y al cabo, algunos de esos sobres solo tienen cien años! —El polvo le había provocado dolor de cabeza y la sequedad dolor de garganta, y aquel anciano tenía algo que le estaba poniendo los nervios de punta. Había algo que no le estaba contando—. Hay gente para la que ese tiempo no es nada. Apuesto a que la población entera de zombis y vampiros sigue esperando todos los días junto al buzón, ¿a que sí?

—No hace falta ponerse así, señor —dijo Ardite tranquilamente—, no hace falta ponerse así. No podemos destruir las cartas. No se puede hacer, señor. Sería Manipulación Indebida de Correspondencia. Que no es solo un delito, señor. Es un, un...

—¿Pecado? —sugirió Húmedo.

—No, peor que un pecado —replicó Ardite, casi con un soplido burlón—. Con los pecados uno solo se mete en líos con algún dios, pero en mi época si uno interfería con el correo se las veía con el inspector en jefe de correos Retumbor. ¡Ja! Y hay una gran diferencia. Que me perdonen los dioses.

Húmedo buscó algo de cordura en la cara arrugada que tenía delante. La barba desaliñada tenía vetas de colores distintos, ya fueran de suciedad, de té o de un pigmento celestial al azar. Como un ermitaño, pensó. Solo un ermitaño llevaría un peluquín como aquel.

—¿Perdón? —dijo—. ¿Y me está diciendo que meter una carta debajo de los tablones del suelo y dejarla cien años ahí no es manipulación indebida?

De pronto Ardite pareció afligido. La barba le tembló. Entonces le dio un acceso de tos áspera, seca y rasposa que hizo temblar los frascos y alzó una neblina amarilla de los bajos de sus pantalones.

—Perdone un momento, señor —resolló entre toses, y a continuación se hurgó en el bolsillo en busca de una lata rayada y abollada—. ¿Le gustan los caramelos, señor? —preguntó, con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Ofreció la lata a Húmedo—. Son del número tres, señor. Muy suaves. Los hago yo mismo. Remedios naturales a base de ingredientes naturales, ese es mi estilo, señor. Hay que mantener los conductos despejados, señor, de otra manera se vuelven contra uno.

Húmedo sacó de la cajita una pastilla grande de color violeta y la olisqueó. Olía un poco a anís.

—Gracias, señor Ardite —dijo, pero por si aquello contaba como intento de soborno, añadió en tono severo—: El correo, señor Ardite... ¿Meter correo no entregado en cualquier sitio donde quepa no es manipulación indebida?

—Es más bien... retrasar la entrega, señor. Es solo... ralentizarla. Un poco. No es que lo hagamos con la intención de no entregarlo nunca, señor.

Húmedo contempló la expresión preocupada de Ardite. Tenía esa sensación de pisar arenas movedizas que sobreviene cuando te das cuenta de que el mundo de tu interlocutor solo está conectado por los pelos con el tuyo propio. No es un ermitaño, pensó, es más bien un náufrago, recluido en esta isla desierta que llamamos edificio mientras el mundo de fuera sigue adelante y toda la cordura se evapora.

—Señor Ardite, no querría, ya sabe, importunarlo ni nada parecido, pero ahí hay miles de cartas cubiertas por una gruesa capa de guano de paloma... —dijo lentamente.

—Pues mire, señor, en ese sentido las cosas no están tan mal como parece —dijo Ardite, e hizo una pausa para chupar ruidosamente su pastilla natural para la tos—. Es una cosa muy seca, el excremento de paloma, y forma una costra protectora muy dura encima de los sobres...

—¿Por qué están todas aquí, señor Ardite? —dijo Húmedo. Don de gentes, se recordó. No te está permitido zarandearlo.

El oficial de cartero rehuyó su mirada.

—Bueno, ya sabe cómo son esas cosas... —probó a decir.

—No, señor Ardite, creo que no lo sé.

—Bueno... puede que un cartero esté ocupado, que tenga la ronda completa, puede que sea la Vigilia de los Puercos, mucha correspondencia, ¿sabe?, y a lo mejor tiene encima al inspector con los horarios, así que tal vez ese cartero guarda media saca de cartas en un sitio seguro... pero con la intención de repartirlas, ¿eh? O sea, no es culpa de él que le sigan llegando, señor, llegándole más y más. Luego al día siguiente tiene una saca todavía más grande, porque no paran de llegar más y más, así que piensa: hoy también me guardaré unas cuantas, porque el jueves es mi día libre y entonces ya me pondré al día, pero lo que pasa es que para el jueves ya lleva más de un día de trabajo de retraso, porque no paran de llegar, y además está cansado, hecho polvo, así que se dice que pronto le tocan unos días de vacaciones, pero cuando llegan... bueno, hacia el final las cosas se pusieron muy feas. Hubo asuntos... desagradables. Habíamos ido demasiado lejos, señor, ese era el problema, nos habíamos esforzado demasiado. A veces las cosas fallan tanto que vale más dejarlas en paz que intentar recoger los pedazos. Vamos, ¿por dónde empieza uno?

—Creo que me hago a la idea —dijo Húmedo.

Está mintiendo, señor Ardite. Miente por omisión. No me lo está contando todo. Y lo que no me está contando es muy importante, ¿verdad? Yo he hecho del mentir un arte, señor Ardite, y usted solo es un aficionado con talento.

La cara de Ardite, ajena a aquel monólogo interior, se las apañó para sonreír.

—Pero el problema es que... ¿cuál es su nombre de pila, señor Ardite? —preguntó Húmedo.

—Toliverio, señor.

—Bonito nombre... lo que pasa, Toliverio, es que la imagen que me suscita su descripción es lo que, para establecer una comparación, yo denominaría un camafeo, mientras que todo esto... —Húmedo hizo un gesto de la mano que abarcaba el edificio y todo lo que contenía— es más bien un tríptico a gran escala que muestra escenas de la historia, la creación del mundo y la disposición de los dioses, con un techo de capilla a juego que retrata el glorioso firmamento y un boceto de una señora con una sonrisa rara para que no falte nada. Toliverio, creo que no está siendo usted sincero conmigo.

—Lo siento, señor —dijo Ardite, mirándolo con una especie de rebeldía nerviosa.

—Podría hacer que lo despidieran, ¿sabe? —dijo Húmedo, consciente de la estupidez que acababa de soltar.

—Podría, señor, podría usted intentarlo —dijo Ardite, en voz baja y despacio—. Pero soy lo único que tiene, aparte del chico. Y usted no sabe nada de la Oficina de Correos, señor. Ni de las Ordenanzas. Yo soy el único que sabe qué es lo que hay que hacer por aquí. No duraría usted ni cinco minutos aquí sin mí, señor. ¡Ni siquiera se encargaría de llenar los tinteros todos los días!

—¿Los tinteros? ¿Llenar los tinteros? —dijo Húmedo—. Pero si esto es solo un viejo edificio lleno de... de... ¡papel muerto! ¡No tenemos ningún cliente!

—Hay que tener los tinteros llenos, señor. Ordenanzas de la Oficina de Correos —dijo Ardite con voz de acero—. Hay que seguir las Ordenanzas, señor.

—¿Para qué? ¡Parece que ni aceptamos correo ni lo repartimos! ¡Estamos aquí sin hacer nada!

—No, señor, no estamos sin hacer nada —dijo Ardite en tono paciente—. Seguimos las Ordenanzas de la Oficina de Correos. Llenamos los tinteros, sacamos brillo al latón...

—¡No limpian la mierda de las palomas!

—Por raro que parezca, eso no figura en las Ordenanzas, señor —dijo el anciano—. La verdad, señor, es que ya nadie nos quiere. Ahora todo son clacs, los malditos clacs, clac clac clac. Ahora todo el mundo tiene una torre de clacs, señor. Es lo que se lleva. A la velocidad de la luz, dicen. ¡Ja! No tienen alma, señor, no tienen corazón. Los odio. Pero estamos listos, señor. Si nos llegara algo de correo, nos encargaríamos de él. Nos pondríamos en acción volando, señor, volando. Pero no nos llega.

—¡Pues claro que no! ¡Hace tiempo que esta ciudad sabe de sobra que llevar cartas a la Oficina de Correos es lo mismo que tirarlas a la basura!

—No, señor, se equivoca otra vez. Las guardamos todas, señor. Es a eso que nos dedicamos, señor. A dejar las cosas como están. Intentamos no perturbarlas, señor —dijo Ardite en voz baja—. Intentamos no perturbar nada.

La forma en que lo dijo hizo vacilar a Húmedo.

—¿A qué clase de «nada» se refiere? —quiso saber.

—Oh, nada, señor. Simplemente... nos andamos con cuidado.

Húmedo examinó la sala. ¿Acaso no parecía más pequeña? ¿Acaso las sombras no se habían vuelto más largas y profundas? ¿No había de repente una sensación de frío en el aire?

No, no la había. Pero estaba claro que se acababa de perder una oportunidad, en opinión de Húmedo. Empezaron a erizársele los pelos de la nuca. Húmedo había oído contar que se debía a que habían hecho a los hombres de los monos, y esto en concreto significaba que tenías un tigre detrás.

De hecho, detrás de él se encontraba el señor Pistón, simplemente plantado allí, con los ojos encendidos en más luz que la que ningún tigre había logrado nunca. Lo cual era peor. Los tigres no podían seguirle por el mar, y tenían que dormir.

Se rindió. El señor Ardite se había retraído a su pequeño y extraño mundo mohoso.

—¿Y a esto lo llama vida? —preguntó.

Por primera vez en la conversación, el señor Ardite lo miró abiertamente a los ojos.

—Mucho mejor que la muerte, señor —dijo.

\* \* \*

El señor Pistón siguió a Húmedo por el vestíbulo y salió tras él por las puertas principales, momento en el cual Húmedo se giró.

—Muy bien, ¿cuáles son las reglas de esto? —exigió saber—. ¿Es que me va a seguir a todas partes? ¡Ya sabe que no puedo correr!

—Se Le Permite El Desplazamiento Autónomo Dentro De La Ciudad Y Sus Alrededores —dijo el gólem con voz retumbante—. Pero Hasta Que Acabe De Instalarse, También Tengo Instrucciones De Acompañarle Para Protegerlo.

—¿De quién? ¿De alguien cabreado porque se perdió la carta de su bisabuelo?

—No Podría Decirle, Señor.

—Necesito un poco de aire fresco. ¿Qué pasó ahí dentro? ¿Por qué es tan... tétrico? ¿Qué le pasó a la Oficina de Correos?

—No Podría Decirle, Señor —replicó el señor Pistón plácidamente.

—¿No lo sabe? Pues esta es su ciudad —dijo Húmedo en tono sarcástico—. ¿Es que se ha pasado los últimos cien años encerrado en el fondo de un agujero?

—No, Señor Mustajen —dijo el gólem.

—¿Pues cómo es que no...? —empezó a decir Húmedo.

—Fueron Doscientos Cuarenta Años, señor Mustajen —dijo el gólem.

—¿El qué?

—El Tiempo Que Pase En El Fondo Del Agujero, Señor Mustajen.

—¿De qué está hablando? —preguntó Húmedo.

—Bueno, Del Tiempo Que Pasé En El Fondo Del Agujero, Señor Mustajen. Pistón No Es Mi Nombre, Señor Mustajen. Es Mi Tarea. Pistón. Pistón 19, Para Ser Precisos. Estaba En El Fondo De Un Agujero De Treinta Metros De Profundidad Y Bombeaba Agua. Durante Doscientos Cuarenta Años, Señor Mustajen. Pero Ahora Ambulo Libremente Bajo El Sol. Esto Es Mejor, Señor Mustajen. ¡Esto Es Mejor!

\* \* \*

Aquella noche Húmedo estaba acostado mirando el techo. Lo tenía a un metro de distancia. Colgada del mismo, un poco más allá, había una vela dentro de una lámpara de seguridad. Stanley había insistido en aquello, y no era de extrañar. Aquel lugar podía estallar como una bomba. Era el chico quien lo había acompañado hasta allá arriba; Ardite estaba enfurruñado en alguna parte. El anciano había tenido razón, maldita sea. Él necesitaba a Ardite. Ardite prácticamente era la Oficina de Correos.

Había sido un día duro y Húmedo no había dormido bien la noche anterior, por culpa de haber estado colgado boca abajo sobre el hombro del señor Pistón y recibiendo las coces esporádicas del caballo frenético.

Tampoco es que quisiera dormir aquí, los dioses lo sabían, pero ya no tenía ningún otro lugar donde alojarse, y de todas maneras los alojamientos escaseaban en aquella ciudad que hervía de actividad. El cuarto de las taquillas no le atraía, no, en absoluto. De manera que había terminado trepando al montón de cartas muertas acumuladas en lo que en teoría era su despacho. Tampoco era tan duro. Un hombre de mundo como él tenía que aprender a dormir en toda clase de situaciones, a menudo mientras lo buscaba una muchedumbre enardecida al otro lado de una simple pared. Por lo menos los montones de cartas estaban secos y eran cálidos y no llevaban armas afiladas.

El papel crujió debajo de él mientras intentaba ponerse cómodo. Por hacer algo, eligió una carta al azar; iba dirigida a un tal Antimonio Parker con domicilio en la calle Grupo de Presión n.° 1, y, al dorso, escrita con letras mayúsculas, había la inscripción S.C.U.B.A. La abrió con la uña; al tocarlo, el papel de dentro estuvo a punto de desintegrarse.

Mi queridísimo Timonio:

¡Sí! ¿Por qué iba una Mujer, Consciente del Gran Honor de que es Objeto, a Hacerse la Estrecha en una ocasión como esta? Sé que has hablado con Papá, y por supuesto que acepto ser la Esposa del más Amable, el más Maravi...

Húmedo echó un vistazo a la fecha de la carta. Había sido escrita hacía cuarenta y un años.

Él no solía tener tendencia a la introspección, que suponía un gran inconveniente en su línea de trabajo, pero ahora no pudo evitar preguntarse si (echó otro vistazo a la carta) «tu Agnatea que tanto te quiere» había terminado casándose con Antimonio, o si bien el romance había muerto en el cementerio de papel donde él estaba ahora.

Se estremeció y se guardó el sobre en la chaqueta. Tenía que preguntarle a Ardite qué quería decir S.C.U.B.A.

—¡Señor Pistón! —gritó.

Se oyó un leve retumbar procedente del rincón de la habitación donde el gólem estaba de pie sumergido en cartas hasta la cintura.

—¿Sí, Señor Mustajen?

—¿No hay manera de que cierre usted los ojos? No puedo dormir con un par de ojos rojos relucientes mirándome. Me... bueno, me viene de la infancia.

—Lo Siento, Señor Mustajen. Puedo Volverme de Espaldas.

—No servirá. Seguiría sabiendo que están ahí. Además, el resplandor se refleja en las paredes. Escuche, ¿adónde me iba a escapar?

El gólem pensó un momento en aquello.

—Me Quedaré En el Pasillo, Señor Mustajen —decidió, y empezó a vadear hacia la puerta.

—Hágalo —dijo Húmedo—. Y por la mañana quiero que encuentre usted mi dormitorio, ¿de acuerdo? Algunos de los despachos todavía tienen espacio cerca del techo. Puede meter las cartas ahí.

—Al Señor Ardite No Le Gusta Que Se Mueva El Correo Señor Mustajen —dijo el gólem con voz retumbante.

—El señor Ardite no es el director general de correos, señor Pistón. Yo sí.

Por los dioses, la locura se contagia, pensó Húmedo mientras el resplandor del gólem desaparecía en la oscuridad de afuera. Yo no soy el director general de correos, sino un pobre desgraciado que está siendo víctima de un estúpido... experimento. ¡Menudo lugar! ¡Menuda situación! ¿Qué clase de hombre pondría a un conocido criminal a cargo de una de las delegaciones importantes del gobierno? Aparte, por ejemplo, del votante medio.

Intentó encontrar la estrategia, la salida a todo aquello..., pero había una conversación que no paraba de darle tumbos en el interior del cerebro.

Imagínate un agujero de treinta metros de hondo y lleno de agua.

Imagínate la oscuridad. Imagínate, en el fondo del agujero, una figura de forma más o menos humana, que cada ocho segundos hace girar una manivela enorme dentro de esa oscuridad llena de remolinos.

Bombea... Bombea... Bombea...

Durante doscientos cuarenta años.

—¿Y no le importaba? —había preguntado Húmedo.

—¿Quiere Decir Si Albergué Resentimiento, Señor Mustajen? ¡Pero Si Estaba Realizando Un Trabajo Útil Y Necesario! Además, Tenía Mujas Cosas En Que Pensar.

—¿Al fondo de treinta metros de agua sucia? ¿Qué demonios tenía usted que pensar?

—En Bombear, Señor Mustajen.

Y luego, dijo el gólem, había llegado el cese, y una luz tenue, una plataforma que bajaba, un cierre de cadenas, un trayecto ascendente, la emergencia a un mundo de luz y color... y otros gólems.

Húmedo sabía algo de gólems. Los fabricaban cociendo arcilla, hacía miles de años, y les insuflaban vida metiéndoles una especie de pergamino en la cabeza, y nunca se deterioraban y trabajaban todo el tiempo. Los veías barrer, o bien hacer el trabajo pesado en aserraderos o fundiciones. A la mayoría no los veías nunca. Hacían girar las ruedas ocultas, en el subsuelo oscuro. Y ahí terminaba más o menos su interés por ellos. Eran, casi por definición, honrados.

Pero ahora los gólems se estaban liberando. Era la revolución más silenciosa y socialmente responsable de la historia. Eran propiedades, de manera que ahorraban y se compraban a sí mismos.

Y a fin de comprar su propia libertad, el señor Pistón limitaba seriamente la de Húmedo. Eso podía molestar mucho a cualquiera. La libertad no debería funcionar de esa manera, ¿verdad que no?

¡Por los dioses!, pensó Húmedo, volviendo a su realidad inmediata. No era de extrañar que Ardite estuviera todo el tiempo chupando caramelos para la tos, el polvo que había en aquel lugar era asfixiante.

Hurgó en el bolsillo y sacó la pastilla con forma de rombo que el anciano le había dado. Parecía bastante inofensiva.

Un minuto más tarde, después de que el señor Pistón entrara dando tumbos en la habitación y le diera una fuerte palmada en la espalda, la pastilla humeante se quedó pegada a la pared opuesta, donde por la mañana ya había disuelto una gran parte del yeso.

\* \* \*

El señor Ardite se tomó una cucharadita rasa de tintura de ruibarbo y pimienta de cayena para mantener abiertos los conductos, y comprobó que todavía tuviera el topo muerto alrededor del cuello para prevenir cualquier ataque repentino de los médicos. Todo el mundo sabía que los médicos te hacían enfermar, la cosa se caía por su propio peso. La solución siempre eran los remedios naturales, no una poción infernal hecha de los dioses sabían qué.

Chasqueó la lengua con gesto apreciativo. Esta noche también se había cambiado el azufre de los calcetines y ya notaba lo bien que le estaba sentando.

Dos faroles con velas brillaban en la oscuridad de terciopelo y papel de la oficina central de clasificación. La luz atravesaba el cristal exterior, que estaba lleno de agua para que la vela se apagara si caía al suelo; aquello hacía que los faroles parecieran las luces de algún pez abisal de los que vivían en las profundidades férreas y pobladas por calamares.

En la oscuridad se oyó un ruidito de gárgaras. Ardite puso el corcho a su frasco de elixir y volvió a su trabajo.

—¿Son llenos los tinteros, aprendiz de cartero Stanley?—declamó.

—Sí, oficial de cartero Ardite, llenos hasta una distancia de cuatro quintos de centímetro del tapón, tal como estipula la Regla C18 de las Prácticas Diarias de las Ordenanzas de Mostrador de la Oficina de Correos —dijo Stanley.

Se oyó un susurro cuando Ardite pasó las páginas de un libro enorme que tenía delante en un atril.

—¿Puedo ver la ilustración, señor Ardite? —pidió Stanley con avidez.

Ardite sonrió. Se había convertido en parte de la ceremonia y él siempre contestaba lo mismo:

—Muy bien, pero que sea la última vez. No conviene mirar demasiado a menudo la cara de un dios —dijo—. Ni ninguna otra parte.

—Pero si me dijo usted que antes había una estatua de oro de él en el vestíbulo, señor Ardite. La gente la debía de mirar todo el tiempo.

Ardite vaciló. Pero Stanley estaba en edad de crecer. Tarde o temprano iba a tener que enterarse.

—Bueno, creo que la gente no solía mirarle mucho la cara —dijo—. Miraban más bien... las alas.

—Las que tenía en el sombrero y en los tobillos —dijo Stanley—. Para poder llevar los mensajes volando a la velocidad de... los mensajes.

A Ardite le cayó una gotita de sudor de la frente.

—Sobre todo las del sombrero y los tobillos, sí —dijo—. Ejem, pero esas no eran las únicas.

Stanley observó el dibujo con atención.

—Ah, sí. Nunca me había fijado en esas otras. Tiene alas en...

—La hoja de parra —se apresuró a decir Ardite—. Así es como la llamamos.

—¿Por qué tiene una hoja ahí? —preguntó Stanley.

—Bueno, antiguamente todo el mundo la tenía, porque eran clásicos y tal —dijo Ardite, aliviado de estar alejándose del meollo de la cuestión—. Es una hoja de parra. Como las que hay en las vides.

—¡Ja, ja, han metido la pata, por aquí no crecen vides! —dijo Stanley, con el tono de quien señala el fallo de un dogma que lleva mucho tiempo vigente.

—Sí, chaval, muy bien, pero era una hoja de latón —dijo Ardite con paciencia.

—¿Y las alas? —preguntó el chico.

—Bueno, imagino que pensaron que cuantas más alas mejor —repuso Ardite.

—Sí, pero suponiendo que dejaran de funcionarle las alas del sombrero y las de los tobillos, lo sostendrían las...

—¡Stanley! ¡Solo es una estatua! ¡No te emociones! ¡Cálmate! No conviene... que se alteren.

Stanley agachó la cabeza.

—Me han estado... susurrando otra vez, señor Ardite —le confió en voz baja.

—Sí, Stanley. A mí también me susurran.

—Me acuerdo de la última vez, cuando hablaban en plena noche, señor Ardite —dijo Stanley con la voz temblorosa—. Cierro los ojos y no dejo de ver la escritura...

—Sí, Stanley. No te preocupes. Intenta no pensar en ello. Fue culpa del señor Pintalabios, que las molestó. Déjelo estar, les digo yo siempre. Pero nunca me hacen caso, ¿y qué pasa entonces? Que lo aprenden por las malas.

—Parece que fue ayer cuando aquellos agentes de la Guardia trazaron aquel contorno de tiza alrededor del señor Mutable —dijo Stanley, echándose a temblar—. ¡Él sí que lo aprendió por las malas!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —dijo Ardite, dándole palmaditas suaves en el hombro—. Las vas a despertar. Piensa en alfileres.

—¡Pero es una desgracia cruel, señor Ardite, que nunca vivan lo suficiente para hacerlo a usted maestro cartero!

Ardite se sorbió las narices.

—Va, déjalo de una vez. Eso no es importante, Stanley —dijo con una cara que parecía un trueno.

—Sí, señor Ardite, pero es usted un hombre viejísimo, y todavía no ha pasado de oficial de cart... —insistió Stanley.

—¡He dicho que ya basta, Stanley! Ahora levanta otra vez esa lámpara, ¿quieres? Bien. Eso está mejor. Voy a leer una página de las Ordenanzas, eso siempre las tranquiliza. —Ardite carraspeó—. Ahora voy a leer del Libro de Ordenanzas, Horarios de Entrega (Metropolitanos, excepto domingos y octingos) —anunció mirando el aire—. Dice así: «Las horas en que las cartas deben depositarse en las casetas de recepción de la ciudad para cada reparto dentro de las murallas de Ankh-Morpork son las siguientes: a las ocho de la noche para el primer reparto del día siguiente. A las ocho de la mañana para el segundo reparto. A las diez de la mañana para el tercer reparto. A las doce del mediodía para el cuarto reparto. A las dos de la tarde para el quinto reparto. A las cuatro de la tarde para el sexto reparto. A las seis de la tarde para el séptimo reparto». Estos son los horarios y yo los he leído. —Ardite agachó un momento la cabeza y luego cerró el libro bruscamente.

—¿Por qué estamos haciendo esto, señor Ardite? —preguntó Stanley con mansedumbre.

—Por la gibris esa —dijo el señor Ardite—. Eso fue. La gibris mató la Oficina de Correos. La gibris y la codicia y Jodido Estúpido Johnson y el Nuevo Piese.

—¿Pie, señor Ardite? ¿Qué tienen que ver los pies?

—No preguntes, Stanley. Es una cosa complicada y no tiene nada que ver con alfileres.

Apagaron las velas y se marcharon. Y después de que se marcharan, empezaron a oírse unos tenues susurros.

## 

## CAPÍTULO III

### Por nuestra mano o por la de nadie

Donde nuestro héroe descubre el mundo de los alfileres — El Apó'strofo del Verdulero — S.C.U.B.A — El Sendero del Destino — La Dama Gólem — Se Vuelve A Discutir El Negocio del Negocio y La Naturaleza de la Libertad — El secretario Brian muestra entusiasmo

—Hora De Levantarse, Señor Mustajen. ¡Su Segundo Día Como Director General De Correos!

Húmedo abrió un ojo legañoso y fulminó al gólem con la mirada.

—Ah, ¿o sea que también hace de despertador? —dijo—. Aargh. Mi lengua. La noto como si la tuviera pillada en una ratonera.

Medio rodó y medio gateó por el lecho de cartas y finalmente consiguió ponerse de pie justo delante de la puerta.

—Necesito ropa nueva —dijo—. Y comida. Y un cepillo de dientes. Voy a salir, señor Pistón. Y usted se queda aquí. Haga algo. Limpie este lugar. Deshágase de las pintadas de las paredes, ¿quiere? ¡Por lo menos podemos hacer que el sitio se vea limpio!

—¡Como Usted Diga, Señor Mustajen!

—¡Bien! —dijo Húmedo, y se dispuso a salir dando zancadas, pero solo llegó a dar una antes de soltar un chillido.

—Tenga Cuidado Con Su Tobillo, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón.

—¡Y otra cosa! —dijo Húmedo, saltando sobre una pierna—. ¿Cómo es que me puede seguir usted? ¿Cómo es posible que sepa dónde estoy?

—Por La Signatura Kármica, Señor Mustajen —respondió el gólem.

—¿Y puede saberse qué significa eso exactamente? —exigió saber Húmedo.

—Significa Que Sé Exactamente Dónde Está Usted, Señor Mustajen.

La cara de cerámica era impasible. Húmedo se rindió.

Salió cojeando a lo que, para aquella ciudad, era una mañana fresca y limpia. Por la noche había habido una pizca de escarcha, la justa para sazonar un poco el aire y abrirle el apetito. La pierna seguía doliéndole, pero por lo menos ya no le hacía falta llevar muleta.

Allí estaba Húmedo von Mustachen caminando por la ciudad. Era la primera vez que lo hacía. Lo había hecho el difunto Albert Relumbrón, y también Mundo Smith, y Edwin Streep y otra media docena de identidades que había adoptado y descartado. Sí, por dentro él siempre había sido Húmedo (menudo nombrecito, sí, se había tenido que oír todos los chistes posibles), pero por fuera habían estado ellos, interpuestos entre él y el mundo.

Edwin Streep había sido una obra de arte. Un trilero falto de confianza, que necesitaba llamar la atención. Se le daba tan patente y obviamente mal montar partidas amañadas de Encuentra a la Dama y realizar otras estafas callejeras que la gente se apiñaba haciendo cola para timar a aquel timador tan tonto, y todos se alejaban con una sonrisa en la boca... que duraba hasta que intentaban gastarse las monedas que tan deprisa habían acumulado.

La falsificación entraña un arte secreto, y Húmedo lo había descubierto: cuando la gente tenía prisa, o cuando se emocionaba, daba el último acabado a la falsificación con su propia codicia. Estaban tan ansiosos por quitarle el dinero a aquel tonto tan obvio que sus propias miradas añadían los pequeños detalles que no estaban del todo presentes en las monedas que tan deprisa se metían en el bolsillo. Lo único que había que hacer era insinuárselos.

Pero aquello no era más que el comienzo. Había víctimas que nunca llegaban a descubrir que les habían puesto monedas falsas en el monedero, y de esa manera revelaban al incompetente Streep en qué bolsillo lo llevaban guardado. Más tarde descubrían que tal vez Streep fuera un desastre con el mazo de naipes, pero también que aquella carencia quedaba más que compensada por su excepcional talento como ratero.

Ahora Húmedo se sentía como una gamba pelada. Tenía la sensación de haber salido desnudo a la calle. Y sin embargo, nadie se estaba fijando aún en él. No había gritos de «Eh, tú», ni tampoco de «¡Es él!». Solo era una cara más en la multitud. Se trataba de una sensación nueva y extraña. Era la primera vez en su vida que tenía que ser él mismo.

Lo celebró comprando un callejero del Gremio de Mercaderes y se tomó un café y un bocadillo de beicon mientras pasaba las páginas con dedos grasientos en busca del listado de bares. En él no apareció lo que andaba buscando, pero sí lo encontró en el listado de peluquerías, y sonrió al hacerlo. Daba gusto acertar.

También encontró una mención a la Tienda de Alfileres de Dave, allá arriba en un callejón de Hermanas Dolly, entre una casa de afecto negociable y un salón de masajes. Dave compraba y vendía alfileres a los alfilerófilos.

Húmedo se terminó el café con una expresión que quienes lo conocían bien, grupo que en realidad no incluía a nadie en absoluto, habrían asociado con la formación de un plan. Si iba a quedarse allí una temporada, se pondría cómodo.

Llegó paseando hasta el autodenominado «¡¡¡Hogar de la Acufilia!!!».

Fue como levantar una piedra al azar y descubrir todo un mundo nuevo. La Tienda de Alfileres de Dave era la típica tiendecita donde el propietario conoce a todos y cada uno de sus clientes por su nombre. El mundo de los alfileres era un mundo maravilloso. Se trataba de una afición que podía durar una vida entera. Húmedo se había enterado tras gastarse un dólar en Alfileres de J. Lanugo Buhonero, que al parecer era el texto definitivo sobre el tema. Todo el mundo tenía sus manías, admitió Húmedo, pero él no se sentía del todo cómodo entre gente que, si veía en la pared un póster de una modelo de lencería, se fijaba en la chincheta. Algunos de los clientes que ojeaban los estantes de libros (Deformaciones, puntas dobles y defectos de fábrica, Alfileres de Uberwald y Genua, Primero pasos en alfileres, Aventuras en Acufilia...) y miraban con codicia la colección de alfileres que había expuesta en una vitrina tenían una expresión tan intensa que lo asustó un poco. Se parecían algo a Stanley. «Cabezones de alfiler.» Eran todos hombres. Estaba claro que las mujeres no eran «cabezonas» por naturaleza

Encontró Alfiler total en el estante de abajo del todo. Tenía un aspecto sucio y casero, y la tipografía era diminuta y densa y le faltaban detalles nimios como los párrafos y, en muchos casos, la puntuación. La coma común y corriente había visto la expresión de Stanley y había decidido no perturbarlo.

Cuando Húmedo dejó la pequeña revista en el mostrador, el propietario de la tienda, un tipo enorme con barba, rastas, un alfiler atravesándole la nariz, una barriga cervecera perteneciente a otras tres personas y las palabras «Muerte o Alfileres» tatuadas en un bíceps, la cogió y volvió a tirarla sobre el mostrador con gesto despectivo.

—¿Está seguro, señor? —dijo—. Tenemos La revista mensual del alfiler, Nuevos alfileres, Alfileres prácticos, Alfileres modernos, Alfileres extra, Alfileres internacionales, Hablando de alfileres, Mundo del alfiler, El mundo de los alfileres, Alfileres del mundo, Alfileres y alfilererías... —Húmedo se distrajo un momento pero su atención regresó a tiempo para oír— La guía del acúfilo, Alfileres extremos, Stifte!, que viene de Uberwald y está muy bien si colecciona alfileres extranjeros, Empezar con los alfileres, que son fascículos, señor, y traen un alfiler nuevo todas las semanas, El Times del alfiler y —llegado a aquel punto el hombre le guiñó el ojo—, Alfileres clandestinos.

—Me he fijado en esa —dijo Húmedo—. Tiene muchas imágenes de mujeres jóvenes con ropa de cuero.

—Sí, señor. Pero para ser justos, las jóvenes suelen tener alfileres en las manos. Así pues... ¿sigue queriendo usted Alfiler total, eh? —preguntó, como si le estuviera dando a un tonto la última oportunidad para arrepentirse de su locura.

—Sí —dijo Húmedo—. ¿Qué tiene de malo?

—Oh, nada. Nada en absoluto. —Dave se rascó la barriga pensativo—. Es solo que su redactor jefe es un poco... un poco...

—¿Un poco qué? —quiso saber Húmedo.

—Bueno, para serle sincero, a nosotros nos parece que tiene una cosa rara con los alfileres.

Húmedo contempló la tienda.

—¿En serio? —dijo.

\* \* \*

Húmedo fue a un café cercano y hojeó la revista. Uno de sus talentos en su vida anterior había sido la capacidad de aprender lo justo de cualquier cosa para parecer un experto, por lo menos ante quienes no lo eran. Después regresó a la tienda.

Todo el mundo tenía sus resortes. El más común era la codicia. En la codicia siempre se podía confiar. Otras veces era el orgullo. Ese era el resorte de Ardite. Ansiaba desesperadamente un ascenso; se le veía en los ojos. Si encontrabas el resorte adecuado, el resto era pan comido.

Stanley, en cambio, Stanley... iba a ser fácil.

Dave el Grandullón estaba examinando un alfiler al microscopio cuando Húmedo llegó a la tienda. Ya casi debía de haber terminado la hora punta de las compras de alfileres, porque solo quedaban unos cuantos rezagados comiéndose con los ojos los alfileres de las vitrinas, o bien manoseando los libros de los estantes.

Húmedo se acercó con sigilo al mostrador y carraspeó.

—¿Sí, señor? —dijo Dave el Grandullón, levantando la vista de su trabajo—. Ya está de vuelta, ¿eh? ¿A que enganchan? ¿Ha visto alguna cosa que le guste?

—Un paquete de hojas preperforadas para alfileres y una bolsita variada de diez peniques, por favor —dijo Húmedo en voz bien alta. Los demás clientes levantaron un momento la vista mientras Dave cogía los artículos de sus estantes, y luego volvieron a bajarla.

Húmedo se inclinó por encima del mostrador.

—Me estaba preguntando —susurró en tono ronco— si no tendría usted algo un poco más... ya sabe... ¿afilado?

El grandullón se quedó mirándole con una estudiada expresión indefinida.

—¿A qué se refiere con «más afilado»?

—Ya sabe —dijo Húmedo. Carraspeó—. Más... puntiagudo.

Sonó la campanilla de la puerta mientras el último cliente, saciado de alfileres para un día, salía del establecimiento. Dave lo siguió con la mirada y luego devolvió su atención a Húmedo.

—Conque es usted un experto, ¿eh, señor? —dijo, guiñando el ojo.

—Un estudiante concienzudo —replicó Húmedo—. La mayoría de las cosas de aquí, pues...

—Los clavos no los toco —dijo Dave con brusquedad—. ¡No los quiero en mi tienda! ¡Tengo que pensar en mi reputación! Aquí entran niños, ¿sabe usted?

—¡No, no! ¡Lo mío son los alfileres y nada más! —se apresuró a aclarar Húmedo.

—Bien —dijo Dave, relajándose—. Resulta que tal vez tenga un par de artículos para coleccionistas de verdad. —Señaló con la cabeza una cortina de cuentas que había al fondo de la tienda—. No puedo tenerlo todo a la vista, y menos cuando vienen chavales, ya sabe cómo es esto...

Húmedo cruzó tras él la ruidosa cortina y entró en el cuartito diminuto y abarrotado que había al otro lado, donde Dave, después de echar un vistazo a su alrededor con aire conspirador, sacó una cajita negra de un estante y la abrió debajo de las narices de Húmedo.

—No es algo que se encuentre todos los días, ¿eh?

Caray, si es un alfiler, pensó Húmedo, pero dijo «¡Uau!» en un tono bien construido de sorpresa genuina.

Unos minutos después salió de la tienda refrenando el impulso de subirse el cuello de la chaqueta. Aquel era el problema de ciertos tipos de locura. Que te podían sobrevenir en cualquier momento. ¡Al fin y al cabo, se acababa de gastar setenta dólares en un maldito alfiler!

Se quedó mirando los paquetitos que tenía en la mano y suspiró. Al meterlos con cuidado en el bolsillo de la chaqueta, su mano tocó un papel.

Ah, sí, la carta de S.C.U.B.A. Estaba a punto de devolverla al bolsillo cuando vislumbró por azar el vetusto letrero que había en la acera de enfrente: calle Grupo de Presión. Y al bajar la vista también vio, encima de la primera tienda del estrecho callejón, lo siguiente:

Nº. 1 A. PARKER E HIJO'S

VERDULERÍA

FRUTA'S Y VERDURA'S DE PRIMERA

Bueno, ¿por qué no hacer el reparto? ¡Ja! Él era el director de correos, ¿verdad? ¿Qué daño podía hacer?

Se metió en la tienda. Un hombre de mediana edad estaba introduciendo zanahorias frescas, o posiblemente zanahoria's, en la vida de una mujer corpulenta que tenía una bolsa de la compra muy grande y verrugas peludas.

—¿El señor Antimonio Parker? —pregunto Húmedo en tono urgente.

—En'seguida voy, s'eñor, déjeme que... —empezó a decir el hombre.

—Solo necesito saber si es usted el señor Antimonio Parker, nada más —dijo Húmedo.

La mujer se volvió para fulminar al intruso con la mirada, y Húmedo le dedicó una sonrisa tan encantadora que ella se sonrojó y por un momento deseó haberse maquillado ese día.

—E's mi padre —dijo el verdulero—. E'stá en el patio, bregando con un repollo com'plicado.

—Esto es de él —dijo Húmedo—. Reparto de correos.

Dejó el sobre encima del mostrador y salió de la tienda a toda prisa.

El tendero y la clienta se quedaron mirando el sobre de color rosa.

—¿S.C.U.B.A.? —dijo el señor Parker.

—Oooh, eso me llena de recuerdos, señor Parker —dijo la mujer—. En mi época firmábamos así en las cartas cuando estábamos cortejando. ¿No lo hacían ustedes? Quiere decir «Sellado Con Un Beso Amoroso». Estaban S.C.U.B.A. y L.A.N.C.R.E. y también... —bajó la voz y soltó una risita— K.L.A.T.C.H., por supuesto. ¿Se acuerda?

—Todo e'so yo no lo he vivido, s'eñora Buencuerpo —dijo el verdulero, envarado—. Y s'i implica que haya hombre's jóvenes que le manden s'obres rosa's a mi padre donde pone s'cuba, doy gracias por ello. Corren nuevo's tiempo's, ¿eh? —Se giró y levantó la voz—. ¡Padre!

\* \* \*

Bueno, pues ya había hecho la buena acción del día, pensó Húmedo. O por lo menos una acción.

Daba la impresión de que el señor Parker había conseguido adquirir algunos hijos, de una manera u otra. Pese a todo, resultaba... raro pensar en todas las cartas que había amontonadas en aquel viejo edificio. Podías imaginártelas como pequeños paquetitos de historia. Si se repartían, la historia avanzaba en un sentido. Pero si se dejaban caer en las rendijas de los tablones del suelo, avanzaba en otro.

Ja. Negó con la cabeza. ¡Como si una decisión diminuta tomada por alguien sin importancia pudiera cambiar tanto las cosas! La historia tenía que ser un poco más resistente. Al final todo volvía a su cauce, ¿verdad? Estaba seguro de haber leído algo parecido en alguna parte. De no ser así, nadie se atrevería nunca a hacer nada.

Se quedó plantado en la placita donde se juntaban ocho calles y decidió irse a casa por la calle del Mercado. Era un camino tan bueno como cualquier otro.

\* \* \*

Después de asegurarse de que tanto Stanley como el gólem estaban ocupados con las montañas de cartas, el señor Ardite se alejó con sigilo por el laberinto de pasillos. Había fajos de cartas amontonados hasta tan arriba y a tanta presión que a duras penas consiguió abrirse paso entre ellos, pero por fin encontró el hueco del viejo ascensor hidráulico, que llevaba mucho tiempo en desuso. Ahora el hueco estaba rellenado con cartas.

Sin embargo, la escalerilla de mantenimiento seguía despejada, y por lo menos aquella llegaba hasta el tejado. Por supuesto, también estaba la escalera de incendios del exterior, pero estaba en el exterior y a Ardite ya normalmente no le entusiasmaba salir del edificio. Habitaba la Oficina de Correos como si fuera un caracol muy pequeño dentro de una concha muy grande. Estaba acostumbrado a la penumbra.

Ahora, lenta y dolorosamente, con las piernas temblando, subió dejando atrás piso tras piso atiborrado de correo y, al llegar arriba del todo, empujó la trampilla para abrirla.

Parpadeó y se estremeció bajo la desacostumbrada luz del sol y se aupó hasta la azotea.

Aquello no era algo que le gustara, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Stanley comía como un pajarito y Ardite subsistía principalmente a base de té y galletas, pero todo costaba dinero, por mucho que recorrieras los mercados a la hora de cerrar, y en algún momento del pasado, hacía décadas, había dejado de llegar la paga. A Ardite le había dado demasiado miedo ir hasta palacio para averiguar por qué. Tenía miedo de que si pedía dinero fueran a echarlo. Así que había empezado a alquilar el viejo palomar. ¿Qué tenía de malo? Ya hacía años que todas las palomas se habían unido a sus congéneres silvestres y en aquella ciudad no se podía hacer ascos a un cobertizo decente, por mucho que oliera un poquillo. Tenía salida de incendios exterior y todo. Comparado con la mayoría de los alojamientos, era un palacete.

Además, a aquellos chavales no les importaba el olor, decían. Eran aficionados a las palomas. Ardite no estaba seguro de qué implicaba aquello, salvo que tenían que usar una pequeña torre de clacs para aficionarse a ellas como era debido. Pero pagaban, que era lo importante.

Esquivó el enorme depósito de agua de lluvia que había hecho funcionar el antiguo ascensor, se metió caminando de lado entre los tejados hasta llegar al cobertizo y llamó educadamente a la puerta.

—Soy yo, muchachos. Vengo a por el alquiler —dijo.

Alguien abrió la puerta y Ardite oyó un fragmento de la conversación:

—... los varillajes no lo aguantarán más de treinta segundos...

—Ah, señor Ardite, pase —dijo el hombre que le había abierto la puerta. Se trataba del señor Carlton, el que tenía una barba que enorgullecería a un enano, o mejor dicho, a dos enanos. Parecía más sensato que los otros dos, aunque eso no era difícil.

Ardite se quitó el sombrero.

—Vengo a por el alquiler —repitió, echando un vistazo a lo que había detrás de Carlton—. También tengo una noticia. Se me ha ocurrido que sería mejor mencionároslo, muchachos: tenemos un nuevo director general. Si podéis andaros con un poco de cuidado una temporadita... A buen entendedor pocas palabras le bastan, ¿eh?

—¿Y cuánto tiempo va a durar este? —preguntó un hombre que estaba sentado en el suelo, trabajando en un tambor grande de metal lleno de algo que al señor Ardite le parecieron mecanismos de relojería muy complicados—. Para el sábado ya lo habrá empujado usted desde el tejado, ¿eh?

—Venga, venga, señor Winton, no hace falta que se burle usted de mí de esa manera —dijo Ardite en tono nervioso—. Cuando el nuevo director lleve unas cuantas semanas aquí y se haya acomodado, ya le... dejaré caer que están por aquí, ¿de acuerdo? ¿Las palomas están todas bien? —Recorrió el palomar con la mirada. Solo había una paloma a la vista, encogida en lo alto de un rincón.

—Ahora mismo han salido a ejercitarse —dijo Winton.

—Ah, ya. Pues nada más, entonces —dijo Ardite.

—De todas formas, ahora mismo nos interesan un poco más los pájaros carpinteros —añadió Winton, sacando una barra de metal doblada del tambor—. ¿Lo ves, Alex? Te lo dije, está doblada. Y hay dos engranajes al descubierto...

—¿Pájaros carpinteros? —preguntó Ardite.

La temperatura descendió un poco, como si acabara de decir algo que no debía.

—Eso mismo, pájaros carpinteros —dijo una tercera voz.

—¿Pájaros carpinteros, señor Emery?

El tercer colombófilo siempre ponía nervioso a Ardite. Era porque nunca paraba de mover los ojos, como si intentara verlo todo al mismo tiempo. Y siempre tenía en la mano un tubo del que salía humo o alguna otra pieza de maquinaria. Bien pensado, todos ellos parecían muy interesados en los tubos y las ruedas dentadas. Por raro que pareciera, Ardite nunca los había visto con una paloma en la mano. Él no sabía cómo se aficionaba uno a las palomas, pero siempre había dado por sentado que se tenía que hacer de cerca.

—Sí, pájaros carpinteros —dijo el hombre, mientras el tubo que sostenía pasaba del color rojo al azul—. Porque... —y llegado ese punto pareció que se detenía a pensar un momento— estamos intentando comprobar si se les puede enseñar a... ah, sí... tabletear el mensaje cuando lleguen a su destino, ¿entiende? Mucho mejor que las palomas mensajeras.

—¿Por qué? —preguntó Ardite.

El señor Emery se quedó un momento contemplando el mundo entero.

—Porque... ¿pueden entregar mensajes a oscuras? —dijo.

—Así me gusta —murmuró el hombre que estaba desmantelando el tambor.

—Ah, eso podría ser crucial, ahora me doy cuenta —dijo Ardite—. ¡Pero no me lo imagino haciendo morder el polvo a los clacs!

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo Winton.

—Pero le estaríamos muy agradecidos si no le comentara esto a nadie —se apresuró a decir Carlton—. Aquí tiene sus tres dólares, señor Ardite. No queremos que nadie nos robe la idea ¿sabe?

—Mis labios están sellados, muchachos —dijo Ardite—. No os preocupéis. Podéis confiar en Ardite.

Carlton aguantaba la puerta abierta para que saliera.

—Sabemos que podemos. Adiós, señor Ardite.

Ardite oyó que se cerraba la puerta mientras cruzaba otra vez el tejado. Le dio la impresión de que estaba empezando una discusión dentro del cobertizo; oyó que alguien decía: «¿Para qué le tenías que decir eso?».

Le dolió un poco que alguien pensara que no se podía confiar en él. Y mientras descendía por la larga escalerilla, Ardite se preguntó si tal vez tendría que haberles comentado que los pájaros carpinteros no volaban en la oscuridad. Era asombroso que unos chavales tan listos como aquellos no hubieran caído en la cuenta de ese fallo. Pensó que eran un poco crédulos.

\* \* \*

Treinta metros más abajo y a una distancia de cuatrocientos metros en línea recta y a vuelo diurno de pájaro carpintero, Húmedo seguía el sendero del destino.

En ese momento lo llevaba por un vecindario situado en el lado malo de cualquier frontera en cuyo lado bueno uno confiaría en adquirir su propiedad. Había pintadas y basura por todas partes. Bueno, era cierto que las había por la ciudad entera, pero en otros barrios la basura era porquería de mejor calidad y las pintadas se acercaban más a no tener faltas de ortografía. Toda aquella zona estaba esperando a que pasara algo, como por ejemplo un incendio terrible.

Y entonces vio el lugar. Era una de esas tiendecitas penosas que albergan negocios cuya vida se mide en días, como «¡¡¡Ofertas de Escándalo!!!» de calcetines con dos talones cada uno, medias con tres piernas y camisas con una sola manga de metro cincuenta. El escaparate estaba tapado con tablones, pero por debajo de las pintadas que lo cubrían todo acertaba a distinguirse el letrero: LA FUNDACIÓN DEL GÓLEM.

Húmedo abrió la puerta. Los cristales rotos crujieron bajo sus pies.

—¡Las manos donde pueda verlas, amigo! —exclamó una voz.

Levantó las manos muy despacio mientras escudriñaba la oscuridad. Parecía haber una figura sumida en la penumbra que blandía, sin duda alguna, una ballesta. La poca luz que conseguía colarse entre los tablones se reflejaba en la punta de la flecha.

—Oh —dijo la voz de la oscuridad, como si la fastidiara un poco no tener excusa para disparar a alguien—. Muy bien, pues. Tuvimos visitas anoche.

—¿Lo del escaparate? —preguntó Húmedo.

—Suele pasar una vez al mes. Ahora mismo lo estaba barriendo. —Se oyó raspar una cerilla y una lámpara se encendió—. No suelen atacar a los propios gólems, y menos ahora que hay algunos liberados. Pero el cristal no presenta batalla.

La lámpara brilló con más fuerza, revelando a una joven alta que llevaba un vestido ajustado de lana gris, con el pelo azabache tan pegado a la cabeza como el de una muñeca de palo y recogido en un moño prieto en la parte de atrás. Tenía una rojez en los ojos que sugería que había estado llorando.

—Tiene suerte de encontrarme aquí —dijo ella—. Solo he entrado para asegurarme de que no hayan robado nada. ¿Viene usted a vender o a contratar? Ya puede bajar las manos —añadió, guardando la ballesta debajo del mostrador.

—¿A vender o a contratar? —repitió Húmedo, bajando las manos despacio.

—Un gólem —dijo ella, con voz de estar hablando a alguien corto de luces—. Somos la Fun-da-ción del Gó-lem. Compramos gó-lems o los ofrecemos en contrato. ¿Quiere usted vender un gó-lem o contratar un gó-lem?

—Nin-gu-na de las dos co-sas —dijo Húmedo—. Ya tengo un gó-lem. O sea, hay uno que tra-ba-ja para mí.

—¿En serio? ¿Dónde? —preguntó la mujer—. Y podemos acelerar un poco las cosas, creo yo.

—En la Oficina de Correos.

—Ah, Pistón 19 —dijo ella—. Nos dijo que estaba de funcionario público.

—Nosotros lo llamamos señor Pistón —dijo Húmedo en tono remilgado.

—¿En serio? Y cuando lo llaman así, ¿tienen ustedes una maravillosa y cálida sensación de estar siendo caritativos?

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —dijo Húmedo, perplejo. No estaba seguro de si ella se las estaba ingeniando para burlarse de él por detrás de su ceño fruncido.

La mujer suspiró.

—Lo siento, esta mañana estoy un poco irritable. Es lo que pasa cuando te aterriza un ladrillo en el escritorio. Digamos que ellos no ven el mundo de la misma manera que nosotros, ¿de acuerdo? Tienen sentimientos, a su manera, pero no son como los nuestros. En fin, ¿cómo puedo ayudarle, señor...?

—Von Mustachen —dijo Húmedo, y añadió—: Húmedo von Mustachen —para terminar con lo peor.

Pero ella ni siquiera sonrió.

—Mustachen, un pueblecito del Uberwald Próximo —dijo, recogiendo un ladrillo de entre los cristales rotos y los escombros que había sobre su escritorio, examinándolo con ojo crítico y por fin volviéndose hacia el vetusto archivador que tenía detrás y archivándolo en la L—. Principal exportación: sus famosos perros, por supuesto, y la segunda más importante es su cerveza, salvo durante las dos semanas de la Sektoberfest, cuando exporta... ¿cerveza de segunda mano, probablemente?

—No lo sé. Nos fuimos de allí cuando yo era niño —explicó Húmedo—. Lo único que representa para mí es un nombre gracioso.

—Pues debería probar a llamarse Adora Belle Buencorazón —dijo la mujer.

—Ese nombre no es gracioso —dijo Húmedo.

—Pues no —respondió Adora Belle Buencorazón—. Ya no me queda sentido del humor. Pero bueno, ahora que nos hemos tratado de forma apropiadamente humana, ¿qué era exactamente lo que quería?

—Escuche, se podría decir que Vetinari me ha endilgado al señor... a Pistón 19 como... ayudante, pero no sé cómo tratar a esa... —Húmedo buscó en los ojos de la mujer alguna pista del término políticamente correcto, y se decidió por— persona.

—¿Eh? Pues trátelo con normalidad.

—¿Quiere decir como se trata normalmente a los seres humanos o como se trata normalmente a los hombres de cerámica rellenos de fuego?

Para asombro de Húmedo, Adora Belle Buencorazón sacó un paquete de cigarrillos de un cajón del escritorio y encendió uno. Ella malinterpretó su expresión y le ofreció el paquete.

—No, gracias —dijo él, rechazándolo con un gesto de la mano.

Aparte de alguna que otra anciana con pipa, era la primera vez que veía fumar a una mujer. Resultaba... extrañamente atractivo, sobre todo a la vista de que se fumaba los cigarrillos como si les tuviera resentimiento, absorbiendo el humo y expulsándolo casi de inmediato.

—Y le está empezando a dar mala espina el asunto, ¿verdad? —dijo ella. Cuando la señorita Buencorazón no estaba fumando sostenía el cigarrillo a la altura del hombro, con la mano derecha cerrada en torno al codo izquierdo. Adora Belle Buencorazón producía la clara sensación de tener una tapa que contenía precariamente un pozo gigantesco de furia interior.

—¡Sí! Me refiero... —empezó a decir Húmedo.

—¡Ja! Es como la Campaña de Estaturas Igualitarias y todas esas memeces paternalistas que sueltan sobre los enanos y por qué no tenemos que usar expresiones como «andarse con pequeñeces» o «comprar a la baja». Los gólems no tienen esas preocupaciones nuestras de «quién soy yo y por qué estoy aquí» porque ellos lo saben de sobra. Los fabricaron para ser herramientas, para ser propiedades, para trabajar. Y se dedican a trabajar. En cierta manera, el trabajo es lo que son. Fin de la angustia existencial.

La señorita Buencorazón inhaló y expulsó el humo con un solo movimiento nervioso.

—Y luego están los idiotas que van por ahí llamándolos «personas de arcilla» y «señor Llave de Tuerca» y cosas por el estilo, que a ellos les resultan bastante raras. Ellos entienden el libre albedrío. Y también entienden que no lo tienen. Pero fíjese, en cuanto un gólem es propietario de sí mismo, entonces todo cambia.

—¿Propietario? ¿Cómo puede algo ser propiedad de sí mismo? —preguntó Húmedo—. Acaba de decir usted que...

—¡Ahorran y se compran a sí mismos, por supuesto! La plena propiedad es el único camino a la libertad que aceptan. En realidad, lo que pasa es que los gólems libres sufragan la Fundación, la Fundación compra gólems siempre que puede y esos gólems nuevos se compran a sí mismos a la Fundación a precio de coste. Está funcionando bien. Los gólems libres se dedican a ganar dinero veinticuatro horas al día y ocho días por semana, y cada vez son más. Ni comen ni duermen ni llevan ropa ni entienden el concepto de ocio. Un tubo de cemento para cerámica de vez en cuando no cuesta mucho dinero. Ahora cada mes están comprando más gólems, y pagándome el sueldo, además del alquiler injusto que les cobra el casero de este antro porque sabe que se lo está alquilando a unos gólems. Ellos no se quejan nunca, ¿sabe? Pagan lo que sea que les piden. Son tan pacientes que pueden sacarte de tus casillas.

Un tubo de cemento para cerámica, pensó Húmedo. Intentó retener aquella idea por si acaso le pudiera resultar útil, pero algunos de sus procesos mentales estaban copados por la conciencia cada vez mayor de lo guapas que podían estar algunas mujeres con un vestido severo y sobrio.

—Pero no se les puede hacer daño, ¿verdad que no? —consiguió decir.

—¡Pues claro que sí! Un mazazo en el sitio apropiado puede dejarlos para el arrastre. Los gólems que son propiedad de otros se quedarían allí plantados y lo encajarían. Pero a los gólems de la Fundación se les permite defenderse, y cuando alguien que pesa una tonelada te quita un mazo de la mano lo mejor que puedes hacer es soltarlo tan deprisa como puedas.

—Creo que al señor Pistón se le permite pegar a la gente —dijo Húmedo.

—Es muy posible. Muchos de los libres se oponen, pero otros dicen que no se puede culpar a una herramienta del uso que se le da —dijo la señorita Buencorazón—. Lo debaten mucho. Se pasan días debatiéndolo.

No lleva anillos en los dedos, se fijó Húmedo. ¿Qué clase de mujer atractiva trabaja para una panda de hombres de barro?

—Todo esto es fascinante —dijo él—. ¿Dónde puedo averiguar más cosas?

—Editamos un folleto —dijo la casi-seguro-que-señorita Buencorazón, que abrió un cajón y dejó un fino librito sobre el mostrador—. Son cinco peniques.

El título de la portada era Arcilla común.

Húmedo dejó un dólar sobre la mesa.

—Quédese el cambió —dijo.

—¡No! —exclamó la señorita Buencorazón, buscando monedas en el cajón—. ¿Es que no ha leído lo que pone encima de la puerta?

—Sí. Pone «Muerte ha estos ijoputas» —dijo Húmedo.

La señorita Buencorazón se llevó una mano fatigada a la frente.

—Ah, sí. El pintor todavía no ha venido. Pero debajo de eso... mire, lo pone en el dorso del folleto...

IMAGE

leyó Húmedo, o por lo menos lo miró.

—Es uno de sus idiomas —dijo ella—. Es todo un poco... místico. Se dice que lo hablan los ángeles. La traducción sería: «Por Nuestra Mano O Por La De Nadie». Son ferozmente independientes. No tiene usted ni idea.

Ella los admira, pensó Húmedo. Uau. Y lo de los ángeles...

—Bueno, gracias —dijo—. Será mejor que me marche. Le aseguro que voy a... bueno, gracias de todas maneras.

—¿A qué se dedica en la Oficina de Correos, señor Von Mustachen? —preguntó la mujer mientras él abría la puerta.

—Llámeme Húmedo —dijo Húmedo, y una parte de su yo interior se estremeció—. Soy el nuevo director general de correos.

—¿En serio? —dijo la señorita Buencorazón—. Entonces me alegro de que tenga con usted a Pistón 19. Los últimos directores de correos no duraron mucho, por lo que tengo entendido.

—Creo que he oído algo de eso —dijo Húmedo en tono jovial—. Parece que en los viejos tiempos las cosas estaban bastante mal.

A la señorita Buencorazón se le arrugó el ceño.

—¿Los viejos tiempos? —dijo—. ¿El mes pasado son los viejos tiempos?

\* \* \*

Lord Vetinari estaba asomado a su ventana. Antaño su despacho había tenido unas vistas maravillosas de la ciudad, y en teoría seguía teniéndolas, aunque ahora el horizonte de tejados se había convertido en un bosque de torres de clacs que parpadeaban y centelleaban bajo el sol. En el Tump, la vieja colina del castillo al otro lado del río, la torre grande, situada a un extremo del Gran Tronco que serpenteaba por más de tres mil kilómetros del continente hasta llegar a Genua, bullía de señales resplandecientes.

Resultaba agradable ver la savia del comercio y los intercambios y la diplomacia circulando con aquella fluidez, sobre todo teniendo en nómina a unos secretarios con un talento tan excepcional para descifrar códigos. Cambiando del blanco al negro durante el día, y encendiendo y apagando luces de noche, los postigos solo se detenían en caso de niebla o nieve.

Por lo menos había sido así hasta los últimos meses. Vetinari suspiró y regresó a su escritorio.

Había un expediente abierto. Contenía un informe del comandante Vimes de la Guardia de la Ciudad, lleno de signos de exclamación. También contenía un informe más ponderado del secretario Alfred, y lord Vetinari había trazado un círculo alrededor de la sección que llevaba por título «El Gnu Humeante».

Alguien llamó suavemente a la puerta y el secretario Drumknott entró como un fantasma.

—Los caballeros de la compañía de torres de señales Gran Tronco están todos aquí, señor —dijo. Dejó sobre la mesa varias hojas de papel cubiertas de líneas diminutas e intrincadas. Vetinari echó un somero vistazo a la taquigrafía.

—¿Charloteo ocioso? —dijo.

—Sí, milord. Se puede decir que excesivamente ocioso. Pero estoy seguro de que la boquilla del tubo parlante resulta invisible en medio del enlucido de la pared, milord. Está escondida con gran astucia dentro de un querubín dorado, señor. El secretario Brian la ha incorporado al cuerno de la abundancia del querubín, que al parecer recoge más sonidos y se puede hacer girar para orientarla adonde...

—No hay que ver las cosas para saber que están ahí, Drumknott. —Vetinari dio unos golpecitos en el papel—. Esos hombres no son tontos. Bueno, por lo menos algunos de ellos. ¿Tiene usted los expedientes?

La cara pálida de Drumknott mostró por un momento la expresión angustiada de quien se ha visto obligado a traicionar los elevados principios de la clasificación en archivos.

—En cierto sentido, milord. En realidad no tenemos nada sustancial sobre ninguna de las alegaciones, esa es la verdad. Estamos celebrando un concludium en la Galería Alargada, pero me temo que no tenemos más que habladurías, señor. Hay... indicios, aquí y allí, pero la verdad es que nos haría falta algo más sólido...

—Ya se presentará la oportunidad —dijo Vetinari.

Ser gobernante absoluto en los tiempos que corrían no era tan simple como pensaba la gente. O por lo menos no lo era si tus ambiciones incluían seguir siendo gobernante absoluto mañana. Todo eran sutilezas. Oh, podías ordenar a tus hombres que tiraran puertas abajo y que arrastrasen a la gente a las mazmorras sin juicio previo, pero abusar de esa clase de cosas carecía de estilo, y además era malo para los negocios, adictivo y muy, muy peligroso para la salud. Un tirano con cerebro, opinaba Vetinari, lo tenía mucho más difícil que un gobernante ascendido al poder mediante algún estúpido sistema de «hazte rico con tu voto» como la democracia. Por lo menos un gobernante de esta clase siempre les podía echar en cara a la gente que su presencia era culpa de ellos.

—... normalmente en un momento así no habríamos abierto expedientes individuales. —Drumknott seguía dándole vueltas al asunto—. Verá, me habría limitado a registrarlos diariamente en el...

—Su preocupación, como siempre, resulta ejemplar —lo interrumpió Vetinari—. No obstante, veo que sí ha preparado unas carpetas.

—Sí, milord. He incluido algunas copias del análisis que hizo el secretario Harold de la producción porcina en Genua, señor. —Drumknott puso cara de infelicidad al entregarle las carpetas. La clasificación deliberadamente errónea le pasaba las uñas por la mismísima pizarra del alma.

—Muy bien —dijo Vetinari. Las dejó sobre su escritorio, sacó otra carpeta de un cajón para colocarla encima y movió otros papeles para cubrir el montoncito—. Ahora, por favor, haga pasar a nuestras visitas.

—Viene con ellos el señor Slant, milord —dijo el secretario.

Vetinari le dedicó aquella sonrisa lúgubre suya.

—Qué sorpresa.

—Y el señor Asidor D'Oropel —añadió Drumknott, observando con atención a su señor.

—Por supuesto —dijo Vetinari.

Cuando entraron los financieros, unos minutos más tarde, la mesa de conferencias situada en un extremo de la sala ya estaba despejada y reluciente, salvo por un cuaderno y la pila de expedientes. Vetinari volvía a estar de pie frente a la ventana.

—Ah, caballeros. Qué amable de su parte asistir a esta pequeña charla —dijo—. Estaba disfrutando del paisaje.

Se giró de golpe para afrontar una hilera de caras desconcertadas, a excepción de dos. Una de ellas era gris y pertenecía al señor Slant, que era el abogado de más renombre de la ciudad, el más caro y ciertamente el más viejo. Llevaba muchos años siendo un zombi, aunque por lo visto el cambio de hábitos entre su vida y su muerte no había sido demasiado pronunciado. La otra cara pertenecía a un hombre con un ojo, un parche negro y una sonrisa de tigre.

—Resulta particularmente refrescante ver el Gran Tronco operativo de nuevo —dijo Vetinari, haciendo caso omiso de aquella cara—. Tengo entendido que ayer estuvo todo el día cerrado. Ahora mismo estaba pensando que era una lástima, con lo vital que se ha vuelto para todos nosotros el Gran Tronco, y también es lamentable que solo haya uno. Por desgracia, tengo entendido que la financiación del Nuevo Tronco se ha venido abajo, lo cual, por supuesto, deja al Gran Tronco operando en todo su esplendor solitario y a la compañía de ustedes, caballeros, sin competencia alguna. Oh, pero ¿dónde tengo la cabeza? Por favor, tomen asiento, caballeros.

Dedicó otra sonrisa amigable al señor Slant mientras este se sentaba.

—Creo que no conozco a todos estos caballeros —dijo el patricio.

El señor Slant suspiró.

—Milord, permítame que le presente al señor Verdejamón de Ankh-Sto Asociados, que es tesorero de la Compañía Gran Tronco, al señor Nuezmoscada de Inmuebles Llanuras Sto, al señor Fritábano del Banco de Crédito Mercantil de Ankh-Morpork, el señor Stowley de Ankh Futuros (Asesores Financieros) y al señor D'Oropel...

—... que va por cuenta propia —dijo tranquilamente el hombre tuerto.

—Ah, el señor Asidor D'Oropel —dijo Vetinari, mirándolo directamente—. Me... alegro mucho de conocerlo por fin.

—No viene usted a mis fiestas, milord —dijo D'Oropel.

—Tiene que disculparme. Los asuntos de estado me ocupan mucho tiempo —dijo lord Vetinari con brusquedad.

—Todos tendríamos que encontrar tiempo para relajarnos, milord. Como se suele decir, el trabajo mata al asno, pero no mata al amo.

Varios de los congregados contuvieron la respiración al oír aquello, pero Vetinari se limitó a poner cara de palo.

—Interesante —comentó.

Hojeó los expedientes y abrió uno.

—A ver, mis empleados me han preparado unas notas, basadas en información públicamente disponible en la Barbacana —le dijo al abogado—. Los cargos directivos, por ejemplo. Por supuesto, el misterioso mundo de las finanzas es como un libro de contabilidad cerrado para mí, jajá, pero sí me he llevado la impresión de que algunos de sus clientes trabajan, por decirlo de alguna manera, los unos para los otros.

—¿Sí, milord? —dijo Slant.

—¿Eso es normal?

—Oh, es bastante habitual que la gente que es experta en algún campo concreto forme parte del consejo de varias empresas, milord.

—¿Aunque las empresas sean rivales? —insistió Vetinari.

Hubo sonrisas alrededor de la mesa. La mayoría de los financieros se acomodaron un poco más en sus sillas. Estaba claro que aquel hombre no tenía ni idea del mundo de los negocios. ¿Qué sabía él del interés compuesto, eh? Había recibido una educación clásica. Un momento más tarde recordaron que se había formado en la Escuela del Gremio de Asesinos y dejaron de sonreír. Pero el señor D'Oropel estaba mirando fijamente a Vetinari.

—Hay maneras, maneras extremadamente honorables, de garantizar la confidencialidad y evitar conflictos de intereses, milord —dijo el señor Slant.

—Ah, se refiere usted al... ¿cómo se llamaba?... ¿El techo de cristal? —preguntó lord Vetinari, animado.

—No, milord. Eso es otra cosa. Creo que usted debe de tener en mente la «Muralla Agatea» —dijo el señor Slant sin inmutarse—. Que garantiza meticulosamente y con éxito que no se viole nunca la confidencialidad en caso de que, por ejemplo, parte de una organización obtenga una información privilegiada que podría ser usada por otro departamento para obtener beneficios poco éticos.

—¡Eso es fascinante! ¿Y cómo funciona exactamente? —preguntó Vetinari.

—La gente se compromete a no hacerlo —dijo el señor Slant.

—¿Cómo dice? Pensaba que había dicho usted que había una muralla... —dijo Vetinari.

—Es solo un nombre, milord. Así llaman al compromiso de no hacerlo.

—Ah... ¿Y lo cumplen? Qué maravilla. ¿Por mucho que, en este caso, la muralla invisible les tenga que pasar por medio del cerebro?

—¡Tenemos un Código de Conducta, oiga!

Todas las miradas salvo la del señor Slant se volvieron hacia el que acababa de hablar, que había estado revolviéndose nervioso en su silla. El señor Slant llevaba mucho tiempo estudiando al patricio, y cuando el sujeto de su estudio actuaba como un simple funcionario confundido, que hacía preguntas inocentes, había llegado el momento de vigilarlo con atención.

—Me alegro mucho de oír eso, señor... —empezó a decir Vetinari.

—¡Crispin Fritábano, milord, y no me gusta el tono de sus preguntas!

Por un momento pareció que hasta las mismas sillas se apartaban sutilmente de él. El señor Fritábano era un hombre más bien joven, que no es que estuviera entrado en carnes, es que había saltado y se había zambullido en la obesidad. A los treinta años había adquirido una impresionante selección de papadas, que ahora se bamboleaban con orgullo furioso.

[[2]](#footnote-2)—Tengo varios tonos más —dijo lord Vetinari con calma.

El señor Fritábano buscó con la mirada a sus colegas, que de pronto parecían encontrarse en el horizonte lejano.

—Solo quería dejar claro que nosotros no hemos hecho nada malo —murmuró—. Eso es todo. Hay un Código de Conducta.

—Estoy seguro de no haber sugerido que hayan hecho ustedes nada malo —respondió lord Vetinari—. Pese a todo, tomaré nota de lo que me dice.

Acercó hacia sí una hoja de papel y escribió, con su más esmerada caligrafía: «Código de Conducta». Al mover el papel quedó al descubierto un expediente titulado «Malversación». Para el resto del grupo el título quedaba al revés, y como no parecía destinado a que lo leyeran ellos, lo leyeron. Fritábano incluso torció la cabeza para verlo mejor.

—Sin embargo —continuó Vetinari—, ya que el señor Fritábano ha sacado el tema de las malas prácticas —y le dedicó una breve sonrisa al joven—, no me cabe duda de que habrán oído los rumores de que ustedes están conspirando para impedir que bajen las tarifas y que surja competencia. —La frase salió veloz y grácil, como la lengua de una serpiente, y al final dio el siguiente giro repentino—: Y ciertamente, también hay rumores sobre la muerte del joven señor Buencorazón el mes pasado.

Un movimiento incómodo en el seno del semicírculo de hombres indicó que se había levantado la liebre. No era una liebre bienvenida, pero sí la liebre que ya se esperaban y que acababa de dar un brinco.

—Una calumnia demandable —dijo Slant.

—Al contrario, señor Slant —replicó Vetinari—. El mero hecho de mencionarle la existencia de un rumor no es un acto demandable, como estoy seguro de que ya sabe.

—No hay prueba alguna de que tuviéramos nada que ver con el asesinato del muchacho —dijo Fritábano en tono cortante.

—Ah, entonces también han oído ustedes que la gente dice que lo asesinaron... —dijo Vetinari, mirando a Asidor D'Oropel a la cara—. Hay que ver cómo vuelan estos rumores, ¿eh?

—Milord, la gente habla —dijo Slant en tono fatigado—. Pero lo cierto es que el señor Buencorazón estaba solo en aquella torre. Nadie más subió ni bajó. Parece ser que su cuerda de seguridad no estaba sujeta a nada. Fue un accidente, de los muchos que pasan. Sí, sabemos que la gente dice que tenía los dedos rotos, pero teniendo en cuenta que cayó desde tan alto y que chocó con la torre en plena caída, ¿a quién le sorprende? Por desgracia, la Compañía del Gran Tronco no es popular en estos momentos y es por eso que se están llevando a cabo tales acusaciones difamatorias y carentes de fundamento. Como ha señalado el señor Fritábano, no existe prueba alguna de que sucediera nada aparte de un trágico accidente. Y si me permite serle franco, ¿cuál es exactamente el propósito de hacernos venir aquí? Mis clientes son hombres ocupados.

Vetinari se reclinó hacia atrás y juntó las puntas de los dedos.

—Imaginemos una situación en que un grupo de hombres entusiastas y llenos de inventiva diseñan un sistema notable de comunicación —dijo—. Lo que tienen es una especie de ingenio apasionado, y en grandes cantidades. Lo que no tienen es dinero. No están acostumbrados al dinero. De manera que conocen a unos... individuos que a su vez les presentan a otros individuos, a un grupo de gente amigable, que a cambio de, pongamos, un cuarenta por ciento de las acciones de la empresa, les entrega ese dinero que tanta falta les hace, y, lo que es más importante, también abundantes consejos paternales, y les presenta a una empresa buenísima de contables. De manera que así proceden, y pronto empiezan a ganar dinero y también a invertirlo, pero por alguna razón se dan cuenta de que no tienen la estabilidad financiera que creían y que en realidad les hace falta más dinero. Pero bueno, no pasa nada porque todos tienen claro que algún día la base de su negocio será una mina de oro: ¿qué más da renunciar a otro quince por ciento? Solo es dinero. No es importante de la misma manera en que lo son los mecanismos de los postigos, ¿verdad? Pero pronto descubren que sí, que sí lo es. Que el dinero lo es todo. De pronto el mundo se ha vuelto del revés, de pronto esa gente tan maja ya no se muestra tan amigable con ellos, y de pronto resulta que aquellos papeles que firmaron a toda prisa, que les aconsejó firmar una gente que sonreía todo el tiempo, significan que, en realidad, ellos no poseen nada de nada, ni patentes, ni propiedades ni nada. Ni siquiera el contenido mismo de sus mentes. Ni siquiera cualquier idea que tengan a partir de ahora, por lo visto. Y por alguna razón siguen teniendo problemas de dinero. En fin, algunos huyen y otros se esconden, y hay otros que presentan batalla, lo cual es una soberana tontería, porque resulta que todo es legal, realmente lo es. Algunos aceptan trabajos de poca monta en la empresa, porque todo el mundo tiene que vivir y en cualquier caso la empresa es propietaria hasta de lo que sueñan por las noches. Y sin embargo, parece ser que no se ha cometido ninguna ilegalidad en absoluto. Los negocios son los negocios.

Lord Vetinari abrió los ojos. Los hombres sentados alrededor de la mesa lo miraban hipnotizados.

—Solo estaba pensando en voz alta —prosiguió—. Estoy seguro de que señalarán ustedes que todo esto no es asunto del gobierno. Sé que el señor D'Oropel lo dirá. Sin embargo, debido a que adquirieron ustedes el Gran Tronco a una pequeña parte de su precio, tengo que señalarles que cada vez se producen más averías, que la velocidad de los mensajes ha disminuido y que el coste para el usuario ha aumentado. La semana pasada el Gran Tronco se pasó casi tres días cerrado. ¡Ni siquiera podíamos hablar con Sto Lat! No precisamente «a la velocidad de la luz», caballeros.

—Eso fue por razones de mantenimiento básico... —empezó a decir el señor Slant.

—No: fue para hacer reparaciones —interrumpió Vetinari en tono cortante—. Bajo la dirección anterior el sistema se apagaba una hora al día. Eso sí era por mantenimiento. Ahora las torres funcionan sin descanso hasta que se averían. ¿Qué creen que están haciendo, caballeros?

—Eso, milord, y con todos mis respetos, no es asunto de usted.

Lord Vetinari sonrió. Por primera vez en lo que iba de mañana, era una sonrisa de placer genuino.

—Ah, señor Asidor D'Oropel, ya me estaba preguntando cuándo íbamos a oír su opinión. Ha guardado hasta ahora un silencio poco característico. Leí con mucho interés el artículo que publicó hace poco en el Times. Veo que es usted un apasionado de la libertad. Usó tres veces la palabra «tiranía» y una la palabra «tirano».

—No sea condescendiente conmigo, milord —dijo D'Oropel—. El Tronco es nuestro. Es propiedad nuestra. ¿Lo entiende? La propiedad es el fundamento de la libertad. Oh, los clientes se quejan del servicio y del coste, pero los clientes siempre se quejan de esas cosas. Y a nosotros no nos faltan clientes, al precio que sea. Antes de las torres de señales, las noticias de Genua tardaban meses en llegar, y ahora tardan menos de un día. Es una magia asequible. Nosotros respondemos ante nuestros accionistas, milord. No ante usted, con todos los respetos. Esto no es asunto suyo. Es asunto nuestro, y lo gestionaremos en base al mercado. Confío en que no haya tiranías por aquí. Esta es, con todos los respetos, una ciudad libre.

—Resulta gratificante que haya tanto respeto —dijo el patricio—. Pero la única elección que tienen sus clientes es entre ustedes y nada.

—Exacto —asintió Asidor D'Oropel en tono tranquilo—. Siempre hay elección. Pueden recorrer unos pocos miles de kilómetros a caballo o pueden esperar con paciencia a que podamos enviar su mensaje.

Vetinari le dedicó una sonrisa que duró tanto como un relámpago.

—O bien financiar otro sistema y construirlo —dijo—. Aunque me he fijado en que todas las demás compañías que últimamente han intentando gestionar un sistema de clacs en oposición a ustedes han fracasado enseguida, y a veces en circunstancias trágicas. Caídas desde lo alto de torres de clacs y esas cosas.

—Siempre hay accidentes. Es muy desafortunado —dijo el señor Slant con rigidez.

—Muy desafortunado —repitió Vetinari. Volvió a acercar el papel hacia sí, y eso descolocó un poco los expedientes, de manera que salieron a la luz unos cuantos títulos más, y escribió: «Muy desafortunados».

—Bueno, creo que no hay más que hablar —dijo—. De hecho, el propósito de esta reunión era anunciarles formalmente que por fin voy a reabrir la Oficina de Correos, tal como estaba planeado. Solo se trata de un anuncio de cortesía, pero me ha parecido que debía comunicárselo a ustedes porque al fin y al cabo estamos en el mismo ramo. Tengo entendido que la reciente cadena de accidentes está tocando a su f...

Asidor D'Oropel soltó una risita.

—¿Cómo dice, milord? ¿Le he entendido bien? ¿De verdad tiene intención de continuar con esa insensatez, a la vista de los hechos? ¿La Oficina de Correos? ¿Cuando todos sabemos que el lugar era un monstruo torpe, petulante, inamovible y lastrado por el exceso de personal? ¡Pero si apenas cubría gastos! ¡Era la esencia misma y el ejemplo de la empresa pública!

—Es cierto que nunca obtuvo muchos beneficios, pero en las zonas de negocios de la ciudad había siete repartos diarios —observó Vetinari, tan frío como las simas marinas.

—¡Ja! ¡Al final no! —intervino el señor Fritábano—. ¡Era una puta inutilidad!

—Cierto. Un ejemplo clásico de organización gubernamental oxidada que chupaba del erario público —añadió D'Oropel.

—¡Ya lo creo! —dijo el señor Fritábano—. ¡Solían decir que, si querías librarte de un cadáver, solo tenías que llevarlo a la Oficina de Correos y nadie lo volvería a ver nunca!

—¿Y era verdad? —preguntó lord Vetinari, enarcando una ceja.

—¿El qué?

—Que nadie lo volvía a ver nunca.

En la mirada de Fritábano apareció una expresión repentina de angustia.

—¿Qué? ¿Y cómo iba a saberlo yo?

—Ah, ya veo —dijo lord Vetinari—. Era una broma. En fin. —Removió los papeles—. Por desgracia, la Oficina de Correos llegó a ser considerada ya no un sistema para trasladar el correo con eficacia, para beneficio y provecho de todos, sino una hucha. Y por eso se hundió y acabó perdiendo tanto el correo como el dinero. Una lección para todos, tal vez. De cualquier modo, tengo muchas esperanzas puestas en el señor Mustachen, que es un joven lleno de ideas nuevas. Tiene buena cabeza para moverse en las alturas, aunque me imagino que no va a subirse a muchas torres.

—Confío en que esta resurrección no resulte ser una sangría de impuestos para nosotros —dijo el señor Slant.

—Le aseguro, señor Slant, que más allá de la modesta suma necesaria para engrasar el pistón, por así decirlo, el servicio de correos será económicamente independiente, tal como ciertamente lo era antaño. No podemos tener una rémora en el erario público, ¿verdad? Y ahora, caballeros, soy consciente de que les estoy distrayendo de esos negocios suyos tan importantes. Confío en que el Tronco vuelva a estar en servicio muy pronto.

Mientras se ponían de pie, Asidor D'Oropel se inclinó sobre la mesa y dijo:

—¿Me permite que lo felicite, milord?

—Me encanta que sienta el deseo de felicitarme por algo, señor D'Oropel —dijo Vetinari—. ¿A qué debemos este acontecimiento tan extraordinario?

—A esto, milord —dijo D'Oropel, haciendo un gesto hacia la mesita sobre la que había colocada una losa toscamente tallada—. ¿No es un tablero original de Hnaflbaflsniflwhifltafl? Es dolerita de Nellofselek, ¿verdad? Y las piezas parecen de basalto, que es dificilísimo de labrar. Una antigüedad de gran valor diría yo.

—Es un regalo que me hizo el Bajo Rey de los enanos —dijo Vetinari—. Ciertamente es muy antiguo.

—Y veo que tiene usted una partida a medias. Está jugando el bando de los enanos, ¿verdad?

—Sí, juego por clacs contra una vieja amiga de Uberwald —dijo Vetinari—. Por suerte para mí, su avería de ayer me ha dado un día más para meditar mi próximo movimiento.

Sus miradas se encontraron. Asidor D'Oropel soltó una risotada. Vetinari sonrió. Los demás hombres, que andaban muy necesitados de una risa, rieron también. ¿Lo veis?, somos todos amigos, en realidad somos casi colegas, aquí no va a pasar nada malo.

Las risas se apagaron, con cierta incomodidad. D'Oropel y Vetinari conservaron las sonrisas y no dejaron de mirarse a los ojos.

—Deberíamos jugar una partida algún día —dijo D'Oropel—. Yo también tengo un tablero bastante majo. Suelo llevar al bando de los trolls, por una cuestión de preferencia.

—¿Implacables, en minoría numérica inicial e inevitablemente derrotados en manos de un jugador descuidado?

—Por supuesto. Igual que los enanos se basan en la astucia, las fintas y los cambios rápidos de posición. Sobre ese tablero uno puede aprender hasta la última debilidad de su oponente.

—¿En serio? —dijo Vetinari, enarcando las cejas—. ¿Acaso no debería estar intentando aprender las suyas propias?

—¡Ah, pero si no es más que el Zas! ¡Es muy fácil! —exclamó una voz chillona.

Los dos hombres se giraron para mirar a Fritábano, que ahora se había animado de puro alivio.

—Yo lo jugaba de niño —farfulló—. Es aburridísimo. ¡Siempre ganan los enanos!

D'Oropel y Vetinari cruzaron la mirada. Era una mirada que decía: aunque te odio a ti y odio todos y cada uno de los aspectos de tu filosofía personal hasta unos niveles completamente insondables, por lo menos te reconozco que no eres Crispin Fritábano.

—Las apariencias engañan, Crispin —dijo D'Oropel en tono jovial—. Un jugador que lleve a los trolls no tiene por qué perder, si se concentra bien.

—Una vez se me quedó un enano atascado en la nariz y mi madre me lo tuvo que sacar con una horquilla para el pelo —comentó Fritábano, como si aquello fuera motivo de inmenso orgullo.

D'Oropel le rodeó los hombros con el brazo.

—Pero qué interesante, Crispin —dijo—. ¿Te parece probable que vuelva a pasar?

Después de que se marcharan, Vetinari se quedó junto a la ventana, contemplando la ciudad que se extendía más abajo. Al cabo de unos minutos, Drumknott entró sin hacer ruido.

—Ha habido una breve conversación en la antesala, milord —dijo.

Vetinari, sin darse la vuelta, levantó una mano.

—A ver... me imagino que uno de ellos ha empezado a decir algo del tipo: «¿Creéis que el patr...?», pero Slant le ha hecho callar a toda prisa. Y sospecho que ese alguien ha sido el señor Fritábano.

Drumknott echó un vistazo al papel que tenía en la mano.

—Casi al pie de la letra, milord.

—No hace falta tener una imaginación desbordante —suspiró lord Vetinari—. Mi apreciado señor Slant. Es tan... de fiar. A veces estoy convencido de que si no fuera ya un zombi haría falta convertirlo en uno.

—¿Quiere que encargue una Investigación Número Uno sobre el señor D'Oropel, milord?

—Por los dioses, no. Es demasiado listo. Encárguela sobre el señor Fritábano.

—¿En serio, señor? Pero si ayer mismo dijo usted que no le parecía más que un tonto codicioso.

—Un tonto nervioso, lo cual resulta útil. Es un cobarde corrupto y glotón. Lo he visto sentarse a comer un pot au feu con alubias blancas y es un espectáculo impresionante, Drumknott, que me costará olvidar. Acabó habiendo salsa por todas partes. Y esas camisas rosas que lleva cuestan más de cien dólares. Oh, sabe hacerse con el dinero ajeno, de una forma segura y secreta y no muy inteligente. Mande usted... sí, mande al secretario Brian.

—¿A Brian, señor? —se sorprendió Drumknott—. ¿Está seguro? Se le dan de maravilla los cachivaches, pero en la calle es bastante inepto. Se va a dejar ver.

—Sí, Drumknott. Ya lo sé. Me gustaría que Fritábano se pusiera un poco... más nervioso.

—Ah, entiendo, señor.

Vetinari se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Dígame, Drumknott —dijo—. ¿Diría usted que soy un tirano?

—Por supuesto que no, milord —respondió Drumknott, ordenando el escritorio.

—Pero está claro que ahí está el problema, ¿verdad? ¿Quién le va a decir al tirano que es un tirano?

—No es una pregunta fácil, milord, es cierto —dijo Drumknott, alineando los expedientes.

—En sus Pensamientos, que siempre me ha parecido que perdían mucho en traducción, Bouffant dice que intervenir para evitar un asesinato es restringir la libertad del asesino, y sin embargo esa libertad, por definición, es natural y universal, sin condiciones —dijo Vetinari—. Tal vez recuerde su famosa sentencia: «Si hay un hombre que no sea libre, entonces yo también soy una tarta pequeña hecha de pollo», que ha generado gran cantidad de debates. Así, podemos considerar, por ejemplo, que quitarle la botella a un hombre que se está matando con la bebida es un acto caritativo, por no decir encomiable, y sin embargo nuevamente se está restringiendo la libertad. El señor D'Oropel ha estudiado a Bouffant, pero me temo que no ha conseguido entenderlo. Puede que la libertad sea el estado natural del hombre, pero también lo es sentarse en lo alto de un árbol para cenar algo que todavía se retuerce. Por otro lado, Freidegger, en sus Contextidades modales, afirma que toda libertad es limitada, artificial y por tanto ilusoria, una alucinación compartida en el mejor de los casos. No hay mortal cuerdo que sea verdaderamente libre, porque la auténtica libertad es tan terrible que solo los locos o las divinidades pueden afrontarla con los ojos abiertos. Es algo que abruma el alma, de manera muy parecida al estado que él mismo denomina Vonallesvolkommenunverstandlichdasdaskeit. ¿Cuál es su postura en este tema, Drumknott?

—Siempre he pensado, milord, que lo que el mundo necesita realmente son cajas de archivador un poco más resistentes —dijo Drumknott, después de una pausa.

—Hum —dijo lord Vetinari—. Está claro que es algo digno de reflexión.

Se detuvo. Entre las decoraciones labradas de encima de la chimenea, un pequeño querubín empezó a girar con un suave chirrido. Vetinari miró a Drumknott con una ceja enarcada.

—Voy inmediatamente a hablar con el secretario Brian, milord —dijo el secretario.

—Bien. Dígale que es hora de que pase más tiempo al aire libre.

## 

## CAPÍTULO IV

### Un letrero

Secretarios oscuros y Directores de Correo muertos — Un Hombre Lobo en la Guardia — El alfiler prodigioso — El señor Mustachen lee las letras que faltan — Raúl el peluquero recibe una sorpresa — El señor Parker compra fruslerías — La Naturaleza de las Falsedades Sociales — Princesa en la Torre — «Un hombre no ha muerto mientras se siga pronunciando su nombre»

—Vamos A Ver, Señor Mustajen, ¿De Qué Sirve La Violencia? —dijo el señor Pistón con voz retumbante. Se mecía sobre sus pies enormes mientras Húmedo forcejeaba para soltarse de su mano.

Ardite y Stanley se acurrucaban en la otra punta del cuarto de las taquillas. Uno de los remedios naturales del señor Ardite estaba derramado por el suelo, burbujeando y tiñendo de color púrpura los tablones.

—¡Fueron todos accidentes, señor Mustachen! ¡Todos accidentes! —balbuceó Ardite—. ¡Cuando ocurrió el cuarto, la Guardia lo registró todo! ¡Dijeron que todos habían sido accidentes!

—¡Oh, sí! —gritó Húmedo—. Cuatro en cinco semanas, ¿eh? ¡Seguro que eso es lo normal por aquí! ¡Por los dioses, sí que me la han dado bien! Soy hombre muerto, ¿verdad? ¡Solo que aún no me he desplomado! ¿Vetinari? ¡Él sí que sabe ahorrarse el precio de una soga! ¡Estoy con un pie en la tumba!

—Se sentirá mejor cuando se tome una tacita de té de bismuto y azufre, señor —dijo Ardite con voz temblorosa—. Estoy hirviendo el agua...

—¡Con una taza de té no me va a bastar! —Húmedo recobró la compostura, o por lo menos empezó a actuar como si la hubiera recuperado, y dio una bocanada profunda y teatral de aire—. De acuerdo, de acuerdo, señor Pistón, ya puede soltarme.

El gólem abrió la mano. Húmedo irguió la espalda.

—Y bien, ¿señor Ardite? —dijo.

—Da la impresión de que es usted quien dice ser —dijo el anciano—. Uno de los secretarios oscuros no se habría vuelto tesorero de esa manera. Temíamos que fuera usted uno de los agentes especiales de su señoría, ¿sabe? —Ardite se afanó con la tetera—. No se ofenda, pero le sobra a usted un poco de color para ser un simple chupatintas.

—¿Los secretarios oscuros? —dijo Húmedo, y entonces se acordó—. Ah... ¿se refiere a esos hombrecillos fornidos con traje negro y bombín?

—Los mismos. Algunos estudiaron becados en el Gremio de Asesinos. He oído decir que cuando se ponen, son capaces de hacer cosas muy desagradables.

—Pensaba que los había llamado chupatintas...

—Sí, pero no he dicho adonde la escupen después, jejé. —Ardite se fijó en la expresión de Húmedo y carraspeó—. Lo siento, no era mi intención, solo una bromita. Creemos que el último director general que tuvimos, el señor Yacetiemble, era un secretario oscuro. Y no podemos culparlo, con ese apellido que tenía. Siempre estaba fisgando.

—¿Y por qué cree usted que sería eso? —preguntó Húmedo.

—Bueno, el señor Mutable fue el primero, un buen tipo, cayó al vestíbulo desde el quinto piso y se estampó, señor, se estampó contra el mármol. Con la cabeza por delante. Quedó todo... salpicado, señor.

Húmedo echó un vistazo a Stanley, que estaba empezando a temblar.

—Luego vino el señor Patilla. Se cayó por la escalera de atrás y se rompió el cuello, señor. Perdone, señor, son las once y cuarenta y tres. —Ardite fue hasta la puerta y la abrió para dejar entrar a Mimitos. A continuación volvió a cerrarla—. Sucedió a las tres de la mañana. Cinco tramos de escalera. Se rompió prácticamente todos los huesos que se pueda romper uno señor.

—¿Quiere decir que estaba deambulando por el edificio a oscuras?

—No sé, señor. Pero sí conozco esa escalera. En esa escalera hay lámparas encendidas toda la noche, señor. Stanley las rellena todos los días, puntual como Mimitos.

—O sea que se usa mucho esa escalera, ¿no? —dijo Húmedo.

—Nunca, señor, menos para rellenar las lámparas. Por ese lado del edificio apenas queda un rincón que no esté taponado con cartas. Pero lo manda una Ordenanza de la Oficina de Correos, señor.

—¿Y el que vino después? —inquirió Húmedo, con voz un poco ronca—. ¿Otra caída accidental?

—Oh, no, señor. El señor Ignavia, se llamaba. Dicen que fue su corazón. Lo encontraron tirado en la quinta planta, más seco que la mojama, con toda la cara retorcida como si acabara de ver a un fantasma. Causas naturales, dijeron. Y bueeeno, la Guardia registró hasta el último rincón, puede fiarse usted. No se le había acercado nadie, dijeron, ni tampoco tenía ninguna marca. Me sorprende que no esté enterado de todo esto, señor. Salió en el periódico.

«Es que no hay mucha ocasión para seguir las noticias en la celda de los condenados a muerte», pensó Húmedo.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y cómo pudieron saber que nadie se había acercado al muerto?

Ardite se inclinó hacia él y bajó la voz con aire conspirador.

—Todo el mundo sabe que hay un hombre lobo en la Guardia, y que uno de esos podría oler casi hasta el puto color de la ropa que llevas puesta.

—Un hombre lobo —dijo Húmedo sin alterarse.

—Sí. En todo caso, el director que teníamos antes que ese...

—Un hombre lobo.

—Eso he dicho, señor —dijo Ardite.

—Un maldito hombre lobo.

—Tiene que haber de todo en el mundo, señor. En todo caso...

—Un hombre lobo. —Húmedo despertó del horror—. ¿Y nadie se lo dice a la gente que visita la ciudad?

—¿Y cómo iban a decírselo, señor? —dijo Ardite con voz amable—. ¿Poniendo un letrero en la entrada? ¿«Bienvenidos a Ankh-Morpork, Donde Tenemos un Hombre Lobo», señor? La Guardia emplea a montones de enanos y trolls y a un gólem (un gólem libre, con perdón de usted, señor Pistón) y también a un par de gnomos y a un zombi... e incluso a un Nobbs.

—¿Un Nobbs? ¿Qué es un Nobbs?

—El cabo Nobby Nobbs, señor. ¿Aún no lo ha conocido? Se dice que tiene un certificado oficial donde pone que es humano, y ¿quién necesita un certificado así, eh? Por suerte solo existe uno, o sea que no puede criar. En fin, que tenemos un poco de cada cosa, señor. Muy cosmopolita. ¿No le caen bien a usted los hombres lobo?

«Te reconocen por el olor —pensó Húmedo—. Tienen la inteligencia de un humano y te pueden rastrear mejor que cualquier lobo. Pueden seguir un rastro de hace días, por mucho que te camufles con algún aroma, o mejor dicho, sobre todo si te camuflas con algún aroma. De acuerdo, hay maneras de eludirlos, siempre y cuando sepas que tienes a un hombre lobo pisándote los talones. No me sorprende que al final me pillaran. ¡Tendrían que estar prohibidos!»

—No muy bien —contestó en voz alta, y volvió a echar un vistazo a Stanley. Resultaba útil mirar a Stanley cuando hablaba Ardite. Ahora el muchacho tenía los ojos tan girados hacia arriba que prácticamente solo se veía blanco.

—¿Y el señor Yacetiemble? —preguntó—. Conque era un espía de Vetinari, ¿eh? ¿A él qué le pasó?

Stanley estaba temblando como un matorral en medio de la ventolera.

—Ejem, le han dado a usted el llavero grande, ¿verdad, señor? —preguntó Ardite, con la voz temblando de inocencia.

—Sí, claro.

—Apuesto a que falta una llave —dijo Ardite—. Se la llevó la Guardia. Era la única copia. Hay puertas que nunca deberían abrirse, señor. Ahora ya no hay nada que hacer, señor. El director Yacetiemble murió en un accidente industrial, dijeron. No había nadie cerca de él. No le conviene a usted ir allí, señor. A veces las cosas se rompen tanto que es mejor largarse y dejarlas en paz.

—No puedo —dijo Húmedo—. Yo soy el director general de correos. Y este es mi edificio, ¿verdad? Así pues, yo decido adonde voy, oficial de cartero Ardite.

Stanley cerró los ojos.

—Sí, señor —dijo Ardite, como si hablara a un niño—. Pero no le conviene ir allí, señor.

—¡Tenía la cabeza desparramada por toda la pared! —dijo Stanley con voz trémula.

—Oh cielos, ya le ha hecho perder los estribos —dijo Ardite, cruzando el cuarto a toda prisa en dirección al muchacho—. No pasa nada, chaval, voy a buscarte las pastillas...

—¿Cuál es el alfiler más caro fabricado con fines comerciales, Stanley? —se apresuró a decir Húmedo.

Fue como tirar de una palanca. La expresión de Stanley pasó del sufrimiento agónico a la cavilación académica en un solo instante.

—¿Con fines comerciales? Sin contar los alfileres especiales creados para exposiciones y ferias comerciales, como el Gran Alfiler de 1899, probablemente el más caro sea el Extra Largo de Cabeza Ancha Número Tres, apodado «Pollo» y fabricado para la industria de la confección de encaje por el afamado alfilero Josiah Doldrum, diría yo. Estaban labrados a mano y tenían una cabeza de plata muy característica con el grabado microscópico de un gallito. Se cree que llegó a fabricar menos de un centenar antes de su muerte, señor. Según el catálogo de alfileres de Hubert Araña, cada ejemplar puede costar entre los cincuenta y los sesenta y cinco dólares, dependiendo del estado. Un Extra Largo de Cabeza Ancha Número Tres honraría la colección de cualquier auténtico cabezón.

—Es que... he visto esto en la calle —dijo Húmedo, sacándose de la solapa una de las adquisiciones de aquella mañana—. Bajaba por la calle del Mercado y de pronto lo he visto en medio de dos adoquines. Me ha parecido que tenía un aspecto poco usual, para ser un alfiler.

Stanley apartó de un empellón al preocupado Ardite y cogió con suavidad el alfiler que Húmedo tenía en los dedos. En su otra mano apareció como por arte de magia una lupa muy grande.

La habitación entera contuvo la respiración mientas el alfiler era sometido a un severo escrutinio. Por fin Stanley levantó la vista hacia Húmedo con cara de asombro.

—¿Y se ha dado cuenta de lo que era? —dijo—. ¿Y ha visto una cosa así en la calle? ¡Creía que usted no sabía nada de alfileres!

—Oh, en realidad no, pero me aficioné un poquito de niño —dijo Húmedo, dando a entender con un gesto despectivo de la mano que había sido demasiado tonto para convertir una afición infantil en la obsesión de una vida entera—. Ya sabes... unos cuantos de los antiguos Imperiales de latón, unas pocas rarezas como un par sin separar o uno con dos cabezas, algún que otro paquete de alfileres mezclados para ver qué salía... —Gracias a los dioses, pensó, por su talento para la lectura en diagonal.

—Oh, en esos paquetes nunca sale nada que valga la pena —dijo Stanley, y adoptó de nuevo la voz del académico—. Pese a que la mayoría de los cabezones empiezan con un alfiler original, vistoso y obtenido por casualidad, seguido del contenido de los alfileteros de sus abuelas, jajá, el camino que lleva a tener una colección verdaderamente valiosa no pasa por el simple desembolso de dinero en el emporio del alfiler más cercano, oh, no. Cualquier diletante se puede convertir en «cabecilla» si se gasta el dinero suficiente, pero para el verdadero cabezón el placer auténtico está en la emoción de la búsqueda: las ferias de alfileres, los muebles descartados en una mudanza y, quién sabe, tal vez un destello casual en la alcantarilla que resulta ser un Doble-rápido en buen estado de conservación o un doble punta sin separar. No en vano hay el dicho: «Siempre que un alfiler veas, recógelo a la de una; lo creas o no lo creas, te acompañará el alfiler».

Húmedo estuvo a punto de aplaudir. Era exactamente, al pie de la letra, lo que J. Lanugo Buhoneri había escrito en el prólogo de su obra. Y lo que era mucho más importante, ahora tenía un amigo inquebrantable en Stanley. En otras palabras, añadieron sus regiones más oscuras, Stanley lo consideraba su amigo. El muchacho, a quien el placer de los alfileres ya le había sofocado todo el pánico, estaba sosteniendo su nueva adquisición cerca de la luz.

—Magnífico —susurró, ya despojado de terrores—. ¡Limpio como un alfiler nuevo! ¡Tengo un lugar listo y esperando para esta pieza en mi carpeta de alfileres, señor!

—Sí, ya me imaginaba que lo tendrías.

Tenía la cabeza desparramada por toda la pared...

En alguna parte había una puerta cerrada con llave, y Húmedo no tenía la llave. Cuatro de sus predecesores habían pasado a mejor vida administrativa en aquel mismo edificio. Y no había escapatoria. Ser director general de correos era un trabajo vitalicio, de una forma u otra. Por eso Vetinari lo había puesto allí. Le hacía falta un hombre que no pudiera largarse, y que de paso fuera completamente prescindible. No importaba si Húmedo von Mustachen moría. Ya estaba muerto.

Y entonces intentó no pensar en el señor Pistón.

¿Cuántos gólems más habían trabajado hasta obtener la libertad al servicio de la ciudad? ¿Había habido un señor Sierra, recién llegado después de pasar cien años dentro de una fosa de serrín? ¿O un señor Pala? ¿Tal vez un señor Hacha?

¿Y acaso había habido uno allí cuando el último pobre desgraciado encontró la llave de la puerta cerrada, o bien una buena ganzúa? ¿Su predecesor estaba a punto de abrir esa puerta cuando alguien llamado tal vez señor Martillo, sí, oh dioses, sí, levantó el puño detrás de él para asestarle un único golpe definitivo?

Conque no había habido nadie cerca de la víctima... Pero es que ellos no eran nadie, ¿verdad? Eran herramientas. Se consideraría un accidente industrial.

Tenía la cabeza desparramada por toda la pared...

Voy a averiguar la verdad. Tengo que hacerlo, o ya sé lo que me espera. Y todo el mundo me va a contar mentiras. Pero yo soy el embustmeister.

—¿Hum? —dijo, consciente de que se había perdido algo.

—Le he preguntado si puedo ir a poner esta pieza en mi colección, director general... —dijo Stanley.

—¿Cómo? Ah. Sí. Claro. Sí. Y sácale un buen brillo, anda.

Mientras el chaval se alejaba con zancadas torponas hacia su extremo del cuarto de las taquillas, y eran torponas de verdad, Húmedo pilló a Ardite mirándolo con expresión de astucia.

—Buen trabajo, señor Mustachen —dijo—. Buen trabajo.

—Gracias, señor Ardite.

—Ahí ha tenido buena vista —continuó el anciano.

—Bueno, la luz le ha arrancado un destello...

—No, me refiero a lo de ver adoquines en la calle del Mercado, teniendo en cuenta de que allí todo está pavimentado con ladrillos.

Húmedo le devolvió la mirada inexpresiva con otra más inexpresiva todavía.

—Ladrillos, adoquines, ¿qué más da? —dijo.

—Es verdad. No tiene importancia, en realidad —dijo Ardite.

—Y ahora —dijo Húmedo, sintiendo la necesidad de respirar aire fresco—, tengo que hacer un recadito. Me gustaría que viniera conmigo, señor Ardite. ¿Puede encontrarme una palanca por algún lado? Tráigala, por favor. Y lo necesitaré también a usted, señor Pistón.

Hombres lobo y gólems, gólems y hombres lobo, pensó Húmedo. Estoy atrapado aquí. Así que por qué no tomármelo en serio.

Les mandaré una señal, en letras bien grandes.

\* \* \*

—Es una pequeña costumbre que tengo —dijo Húmedo mientras caminaba en cabeza de la comitiva por la calle—. Tiene que ver con los letreros.

—¿Los letreros, señor? —preguntó Ardite, intentando avanzar pegado a las paredes.

—Sí, oficial de cartero Ardite, los letreros —dijo Húmedo fijándose en la mueca que ponía el hombre al oír la palabra «oficial»—. Sobre todo los letreros a los que les faltan letras. Cada vez que veo uno, leo automáticamente lo que dicen las letras que faltan.

—¿Y cómo puede hacerlo si las letras no están, señor? —preguntó Ardite.

Ah, aquí tenemos una pista de por qué sigues sentado todo el día en un edificio en ruinas preparando té a base de piedras y hierbajos, pensó Húmedo. Pero lo que dijo en voz alta fue:

—Es un talento que tengo. A ver, me podría estar equivocando, claro, pero... Sí, giremos a la izquierda por aquí...

Llegaron a una calle bastante ajetreada y el establecimiento apareció delante de ellos. Era todo lo que Húmedo había deseado.

—Voilà —dijo, y recordando qué público tenía delante, añadió—: En otras palabras, ahí la tenemos.

—Es una barbería —dijo Ardite en tono de incertidumbre—. Para señoras.

—Ah, es usted un hombre de mundo, Toliverio, no hay quien le engañe —dijo Húmedo—. Y el nombre que hay encima del escaparate, escrito con esas letras grandes de color verdeazul, es...

—«Rauls» —respondió Ardite—. ¿Y qué?

—Sí, «Raúl's» —dijo Húmedo—. De hecho faltan el acento y el apóstrofo, y la razón es que... ¿tal vez podría echarme usted una mano?

—Ejem... —Ardite se quedó mirando frenéticamente las letras, desafiándolas a que revelaran su significado.

—Casi —dijo Húmedo—. Faltan el acento y el apóstrofo porque no los había y sigue sin haberlos en ese lema tan optimista que adorna nuestra amada Oficina de Correos. —Esperó a que se hiciera la luz—. Esas letras enormes de metal fueron robadas de nuestro frontispicio, señor Ardite. Que es la parte de delante del edificio. Eso explica lo de A Teneborsa Noche, señor Ardite.

El amanecer mental del señor Ardite tardó un poco en llegar, pero para cuando lo hizo Húmedo ya estaba preparado.

—¡No, no, no! —dijo reteniendo al anciano por el cuello grasiento de la camisa y casi levantándolo en volandas al ver su primer movimiento—. No es así como resolvemos estas cosas, ya sabe que no.

—¡Esas letras son propiedad de la Oficina de Correos! ¡Eso es peor que robar! ¡Es traición! —chilló Ardite.

—No le falta razón —dijo Húmedo—. Señor Pistón, si es tan amable de agarrar a nuestro amigo, iré a... discutir el asunto.

Húmedo le entregó al furioso oficial de cartero y se sacudió un poco la ropa. Se lo veía algo arrugado pero tendría que ir así.

—¿Qué va a hacer entonces? —preguntó Ardite.

Húmedo puso su sonrisa radiante.

—Algo que se me da muy bien, señor Ardite. Voy a hablar con gente.

Cruzó la calle y abrió la puerta del establecimiento. La campanilla tintineó.

Dentro de la peluquería había una hilera de cabinas pequeñas, el aire olía dulzón y empalagoso y, de alguna manera, a color rosa; junto a la puerta había un pequeño mostrador con una agenda muy grande abierta encima. Se veían muchas flores por todas partes, y la joven que atendía el mostrador le dedicó una mirada altiva que iba a costarle mucho dinero a su jefe.

La joven esperó a que Húmedo hablara.

Húmedo adoptó una expresión grave, se inclinó y, con una voz que tenía todas las características de un susurro pero que también parecía capaz de llegar muy lejos, dijo:

—¿Puedo ver al señor Raúl, por favor? Es muy importante.

—¿De qué asunto se trata?

—Bueno... es un poco delicado... —dijo Húmedo. Vio que se giraban las coronillas de varias cabezas con permanentes—. Pero puede decirle que es una buena noticia.

—En fin, si es una buena noticia...

—Dígale que creo que puedo convencer a lord Vetinari de que esto se arregle sin presentar cargos. Probablemente —prosiguió Húmedo, bajando la voz lo justo para aumentar la curiosidad de las clientas sin llegar a resultar inaudible.

La mujer se lo quedó mirando horrorizada.

—¿Puede usted? Ejem... —La joven buscó a tientas un tubo de comunicación ornamentado, pero Húmedo se lo quitó suavemente de la mano, le dirigió un hábil silbido, se lo llevó al oído y dedicó una sonrisa a la recepcionista.

—Gracias —le dijo. No importaba el porqué; había que sonreír, elegir bien las palabras y el tono preciso de la voz y siempre, siempre irradiar confianza como una supernova.

Una voz en su oído, débil como una araña atrapada en una caja de cerillas, dijo:

—¿Sitch, kwe nabnab?

—¿Raúl? —dijo Húmedo—. Le agradezco que haya encontrado tiempo para mí. Me llamo Húmedo. Húmedo von Mustachen. Director general de Correos. —Echó un vistazo al tubo de comunicación, que desaparecía en el techo—. Es muy amable de atendernos, Raúl. Son esas letras que faltan. Cinco letras, para ser exactos.

—¿Scrik? ¿Knesastnwik? ¡Mibmib pk ex culxk!

—Yo no me encargo de esos asuntos, Raúl, pero si se asoma a la ventana verá a mi ayudante personal, el señor Pistón. Está en la acera de enfrente.

Y mide dos metros y medio y lleva una palanca enorme en la mano, añadió mentalmente Húmedo. Guiñó el ojo a la mujer que estaba tras el mostrador y ahora lo miraba con una especie de asombro. Había que mantener siempre engrasado el don de gentes.

Oyó el improperio amortiguado a través del techo. Al llegar por el tubo de comunicación, se convirtió en:

—¡Pkrixs mangblubl!

—Sí —dijo Húmedo—. Tal vez tendría que subir y hablar con usted directamente...

\* \* \*

Diez minutos más tarde Húmedo cruzó la calle con precaución y dedicó una sonrisa a sus empleados.

—Señor Pistón, ¿sería tan amable de acercarse ahí y arrancar nuestras letras, por favor? —pidió—. Intente no causar desperfectos. El señor Raúl se ha mostrado muy dispuesto a cooperar. Y Toliverio, lleva usted mucho tiempo viviendo aquí, ¿verdad? Seguro que sabrá dónde contratar a hombres con sogas, obreros y similares. Quiero esas letras de vuelta en nuestro edificio para mediodía, ¿entendido?

—Eso va a costar mucho dinero, señor Mustachen —dijo Ardite, contemplándolo asombrado.

Húmedo se sacó una bolsa del bolsillo y la hizo tintinear.

—Con cien dólares habrá de sobra, ¿verdad? —dijo—. El señor Raúl estaba muy arrepentido y muy, muy dispuesto a ayudar. Dice que se las compró hace años a un hombre en un bar y que está encantado de pagar su devolución. Es asombroso lo amable que puede ser la gente cuando los abordas de la manera correcta.

Se oyó un estruendo metálico al otro lado de la calle. El señor Pistón ya había sacado la R sin ningún esfuerzo aparente.

Habla suavemente y ten trabajando para ti a un hombre enorme con una palanca, pensó Húmedo. Al fin y al cabo, aquello podría resultar soportable.

\* \* \*

La débil luz del sol arrancó un destello de la S mientras la colocaban en su sitio. Se había congregado un buen público. La población de Ankh-Morpork siempre prestaba atención a la gente que se subía a los tejados, por si acababa produciéndose algún suicidio interesante. Se oyeron vítores, por mera cuestión de principios, cuando la última letra fue remachada en su sitio.

Cuatro muertos, pensó Húmedo, contemplando el tejado. Me pregunto si la Guardia querría hablar conmigo... ¿Saben que estoy aquí? ¿Creen que estoy muerto? ¿Quiero yo hablar con la policía? ¡No! ¡Mierda! Mi única posibilidad de salir de esta es correr hacia delante, no dar marcha atrás. Puto, puto Vetinari. Pero hay una forma de vencer.

¡Podía ganar dinero!

Formaba parte del gobierno, ¿verdad? Los gobiernos cogían el dinero de la gente. Era para lo que estaban.

El tenía don de gentes, ¿verdad? Podía convencer a cualquiera de que el latón era oro que había perdido un poco de lustre, de que el cristal era diamante, de que al día siguiente habría cerveza gratis.

¡Sería más listo que todos! ¡No intentaría escapar, al menos todavía no! ¡Si los gólems podían comprar su libertad, él también! ¡Se pondría a trabajar en serio y andaría siempre muy ocupado y mandaría todas las facturas a Vetinari, porque aquel era un trabajo gubernamental. ¿Qué objeciones le podía poner el patricio?

Y si Húmedo von Mustachen no era capaz de sisar un pelliz... un buen cacho del pastel, y de la bebida, y quizá parte de la decoración festiva, ¡entonces es que no se lo merecía! Y más adelante, cuando todo funcionara sobre ruedas y el dinero entrase a raudales... bueno, entonces ya habría tiempo para hacer planes para el grandullón. Con el suficiente dinero se podía comprar a muchos hombres previstos de mazos.

Los trabajadores se encaramaron de vuelta a la azotea. Se oyeron más vítores difusos de un público a quien no le había parecido mal el espectáculo, por más que no se hubiera caído nadie.

—¿Qué le parece, señor Ardite? —preguntó.

—Se ve bonito, señor, se ve bonito —dijo Ardite, mientras la multitud se dispersaba y ellos regresaban andando al edificio de la Oficina de Correos.

—Así pues, ¿no hemos perturbado nada?

Ardite dio una palmadita en el brazo a un sorprendido Húmedo.

—No sé por qué nos lo ha mandado su señoría, de verdad que no lo sé —le dijo en voz baja—. Tiene usted buenas intenciones, me doy cuenta. Pero siga mi consejo, señor, y lárguese de aquí.

Húmedo echó un vistazo hacia las puertas del edificio. Al lado de ellas estaba el señor Pistón. Plantado sin más, con los brazos colgando. En sus ojos refulgía un fuego pausado.

—No puedo —dijo.

—Es muy amable de su parte decir eso, señor, pero este no es lugar para un joven que tiene todo el futuro por delante —dijo Ardite—. A ver, Stanley es feliz si tiene sus alfileres, pero usted, señor, podría llegar lejos.

—N-no, no creo que pudiera —respondió Húmedo—. Sinceramente. Mi lugar, señor Ardite, es este.

—Que los dioses lo bendigan por decir eso, señor, que los dioses lo bendigan —dijo Ardite. Le empezaban a resbalar lágrimas por la cara—. Hubo un tiempo en que éramos héroes —dijo—. La gente nos quería. Todo el mundo nos trataba bien. Todo el mundo nos conocía. Hubo un tiempo en que este fue un gran lugar. Hubo un tiempo en que éramos carteros.

—¡Eh, señor!

Húmedo se giró. Tres personas se acercaban con paso ligero, y él tuvo que refrenar el impulso automático de dar media vuelta y echar a correr, sobre todo cuando uno de ellos gritó:

—¡Sí, es él!

Reconoció al verdulero de aquella mañana. Lo seguía una pareja de ancianitos. El hombre mayor, que tenía la expresión decidida y el porte erguido de quien batalla a diario contra los repollos, se detuvo a dos centímetros de la cara de Húmedo y vociferó:

—¿Es u'sted el cartero, joven?

—Sí, señor, supongo que sí —dijo Húmedo—. ¿En qué pue...?

—¡Me ha traído e'sta carta de Aggie, aquí presante! ¡Yo soy Tim Parker! —bramó el hombre—. ¡Má's de uno diría que llega un poquito tarde!

—Oh —dijo Húmedo—. Bueno, yo...

—¡Menudo valor hay que tener, joven!

—Siento mucho que... —empezó a decir Húmedo. El don de gentes no servía de gran cosa con el señor Parker. Era una de esas personas impenetrables, cuyo dominio del control del volumen venía a ser igual de bueno que su comprensión del espacio personal.

—¿Lo s'iente? —gritó Parker—. ¿Qué es lo que tiene que s'entir? No es culpa s'uya, joven. ¡Si ni s'iquiera había nacido! El tonto fui yo por creer que ella no e'staba interesada, ¿eh? Ja, e'staba tan abatido, joven, que fui y me uní a... —Se le arrugó la cara enrojecida—. Ya s'abe... camello's, gorro's raro's, arena, el lugar donde va uno a olvidar...

—¿La Legión Extranjera Klatchiana? —dijo Húmedo.

—¡E'so era! ¡Y cuando volví conocí a Sadie, y Aggie ya había conocido a su Frederick, y los dos s'entamos la cabeza y olvidamo's al otro y luego que me a'spen si no me llega hoy esta carta de Aggie! ¡Mi chaval y yo nos hemos tirado media mañana buscándola por la ciudad! ¡Y para no andarnos por las rama's, joven, la boda es el s'ábado! ¡Todo por u'sted, muchacho!

El señor Parker era uno de esos hombres que al envejecer se vuelven de madera de teca. Cuando le dio una palmada en la espalda a Húmedo, fue como si lo golpeara con una silla.

—¿Y no es posible que Frederick y Sadie se molest...? —dijo Húmedo con voz jadeante.

—¡Lo dudo! ¡Frederick falleció hace diez años y Sadie lleva lo's último's cinco enterrada en los Diose's Menore's! —vociferó en tono jovial el señor Parker—. Y nos dolió mucho perderlo's, pero como dice Aggie, a'sí es el de'stino y a u'sted lo ha mandado un poder más alto. Y yo digo que hay que tener agalla's para venir a traer la carta pa'sado tanto tiempo. ¡Hay mucha gente que la habría tirado por ahí como si no tuviera importancia! ¡Nos haría un gran favor a mí y a la segunda señora Parker si viniera de invitado de honor a nues'tra boda, y por mi parte no voy a aceptar un no por re'spue'sta! ¡Y encima, este año me nombran Gran Mae'stre del Gremio de Mercadere's! ¡Puede que no seamos tan e'stirados como los Asesino's o los Alquimista's, pero somos mucho's y yo voy a hablar bien de u'sted, delo por s'eguro! Mi hijo George vendrá luego a traerle las invitacione's para que las repartan, ahora que vuelven a estar de s'ervicio! S'erá un gran honor para mí, joven, si quiere u'sted darme la mano...

Le ofreció una manaza enorme. Húmedo se la estrechó, y costaba desprenderse de los viejos hábitos. Apretón firme, mirada serena...

—Ah, es un hombre honrado, ya lo creo —afirmó Parker—. ¡Yo no me equivoco nunca! —Dio una palmada a Húmedo en el hombro, haciendo que le crujiera la articulación de una rodilla—. ¿Cómo se llama, joven?

—Mustachen, señor. Húmedo von Mustachen —dijo Húmedo. Tenía miedo de haberse quedado sordo de un oído.

—Conque von, ¿eh? —dijo Parker—. ¡Bueno, pues lo e'stá haciendo muy bien para ser extranjero, y me da igual quién s'epa que lo he dicho! Ahora tengo que irme. ¡Aggie quiere comprar fruslería's!

La anciana se acercó a Húmedo, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Y yo reconozco a un buen hombre cuando lo veo —dijo—. ¿Tiene usted a alguna joven dama?

—¿Cómo? ¡No! ¡Para nada! Ejem... ¡no! —exclamó Húmedo.

—Seguro que la tendrá pronto —dijo ella, con una sonrisa dulce—. Y aunque nosotros le estamos muy agradecidos, yo le aconsejaría que se le propusiera en persona. ¡Ardemos en deseos de verlo el sábado!

Húmedo se quedó mirando a la anciana que se alejó correteando detrás de su galán pródigo.

—¿Ha entregado una carta? —se horrorizó Ardite.

—Sí, señor Ardite. No tenía intención, pero dio la casualidad de que pasé por...

—¿Ha cogido usted una de las viejas cartas y la ha entregado? —dijo Ardite, como si el concepto no le cupiera en la cabeza...

Tenía la cabeza desparramada por toda la pared...

Húmedo parpadeó.

—¡Se supone que tenemos que repartir el correo, hombre! ¡Es nuestro trabajo! ¿Se acuerda?

—Ha entregado una carta... —dijo Ardite con voz jadeante—. ¿Qué fecha tenía?

—¡No me acuerdo! De hace más de cuarenta años.

—¿Cómo estaba? ¿Se encontraba en buen estado? —insistió Ardite.

Húmedo fulminó con la mirada al pequeño cartero. Alrededor de ellos ya estaba congregándose una pequeña multitud, como era costumbre en Ankh-Morpork.

—¡Era una carta de hace cuarenta años metida en un sobre barato! —gruñó—. ¡Ese era el aspecto que tenía! Nadie la llegó a repartir nunca y ahora ha cambiado las vidas de dos personas. La he repartido yo y ha hecho muy felices a dos personas. ¿Cuál es el problema, señor Ardite...? Sí, ¿qué quiere?

Esto último iba dirigido a una mujer que le tiraba de la manga.

—Le he preguntado si es verdad que van a abrir otra vez el viejo edificio de correos —repitió ella—. ¡Mi abuelo trabajaba ahí!

—Así me gusta —dijo Húmedo.

—¡Me decía que había una maldición! —exclamó la mujer, como si la idea resultara más bien agradable.

—¿En serio? —dijo Húmedo—. Pues mire, no me iría mal una buena maldición ahora mismo, de hecho.

—¡Vive debajo del suelo y te vuelve loooco! —continuó ella, disfrutando tanto de la sílaba que parecía reacia a dejarla ir—. ¡Loooco!

—¿En serio? —dijo Húmedo—. Bueno, nosotros no creemos que se pueda volver uno loco en el servicio postal, ¿verdad, señor Ar...? —Se detuvo. El señor Ardite tenía expresión de que él sí lo creía.

—¡Vieja mema! —espetó a la mujer—. ¿Por qué has tenido que decírselo?

—¡Señor Ardite! —lo cortó Húmedo—. ¡Quiero hablar con usted dentro!

Agarró al anciano del hombro y prácticamente lo llevó en volandas a través de la interesada multitud, lo metió a rastras en el edificio y cerró de un portazo.

—¡Se me está acabando la paciencia! —exclamó—. Basta de comentarios oscuros y murmullos, ¿me entiende? Basta de secretos. ¿Qué está pasando aquí? Dígamelo ahora mismo o si no...

El hombrecillo tenía una mirada espantada. «Este no soy yo —pensó Húmedo—. Esta no es manera de hacer las cosas. Conque don de gentes, ¿eh?»

—¡Dígamelo ahora mismo, maestro cartero Ardite! —ordenó.

Al anciano se le abrieron los ojos como platos.

—¿Maestro cartero?

—El director de correos por estos lares soy yo, ¿verdad? —dijo Húmedo—. Eso quiere decir que puedo conceder ascensos, ¿verdad? Pues maestro cartero, ya lo creo. A prueba, por supuesto. Y ahora cuénteme que...

—¡No haga daño al señor Ardite, señor! —dijo una voz chillona detrás de Húmedo.

Ardite miró hacia la oscuridad por encima del hombro de Húmedo y dijo:

—No pasa nada, Stanley, no hay que ponerse así, no queremos que tengas uno de tus Arrechuchos. —Y añadió en voz baja para Húmedo—: Será mejor que me deje poco a poco en el suelo, señor...

Húmedo obedeció, con cautela exagerada, y se dio la vuelta.

El chico había estado a su espalda con una mirada vidriosa en la cara y la enorme tetera en alto. Una tetera muy pesada.

—No debe hacer daño al señor Ardite, señor —dijo con voz ronca.

Húmedo se sacó un alfiler de la solapa.

—Claro que no, Stanley. Por cierto, ¿esto es un Plumabarro Afilado Medio de verdad?

Stanley dejó caer la tetera, repentinamente ciego a todo lo que no fuera la pulgada de acero plateado que Húmedo tenía entre los dedos. Una de sus manos ya estaba sacando la lupa.

—Déjeme ver, déjeme ver —dijo con voz serena y pensativa—. Oh, sí. Ja. No, lo siento. Es fácil confundirse. Fíjese en las marcas que tiene en la hombrera. ¿Las ve? Y esta cabeza no está hecha en espiral. Este es de máquina. Probablemente obra de uno de los hermanos Feliz. Imagino que una tirada corta. Aunque no tiene su sigilo. Lo podría haber fabricado un aprendiz creativo. No vale gran cosa, me temo, a menos que encuentre a un coleccionista especializado en las minucias de la alfilerería de los Feliz.

—Voy, ejem, a preparar una taza de té ¿vale? —dijo Ardite, recogiendo la tetera, que seguía rodando por el suelo—. Buen trabajo otra vez, señor Mustachen. Ejem, ha dicho maestro cartero Ardite, ¿verdad?

—Stanley, vete con el... sí, maestro cartero a prueba Ardite —dijo Húmedo, tan amablemente como pudo. Levantó la mirada y añadió en tono firme—: Quiero hablar con el señor Pistón.

Stanley buscó con la vista al gólem, que resultó que estaba justo detrás de él. Era asombroso el silencio con que podían moverse los gólems; había cruzado el vestíbulo como una flecha y ahora estaba quieto con el puño en alto, como la ira de los dioses.

—Vaya, no lo había visto ahí de pie, señor Pistón —dijo Stanley en tono jovial—. ¿Por qué tiene la mano levantada?

Los agujeros de la cara del gólem bañaron al muchacho en luz roja.

—Yo... Quería Hacerle Una Pregunta Al Director General —respondió el gólem lentamente.

—Ah. Muy bien —dijo Stanley, como si no hubiera estado a punto de descalabrar a Húmedo un momento antes—. ¿Quiere que le devuelva el alfiler, señor Mustachen? —añadió, y cuando Húmedo hizo un gesto despectivo con la mano, continuó—: Muy bien, pues lo donaré para la subasta benéfica de alfileres del mes que viene.

Después de que la puerta se cerrara tras el chico, Húmedo levantó la vista hacia la cara impasible del gólem.

—Le ha mentido. ¿Se le permite a usted mentir, señor Pistón? —preguntó—. Y ya puede bajar ese brazo, por cierto.

—Me Han Instruido Sobre La Naturaleza De Las Falsedades Sociales, Sí.

—¡Pero si le iba a partir la cabeza como un melón! —exclamó Húmedo.

—Me Habría Esforzado Por No Hacerlo —replicó el gólem con voz retumbante—. Sin Embargo, No Puedo Permitir Que Reciba Usted Daños Inapropiados. Era Una Tetera Muy Pesada.

—¡No se puede hacer eso, idiota! —dijo Húmedo, que se había fijado en el uso del término «inapropiados».

—¿Tendría Que Haberle Permitido Que Lo Matara? —preguntó el gólem—. No Habría Sido Culpa De Él. No Le Funciona Bien La Cabeza.

—Y todavía le funcionaría peor si usted le hubiera dado un trompazo. ¡Escuche, ya lo he solucionado!

—Sí —dijo Pistón—. Tiene Un Talento. Es Una Lástima Que Le Dé Tan Mal Uso.

—¿Es que no entiende nada de lo que le digo? —gritó Húmedo—. ¡No puede ir por ahí matando gente!

—¿Por Qué No? Usted Lo Hace. —El gólem bajó el brazo.

—¿Cómo dice? —saltó Húmedo—. ¡Yo no lo hago! ¿Quién le ha dicho eso?

—Lo He Calculado. Ha Matado a Dos Coma Tres Tres Ocho personas —dijo el gólem con voz calmada.

—En mi vida le he puesto un dedo encima a nadie, señor Pistón. Puede que sea... todas las cosas que usted sabe, ¡pero no soy un asesino! ¡No he desenvainado una espada en la vida!

—No, Eso Es Verdad. Pero Ha Robado, Malversado, Defraudado Y Estafado De Forma Indiscriminada, Señor Mustajen. Ha Arruinado Negocios Y Ha Destruido Empleos. Cuando Los Bancos Quiebran, Casi Nunca Son Los Banqueros Quienes Pasan Hambre. Sus Actos Han Quitado Dinero A Aquellos Que Ya Tenían Muy Poco. De Una Miríada De Maneras Pequeñas, Ha Acelerado Las Muertes De Muchos. Son Gente A Quien No Conoce. No Los Vio Sangrar. Pero Les Quitó El Pan De La Boca Y Les Arrancó La Ropa Del Cuerpo, Por Deporte, Señor Mustajen. Por Deporte. Por Pura Diversión.

Húmedo se había quedado boquiabierto. Luego se le cerró la boca. Se le volvió a abrir. Se le volvió a cerrar. Las respuestas ingeniosas nunca venían cuando uno las necesitaba.

—Pero si no eres más que una maceta que anda, Pistón 19 —dijo en tono cortante—. ¿De dónde sacas todo eso?

—He Leído Los Detalles De Sus Muchos Crímenes, Señor Mustajen. Y Bombear Agua Le Enseña A Uno El Valor Del Pensamiento Racional. Robaba Usted A Otra Gente Porque Era Usted Listo Y La Otra Gente Era Estúpida.

—¡Un momento, la mayor parte del tiempo creían que eran ellos los que me estaban estafando a mí!

—Usted Les Tendía la Trampa, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón.

Húmedo se acercó para darle al gólem un golpecito enfático con la punta del dedo, pero cambió de opinión en el último momento. Podía romperse el dedo haciendo aquello.

—Bueno, piense una cosa —dijo—. ¡Ya estoy pagando por todo eso! ¡Estuvieron a punto de colgarme, maldita sea!

—Sí. Pero Aun Ahora Alberga Usted Planes De Fuga, De Darle La Vuelta A La Situación Para Su Beneficio Personal. Dicen Que El Leopardo No Se Cambia Nunca De Bermudas.

—Pero usted tiene que obedecer mis órdenes, ¿no? —gruñó Húmedo.

—Sí.

—¡Pues desenrósquese la maldita cabeza!

Por un momento los ojos rojos parpadearon. Cuando Pistón volvió a hablar, lo hizo con la voz de lord Vetinari.

—Ah, Mustachen. Pese a todo, sigue usted sin prestar atención. Al señor Pistón no se le puede ordenar que se destruya a sí mismo. Suponía que eso por lo menos se le habría ocurrido a usted. Como vuelva a ordenarle que lo haga, se emprenderán medidas punitivas.

El gólem volvió a parpadear.

—¿Cómo ha...? —empezó a decir Húmedo.

—Tengo Un Recuerdo Perfecto De Las Instrucciones Verbales Legales —dijo el gólem, con su voz retumbante de costumbre—. Imagino Que Lord Vetinari, Consciente De Su Forma De Pensar, Ha Dejado Ese Mensaje Porque...

—¡Me refería a la voz!

—Recuerdo Perfecto, Señor Mustajen —replicó Pistón—. Puedo Hablar Con Todas Las Voces De Los Hombres.

—¿En serio? Qué bien le vendrá.

Húmedo levantó la vista hacia el señor Pistón. Nunca se producía ninguna animación en aquella cara. Había una nariz, o algo parecido, pero solo era un bulto en la arcilla. La boca se le movía al hablar, y los dioses sabrían cómo podía moverse así el barro cocido... de hecho, lo más seguro es que sí lo supieran. Los ojos no se cerraban nunca, solo perdían brillo.

—¿De verdad puede leerme el pensamiento? —preguntó.

—No, Me Limito A Extrapolar De Su Conducta Pasada.

—Bueno, pues...

Húmedo, cosa rara en él, se había quedado sin palabras. Clavó una mirada ceñuda en aquella cara inexpresiva, que, aun así, se las apañó para transmitir desaprobación. Él estaba acostumbrado a las miradas de furia, de indignación y de odio. Formaban parte de su trabajo. Pero ¿qué era un gólem? Solo... tierra. Tierra cocida. Una cosa era la gente que te miraba como si fueras la tierra que pisaban, pero resultaba extrañamente desagradable que también lo hiciera la misma tierra.

—... deje de hacerlo —terminó lastimosamente—. Vaya a... trabajar. ¡Sí! ¡Adelante! ¡A eso se dedica usted! ¡Para eso está!

\* \* \*

La llamaban la torre de clacs de la suerte, la Torre 181. Estaba lo bastante cerca de la ciudad de Jdienda como para que sus ocupantes pudieran ir allí a darse un baño caliente y dormir en una buena cama en sus días libres, y como aquello era Uberwald no había mucho tráfico local, y —lo que era más importante— la torre estaba muy, muy arriba en las montañas y a los administradores no les gustaba ir tan lejos. En los viejos buenos tiempos del año anterior, cuando se producía una Hora de los Muertos todas las noches, era una torre feliz porque tanto la línea ascendente como la descendente se detenían a la misma hora, con lo que había un par de manos adicional para el mantenimiento. Ahora en la Torre 181 se hacía el mantenimiento sobre la marcha o simplemente no se hacía, igual que en todas las demás, pero aun así seguía siendo, proverbialmente, una torre que tenía contentos a los hombres que trabajaban en ella.

Bueno, hombres en su mayoría. En los llanos circulaba el chiste recurrente de que el personal de la 181 eran todo vampiros y hombres lobo. En realidad, como pasaba con muchas torres, a menudo los operarios eran niños.

Todo el mundo sabía que sucedía aquello. Mejor dicho, lo más seguro era que la nueva dirección no estuviera al tanto, pero aunque se hubieran enterado tampoco habrían hecho nada, aparte de olvidar que lo sabían. A los niños no hacía falta pagarles.

Los —en su mayoría— jóvenes que había en las torres trabajaban duro, lloviera o nevase, por el dinero justo para sobrevivir. Eran gente solitaria, soñadores, fugitivos de la ley que la ley había olvidado o simplemente fugitivos del mundo entero. Tenían una clase especial de locura dirigida: decían que el traqueteo de los clacs se te metía en la cabeza y hacía que tus pensamientos se adaptaran al ritmo, de manera que tarde o temprano podías saber qué mensajes pasaban por la torre con solo escuchar el traqueteo de los postigos. En sus torres bebían té caliente con extraños tazones de hojalata, que tenían la parte de abajo muy ancha para que no se derramaran cuando los vendavales azotaban las torres. Cuando estaban de permiso, bebían alcohol en cualquier recipiente. Y hablaban una jerga propia, con términos como burro y contraburro, cabecera del sistema y espacio de paquetes, entamborar mensajes y patearlos en caliente, 181 (que era algo bueno) o bandada (que era algo malo) o bandada total (malísimo), código de tapón y código flector, jacquard...

Y les caían bien los niños, que les recordaban a los hijos que habían dejado en casa o a los que nunca tendrían, y a su vez a los niños les encantaban las torres. Iban a ellas y se quedaban pululando y hacían algún trabajillo y a veces aprendían el oficio de las torres de señales simplemente mirando. Solían ser listos, dominaban el teclado y las palancas como por arte de magia, solían tener buena vista y lo que estaban haciendo, en la mayoría de los casos, era escaparse de casa sin marcharse del todo.

Porque en lo alto de las torres daba la sensación de poder divisar hasta el mismo borde del mundo. Ciertamente, los días despejados podían verse varias torres más. Los niños fingían que también sabían leer los mensajes solo escuchando el traqueteo de los postigos, mientras bajo sus dedos circulaban los nombres de lugares lejanos que no verían nunca pero con los que, en la torre, estaban de alguna manera conectados...

Los hombres de la Torre 181 la conocían como Princesa, aunque su nombre de verdad era Alice. Tenía trece años, era capaz de llevar una línea durante horas enteras sin ayuda de nadie y más adelante en la vida tendría una carrera interesante que... pero en fin, Princesa recordaría una conversación concreta que vivió aquel día porque había sido extraña.

No todas las señales eran mensajes. Algunas eran instrucciones para las torres. Algunas, al manejar las palancas para seguir las señales lejanas, producían efectos en la propia torre. Princesa sabía todo esto. Gran parte de lo que viajaba por el Gran Tronco era lo que se llamaba la Cabecera. Se trataba de instrucciones a las torres, informes, mensajes sobre mensajes o hasta charlas entre operadores, aunque esto último había pasado a estar estrictamente prohibido. Todo estaba en código. Era muy raro ver texto llano en la Cabecera. Pero ahora...

—Ahí está otra vez —dijo ella—. Debe de ser un error. No tiene código de origen ni tampoco dirección. Es Cabecera pero está en Llano.

Al otro lado de la torre, ocupando un asiento orientado en sentido contrario porque se encontraba operando la línea ascendente, estaba Roger, que tenía diecisiete años y ya trabajaba para obtener su certificado de maestro de torre.

Roger no dejó de mover la mano mientras preguntaba:

—¿Qué ponía?

—Primero GNU, que sé que es código, y luego solo un nombre: John Buencorazón. ¿Ha sido...?

—¿Lo has dejado pasar? —dijo Abuelo.

Abuelo había estado encorvado en un rincón, reparando una caja de postigos dentro de aquel cobertizo diminuto que había a medio ascenso de la torre. Abuelo era el maestro de torre, había estado en todas partes y lo sabía todo. Todo el mundo lo llamaba Abuelo. Tenía veintiséis años. Siempre estaba haciendo algo en la torre cuando ella operaba la línea, por mucho que siempre hubiera un muchacho en el otro asiento. Ella no averiguaría por qué hasta más adelante.

—Sí, porque era un código G —dijo Princesa.

—Entonces has hecho bien. No te preocupes.

—Ya, pero no es la primera vez que mando ese nombre. Lo he mandado varias veces. Línea arriba y línea abajo. ¡Solo un nombre, sin mensaje ni nada!

Le daba la impresión de que allí había algo raro, pero continuó:

—Sé que una U al final quiere decir que se tiene que mandar de vuelta al extremo de la línea y que la N quiere decir «No registrar». —Hacía gala de sus conocimientos, pero es que se había pasado horas leyendo el manual de cifrado—. ¡Así que solo es un nombre que va y viene todo el tiempo por la línea! ¿Qué sentido tiene?

Allí había algo raro de verdad. Roger seguía operando su línea, pero ahora miraba al frente con expresión grave.

Entonces Abuelo dijo:

—Muy lista, Princesa. Por fin has caído.

—¡Ja! —dijo Roger.

—Lo siento si he hecho algo mal —dijo la chica en tono dócil—. Es solo que me ha parecido raro. ¿Quién es John Buencorazón?

—Es uno que... se cayó de una torre —respondió Abuelo.

—¡Ja! —dijo Roger, operando sus postigos como si de pronto los odiara.

—¿Está muerto? —preguntó Princesa.

—Bueno, hay gente que dice... —empezó a decir Roger.

—¡Roger! —le cortó Abuelo. Sonó a advertencia.

—Ya sé lo de Enviar a Casa —dijo Princesa—. Y sé que las almas de los técnicos de línea muertos se quedan en el Tronco.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Abuelo.

—Oh, lo he oído —dijo ella sin darle importancia—. En alguna parte.

—Alguien te estaba intentando asustar —dijo Abuelo, mirando cómo a Roger se le enrojecían las orejas.

A Princesa no le había parecido que aquello diera miedo. Si tenías que estar muerto, parecía mucho mejor pasarte el tiempo volando entre las torres que enterrado. Pero también era lo bastante lista como para saber cuándo tocaba dejar el tema.

Fue Abuelo el que habló a continuación, después de una larga pausa interrumpida solo por el chirrido de los nuevos rieles de postigos. Cuando habló, dio la impresión de que algo le rondaba la mente.

—Mantenemos ese nombre circulando por la Cabecera —dijo, y a Princesa le pareció que el viento soplaba con mayor tristeza en las ringleras de postigos que tenía por encima, y que el interminable claqueteo de los postigos se volvía más apremiante—. Él nunca habría querido irse a casa. Era un verdadero técnico de línea. Su nombre está en el código, en el viento que mueve los cables y en los postigos. ¿Alguna vez has oído el dicho «Un hombre no ha muerto mientras se siga pronunciando su nombre»?

## 

## CAPÍTULO V

### Perdido en el correo

Donde Stanley experimenta el placer de las bolsas — Los miedos ancestrales del señor Ardite — Fritábano se preocupa — Asidor D'Oropel, hombre de Sociedad — La Escalera de Cartas — ¡Corrimiento de correo! — El señor Mustachen Lo Ve — Ofuscado — La Ronda del Cartero — La Gorra

Stanley estaba sacando brillo a sus alfileres. Lo hacía con una mirada de concentración beatífica, como si estuviera soñando con los ojos abiertos.

La colección centelleaba sobre las tiras dobladas de papel marrón y los rollos de fieltro negro que componían el paisaje del mundo del verdadero cabezón. A su lado tenía la enorme lupa de escritorio y, junto a sus pies, una bolsa de alfileres variados que había comprado la semana anterior a una tejedora que se jubilaba.

Estaba postergando el momento de abrirla para saborearlo más. Por supuesto, casi seguro que iba a estar llena de piezas de latón comunes y corrientes, quizá con algún que otro alfiler de cabeza plana o con defecto de fábrica, pero lo importante era que nunca se sabía. Aquel era el placer de las bolsas. Que nunca se sabía. Los no coleccionistas mostraban una deplorable indiferencia hacia los alfileres y los trataban como si solo fueran trocitos puntiagudos de metal que servían para clavar unas cosas en otras. Muchos alfileres maravillosos y de gran valor se habían encontrado en bolsas de piezas de latón.

Y ahora él tenía un Extra Largo de Cabeza Ancha Número Tres, apodado «Pollo», gracias al amable señor Mustachen. El mundo brillaba igual que aquellos alfileres tan pulcramente alineados sobre el fieltro que tenía desplegado delante. Puede que Stanley oliera un poco a queso y tuviera un pie de atleta que le llegaba hasta la rodilla, pero ahora mismo se elevaba batiendo unas alas de plata por los cielos resplandecientes.

Ardite estaba sentado junto a los fogones, mordiéndose las uñas y murmurando para sí. Stanley no le hacía caso porque no estaba hablando de alfileres.

—¿... nombramiento, verdad? ¡Da igual lo que diga la Orden! Puede ascender a quien le dé la gana, ¿verdad? Eso quiere decir que me corresponde otro botón de oro en la manga y además la paga, ¿verdad? ¡Ninguno de los otros me llamó nunca maestro cartero! Y a fin de cuentas, ha entregado una carta. ¡Tenía la carta, vio la dirección y la entregó, así de fácil! ¡Tal vez sí tiene madera de cartero! ¡Y ha devuelto las letras a su sitio! Otro asunto de letras, ¿lo ves? Es una señal, está claro. ¡Ja, si hasta puede leer palabras que no están! —Ardite escupió un pedazo de uña y frunció el ceño—. Pero... luego empezará a preguntar por el Nuevo Piese. Ya lo creo. Pero... sería como rascar una costra. Podría ser malo. Muy malo. Pero... ja, lo de devolvernos las letras... muy bien. A lo mejor es cierto que un día volveremos a tener un verdadero director de correos, tal como dicen. «Y él pisará el Patín Abandonado con su Bota y, Oh Maravilla, los Perros del Mundo se Romperán los Dientes En Él.» Y lo del letrero fue una señal, ¿verdad? Vale, estaba en una barbería para señoras estiradas, pero el letrero fue una señal, está más claro que el agua. A ver, si hubiera sido algo obvio, nos lo habría podido mostrar cualquiera. —Otra esquirla de uña cayó en un lado del fogón encendido, donde se quedó chisporroteando—. Y yo ya no soy ningún crío, eso es así. A prueba, sin embargo; eso no está bien, no está nada bien. ¿Qué pasaría si estirara la pata mañana, eh? Me presentaría ante mis antepasados y ellos me dirían: «¿Sois vos el inspector en jefe de correos Ardite?», y yo diría que no exactamente, y ellos me dirían: «¿Sois acaso el inspector de correos Ardite?», y yo diría que precisamente no, y ellos me dirían: «Entonces vos debéis de ser el maestro cartero Ardite», y yo les diría que de hecho no, y ellos me dirían: «Que lapiden a los cuervos, Toliverio, ¿nos estás diciendo que no pasaste de oficial de cartero? ¡Menudo Ardite estás hecho!», y a mí se me caería la cara de vergüenza y quedaría hundido hasta las rodillas en la ignominia. Da igual que lleve años dirigiendo este lugar, ya lo creo. ¡Hay que tener ese botón dorado!

Contempló el fuego y, en algún lugar de su barba apelmazada, una sonrisa luchó por salir a la luz.

—Puede probar a hacer la Ronda —dijo—. Si hace la Ronda, nadie le podrá discutir nada. ¡Y entonces podré contárselo todo! ¡Y las cosas se arreglarán! ¡Y si no completa la Ronda, es que no tiene madera de director de correos! ¿Stanley? ¡Stanley!

Stanley despertó de un sueño de alfileres.

—¿Sí, señor Ardite?

—Tengo unos cuantos encargos para ti, muchacho.

Y como no tenga madera de director de correos, añadió Ardite en la intimidad de su cerebro chirriante, me moriré siendo oficial de cartero...

\* \* \*

No resultaba fácil llamar a la puerta al mismo tiempo que intentaba desesperadamente no hacer ningún ruido, de manera que Crispin Fritábano terminó por renunciar al segundo objetivo y se limitó a accionar el llamador.

El ruido arrancó ecos por toda la calle vacía, pero nadie se asomó a la ventana. En aquella calle tan exclusiva no se habría asomado nadie a la ventana aunque se estuviera produciendo un asesinato. En los distritos más pobres la gente por lo menos habría salido a mirar o se habría unido al tumulto.

La puerta se abrió.

—Buenaz tardez, zeñor...

Fritábano apartó de un empujón a la figura achaparrada y se adentró en el pasillo a oscuras, haciendo gestos frenéticos al criado para que cerrara la puerta.

—¡Cierra, hombre, cierra! Es posible que me hayan seguido... Madre mía, eres un Igor, ¿verdad? ¿D'Oropel se puede permitir un Igor?

—¡Bien vizto, zeñor! —dijo el Igor. Se asomó a la penumbra de última hora de la tarde—. Todo dezpejado, zeñor,

—¡Cierra la puerta, por los dioses! —gimió Fritábano—. ¡Tengo que ver al señor D'Oropel!

—El amo eztá celebrando una de zuz pequeñaz zoiréez, zeñor —dijo Igor—. Iré a ver zi ze le puede moleztar.

—¿Está aquí alguno de los demás? ¿Han...? ¿Qué son las zuaguéez?

—Pequeñaz reunionez, zeñor —respondió Igor, olisqueando. El recién llegado apestaba a alcohol.

—¿Quieres decir soirées?

—Eczacto, zeñor —dijo Igor, impasible—. ¿Me permite zu muy llamativa capa larga con capucha, zeñor? Y haga el favor de zeguirme al zalón privado...

Y de pronto Fritábano se vio a solas en una sala grande llena de sombras, de llamas de velas y de ojos que lo vigilaban, mientras la puerta se cerraba detrás de él.

Los ojos pertenecían a los retratos en los marcos enormes y polvorientos que llenaban las paredes de punta a punta. Se rumoreaba que D'Oropel los había comprado abiertamente, y no solo los cuadros: se decía que también había adquirido todos los derechos sobre aquella gente muerta en tiempos remotos, que se había cambiado legalmente el apellido por el de ellos y de esa manera se había equipado con un pedigrí flamante de la noche a la mañana. Aquello era un poco inquietante, hasta para Fritábano. Todo el mundo mentía sobre sus antepasados, y no pasaba nada. Comprarlos resultaba ligeramente desconcertante, pero la elegancia oscura y original de aquel acto era muy típica de Asidor D'Oropel.

Se habían desatado muchos rumores acerca de Asidor D'Oropel, tan pronto como la gente se había fijado en él y había empezado a preguntar: «¿Quién es Asidor D'Oropel? ¿Y qué clase de nombre es Asidor, por cierto?». Montaba una fiestas estupendas, eso era verdad. Fiestas de las que entran en la mitología urbana. (¿Era verdad lo del hígado picado? ¿Tú estabas allí? ¿Qué me dices de la vez que llevó a una troll bailarina de striptease y hubo tres personas que se tiraron por las ventanas? ¿Tú estabas allí? ¿Y la historia del cuenco de golosinas? ¿Tú estabas allí? ¿Lo viste? ¿Es cierto? ¿Tú estabas allí?), La mitad de Ankh Morpork sí había estado allí, por lo que parecía, deambulando de la mesa al bufet y de la pista de baile a las mesas de juegos, y daba la impresión de que a cada invitado lo seguía siempre un camarero silencioso y complaciente con una bandeja cargada de bebidas. Había quien decía que D'Oropel era propietario de una mina de oro, otros juraban que era un pirata. Y ciertamente tenía aspecto de pirata, con su melena negra y rizada, su barba puntiaguda y su parche en el ojo. Hasta se decía que tenía un loro. Estaba claro que el rumor de la piratería podía explicar lo de su fortuna aparentemente interminable y el hecho de que nadie, nadie en absoluto, supiera nada de él antes de su llegada a la ciudad. Tal vez hubiera vendido su pasado, bromeaba la gente, de la misma manera que se había comprado uno nuevo.

Y estaba claro que sus prácticas empresariales eran de pirata, Fritábano lo sabía. Algunas de las cosas...

—¡Doce y medio por ciento! ¡Doce y medio por ciento!

Después de asegurarse de que no acababa de sufrir el ataque al corazón que llevaba todo el día temiendo, Fritábano cruzó la sala, meciéndose como si se acabara de tomar un par de copas para calmar los nervios, y levantó el paño de color rojo oscuro que resultó que escondía la jaula del loro. De hecho, era una cacatúa, que bailoteaba frenética de un lado a otro de su percha.

—¡Doce y medio por ciento! ¡Doce y medio por ciento!

Fritábáno sonrió.

—Ah, has conocido a Alphonse —dijo Asidor D'Oropel—. ¿Y a qué debo este placer tan inesperado, Crispin?

La puerta se cerró lentamente detrás de él hasta encajarse en el marco forrado de fieltro, apagando el sonido distante de la música.

Fritábano se dio la vuelta y el breve momento de distracción se evaporó en un instante para dar paso al temeroso tumulto de su alma. D'Oropel, con una mano metida en el bolsillo de su hermosa chaqueta de esmoquin, lo miraba con expresión socarrona.

—¡Me están espiando, Asidor! —estalló Fritábano—. Vetinari ha mandado a uno de...

—¡Por favor! Siéntate, Crispin. Creo que te hace falta un coñac grande. —Arrugó la nariz—. ¿O debería decir otro coñac grande?

—¡No te diré que no! ¡He tenido que tomar un traguito, ya sabes, solo para calmarme los nervios! ¡Menudo día he tenido! —Fritábano se desplomó en un sillón de cuero—. ¿Sabías que ha habido un agente de la Guardia de servicio delante del banco casi toda la tarde?

—¿Uno gordo? ¿Un sargento? —preguntó D'Oropel, dándole una copa.

—Gordo, sí. No me he fijado en el rango. —Fritábano se sorbió la nariz—. Yo nunca he tenido ningún trato con la Guardia.

—Yo, en cambio, sí —dijo D'Oropel, haciendo una mueca de dolor al ver un coñac tan bueno bebido como se lo estaba bebiendo Fritábano—. Y tengo entendido que el sargento Colon tiene la costumbre de holgazanear cerca de los edificios grandes, no por si los roba alguien sino porque le gusta fumarse un pitillo tranquilamente a resguardo del viento. Es un payaso y no hay nada que temer de él.

—Sí, pero esta mañana un agente del fisco ha venido a ver a ese viejo chiflado de Quesburgo...

—¿Y eso es raro, Crispin? —dijo D'Oropel en tono tranquilizador—. Déjame que te rellene esa copa...

—Bueno, vienen una vez o dos al mes —admitió Fritábano, tendiéndole la copa vacía—. Pero...

—O sea que no es raro. Te estás acobardando por nada, querido Crispin.

—¡Vetinari me está espiando! —estalló Fritábano—. ¡Esta tarde había un hombre de negro vigilando mi casa! ¡He oído un ruido y me he asomado y lo he visto plantado en un rincón del jardín!

—¿Un ladrón, tal vez?

—¡No, estoy al día con los pagos al Gremio! Y también estoy seguro de que esta tarde ha entrado alguien en mi casa. Las cosas de mi estudio estaban movidas. ¡Estoy preocupado, Asidor! ¡Aquí el que tiene las de perder soy yo! Como haya una audit...

—Sabes que no la va a haber, Crispin. —La voz de D'Oropel era como la miel.

—Ya, pero no puedo tener controlado todo el papeleo, por lo menos todavía no, hasta que se jubile el viejo Quesburgo. Y Vetinari tiene muchos, ya sabes, ¿cómo los llaman...? Secretarios, ya sabes, que no hacen otra cosa que revisar documentos. ¡Lo van a descubrir, ya lo verás! ¡Compramos el Gran Tronco con su propio dinero!

D'Oropel le dio una palmadita en el hombro.

—Tranquilízate, Crispin. Todo va a salir bien. Lo que te pasa es que tienes ideas anticuadas sobre el dinero. El dinero no es una cosa, ni siquiera es un proceso. Es una especie de sueño compartido. Soñamos que un pequeño disco de metal común y corriente vale lo mismo que una comida abundante. En cuanto despiertas de ese sueño, puedes nadar en un mar de dinero.

La voz resultaba casi hipnótica, pero Fritábano estaba en manos de su terror. Le brillaba la frente.

—¡Entonces Verdejamón está meando en él! —dijo en tono cortante, con una malicia desesperada reluciéndole en los ojillos—. ¿Te acuerdas de esa torre que hay al levo de Lancre, la que nos daba tantos problemas hace dos meses? ¿Cuando nos dijeron que era porque las brujas chocaban contra las torres? ¡Ja! ¡Solo fue una bruja la primera vez! Luego lo que pasó es que Verdejamón sobornó a un par de los novatos de la torre para que mandaran la señal de avería, y uno de ellos cabalgó como alma que lleva el diablo hasta la torre de más abajo y le envió a él los valores del mercado de Genua, dos horas largas antes de que los recibiera nadie más. Es así como acaparó las gambas en salazón, ¿sabes? Y también las cabezas secas de pescado y la gamba molida salada. ¡Y no es la primera vez que lo hace! ¡El tipo se está forrando!

D'Oropel miró a Fritábano y se preguntó si matarlo en aquel momento sería la mejor opción. Vetinari era listo. Nadie duraba como gobernante de un caótico fermento de ciudad como aquella siendo tonto. Si veías a su espía, era un espía que el patricio quería que vieses. Te dabas cuenta de que Vetinari tenía el ojo puesto en ti cuando te girabas muy deprisa y no veías a nadie en absoluto.

Y el maldito Verdejamón. Había gente que no entendía nada, nada de nada. Eran tan... pequeños.

Usar de aquella manera los clacs era estúpido, pero permitir que un carroñero como Fritábano se enterase era injustificable. Era de idiotas. Gente pequeña e idiota que tenía una arrogancia digna de reyes, montando sus pequeñas estafas, sonriéndole a la gente a quienes robaban y sin entender para nada la naturaleza del dinero.

Y el estúpido y porcino de Fritábano había venido corriendo a su casa. Aquello complicaba un poco las cosas. La puerta estaba insonorizada, la moqueta era fácil de reemplazar y, por supuesto, los Igors eran famosos por su discreción, pero era casi seguro que alguien invisible había visto entrar al tipo y, por tanto, lo más prudente era asegurarse de que saliera.

—Eresh buena p'rsonna, Asidor D'Oropel —dijo entre hipidos Fritábano, blandiendo precariamente la copa de coñac ahora que volvía a estar casi vacía. La dejó en una mesita con ese cuidado exagerado de que hacen gala los borrachos, pero, como no acertó la correcta de las tres imágenes de la mesita que danzaban de un lado a otro en su campo de visión, la copa se hizo trizas sobre la moqueta—. Lo sienhto —dijo con voz gangosa—. Pero como eresh una buena p'rsonna, voy a darte una cosha. No lo p-puedo tener en casa, no puedo, ahora que Vetininararari me ha echado 'ncima sueshpías. Tampoco puedo quemarlo porque eshtá todo ahí. Todas las 'equeñas... transhacciones. Mumportante. No she puede confiar en los demás porque m'odian. Te'ncargash tú, ¿eh?

Sacó un diario ajado de cubiertas rojas y se lo ofreció con movimientos vacilantes. D'Oropel lo cogió y lo abrió. Recorrió las anotaciones con la mirada.

—¿Lo has estado apuntando todo, Crispin? —dijo—. ¿Por qué?

Crispin puso cara de horror.

—Hay que guardar regishtros, Asidor —dijo—. No puedesh cubrir tus huellas si no sabes dónnde las has dejado. Así... lo puedesh devolver todo a shu sitio, fíjate, cashi no es un crimen ni es nada. —Intentó darse unos golpecitos en el costado de la nariz pero no acertó.

—Lo cuidaré como oro en paño, Crispin —dijo D'Oropel—. Has sido muy sabio al traérmelo.

—Eshto me llegalalma, Asidor —dijo Crispin, acercándose ya a la fase sensiblera—. Tú sí que me tomash en sherio, no como Verdejamejamón y sus a'migotes. Soy yo quien s'arriesga y ellos me tratan como si fuera eshcoria. Escoria, quiero decir. Pero qué buen tío eres, coño. Tienne gracia, ¿sabesh?, que tengas un Igor, un tío tan buenazo commo tú, porque... —Soltó un eructo enorme—. Porque yabía oído que los Igors solo trabajan para chifladosh. Pirados de remate, ¿sabesh? Y vammpiros y gente d'essa, gente a quien le falta una cabra. Ojo, que no digo nada contra tu hombre, fíjate, parece un tío de pelotas, jajajá, varios tíos de pelotas...

Asidor D'Oropel dio un suave tirón para ponerlo en pie.

—Estás borracho, Crispin —dijo—. Y demasiado locuaz. Ahora lo que voy a hacer es llamar a Igor...

—¿Zí, zeñor? —dijo Igor detrás de él. Era la clase de servicio que muy pocos podían permitirse.

—... y él te llevará a casa en mi carruaje. Asegúrate de entregárselo sano y salvo a su ayuda de cámara, Igor. Ah, y cuando lo hayas hecho, ¿podrías localizar a mi colega el señor Gryle? Dile que tengo un encarguito para él. Buenas noches, Crispin. —D'Oropel le dio una palmadita en una mejilla flácida—. Y no te preocupes por nada. Mañana descubrirás que todas estas pequeñas ansiedades se han... esfumado.

—Pero qué buenn tío —murmuró un feliz Fritábano—. Pa ser eshtranjero...

\* \* \*

Igor se llevó a Crispin a casa. Para entonces el hombre ya había alcanzado la fase de «borracho risueño» y estaba cantando esa clase de canciones que matan de risa a los jugadores de rugby y a los niños menores de once años, y meterlo en su casa debió de despertar a los vecinos, sobre todo cuando se puso a repetir sin cesar la estrofa del camello.

A continuación Igor condujo de vuelta a casa, guardó el carruaje, atendió al caballo y fue al palomar que había detrás del edificio. Las que tenían allí eran unas palomas grandes y bien alimentadas, no las ratas de tejado enfermas que plagaban la ciudad, y él eligió una bien gorda, le colocó con pericia una anilla de plata para mensajes alrededor de la pata y la lanzó al aire de la noche.

Las palomas de Ankh-Morpork eran bastante listas para ser palomas. La estupidez tenía una vida limitada en aquella ciudad. Esa paloma no tardaría en encontrar la vivienda del señor Gryle en el tejado, aunque a Igor le molestaba no recuperar nunca sus palomas.

\* \* \*

Se levantaron ráfagas de sobres viejos mientras Húmedo avanzaba con rabia, y a veces vadeaba con rabia, por las salas abandonadas de la Oficina de Correos. Tenía ganas de agujerear las paredes a patadas. Estaba atrapado. Atrapado. Había hecho todo lo que había podido, ¿verdad? Tal vez fuese cierto que aquel lugar tenía una maldición. Ardite sería un buen nombre para ella...

Abrió una puerta y se encontró en el enorme patio de cocheras alrededor del cual la Oficina de Correos se doblaba como la letra U. El patio seguía en uso. Cuando se hundió el servicio de correos, le había explicado Ardite, las cocheras sobrevivieron. Eran útiles y estaban bien establecidas y, además, poseían docenas de caballos. Los caballos no podían embutirse debajo del suelo ni tampoco subirlos dentro de sacas al desván. Había que darles de comer. Más o menos sin transición, los cocheros se habían adueñado de aquello y lo habían convertido en un servicio de pasajeros.

Húmedo estaba observando a un carruaje que salía cargado del patio cuando le llamó la atención un movimiento en lo alto del edificio.

Ya estaba acostumbrado a las torres de clacs. A veces daba la impresión de que no había tejado donde no brotara una. La mayoría eran las nuevas cajas de postigos que instalaba la compañía Gran Tronco, aunque se seguían viendo las torres de señales de brazos a la antigua usanza e incluso las de banderas. Las antiguas, sin embargo, funcionaban muy despacio y dependían de las líneas de visión, para las que había muy poco espacio en el competitivo bosque de torres. Quien necesitaba algo más que el servicio básico acudía a una de las compañías pequeñas de clacs y alquilaba una torrecita pequeña de postigos, con una gárgola residente para avistar los mensajes que llegaban y acceso a las torres de desvío y, si era rico de verdad, también con un operador con formación. Y pagaba. Húmedo no sabía nada de tecnología ni le interesaba, pero sí tenía entendido que el precio de aquel servicio venía a ser un brazo o una pierna o ambas cosas.

Aquellas observaciones, sin embargo, orbitaban en su cerebro, por así decirlo, como pensamientos planetarios alrededor de un pensamiento solar y central: ¿por qué demonios tenemos nosotros una torre?

Estaba claro que había una en el tejado. El estaba viéndola y oía el traqueteo lejano de los postigos. Y estaba seguro de haber visto también una cabeza, justo antes de que se agachara y desapareciese.

«¿Para qué tenemos una torre ahí arriba y quién la está usando?»

Corrió de vuelta al interior. Jamás había visto una escalera que llevara al tejado, pero a fin de cuentas, ¿quién sabía qué se escondía detrás de aquellos montones de cartas que obstruían los pasillos...?

Se estrujó para recorrer otro pasillo flanqueado de sacas de correo y emergió a un espacio donde unas puertas dobles enormes y cerradas con pestillo daban de nuevo al patio. Allí estaba la escalera para subir. Unas diminutas lámparas de seguridad derramaban pequeños charquitos de luz en la oscuridad de más arriba. Así era la Oficina de Correos, pensó Húmedo: las Ordenanzas decían que tenía que haber luz en la escalera y la había, décadas después que las usara nadie aparte de Stanley, el prendedor de lámparas.

También había un viejo montacargas, uno de aquellos tan peligrosos, los que funcionaban bombeando el agua de un depósito enorme de agua de lluvia instalado en el tejado, pero no logró averiguar cómo funcionaba y, de haberlo conseguido, tampoco habría confiado en aquel aparato. Ardite le había informado que estaba roto.

Al pie de la escalera, raspado pero todavía reconocible, había un contorno de tiza. Ni los brazos ni las piernas estaban en una postura cómoda.

Húmedo tragó saliva pero se agarró a la barandilla.

Subió.

Había una puerta de acceso a la primera planta. Se abrió con facilidad. De hecho, se abrió de golpe con solo tocar la manecilla, liberando una avalancha de correo comprimido que saltó como un monstruo al hueco de la escalera. Húmedo se tambaleó y ahogó un grito mientras las cartas se deslizaban a su alrededor, montón tras montón, y bajaban la escalera formando una catarata.

Con pasos rígidos, subió otro tramo de escalones y encontró una segunda puerta mal iluminada, pero esta vez se hizo a un lado antes de abrirla. Aun así, la fuerza de los sobres se la estampó contra las piernas y, con un susurro seco, aquellas cartas muertas cayeron en tromba a la oscuridad. Como murciélagos, tal vez. El edificio entero estaba lleno de cartas muertas, que susurraban entre ellas en la oscuridad mientras un hombre caía hacia su muerte...

Como la cosa siguiera así, iba a terminar igual que Ardite: más loco que una cabra. Y sin embargo, aquel lugar era más de lo que parecía. Tenía que haber una puerta en algún lado...

Tenía la cabeza desparramada por toda la pared...

Escucha, dijo a su imaginación, como te sigas portando así, no vuelvo a traerte.

Pero, traicionera como de costumbre, su imaginación continuó funcionando. Él jamás le había puesto ni un dedo encima a nadie. Siempre prefería correr antes que pelear. Y el asesinato, a ver, el asesinato era algo absoluto... No se podía cometer el 0,021 de un asesinato, ¿verdad que no? Sin embargo, Pistón parecía pensar que era posible asesinar con cinta métrica. Vale, tal vez a la larga hubiera gente... incomodada por algún delito, pero ¿qué pasaba con los banqueros, con los caseros, hasta con los camareros? «Aquí tiene su coñac doble, señor, y le acabo de matar un 0,0003.» Todo lo que hacía todo el mundo afectaba a todo el mundo, tarde o temprano.

Además, muchos de sus crímenes ni siquiera eran crímenes. Como el truco del anillo, por ejemplo. El nunca decía que fuera un anillo de diamantes. Además, era deprimente la rapidez con que los ciudadanos honrados se animaban ante la oportunidad de aprovecharse de un pobre viajero ignorante. Aquello bastaría para echar por tierra la fe de uno en la especie humana, si la tuviera. Además...

La tercera planta arrojó otra avalancha de cartas, pero cuando esta cesó seguía habiendo una muralla de papel obstruyendo el pasillo de detrás. Se desprendieron otro par de sobres crujientes, amenazando con un alud de proporciones mayores mientras Húmedo continuaba adelante.

De hecho, la retirada ocupaba el primer plano de sus pensamientos, pero ahora la escalera estaba cubierta de varias capas resbaladizas de sobres y aquel no era el momento de aprender a esquiar.

Pero bueno, la quinta planta tendría que estar despejada, ¿verdad? Si no, ¿cómo podía haber llegado Patilla a la escalera para acudir a su cita con la eternidad? Y en efecto, en el rellano de la cuarta planta todavía había un trozo de cuerda negra y amarilla, encima de un montón de cartas. La Guardia había estado allí. Pese a todo, Húmedo abrió la puerta con cuidado, tal como debía de haber hecho en el pasado algún agente de la Guardia.

Se desprendieron unas pocas cartas, pero el grueso de la avalancha ya había tenido lugar. A un par de metros de distancia se encontraba la ya familiar muralla de sobres, prensados hasta adquirir la consistencia de estratos geológicos. Por allí también había pasado la Guardia. Los agentes habían intentado atravesar la pared de palabras y Húmedo vio el agujero que habían practicado. Habían metido el brazo por él, hasta el hombro, igual que estaba haciendo ahora Húmedo. Y también igual que él, los guardias habían rozado con los dedos otra capa de sobres todavía más prensados.

Por allí no había llegado nadie a la escalera que llevaba a la azotea. Habrían tenido que atravesar una muralla de sobres de, por lo menos, dos metros de grosor...

Había un piso más. Húmedo subió con cautela, y ya estaba a medio camino cuando oyó que la avalancha empezaba por debajo de él.

De alguna manera, debía de haber desestabilizado la muralla de cartas de la planta de abajo. Emergían por el pasillo, imparables como un glaciar. A medida que el frente llegaba a la escalera, se desprendían mazacotes de cartas que se precipitaban al vacío. Mucho más abajo, la madera crujió y empezó a partirse. La escalera tembló.

Húmedo subió corriendo los últimos peldaños que llevaban a la quinta planta, agarró la puerta que había allí, la abrió de golpe y se aferró a ella mientras otro corrimiento de cartas se precipitaba a su lado. Ahora todo temblaba. Se oyó un estruendo repentino cuando el resto de la escalera se hundió y Húmedo se quedó agarrado al picaporte, meciéndose en medio de una lluvia de cartas.

Allí se quedó colgando, con los ojos cerrados hasta que el ruido y el movimiento casi cesaron, aunque todavía se oía algún que otro crujido procedente de abajo.

La escalera había desaparecido.

Con mucho cuidado, Húmedo levantó los pies hasta tantear con ellos el borde del nuevo pasillo. Sin hacer ningún disparate, como por ejemplo respirar, pasó una mano detrás de la puerta para sujetarse de los picaportes de ambos lados. Hizo avanzar lentamente los talones por el montón de cartas que había en el suelo del pasillo y de esta manera fue cerrando la puerta, al tiempo que ponía las dos manos en el picaporte de dentro.

Entonces inspiró una bocanada profunda del aire seco y rancio, pataleó frenéticamente, dobló el cuerpo como si fuera un salmón arponeado y consiguió meter en el pasillo la porción justa de sí mismo para evitar una caída de veinte metros entre cartas y madera rota.

Sin apenas pensar, descolgó la lámpara de la jamba de la puerta y se giró para inspeccionar la tarea que tenía por delante.

El pasillo estaba perfectamente iluminado, cubierto de una lujosa moqueta y completamente vacío de correo. Húmedo se quedó mirándolo.

Allí había habido cartas, bien prensadas desde el suelo hasta el techo. Él las había visto y las había sentido cuando caían a su alrededor por el hueco de la escalera. No había sido una alucinación: eran cartas sólidas, mohosas, polvorientas y reales. Creer ahora cualquier otra cosa sería una locura.

Se giró para mirar los escombros de la escalera y no vio ni puerta ni escalones. El suelo enmoquetado se extendía hasta llegar a la pared opuesta.

Húmedo era consciente de que aquello debía de tener una explicación, pero la única que se le ocurría en ese momento era: qué raro. Bajó un brazo con cautela para tocar la moqueta que había donde debería estar la escalera y sintió un escalofrío en las yemas de los dedos cuando la atravesaron.

Y se preguntó: «¿Alguno de los otros directores de correos estuvo aquí, en el mismo sitio donde estoy yo ahora? ¿Y alguno echó a andar por lo que parecía suelo sólido y terminó cayendo a través de cinco pisos de dolor?».

Húmedo avanzó muy despacio por el pasillo en dirección contraria, y empezó a oírse un ruido. Era un sonido vago y generalizado, el runrún de un edificio enorme lleno de bullicio, gritos, conversaciones, del traqueteo de la maquinaria, del bisbiseo abarrotado de un millar de voces y ruedas y pisadas y tampones de sellar y plumas sobre el papel y portazos, todo entretejido en un espacio gigantesco hasta convertirse en la pura textura audible del comercio.

El pasillo se ensanchaba delante, a su llegada a un cruce en forma de T. El ruido procedía del espacio luminoso que se abría al otro lado. Húmedo caminó hacia la reluciente barandilla de latón del balcón que tenía enfrente...

... y se detuvo.

Muy bien, me ha costado lo mío traer a este cerebro hasta aquí arriba; ha llegado el momento de ponerlo a trabajar, pensó.

El vestíbulo de la Oficina de Correos era una caverna oscura llena de montañas de correspondencia. No había ni balcones ni barandillas relucientes ni personal bullicioso ni, estaba más claro que el agua, clientes.

El único momento en que la Oficina de Correos podía haber tenido aquel aspecto era el pasado, ¿verdad?

¡Había balcones, señor, rodeando todo el vestíbulo y en todas las plantas, hechos de hierro, como en filigranas!

Los balcones no estaban en el presente, no estaban aquí y ahora. Pero él tampoco estaba exactamente en el pasado. Sus dedos habían palpado una escalera mientras sus ojos veían suelo enmoquetado.

Húmedo decidió que estaba plantado en el aquí y el ahora, pero lo que veía era el aquí y el entonces. Por supuesto, había que estar loco para creer algo así, pero aquello era la Oficina de Correos.

El pobre señor Patilla había pisado un suelo que ya no existía.

Húmedo se detuvo antes de salir al balcón, se agachó para palpar el suelo y volvió a notar el frío en los dedos cuando atravesaron la moqueta. ¿Quién había sido...? Ah, sí, el señor Mutable. Había estado allí, había corrido para asomarse a mirar hacia abajo y...

... se estampó, señor, se estampó contra el mármol.

Húmedo se puso en pie despacio, se afianzó en la pared y con precaución echó un vistazo al vestíbulo de abajo.

Del techo colgaban lámparas de araña, pero estaban apagadas porque la luz del sol entraba a raudales por la cúpula centelleante, iluminando una escena limpia de cagadas de paloma pero abarrotada de gente, que iba y venía por el suelo ajedrezado de baldosas blancas y negras o bien permanecía atareada detrás de los largos y bruñidos mostradores de maderas nobles, decía mi padre. Húmedo se quedó quieto y miró.

Era una escena compuesta por un centenar de actividades con sentido que se fundían alegremente para formar una gran anarquía. Por debajo de él había gente que empujaba enormes cestas de alambre con ruedas por el recinto, otra gente que colocaba sacas de correo en cintas transportadoras y secretarios que llenaban febrilmente los casilleros. Era una máquina, hecha de gente, ¡tendría que haberlo visto, señor!

Muy a la izquierda de Húmedo, en la otra punta del vestíbulo, había una estatua dorada de tamaño tres o cuatro veces superior al real. Representaba a un joven delgado, obviamente un dios, desnudo salvo por un sombrero con alas, unas sandalias con alas y —Húmedo entrecerró los ojos— ¿una hoja de parra con alas? Había sido plasmado por el escultor cuando estaba a punto de saltar al aire, con un sobre en la mano y una expresión de noble determinación en el rostro.

La estatua dominaba el recinto. No estaba allí en el presente; el pedestal estaba desocupado. Si habían desaparecido los mostradores y las lámparas de araña, una estatua que pareciese siquiera de oro no debió de tener la menor posibilidad. Lo más probable es que se llamara El espíritu del correo o algo parecido.

Entretanto, el correo se seguía moviendo más prosaicamente allí abajo.

Debajo de la cúpula había un reloj con cuatro esferas orientadas hacia los puntos cardinales. Mientras Húmedo la miraba, la manecilla grande se movió con un ruido metálico hasta la hora en punto.

Sonó una bocina. El ballet frenético se detuvo mientras, en algún lugar por debajo de Húmedo, unas puertas se abrieron y dos hileras de hombres con uniforme, señor, azul real con botones de latón, ¡tendría que haberlo visto! entraron en el vestíbulo en fila y se pusieron firmes delante de las puertas enormes. Allí los estaba esperando un hombre corpulento, con una versión más majestuosa del mismo uniforme y cara de tener dolor de muelas. Llevaba un gran reloj de arena colgando dentro de una jaula de latón sujeta con soporte de cardán al cinturón, y miró a los hombres expectantes como si hubiera visto cosas peores en la vida pero no muchas, y aun esas únicamente en las suelas de sus enormes botas.

Sostuvo en alto el reloj de arena con aire de satisfacción maligna y respiró hondo antes de bramar:

—¡Reparto número cuatro... fiiiiir-mes!

Las palabras llegaron ligeramente amortiguadas a los oídos de Húmedo, como si las estuviera oyendo a través de cartón. Los carteros, que ya estaban firmes, se las apañaron para parecer todavía más alerta. El grandullón los taladró con la mirada y aspiró otra bocanada colosal del aire.

—¡Reparto número cuatro, esperad esperad... A REPA-AAAAR-TIR!

Las dos hileras pasaron desfilando a su lado y salieron a la luz del día.

Hubo un tiempo en que éramos carteros...

Tengo que encontrar una escalera de verdad, pensó Húmedo, haciendo un esfuerzo para alejarse del borde. Tengo... alucinaciones del pasado. Pero estoy plantado en el presente. Es como andar sonámbulo. No quiero echar a andar por el vacío y terminar convertido en otro contorno de tiza.

Se dio la vuelta y alguien que venía andando lo atravesó.

La sensación fue desagradable, como tener un brote repentino de fiebre. Sin embargo, no fue lo peor. Lo peor fue ver cómo la cabeza de otra persona atravesaba la suya. La vista era casi toda gris, con asomos de color rojo y vislumbres de las oquedades de los senos nasales. Por los globos oculares era mejor no preguntar.

... con toda la cara retorcida como si acabara de ver a un fantasma...

A Húmedo le dio un vuelco el estómago, y mientras se giraba tapándose la boca con la mano vio a un joven cartero que miraba hacia él con una expresión de horror que probablemente reflejara la que el invisible Húmedo tenía en la cara. A continuación el chico se estremeció y se largó a toda prisa.

De manera que el señor Ignavia también había llegado hasta allí. Había sido lo bastante listo para no dejarse engañar por el suelo, pero ver otra cabeza atravesando la tuya... bueno, aquello podía jugarte una mala pasada...

Húmedo echó a correr detrás del chico. Allí arriba estaba perdido; en compañía de Ardite debía de haber recorrido menos de una décima parte del edificio, encontrándose el camino continuamente obstruido por glaciares de correo. Había otra escalera, él lo sabía, que seguía existiendo en el presente. La planta baja, ese era el objetivo: un suelo en el que se pudiera confiar.

El muchacho atravesó una puerta y entró en lo que parecía ser una sala llena de paquetes, pero Húmedo pudo distinguir al fondo de aquella habitación otra puerta abierta y una barandilla. Apretó el paso y el suelo desapareció de debajo de sus pies.

La luz se esfumó. Fue breve y espantosamente consciente de que estaba rodeado de cartas resecas que caían con él. Aterrizó encima de más cartas, sintiendo que se sofocaba mientras la vieja correspondencia empezaba a amontonársele encima. Por un momento, a través de la lluvia de papel, entrevió una ventana polvorienta y medio tapada de cartas, pero enseguida se quedó sumergido de nuevo. El montón que tenía debajo empezó a moverse, deslizándose hacia abajo y hacia los lados. Se oyó el crujido de lo que tal vez fuera una puerta que salía disparada de sus goznes y la corriente lateral se incrementó ostensiblemente. Húmedo braceó con frenesí hacia la superficie justo a tiempo para que su cabeza golpeara el dintel de una puerta y la corriente volviera a sumergirlo.

Impotente ahora, dando tumbos dentro de aquella riada de papel, notó vagamente la sacudida causada por un suelo al ceder. El correo se precipitó por el boquete, arrastrándolo consigo y arrojándolo con violencia contra otra corriente de sobres. Todo se volvió negro mientras millares de cartas caían sobre él, y entonces también se apagaron los sonidos.

La oscuridad y el silencio lo estrujaron dentro de su puño.

Húmedo von Mustachen se abrazó las rodillas y apoyó la frente en los brazos. Allí dentro había aire, pero era caluroso y rancio y no duraría mucho. No podía mover más que un dedo.

Podría morir allí. Iba a morir allí. Debía de haber toneladas de correo a su alrededor.

—Encomiendo mi alma al dios que pueda encontrarla —balbuceó en medio del aire cargado.

Una línea azul danzó por su campo de visión interior.

Era una línea escrita a mano. Y sin embargo, habló.

Querida madre: he llegado sano y salvo y tengo un buen alojamiento en...

Parecía la voz de un chaval de campo, pero tenía un matiz... rasposo. Si las cartas pudieran hablar, sonarían así. Las palabras avanzaron a trancas y barrancas, los caracteres se curvaban e inclinaban incómodos bajo la pluma de un escritor reticente...

... y mientras avanzaba, otra línea empezó también a escribirse en la oscuridad, pulcra y atildada:

Estimado señor mío: tengo el honor de informarle de que soy el único albacea del patrimonio del difunto sir Davie Stremecido, de La Heredad, Bendiciones Mezcladas, y de que parece ser usted el único...

La voz continuó con unas palabras tan secas que casi podía oírse los estantes llenos de tratados de derecho detrás del escritorio, pero ya estaba arrancando una tercera línea:

Apreciada señora Clark: lamento mucho informarle de que durante una refriega con el enemigo el día de ayer, el marido de usted, C. Clark, luchó con valentía pero resultó...

Y entonces todas se pusieron a escribir a la vez. Docenas, centenares, millares de voces inundaron sus oídos y garabatearon en su campo de visión interior. No gritaban, solo dejaban salir las palabras hasta que tuvo la cabeza llena de sonidos, que a su vez formaban nuevas palabras, del mismo modo que todos los instrumentos de una orquesta tintinean y raspan y vibran para producir un único momento culminante.

Húmedo intentó chillar, pero tenía la boca llena de sobres.

De pronto una mano se cerró en torno a su pierna, y de repente se vio suspendido en el aire y cabeza abajo.

—¡Ah, Señor Mustajen! —retumbó la voz del señor Pistón—. ¡Ha Estado Explorando! ¡Bienvenido A Su Nuevo Despacho!

Húmedo escupió papel y se llenó de aire los pulmones irritados.

—¡Están... vivas! —dijo entre jadeos—. ¡Están todas vivas! ¡Y furiosas! ¡Y hablan! ¡No ha sido una alucinación! ¡He tenido alucinaciones en el pasado y no dolían! ¡Sé cómo murieron los demás!

—Me Alegro Por Usted, Señor Mustajen —dijo Pistón, dándole la vuelta para ponerle los pies en el suelo y vadeando por la sala con cartas hasta la cintura, mientras detrás de ellos caían más por un agujero del techo.

—¡No lo entiende! ¡Hablan! Quieren... —Húmedo vaciló. Todavía oía el susurro en su cabeza. Y dijo, tanto para sí mismo como dirigiéndose al gólem—: Es como si quisieran ser... leídas.

—Esa Es La Función De Las Cartas —dijo Pistón con calma—. Comprobará Que Casi He Terminado De Vaciarle Su Apartamento.

—¡Pero oiga, solo son papel! ¡Y me han hablado!

—Sí —dijo el gólem con voz retumbante—. Este Sitio Es Una Tumba De Palabras No Escuchadas. Anhelan Que Se Las Escuche.

—¡Oh, venga ya! Las cartas no son más que papel. ¡No pueden hablar!

—Yo Solo Soy Arcilla, Y Escucho —dijo Pistón, con la misma calma exasperante.

—Sí, pero a ti te han añadido abracadabra...

El fuego rojo se avivó detrás de los ojos del gólem cuando Pistón se giró para mirar fijamente a Húmedo.

—He viajado... atrás en el tiempo, creo —balbuceó Húmedo, retrocediendo—. En... mi cabeza. Así es como murió Patilla. Se cayó por unas escaleras que no existían en el pasado. Y el señor Ignavia murió de terror. ¡Estoy seguro! ¡Pero he estado dentro de las cartas! Y debía de haber un... un agujero en el suelo, o algo así, y... he caído, y... —Se detuvo—. Este sitio necesita un sacerdote, o un mago. Alguien que entienda de esta clase de cosas. ¡Yo no!

El gólem recogió dos brazadas del correo que tan recientemente había sepultado a su cliente.

—Usted Es El Director De Correos, Señor Mustajen —dijo.

—¡Eso ha sido una jugarreta de Vetinari! Yo no soy cartero, soy tan solo un fraude...

—¿Señor Mustachen? —dijo una voz nerviosa desde la puerta que tenía detrás. Húmedo se giró y vio al joven Stanley, que hizo una mueca al advertir su expresión.

—¿Sí? —dijo Húmedo en tono cortante—. ¿Qué demonios...? ¿Qué quieres, Stanley? Ahora mismo estoy un poco ocupado.

—Hay unos hombres —dijo Stanley con una sonrisa de incertidumbre—. Están abajo. Unos hombres.

Húmedo lo fulminó con la mirada, pero Stanley parecía no tener nada más que decir.

—Y esos hombres quieren... —le apuntó él.

—Lo quieren a usted, señor Mustachen —dijo Stanley—. Dicen que quieren ver al hombre ese que quiere ser director de correos.

—Yo no quiero ser... —empezó a explicar Húmedo, pero lo dejó correr. No tenía sentido desahogarse con el muchacho.

—Perdóneme, Director General —intervino el gólem, detrás de él—. Deseo Finalizar La Tarea Que Me Ha Sido Asignada.

Húmedo se hizo a un lado mientras el hombre de arcilla salía al pasillo, haciendo crujir los viejos tablones bajo sus enormes pies. Al otro lado de la puerta se veía de qué manera había conseguido despejar el despacho. Las paredes de las otras salas estaban combadas casi hasta el punto de reventar. Cuando un gólem embute cosas en una habitación las embute de verdad.

La imagen de aquella figura que caminaba pesadamente tranquilizó un poco a Húmedo. El señor Pistón daba la intensa sensación de... bueno, de tener los pies en el suelo.

Lo que le hacía falta ahora era normalidad, gente normal con la que hablar, tareas normales que le quitaran las voces de la cabeza. Se sacudió pedazos de papel de su traje cada vez más grasiento.

—Muy bien —dijo, intentando encontrarse la corbata, que había terminado colgándole tras la espalda—. Voy a ver qué quieren.

\* \* \*

Estaban esperándolo en el primer rellano de la escalinata. Eran unos ancianos flacos y encorvados, versiones ligeramente más viejas de Ardite. Llevaban el mismo uniforme añejo, pero había algo raro en ellos.

Todos llevaban un esqueleto de paloma sujeto con alambres a la parte superior de su gorra de visera.

—¿Sois vos el Hombre Sin Franquear? —gruñó uno de ellos al verlo acercarse.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Lo soy? —dijo Húmedo. De pronto la idea de normalidad volvió a alejarse.

—Sí que lo es, señor —susurró Stanley a su espalda—. Tiene que decir que sí, señor. Caray, señor, ojalá fuera yo quien estuviera haciendo esto.

—¿Haciendo qué?

—Por segunda vez: ¿sois vos el Hombre Sin Franquear? —repitió el anciano, con aspecto enfadado.

Húmedo se fijó en que le faltaban las articulaciones superiores de los dedos medio y anular de la mano derecha.

—Supongo que sí, ya que insiste —dijo. Aquella respuesta no obtuvo ninguna aprobación.

—Por última vez: ¿sois vos el Hombre Sin Franquear?—Esta vez su voz transmitía una verdadera amenaza.

—¡Sí, muy bien! ¡En aras de esta conversación, sí! ¡Soy el Hombre Sin Franquear! —gritó Húmedo—. Y ahora, ¿podemos...?

Desde detrás le echaron algo negro para cubrirle la cabeza y sintió que unos cordones se le cerraban con fuerza alrededor del cuello.

—El Hombre Sin Franquear llega con retraso —le dijo al oído otra voz anciana y cascada, mientras unas manos invisibles pero férreas lo agarraban—. ¡Cartero no es!

—No va a pasarle nada, señor —le dijo la voz de Stanley, mientras Húmedo forcejeaba—. No se preocupe. El señor Ardite lo guiará. Lo hará sin problemas, señor.

—¿El qué? —exclamó Húmedo—. ¡Soltadme, viejos diablos chochos!

—El Hombre Sin Franquear teme la Ronda —dijo entre dientes un asaltante.

—Sí, el Hombre Sin Franquear terminará Devuelto al Remitente y con retraso —dijo otro.

—El Hombre Sin Franquear debe ser pesado en la balanza —dijo un tercero.

—¡Stanley, trae al señor Pistón ahora mismo! —gritó Húmedo, pero la capucha era gruesa y se le pegaba a la cara.

—No puedo hacer eso, señor —dijo Stanley—. No lo puedo hacer en absoluto. No va a pasarle nada, señor. Es solo una... prueba. Es la Orden del Correo, señor.

Gorros ridículos, pensó Húmedo, y empezó a relajarse. Capuchones y amenazas... yo de esto entiendo. Es misticismo para comerciantes. No hay ciudad en el mundo que no tenga su Leal y Antigua y Justificada Orden Hermética de hombrecillos que se creen poseedores de los secretos de la Antigüedad dedicándoles un par de horas los jueves por la noche, y no se dan cuenta de la pinta de imbéciles que tienen con sus túnicas. Si lo sabré yo, que me debo de haber hecho miembro de media docena. Seguro que tienen un apretón secreto de manos. Conozco más apretones secretos de manos que los dioses. Estoy corriendo el mismo peligro que si estuviera en un aula de niños de cinco años. De menos, probablemente. El Hombre Sin Franquear... madre mía.

Se calmó. Dejó que lo llevaran escalera abajo y le dieran la vuelta. Ah, sí. Claro. Había que meter miedo a los iniciados, pero todo el mundo sabía que solo era una pequeña farsa. Sonaría peligroso, e incluso sentiría el peligro, pero no sería peligroso. Se acordó de cuando se había hecho miembro de... ¿cómo se llamaban? Ah, sí... Los Hombres de los Surcos, en un pueblo perdido del quinto colinabo. Aq[[3]](#footnote-3)uella vez le habían vendado los ojos, desde luego, y los miembros de la orden se habían dedicado a hacer todos los ruidos espantosos que se les ocurrían, y luego una voz en las tinieblas había dicho: «¡Dale la mano al Anciano Maestro!», y Húmedo había extendido la mano y había estrechado una pezuña de cabra. Los que salían de allí sin ensuciarse los pantalones eran los que ganaban.

Al día siguiente había estafado ochenta dólares a tres de sus confiados nuevos Hermanos. Ahora aquello ya no parecía tan gracioso.

Los viejos carteros lo estaban llevando al vestíbulo. Se dio cuenta por los ecos. Y allí los esperaba más gente, a juzgar por los pelitos que se le erizaron en la nuca. Y tal vez algo más que gente; también le pareció oír un gruñido amortiguado. Pero era así como se hacía, ¿no? Los ruidos tenían que sonar preocupantes. La clave era ser valiente, actuar de forma directa y atrevida.

Sus acompañantes lo abandonaron. Húmedo se quedó un momento a oscuras y luego sintió que una mano le agarraba el codo.

—Soy yo, señor. El maestro cartero a prueba Ardite, señor. No se preocupe por nada, señor. Esta noche soy su Diácono Temporal, señor.

—¿Esto es necesario, señor Ardite? —preguntó Húmedo con un suspiro—. Ya me nombraron director general de Correos, ¿se acuerda?

—Lo nombraron, sí. Pero todavía no ha sido aceptado, señor. Demostrar el envío no es lo mismo que demostrar la entrega, señor.

—¿De qué está hablando?

—No le puedo contar secretos a un Hombre Sin Franquear, señor —dijo Ardite en tono santurrón—. Si ha llegado hasta aquí es que lo está haciendo bien, señor.

—Ah, muy bien —dijo Húmedo, intentando mostrarse jovial—. ¿Qué es lo peor que me puede pasar, eh?

Ardite guardó silencio.

—Le he preguntado... —empezó a decir Húmedo.

—Lo estaba pensando, señor —dijo Ardite—. A ver... sí, señor. Lo peor que puede pasar es que pierda todos los dedos de una mano, que quede lisiado de por vida y que se rompa la mitad de los huesos del cuerpo. Ah, y que encima no le acepten en la orden. Pero usted no se preocupe por nada, señor, ¡por nada!

Más adelante, una voz retumbó:

—¿Quién presenta al Hombre Sin Franquear?

Al lado de Húmedo, Ardite carraspeó y, cuando habló, la voz le tembló de verdad:

—Yo, el maestro cartero en pruebas Toliverio Ardite, presento al Hombre Sin Franquear.

—Lo de los huesos me lo ha dicho para asustarme, ¿verdad? —dijo Húmedo entre dientes.

—¿Y se halla en la Tenebrosa Noche? —preguntó la voz en tono imperioso.

—¡Ahora sí, Honorable Maestro! —gritó Ardite con alegría, y le susurró a Húmedo a través de la capucha—: Algunos de los viejos muchachos se han puesto muy contentos de que haya traído usted de vuelta el letrero.

—Bien. Pero eso que ha mencionado de los huesos...

—¡Pues que haga la Ronda! —ordenó la voz invisible.

—Ahora vamos a caminar hacia delante, señor. Con cuidado —le urgió Ardite en susurros—. Eso es. Pare ahí.

—Escuche —dijo Húmedo—. Todo eso que ha dicho... solo era para meterme miedo, ¿verdad?

—Déjelo todo en mis manos, señor —susurró Ardite.

—Pero escuche, el... —empezó a decir Húmedo, pero le llenaron la boca de capucha.

—¡Que se ponga las Botas! —continuó la voz.

Es asombroso hasta qué punto se oyen las mayúsculas, pensó Húmedo, intentando no asfixiarse con la tela.

—El par de botas que tiene delante, señor —fue el susurro ronco de Ardite—. Póngaselas. No hay problema, señor.

—¡Pff! Sí, pero escuche...

—¡Las botas, señor, por favor!

Húmedo se quitó los zapatos con mucha torpeza y metió los pies en las botas invisibles. Resultaron ser pesadas como el plomo.

—La Ronda del Hombre Sin Franquear es Pesada —entonó la voz retumbante—. ¡Que continúe!

Húmedo dio otro paso al frente, pisó algo que tenía ruedas, cayó cuan largo era y sintió una punzada agónica de dolor cuando sus espinillas chocaron contra algo metálico.

—Carteros —volvió a reclamar su atención la voz retumbante—, ¿cuál es el Primer Juramento?

De la oscuridad vino un coro de voces que recitó:

—¡La releche! Es increíble, joder. Juguetes, cochecitos, herramientas de jardín... ¡la gente deja lo que le da la puñetera gana en el camino, con la poca luz que hay!

—¿Ha chillado el Hombre Sin Franquear? —pregunto la voz.

Creo que me he roto la barbilla, pensó Húmedo, mientras Ardite lo ayudaba a ponerse de pie. ¡Creo que me he roto la barbilla!

El anciano le dijo entre dientes:

—Bien hecho, señor. —Y a continuación levantó la voz, para añadir, dirigiéndose a los espectadores invisibles—: ¡No chilló, Honorable Maestro, sino que se ha mantenido firme!

—¡Entonces que caiga a sus espaldas la Saca! —retumbó la voz lejana. Húmedo estaba empezando a odiarla.

Unas manos invisibles le pusieron una correa sobre los hombros. Cuando la soltaron, el peso que cargaba lo hizo doblarse por la mitad.

—¡La Saca del Cartero es Pesada, pero pronto será Ligera! —La frase arrancó ecos de las paredes.

Nadie había mencionado el dolor, pensó Húmedo. Bueno, en realidad sí, pero no le habían advertido que iba en serio.

—Vamos allá, señor —lo apremió Ardite, invisible a su lado—. ¡Se trata de la Ronda del Cartero, recuerde!

Húmedo avanzó despacio, con mucho cuidado, y sintió que algo se alejaba traqueteando.

—¡No ha hollado el Patín, Honorable Maestro! —informó Ardite a los espectadores invisibles.

Húmedo, dolorido pero animado, probó a dar otros dos pasos vacilantes, y se produjo otro traqueteo cuando algo le rebotó en la bota.

—¡La Botella de Cerveza Abandonada por Negligencia no le ha sido impedimento! —gritó Ardite en tono triunfal.

Envalentonado, Húmedo probó a dar un paso más, pisó algo resbaladizo y notó que el pie se marchaba adelante y arriba sin esperarlo. Aterrizó pesadamente sobre la espalda y su cabeza dio contra el suelo. Estuvo seguro que oía cómo se le partía el cráneo.

—¡Carteros! ¿Cuál es el Segundo Juramento? —ordenó la voz que arrancaba los ecos.

—¡Perros! ¡Ya os digo yo que no hay perro bueno! ¡Los que no muerden se cagan por todas partes! ¡Es igual que resbalarse en aceite de engrasar!

Húmedo se puso de rodillas; la cabeza le daba vueltas.

—¡Eso es, eso es, siga adelante! —siseó Ardite, agarrándolo del codo—. ¡Ha de seguir, llueva o haga sol! —Bajó todavía más la voz—. ¡Recuerde lo que pone en el edificio!

—¿La señora Cake? —balbuceó Húmedo, y luego pensó: ¿Era lluvia o nieve? ¿O aguanieve?

Oyó movimiento y se encogió sobre la pesada saca mientras le caía encima una tromba de agua y un cubo demasiado entusiasta le rebotaba en la cabeza.

Decía lluvia, pues. Se irguió justo a tiempo de sentir el frío cortante que le bajaba por el pescuezo, y a punto estuvo de soltar un grito.

—Eso eran cubitos de hielo —susurró Ardite—. Los hemos traído de la morgue, pero no se preocupe, señor, apenas estaban usados... es lo más parecido a la nieve que hemos podido encontrar en esta época del año. ¡Lo siento! ¡Pero no se preocupe por nada, señor!

—¡Que el Correo sea probado! —vociferó la voz de la autoridad absoluta.

La mano de Ardite se hundió en la saca mientras Húmedo se tambaleaba en círculos y sacó una carta con gesto triunfal.

—Yo, el maestro cartero a pr... Oh, disculpe un segundo, Honorable Maestro... —La cabeza de Húmedo fue obligada a bajar hasta ponerse a la altura de la boca de Ardite, y el anciano le susurró—: ¿Era maestro cartero a prueba o de pleno derecho, señor?

—¿Cómo? ¡Ah, de pleno derecho, sí! —dijo Húmedo, mientras se le llenaban las botas de agua helada—. ¡Sin duda!

—¡Yo, el maestro cartero Ardite, declaro que el correo está seco como el polvo, Honorable Maestro! —gritó Ardite, triunfante.

Esta vez la voz cascada de la autoridad albergó un matiz de amenaza entusiasta:

—Pues entonces... que lo reparta.

En la oscuridad asfixiante de la capucha, el detector de peligro de Húmedo atrancó la puerta y se escondió en el sótano. Fue entonces cuando los cantores invisibles se acercaron. Era ahora cuando la cosa dejaba de ser un juego.

—Todavía no he puesto nada por escrito, ojo —empezó a decir, bamboleándose.

—Cuidado ahora, vaya con cuidado —dijo Ardite entre dientes, sin hacerle caso—. ¡Ya casi estamos! Tiene una puerta delante, con un buzón... ¿Podría tomarse un pequeño descanso, Honorable Maestro? Se ha hecho una brecha bastante fea en la cabeza...

—¿Un descanso, Hermano Ardite? ¿Para que pueda darle algún consejillo más, tal vez? —dijo con sorna la voz que presidía.

—Honorable Maestro, los rituales dicen que al Hombre Sin Franquear se le permite un... —protestó Ardite.

—¡Este Hombre Sin Franquear hollará las calles sin ayuda! ¡Solo, Toliverio Ardite! ¡No quiere ser oficial de cartero, oh no, ni siquiera maestro cartero, él no! ¡Quiere alcanzar de golpe el rango de director de correos! ¡Aquí no estamos jugando a Dale Un Besito Al Cartero, oficial de cartero Ardite! ¡Eres tú quien nos has convencido para hacer esto! ¡Y nosotros no nos andamos con chiquitas! ¡Tiene que demostrar que es digno!

—¡Maestro cartero Ardite, si no te importa! —gritó Ardite.

—¡No eres maestro cartero de verdad, Toliverio Ardite, y menos como él no pase la prueba!

—¿Ah, no? ¿Y quién dice que tú eres Honorable Maestro, George Aggy? ¡Solo eres Honorable Maestro porque pillaste la túnica antes que nadie!

La voz del Honorable Maestro perdió un poco de autoridad.

—Eres un tipo honrado, Toliverio, eso te lo concedo, pero todo eso que te dedicas a largar de que un día aparecerá un verdadero director de correos y lo arreglará todo es un poco... ¡es una memez! Mira este sitio, por favor. Tuvo su época. Todos la tuvimos. ¡Pero si te vas a emperrar con esto, entonces lo haremos siguiendo el reglamento!

—¡Muy bien, pues! —dijo Ardite.

—¡Muy bien, pues! —repitió también la voz del Honorable Maestro.

Una sociedad secreta de carteros, pensó Húmedo. O sea, ¿por qué?

Ardite suspiró y se acercó para hablarle.

—Cuando terminemos va a haber una bronca de narices susurró—. Siento todo esto, señor. Usted entregue la carta y ya está. ¡Yo creo en usted!

Dio un paso atrás.

Sumido en la noche oscura de la capucha, aturdido y sangrando, Húmedo avanzó arrastrando los pies y con los brazos extendidos. Sus manos encontraron la puerta y la palparon buscando sin éxito la ranura. Por fin la tocaron a treinta centímetros por encima del suelo.

Muy bien, muy bien, mete una maldita carta por ahí y acabemos de una vez con esta pantomima idiota, pensó.

Pero aquello no era ningún juego. No era una de aquellas ceremonias donde todos sabían que el viejo Harry solo tenía que pronunciar las palabras correctas para convertirse en el nuevo miembro de la Leal Orden de los Tapizadores de Sillas. Esa gente se lo estaba tomando en serio.

Pero bueno, lo único que faltaba era meter una carta en la ranura, ¿verdad? No podía ser tan difíc... Un momento, un momento. ¿A uno de los hombres que lo habían llevado allí abajo no le faltaban las puntas de los dedos de una mano?

De pronto Húmedo se puso furioso. La furia se impuso incluso al dolor de su barbilla. ¡Él no tenía por qué hacer aquello! O al menos, no tenía por qué hacerlo así. ¡Muy mal se le tenían que poner las cosas para no ser capaz de faire les pamplines mejor que aquella panda de viejos chiflados!

Irguió la espalda, reprimiendo un quejido, y se quitó la capucha. La oscuridad lo seguía rodeando, pero ahora estaba salpicada por el resplandor que dejaban pasar las portezuelas de una docena aproximada de faroles oscuros.

—¡Eh, se ha quitado la capucha!—gritó alguien.

—El Hombre Sin Franquear puede elegir quedarse a oscuras —dijo Húmedo—. Pero el Cartero ama vivir en la Luz.

Había puesto la voz adecuada. Aquella era la clave de un millar de estafas. Había que hablar en el tono adecuado, como si supieras perfectamente lo que hacías, como si estuvieras al mando. Y aunque no había dicho más que sandeces, eran sandeces con autenticidad.

La portezuela de un farol se abrió un poco más y una voz quejumbrosa dijo:

—Eh, no lo encuentro en el libro. ¿Dónde se supone que dice eso?

También había que moverse deprisa. Húmedo se envolvió la mano con la capucha y abrió la tapa de la ranura del buzón. Con la otra mano sacó una carta al azar de la saca, la introdujo en la rendija y por último se quitó el guante que acababa de improvisar. La capucha se rasgó como si la acabaran de cortar con tijeras de podar.

—Carteros, ¿Cuál es el Tercer Juramento? —gritó Ardite en tono triunfal—. Todos juntos, muchachos: La releche, ¿pero de qué hacen estas tapas de buzón, de cuchillas de afeitar?

Hubo un silencio resentido.

—No llevaba puesta la capucha —murmuró una figura con túnica.

—¡Sí que la llevaba! ¡Se la ha puesto en la mano! ¡Dime dónde dice que eso no se puede hacer! —gritó Ardite—. ¡Os lo dije! ¡Es el Elegido que estábamos esperando!

—Todavía falta la prueba final —recordó el Honorable Maestro.

—¿De qué prueba final estás hablando, George Aggy? ¡Ha repartido el correo! —protestó Ardite—. ¡Lord Vetinari lo nombró director de correos y acaba de hacer la Ronda!

—¿Vetinari? ¡Pero si es un recién llegado! ¿Quién es él para nombrar al director de correos? ¿Acaso su padre era cartero? ¡No! ¿Y su abuelo? ¡Mira qué hombres ha estado mandando! ¡Tú mismo dijiste que eran unos diablos mentirosos que no tenían ni una gota de la tinta de la Oficina de Correos en la sangre!

—Creo que este podría ser capaz de... —empezó a decir Ardite.

—Puede intentar la prueba suprema —lo interrumpió serio el Honorable Maestro.

—¡Sería un asesinato! —protestó Ardite—. No podéis...

—¡No te lo pienso decir otra vez, joven Toli, cierra esa boca! ¿Y bien, señor director general? ¿Quiere usted afrontar el mayor desafío de un cartero? ¿Quiere enfrentarse... —la voz hizo una pausa dramática, por si acaso alguien tocaba unos cuantos compases de música ominosa— Al Enemigo en la Puerta?

—¡Afrontarlo y superarlo, si así me lo exigiereis! —dijo Húmedo. ¡El muy idiota lo había llamado director general! ¡Estaba saliendo bien! ¡Pon voz de estar al mando y ya se lo empiezan a creer! Ah, y lo del «exigiereis» también había sido un buen detalle.

—¡Lo exigimos! ¡Oh sí, lo exigimos! —dijo el coro de carteros con túnica.

Ardite, convertido en una sombra con barba en la penumbra, cogió de la mano a Húmedo y, para su asombro, se la estrechó.

—Siento mucho esto, señor Mustachen —dijo—. No me lo esperaba para nada. Están haciendo trampas. Pero no se preocupe usted. Confíe en el maestro cartero Ardite, señor.

Apartó la mano y Húmedo notó que le había dejado algo pequeño y frío en la palma. Cerró el puño. ¿Con que no se lo esperaba para nada?

—Bien, director general —dijo el Honorable Maestro—. Esto es una simple prueba. Lo único que tiene que hacer, ¿de acuerdo?, es seguir ahí donde está, de pie, dentro de un minuto, ¿vale? ¡A correr, chavales!

Se oyó un susurro de túnicas y un ruido de pies corriendo, y una puerta se cerró a lo lejos. Húmedo se quedó en aquella penumbra silenciosa y con olor a palomas.

¿Qué otra prueba podía haber? Trató de recordar todo lo que ponía en la fachada del edificio. ¿Trolls? ¿Dragones? ¿Cosas verdes con dientes? Abrió la mano para ver qué le acababa de pasar de extranjis Ardite.

Tenía mucho aspecto de ser un silbato.

En algún lugar de la oscuridad, una puerta se abrió y volvió a cerrarse. A continuación se oyó un ruido lejano de patas que avanzaban resueltamente.

Perros.

Húmedo se dio media vuelta, echó a correr por el vestíbulo hasta llegar a la peana y trepó a ella. A un perro grande no le supondría ningún problema subirse allí, pero por lo menos le quedaría la cabeza a la altura ideal para recibir una patada.

Luego se oyó un ladrido y en la cara de Húmedo apareció una sonrisa. Un ladrido como aquel solo había que oírlo una vez. No fue particularmente agresivo, porque salía de unas fauces capaces de aplastar un cráneo. Cuando eras capaz de hacer eso no te hacía falta darte mucha publicidad. Ya corría la voz.

Aquello iba a ser... irónico. ¡Le habían traído mustachenzers!

Húmedo esperó a poder verles los ojos a la luz de los faroles antes de decir:

—¡Schlat!

Los perros se detuvieron y se quedaron mirando a Húmedo. Era obvio que estaban pensando: «Aquí pasa algo raro». Él suspiró y se bajó del pedestal.

—Mirad —dijo, poniéndole una mano en el lomo a cada uno y presionando hacia abajo—. Todo el mundo sabe que nunca se ha dejado salir del país a ninguna mustachenzer hembra. Así la raza se sigue cotizando alto... ¡schlat, he dicho!... y que todos los cachorros están entrenados para obedecer órdenes mustachenzianas. ¡Os habla vuestra patria chica, muchachos! ¡Schlat!

Los perros se sentaron al instante.

—Buenos chicos —dijo Húmedo. Era cierto lo que gente como su abuelo decía: si pasabas por alto su capacidad para arrancar una pierna de una dentellada, eran unos animales muy majos.

Ahuecó las manos y gritó:

—¿Caballeros? ¡Ya pueden entrar sin peligro!

Los carteros estarían escuchando, eso estaba claro. Estarían esperando los gruñidos y los gritos.

La puerta se abrió a lo lejos.

—¡Acérquense! —voceó Húmedo. Los perros se giraron para observar al grupo de carteros que se aproximaba. Y se pusieron a gruñir, un único gruñido grave, largo e ininterrumpido.

Ahora Húmedo pudo ver con claridad a la misteriosa Orden. Llevaban túnicas, claro, porque no se podía tener una orden secreta sin túnicas. Ahora se habían echado hacia atrás las capuchas, y cada hombre lleva[[4]](#footnote-4)ba una gorra de visera con un esqueleto de pájaro sujeto con alambres.

—Escuche, señor, ya sabíamos que Toliverio le iba a pasar el silbato para perros... —empezó a decir uno de ellos, echando miradas nerviosas a los mustachenzers.

—¿Esto? —dijo Húmedo, abriendo la mano—. No lo he usado. Solo los pone furiosos.

Los carteros se quedaron mirando a los perros sentados.

—Pero los ha hecho sentarse... —empezó a decir otro de ellos.

—Puedo conseguir que hagan otras cosas —replicó Húmedo en tono tranquilo—. Solo tengo que decírselo.

—Esto... hay un par de chavales afuera con bozales, si no le importa, señor —dijo Ardite, mientras los miembros de la Orden retrocedían—. Les tenemos un recelo herediterrorario a los perros. Es cosa de carteros.

—Les puedo asegurar que el control que ahora mismo ejerce mi voz sobre ellos es más fuerte que el acero —dijo Húmedo.

Seguramente aquello fuera una sandez, pero era una buena sandez.

El gruñido de uno de los perros había adquirido el matiz que solía preceder a que la criatura se convirtiera en un proyectil erizado de dientes.

—¡Vodit! —gritó Húmedo—. Lo siento, caballeros —añadió—. Creo que los ponen ustedes nerviosos. Pueden oler el miedo, como probablemente ya sepan.

—Escuche, lo sentimos mucho, ¿de acuerdo? —dijo aquel cuya voz sugería a Húmedo que se trataba del Honorable Maestro—. Teníamos que asegurarnos, ¿entiende?

—Entonces, ¿soy el director general? —preguntó Húmedo.

—Por supuesto, señor. Ningún problema. ¡Bienvenido, oh director general de Correos!

Este aprende rápido, pensó Húmedo.

—Creo que voy a... —empezó a decir, pero en aquel momento se abrieron las puertas dobles al otro lado del vestíbulo.

El señor Pistón entró cargando con un cajón de gran tamaño. Debería resultar bastante difícil abrir unas puertas tan grandes con las dos manos ocupadas, pero no para un gólem. Ellos se limitaban a andar contra ellas. Las puertas podían elegir abrirse o intentar seguir cerradas, era su problema.

Los perros salieron disparados como cohetes. Los carteros echaron a correr en dirección contraria y subieron a la peana que había detrás de Húmedo con una velocidad admirable para unos hombres tan ancianos.

El señor Pistón siguió andando pesadamente, aplastando con los pies los escombros de la Ronda. Cuando los animales se le echaron encima se tambaleó, a continuación dejó el cajón con paciencia en el suelo y levantó a los perros por el pellejo del pescuezo.

—Ahí Fuera Hay Unos Caballeros Con Redes Y Guantes Y Ropa Extremadamente Gruesa, Señor Mustajen —dijo—. Dicen Que Trabajan Para Un Tal Señor Harry Rey. Quieren Saber Si Han Terminado Ya Con Estos Perros.

—¿Harry Rey? —preguntó Húmedo.

—Es un pez gordo en el negocio de la basura, señor —explicó Ardite—. Supongo que es quien nos ha prestado a los perros. Los tiene sueltos de noche por sus patios.

—Así no entran ladrones, ¿eh?

—Creo que él en realidad prefiere que entren, señor. Así se ahorra tener que dar de comer a los perros.

—¡Ja! Por favor, lléveselos de aquí, señor Pistón —dijo Húmedo. ¡Mustachenzers! Qué fácil había sido.

Mientras todos miraban al gólem que daba media vuelta con un perro gimoteante debajo de cada brazo, añadió:

—¡Al señor Rey le debe de ir muy bien si tiene mustachenzers haciendo de perros guardianes!

—¿Mustachenzers? ¿Harry Rey? Qué dice, señor, el viejo Harry nunca compraría perros extranjeros con pedigrí pudiendo comprar chuchos, se lo aseguro —dijo Ardite—. Lo más seguro es que tengan algo de mustachenzer, diría yo, probablemente el peor algo. Ja, apuesto a que un mustachenzer de pura raza no duraría ni cinco minutos contra algunos de los perros mestizos que tenemos por nuestros callejones. Hay algunos que tienen algo de cocodrilo.

Hubo un momento de silencio y por fin Húmedo dijo con voz distante:

—Entonces... ¿me está diciendo que no cree que sean pura raza de importación?

—Puede poner la mano en el fuego, señor —dijo Ardite en tono jovial—. ¿Hay algún problema, señor?

—¿Cómo? Hum... no. Para nada.

—Parece un poco decepcionado, señor. O algo así.

—No, estoy bien. Ningún problema. —Y añadió, pensativo—: ¿Sabe? Me urge bastante lavar ropa. Y tal vez comprarme unos zapatos.

Las puertas se abrieron de par en par y revelaron no el regreso de los perros, sino el del señor Pistón. Recogió el cajón que había dejado y fue a reunirse con Húmedo.

—Bueno, nosotros nos marchamos —dijo el Honorable Maestro—. Encantado de haberlo conocido, señor Mustachen.

—¿Y ya está? —dijo Húmedo—. ¿No hay una ceremonia ni nada parecido?

—Ah, de eso se encarga Toliverio —dijo el Honorable Maestro—. Me gusta ver el viejo edificio todavía de pie, en serio, pero hoy en día todo se lo han comido los clacs, ¿verdad? El joven Toliverio cree que esto puede volver a funcionar, pero él solo era un chaval cuando se hundió. Hay cosas que no se pueden arreglar, señor Mustachen, En fin puede hacerse llamar director de correos, pero ¿por dónde empezaría a poner todo esto en marcha de nuevo? Es un viejo fósil, señor, igual que nosotros.

—Su Gorra, Señor —dijo Pistón.

—¿Cómo? —dijo Húmedo, y se giró hacia el gólem, que se había quedado pacientemente junto a la peana, con una gorra en las manos.

Era una gorra de visera de cartero, dorada y con unas alas doradas. Húmedo la cogió y vio que aquel dorado era pintura, agrietada y descascarillada, y que las alas eran un par de alas auténticas de paloma disecadas que casi se desintegraron al tocarlas. Cuando el gólem las había sostenido a la luz, habían resplandecido como algo salido de una tumba de la Antigüedad. En las manos de Húmedo, sin embargo, crujían, olían a desván y soltaban escamas doradas. Por dentro del borde, en una etiqueta sucia, se podía leer: «Boult & Locke, Uniformes Militares y Ceremoniales, calle de la Tarta de Melocotón, A-M. Talla 58».

—También Hay Un Par De Botas Con Alas —dijo el señor Pistón—. Y Una Especie De Elástico Que...

—¡No se moleste con esa parte! —dijo Ardite, emocionado—. ¿Dónde ha encontrado esas cosas? ¡Las hemos buscado por todas partes! ¡Durante años!

—Estaban Bajo El Correo Del Despacho Del Director General, Señor Ardite.

—¡No es posible, no es posible! —protestó Ardite—. ¡Pero si aquello lo hemos cribado docenas de veces! ¡He registrado hasta el último centímetro de esa moqueta!

—Hoy se ha, ejem, movido mucho correo —informó Húmedo.

—Eso Es Correcto —dijo el gólem—. El Señor Mustajen Ha Llegado Por El Techo.

—Ah, o sea que lo ha encontrado él, ¿eh? —dijo Ardite en tono triunfal—. ¿Lo veis? ¡Todo se está cumpliendo! ¡La profecía!

—No hay ninguna profecía, Toliverio —dijo el Honorable Maestro, negando tristemente con la cabeza—. Sé que tú crees que sí, pero desear que alguien venga algún día y arregle este desastre no es lo mismo que una profecía. En serio.

—¡Hemos estado oyendo hablar otra vez a las cartas! Susurran por la noche. Tenemos que leerles las Ordenanzas para hacerlas callar. ¡Tal como dijo el mago!

—Sí, bueno, ya sabes lo que solíamos decir: ¡hace falta estar loco para trabajar aquí! —exclamó el Honorable Maestro—. Esto se ha acabado, Toliverio. De verdad. La ciudad ya no nos necesita.

—¡Póngase usted la gorra, señor Mustachen! —pidió Ardite—. Es el destino, eso de que aparezca así. ¡Usted póngasela y a ver qué pasa!

—Bueno, si eso complace a todo el mundo... —balbuceó Húmedo. Sostuvo la gorra por encima de su cabeza, pero vaciló—. No irá a pasar nada, ¿verdad? Es que he tenido un día muy raro...

—No, no va a pasar nada —dijo el Honorable Maestro—. Nunca pasa nada. Oh, hubo una época en que todos pensábamos que sí pasaría. Cada vez que alguien decía que iba a devolver las lámparas de araña a su sitio o a repartir el correo, pensábamos: tal vez esto toca a su fin, tal vez esta vez sí que funcionará. Y ha dado usted una alegría al joven Toliverio devolviendo el letrero a su sitio. Lo ha emocionado. Le ha hecho pensar que esta vez la cosa sí que funcionaría. Pero nunca funciona, porque este lugar es presa de una maledicción.

—¿Eso es una maldición pero con más ees?

—Sí, señor. Son las peores. No, no, póngase la gorra, señor. Por lo menos lo resguardará de la lluvia.

Húmedo se dispuso a encajarse la gorra en la cabeza, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que los viejos carteros estaban retrocediendo.

—¡No están seguros! —vociferó Húmedo, agitando un dedo—. No están seguros del todo, ¿verdad? ¡Ninguno de ustedes! Están pensando, hum, tal vez esta vez sí que funcione, ¿verdad? ¡Están conteniendo la respiración! ¡Lo veo! ¡La esperanza es algo terrible, caballeros!

Se puso la gorra.

—¿Qué, siente algo? —preguntó Ardite al cabo de un momento.

—Como que... me pica un poco —dijo Húmedo.

—Ah, eso debe de ser una asombrosa fuerza mística que se filtra, ¿eh? —probó Ardite a la desesperada.

—Creo que no —dijo Húmedo—. Lo siento.

—La mayoría de los directores de correos que he tenido de jefes odiaban llevar puesta esa cosa —dijo el Honorable Maestro mientras todos se relajaban—. Pero caray, tiene usted la altura ideal para llevarla. El director Atkinson medía uno cincuenta y cinco y tenía pinta de gallina con ella puesta. —Dio una palmada a Húmedo en el hombro—. No se preocupe, joven, ha hecho lo que ha podido.

Un sobre le rebotó en la cabeza. Mientras se lo sacudía de encima, otro le aterrizó en el hombro y se deslizó al suelo.

Alrededor del grupo empezaron a aterrizar cartas en el suelo, como peces que suelta un tornado al pasar.

Húmedo levantó la vista. Las cartas estaban cayendo de la oscuridad, y la llovizna se estaba convirtiendo en un chaparrón.

—¿Stanley? ¿Estás... haciendo el tonto ahí arriba? —se aventuró a decir Ardite, casi invisible bajo el aguanieve de papel.

—Siempre he dicho que esos desvanes no tenían los suelos lo bastante fuertes —rezongó el Honorable Maestro—. Solo es otra tormenta de cartas. El problema es que hacemos demasiado ruido. Venga, salgamos de aquí mientras podemos, ¿eh?

—¡Pues apagad esos faroles! ¡No son luces de seguridad! —gritó Ardite.

—¡Entonces tendremos que movernos a tientas, jovencito!

—Ah, prefieres ver con la luz de un tejado en llamas, ¿no?

Los faroles se apagaron con un parpadeo... y en la oscuridad que ahora proyectaban, Húmedo von Mustachen vio las letras que iban apareciendo en la pared, o por lo menos suspendidas en el aire de delante. La pluma invisible planeaba por el aire trazando curvas y tirabuzones, dejando escritas sus letras de color azul resplandeciente.

¿Húmedo von Mustachen?, escribió.

—Ejem... ¿sí?

¡Eres el director de correos!

—¡Mira, yo no soy el Elegido que estás buscando!

¡Húmedo von Mustachen, llegado este punto nos conformamos con cualquier Elegido!

—Pero... pero... ¡no soy digno!

¡Pues adquiere dignidad deprisa. Húmedo von Mustachen! ¡Trae la luz de vuelta! ¡Abre las puertas! ¡No apartes a los mensajeros de su deber!

Húmedo bajó la vista y contempló la luz dorada que le subía de los pies. Hizo chispas en las yemas de sus dedos y empezó a llenarlo por dentro, como si fuera buen vino. Notó que los pies se le despegaban del pedestal mientras las palabras lo alzaban en volandas y lo hacían girar lentamente.

En el principio era el Verbo, pero ¿qué es un verbo sin su mensajero, Húmedo von Mustachen? ¡Tú eres el director de correos!

—¡Soy el director de correos! —gritó Húmedo.

El correo debe estar en movimiento, Húmedo von Mustachen. Llevamos encerradas aquí demasiado tiempo.

—¡Voy a mover el correo!

¿Vas a mover el correo?

—¡Sí!¡Sí!

¿Húmedo von Mustachen?

—¿Sí?

La palabra llegó como una galerna; los sobre se arremolinaban bajo la luz centelleante, el edificio tembló hasta los cimientos.

¡Repártenos!

## 

## CAPÍTULO VI

### Estampitas

Los Carteros Desenmascarados — Una Máquina terrible — El Nuevo Piese — El señor Mustachen piensa en los sellos — el Mensajero del Alba del Tiempo

—¿Señor Mustajen? —dijo el señor Pistón.

Húmedo levantó la vista hasta encontrar los ojos relucientes del gólem. Tenía que haber una manera mejor de despertarse por la mañana. Había gente que con un reloj se las apañaba, por todos los dioses.

Estaba acostado sobre el colchón y tapado con una manta mohosa en su apartamento recién excavado, que olía a papel viejo, y le dolía el cuerpo entero.

A través de una especie de neblina, fue consciente de que Pistón estaba diciendo:

—Los Carteros Le Esperan, Señor. El Inspector De Correos Ardite Ha Dicho Que Probablemente Querría Usted Despacharlos Como es Debido, Por Ser El Primer Día.

Húmedo miró el techo, parpadeando.

—¿Inspector de correos? ¿Lo ascendí a inspector de correos?

—Sí, Señor. Estaba Usted Muy Efervescente.

Los recuerdos de la noche anterior acudieron a traición en tropel para bailar su número de claqué en el famoso escenario del Viejo y Magnífico Recuerdo Embarazoso.

—¿Carteros? —preguntó.

—La Hermandad De La Orden Del Correo. Son Ancianos, Señor, Pero Nervudos. Ya Son Pensionistas, Pero Todos Se Han Prestado Voluntarios. Llevan Horas Aquí, Clasificando El Correo.

He contratado a una panda de hombres que son todavía más viejos que Ardite..., pensó

—¿Hice algo más?

—Dio Un Discurso Muy Inspirador, Señor. Me Impresionó Sobre Todo El Momento En Que Señaló Que «Ángel» En Realidad Significa Mensajero. No Hay Mucha Gente Que Lo Sepa.

En la cama, Húmedo intentó lentamente meterse el puño en la boca.

—Ah, Y Prometió Traer de Vuelta Las Lámparas De Araña Y Los Mostradores Bruñidos De Madera Noble, Señor. Se Quedaron Todos Muy Impresionados. Nadie Sabe Adónde Fueron A Parar.

«Por los dioses», pensó Húmedo.

—Y La Estatua Del Dios, Señor. Eso Los Impresionó Todavía Más, Diría Yo, Porque Al Parecer Hace Muchos Años Que La Fundieron.

—¿Hice algo anoche que sugiriera que estaba cuerdo?

—¿Cómo Dice, Señor? —preguntó el gólem.

De pronto Húmedo se acordó de la luz y de los susurros del correo. Le habían llenado la mente de... conocimiento, o de recuerdos que no recordaba haber adquirido nunca.

—Historias inacabadas —dijo.

—Sí, Señor —asintió el gólem con tranquilidad—. Habló Usted Extensamente De Ellas, Señor.

—¿Ah, sí?

—Sí, Señor. Dijo Usted...

... que cada mensaje sin entregar es un fragmento espaciotiempo al que le falta el otro extremo, un pequeño haz de esfuerzos y emociones que flota libremente. Y si se guarda junto a millones de ellos, harán lo que las cartas sirven para hacer: se comunicarán y cambiarán la naturaleza de los acontecimientos. Cuando se juntan las suficientes, distorsionan el universo que las rodea.

Húmedo le había visto el sentido a todo aquello. O por lo menos, tanto sentido como a cualquier otra cosa.

—Y... ¿me elevé en el aire en medio de un resplandor dorado? —dijo Húmedo.

—Creo Que Eso Me Lo Debí De Perder, Señor —respondió el señor Pistón.

—O sea que no lo hice.

—En Cierta Manera Sí Lo Hizo, Señor —dijo el gólem.

—Pero en la realidad común y cotidiana, no lo hice...

—Lo Inflamó, Por Así Decirlo, Un Fuego Interior, Señor. Los Carteros Se Quedaron Sumamente Impresionados.

La mirada de Húmedo se posó en la gorra con alas, que había quedado tirada de cualquier manera sobre su escritorio.

—Nunca voy a estar a la altura de todo esto, señor Pistón —dijo—. Esa gente quiere a un santo, no a alguien como yo.

—Tal Vez No Sea Un Santo Lo Que Necesitan, Señor —dijo el gólem.

Húmedo se incorporó y la manta se deslizó al suelo.

—¿Qué le ha pasado a mi ropa? —preguntó—. Estoy seguro de que la dejé bien colgada en el suelo.

—De Hecho, Intenté Limpiar Su Traje Con Quitamanchas, Señor —dijo el señor Pistón—. Pero Como En La Práctica Era Todo Una Mancha Enorme, Acabé Quitando El Traje Entero.

—¡A mí me gustaba ese traje! Por lo menos podía haberlo guardado para hacer trapos, o algo así.

—Lo Siento, Señor, Suponía Que Ya Habían Aprovechado Trapos Para Hacer Su Traje. Pero En Cualquier Caso, Obedecí Su Orden, Señor.

Húmedo hizo una pausa.

—¿Qué orden? —dijo con recelo.

—Anoche Me Pidió Que Le Consiguiera Un Traje Adecuado Para Un Director De Correos, Señor. Me Dio Usted Instrucciones Muy Precisas —dijo el gólem—. Por Suerte Mi Colega Cosedor 22 Está Trabajando En La Sastrería Del Teatro. Lo Tiene Colgado En La Puerta.

Y el gólem hasta había encontrado un espejo. No era muy grande, pero sí lo bastante para mostrar a Húmedo que solo le faltaba regar aquel traje para tener mejor planta.

—Uau —musitó—. Esto sí que es El Dorado...

El traje estaba hecho de tela de oro, o de lo que fuera que usaban los actores en su lugar. Húmedo estaba a punto de protestar, pero intervino un segundo pensamiento.

Llevar un buen traje era útil. Tener mucha labia no servía de gran cosa cuando se iba hecho unos zorros. Y la gente se fijaría en el traje, no en él. Estaba claro que con aquel traje no iba a pasar inadvertido; iluminaría la calle. La gente tendría que protegerse los ojos para mirarlo. Y por lo visto aquello lo había pedido él mismo.

—Es muy... —vaciló; la única palabra que se le ocurría era— rápido. ¡Tiene toda la pinta de salir disparado en cualquier momento!

—Sí, Señor. Cosedor 22 Tiene Talento. Fíjese También En La Camisa Y La Corbata Doradas. Todo A Juego Con La Gorra, Señor.

—Ejem, no podría usted convencerlo de que hiciera algo un poco más sombrío, ¿verdad? —dijo Húmedo, cubriéndose los ojos para que no lo cegaran sus propias solapas—. Para ponérmelo cuando no quiera iluminar objetos lejanos...

—Voy A Hacerlo De Inmediato, Señor.

—Bien —dijo Húmedo, parpadeando bajo la luz de sus mangas—. Pongamos el correo en marcha, pues, ¿de acuerdo?

Los carteros hasta entonces jubilados esperaban en el vestíbulo, en un espacio que habían despejado del aluvión de cartas de la noche anterior. Iban todos uniformados, aunque como no había dos uniformes que fueran exactamente iguales, carecían de uniformidad y por tanto técnicamente no eran uniformes. Todas las gorras tenían visera, pero algunas eran de coronilla alta y otras de tela blanda, y además a los ancianos se les había quedado la ropa grande, de manera que las chaquetas les colgaban como gabanes y los pantalones parecían acordeones. Y como suele pasar con los ancianos, llevaban puestas sus medallas y las expresiones resueltas de quienes están listos para el combate final.

—¡Repartidores listos para la inspección, señor! —dijo el inspector de correos Ardite, poniéndose tan firme que de orgullo se le despegaron los pies dos centímetros del suelo.

—Gracias. Esto... sí.

Húmedo no estaba seguro de qué debía inspeccionar, pero hizo lo que pudo. Una sucesión de caras arrugadas le devolvió la mirada.

Se dio cuenta de que no todas las medallas eran por servir en el ejército. La Oficina de Correos tenía medallas propias. Una de ellas representaba la cabeza de un perro dorado, y la llevaba un hombrecillo con una cara que parecía un paquete de comadrejas.

—¿Qué es esto, mmm...? —empezó a decir.

—Maestro Cartero George Aggy, señor. ¿La insignia? ¡Quince mordeduras y sigo de pie, señor! —dijo el hombre con orgullo.

—Vaya, eso son... ejem... muchas mordeduras, ¿verdad?

—¡Ah, pero después de la número nueve los conseguí engañar, señor, comprándome una pierna de latón, señor!

—¿Perdió una pierna? —preguntó Húmedo, horrorizado.

—No, señor. Me compré una vieja pieza de armadura, eso hice —dijo el arrugado anciano, con una sonrisa astuta—. ¡Qué bien me sienta oír cómo les chirrían los dientes, señor!

—Aggy, Aggy... —murmuró Húmedo, y entonces la memoria se le encendió—. ¿No era usted...?

—Yo soy el Honorable Maestro, señor —dijo Aggy— Confío en que no se tomara mal lo de anoche, señor. Hubo un tiempo en que todos éramos como el joven Toliverio, señor, pero perdimos la esperanza, señor. Sin rencores, ¿verdad?

—Claro, claro —dijo Húmedo, frotándose la nuca.

—Y me gustaría añadir un mensaje de felicitación en calidad de presidente de la Asociación Benévola y Amistosa de la Orden de Trabajadores de Correos de Ankh-Morpork —continuó Aggy.

—Esto... gracias —dijo Húmedo—. ¿Y esos quiénes son, exactamente?

—Somos los de anoche, señor —respondió Aggy, con una enorme sonrisa.

—¡Pero yo creía que eran ustedes una sociedad secreta!

—Secreta no, señor. Secreta exactamente no. Más bien... ignorada, se podría decir. Ahora solo nos dedicamos a las pensiones y a asegurarnos de que nuestros viejos compañeros tengan un funeral como es debido cuando son Devueltos al Remitente, en realidad.

—Bien hecho —dijo Húmedo, una frase vaga que parecía abarcarlo todo. Luego dio un paso atrás y carraspeó—. Caballeros, se acabó. Si queremos que la Oficina de Correos vuelva a funcionar, tenemos que empezar repartiendo las viejas cartas. Es un deber sagrado. Que el correo llegue a su destino. Puede que tardemos cincuenta años, pero al final lo lograremos. Ya conocen ustedes sus rondas. Tómenselo con calma. Recuerden que si no pueden hacer la entrega porque la casa ya no existe... bueno, pues la traen de vuelta, la guardamos en la oficina de correo sin reclamar y por lo menos lo habremos intentado. Solo queremos que la gente sepa que la Oficina de Correos ha vuelto, ¿entendido?

Un cartero levantó la mano.

—¿Sí? —El talento de Húmedo para recordar nombres era superior a su talento para recordar ninguna otra cosa de la noche anterior—. Maestro cartero Thompson, ¿verdad?

—¡Sí, señor! ¿Y qué hacemos cuando la gente nos dé cartas, señor?

A Húmedo se le arrugó el ceño.

—¿Cómo dice? Yo creía que ustedes las repartían, ¿o no?

—No, Bill tiene razón, señor —intervino Ardite—. ¿Qué hacemos si la gente nos da cartas nuevas?

—Ejem... ¿qué solían hacer ustedes? —preguntó Húmedo.

Los carteros se miraron entre ellos.

—Les cobrábamos un penique por sellarla y traíamos la carta aquí para timbrarla con el sello oficial —dijo Ardite enseguida—. Luego se clasificaba y se repartía.

—O sea que... ¿la gente tiene que esperar a ver al cartero? Parece un poco...

—Oh, antiguamente había docenas de estafetas más pequeñas, ¿sabe? —añadió Ardite—. Pero cuando todo empezó a torcerse, las perdimos.

—Bueno, pongamos el correo otra vez en movimiento y ya resolveremos las cuestiones sobre la marcha —dijo Húmedo—. Seguro que se nos ocurrirán ideas. Y ahora, señor Ardite, tiene usted un secreto que compartir...

\* \* \*

A Ardite le tintineaba el llavero mientras conducía a Húmedo por los sótanos de la Oficina de Correos hasta llegar a una puerta metálica. Húmedo se fijó en un trozo de cuerda negra y amarilla sobre el suelo: la Guardia también estuvo allí.

La puerta se abrió con un clic. Al otro lado había un resplandor azul, apenas lo bastante intenso como para resultar molesto, manchar de púrpura los bordes del campo de visión y hacer que a uno se le saltaran las lágrimas.

—Vua-lá —dijo Ardite.

—¿Es un... es una especie de órgano de teatro? —preguntó Húmedo.

Costaba ver los contornos de la máquina en mitad de la sala, pero estaba allí plantificada con todo el encanto de un potro de tortura. El resplandor azul emanaba de algún lugar en su interior. A Húmedo ya le lloraban los ojos a mares.

—¡Buen intento, señor! Pero es la Máquina de Clasificar —dijo Ardite—. La maldición de la Oficina de Correos, señor. Antes tenía diablillos dentro que leían lo que ponía en los sobres, pero hace años que se evaporaron. Y menos mal.

La mirada de Húmedo recorrió los casilleros de alambre que ocupaban una pared entera de la enorme sala. También encontró los contornos de tiza del suelo. La extraña luz hacía resplandecer la tiza. Eran unos contornos bastante pequeños. Uno de ellos englobaba cinco dedos.

—Accidente industrial —murmuró—. Muy bien, señor Ardite. Cuénteme.

—No se acerque al resplandor, señor —dijo Ardite—. Es lo que le dije al señor Yacetiemble. Pero más tarde él se escabulló para entrar aquí solo. Oh cielos, señor, fue el pobrecillo Stanley quien lo encontró, señor, después de ver que el pobre Mimitos arrastraba algo por el pasillo. Y aquí lo esperaba una verdadera carnicería. No se puede imaginar cómo estaba esto, señor.

—Creo que sí —dijo Húmedo.

—Dudo que pueda, señor.

—Puedo, de verdad.

—Seguro que no, señor.

—¡Sí puedo! ¿De acuerdo? —gritó Húmedo—. ¿Se cree que no veo todos esos pequeños contornos de tiza? Y ahora, ¿podemos continuar antes de que vomite?

—Esto... por supuesto, señor —dijo Ardite—. ¿Ha oído hablar usted de Jodido Estúpido Johnson? Es bastante famoso en esta ciudad.

—¿No era el que construía cosas? ¿Y que siempre tenían algún fallo? Estoy seguro de haber leído algo sobre él...

—Ese mismo, señor. Construía toda clase de cosas pero, es triste decirlo, siempre tenían algún defecto importante.

En el cerebro de Húmedo, un recuerdo dio una patada a una neurona.

—¿No fue el que prescribió arenas movedizas como material de construcción para que las obras no se detuvieran?

—Ese mismo, señor. Normalmente el defecto importante de sus creaciones era que las había diseñado Jodido Estúpido Johnson. Se podría decir que el defecto era parte integral del asunto. En realidad, para ser justos, muchas cosas que diseñaba funcionaron bastante bien, solo que no para lo que estaban pensadas. Este trasto, señor, empezó su vida siendo un órgano, en efecto, pero terminó como máquina para clasificar cartas. La idea era que uno vaciaba la saca del correo dentro de esa tolva y las cartas se distribuían a toda velocidad por esos casilleros de ahí. El director general Acoquino lo hizo con buena intención, decían. Era un purista de la rapidez y la eficacia, aquel hombre. Mi abuelo me contaba que la Oficina de Correos se gastó una fortuna para ponerla en funcionamiento.

—Y perdió el dinero, ¿eh? —dijo Húmedo.

—Oh, no, señor. La máquina funcionó. Ya lo creo, funcionó muy bien. Tan bien que al final la gente se volvió loca.

—A ver si lo adivino —dijo Húmedo—. ¿Los carteros tenían que trabajar demasiado?

—Oh, los carteros siempre trabajan demasiado, señor —replicó Ardite sin pestañear—. No, lo que preocupaba a la gente era encontrar cartas en la bandeja de clasificación un año antes de que fueran escritas.

Hubo un silencio. En ese silencio, Húmedo ensayó diversas respuestas, desde «Vaya a tomarle el pelo a su tía» hasta «Es imposible», pero decidió que todas sonaban estúpidas. Ardite parecía mortalmente serio. Así que al fin dijo:

—¿Cómo?

El viejo cartero señaló el resplandor azul.

—Eche un vistazo dentro, señor. Se puede ver. Pero haga lo que haga, no se ponga justo encima.

Húmedo se acercó un poco más a la máquina y escrutó entre los engranajes. En el corazón del resplandor acertó a distinguir una ruedecita. Que giraba lentamente.

—A mí me criaron en la Oficina de Correos —dijo Ardite, detrás de él—. Nací en la sala de clasificación y me pesaron en la balanza oficial. Aprendí a leer con los sobres, aprendí a hacer cuentas con los viejos libros de contabilidad, aprendí jografía mirando los mapas de la ciudad y la historia me la contaron los ancianos. Mejor que ir a la escuela. Mejor que ir a la escuela, señor. Pero nunca aprendí jometría. Es como un estanque en mis conocimientos, todo eso de los ángulos y tal. Pero esto, señor, es cosa del piese.

—¿Como en pies? —dijo Húmedo, apartándose un poco del resplandor siniestro.

—No, no, señor. El piese de la jometría.

—¿El piese de la geom...? Ah, se refiere a pi, al número que se obtiene cuando... —Húmedo hizo una pausa. Tenía un talento errático para las matemáticas, lo cual quería decir que era capaz de calcular probabilidades y cambios de moneda muy, muy deprisa. Su libro de texto de la escuela tenía una sección de geometría, pero él nunca le había encontrado el sentido. Pese a todo, ahora lo intentó—. Tiene todo que ver con... es el número que se obtiene cuando el radio de un círculo... no, la longitud del borde de una rueda son tres y pico veces el... esto...

—Algo así, señor, probablemente, algo parecido —dijo Ardite—. Tres y pico, eso viene a ser. Solo que Jodido Estúpido Johnson decía que era un número desaliñado, así que diseñó una rueda donde el piese era exactamente tres. Y ahí mismo la tiene.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Húmedo—. ¡No se puede hacer! ¡Pi forma parte de... la estructura de las cosas! No se puede cambiar. ¡Habría que cambiar el universo!

—Sí, señor. Por lo que decían, eso es lo que pasó —dijo Ardite con tranquilidad—. Ahora le voy a hacer el truco de fiesta. Échese atrás, señor.

Ardite fue un momento a uno de los sótanos contiguos y volvió con un pedazo de madera.

—Échese más atrás, señor —sugirió, y tiró el trozo de madera encima de la máquina.

El ruido no fue estrepitoso. Fue una especie de «clop». A Húmedo le pareció que algo le sucedía a la madera al pasar por encima de la luz. Hubo un asomo de curvatura...

Varios trozos de madera cayeron con estrépito al suelo junto con una lluvia de astillas.

—Hicieron venir a un mago para mirarlo —dijo Ardite—. Dijo que la máquina retuerce un trocito pequeño del universo para que el piese pueda ser tres exactos, señor, pero que hace travesuras con todo lo que se le acerca demasiado. Las partes que desaparecen se quedan perdidas en el... continuonuonuo espapaciotemporal, señor. Pero a las cartas no les pasa, debido a la forma en que viajan por dentro de la máquina, fíjese. Y eso viene a ser todo, señor. ¡Hay cartas que salieron de esa máquina cincuenta años antes de que las echaran al correo!

—¿Y por qué no la apagaron?

—No pudimos, señor. Seguía funcionando como un sifón. ¡Y además, el mago nos dijo que si la apagábamos podían pasar cosas terribles! Por la, hum, cuántica, creo.

—Pero bueno, podían dejar de meterle cartas y ya está, ¿no?

—Ah, bueno, señor, ahí está la cosa —dijo Ardite, rascándose la barba—. Ha posicionado usted el dígito en el quid o meollo del asunto, señor. Eso tendríamos que haber hecho, señor, tendríamos, pero seguimos intentando que trabajara en nuestro beneficio. Oh, la dirección tenía planes, señor. ¿Por qué no entregar una carta en Hermanas Dolly treinta segundos después de que la echaran al correo en el centro de la ciudad, eh? Por supuesto, no habría sido de buena educación entregar cartas antes de que nos las hicieran llegar, señor, pero sí se podía intentar que la cosa fuera muy justa, ¿eh? Ya éramos buenos, así que intentamos ser mejores...

Y por alguna razón, todo aquello le resultó familiar...

Húmedo escuchaba con expresión lúgubre. Al fin y al cabo, los viajes en el tiempo solo eran un tipo de magia. Por eso siempre salían mal.

Por eso había carteros, con pies de verdad. Por eso los clacs eran una cadena de torres muy caras. Y ya puestos, por eso los granjeros cultivaban sus cosechas y los pescadores echaban sus redes. Oh, se podía hacer todo con magia, estaba claro que sí. Se podía agitar una varita y hacer que aparecieran estrellitas centelleantes y un pan recién horneado. Se podía hacer que los peces saltaran del mar ya cocinados. Pero luego, en alguna parte y de alguna manera, la magia presentaría su factura, que siempre era más alta de lo que uno podía permitirse.

Por eso se había dejado en manos de los magos, que sabían manejarla de forma segura. No hacer nada de magia era la principal tarea de los magos: no «no hacer magia» porque no pudieran, sino no hacerla pudiendo. Cualquier tonto ignorante podía ser incapaz de convertir a alguien en rana. Pero había que ser listo para contenerse y no hacerlo cuando sabías lo fácil que era. Había lugares en el mundo que conmemoraban aquellas ocasiones en que los magos no habían sido tan listos, y en muchos de ellos ya no volvería a crecer la hierba.

En cualquier caso, todo aquello acarreaba cierta sensación de inevitabilidad. La gente quería que la engañaran. De verdad creían que te podías encontrar pepitas de oro tiradas por el suelo, que esta vez sí podías encontrar la Dama y que por una vez el anillo de cristal podía ser diamante auténtico.

Al señor Ardite le salían las palabras a borbotones, como si fueran cartas amontonadas que caían de una grieta en la pared. A veces la máquina había producido un millar de copias de la misma carta o bien había llenado la sala de cartas del martes siguiente, del mes siguiente o del año siguiente. A veces eran cartas que no había escrito nadie, o que podrían haber sido escritas, o que estaban destinadas a ser escritas, o bien cartas que alguien juraba haber escrito cuando en realidad no lo había hecho, pero que aun así tenían una existencia sombría en un extraño e invisible mundo de cartas, y la máquina las hacía realidad.

Si en alguna parte puede existir cualquier mundo posible, entonces en alguna parte está cualquier carta que pueda llegar a escribirse. En algún lugar, todos esos cheques sí que están en el correo.

Y salían sin parar: cartas del día en curso que resultaba que no eran de este día en curso, sino de otro que podría haber tenido lugar de haber cambiado algún pequeño detalle en el pasado. No servía de nada apagar la máquina, dijeron los magos. Existía en muchos otros presentes, de manera que funcionaba aquí debido a... una frase larga que los carteros no entendieron, pero que contenía palabras del tipo «portal», «multidimensional» y «cuántico», y cuántico salía dos veces. Ellos no lo entendieron, pero aun así tenían que hacer algo. Nadie podía repartir tantas cartas. De manera que las salas empezaron a llenarse...

A los magos de la Universidad Invisible les había interesado muchísimo el problema, de la misma manera que a los médicos les fascina una enfermedad nueva y virulenta. El paciente les agradece todo su interés, pero preferiría de largo que o bien le ofrecieran una cura o bien dejaran de hurgar.

La máquina no se podía detener y los magos dijeron que sobre todo no había que destruirla. Destruir la máquina podía causar que este universo dejara de existir al instante.

Por otro lado, la Oficina de Correos se estaba llenando hasta arriba, por lo que un día el inspector en jefe de correos Retumbor entró en la sala con una palanca, ordenó a todos los magos que salieran y se puso a dar porrazos a la máquina hasta que las cosas dejaron de runrunear.

Por lo menos, las cartas dejaron de salir. Aquello supuso un alivio enorme, pero aun así la Oficina de Correos tenía sus ordenanzas, de manera que el inspector en jefe de correos tuvo que comparecer ante el director de correos Acoquino, que le preguntó por qué había decidido correr el riesgo de destruir el universo entero de golpe.

De acuerdo con la leyenda de la Oficina de Correos, el señor Retumbor había contestado: «En primer lugar, señor, he pensado que si destruía el universo entero de golpe no iba a enterarse nadie; en segundo lugar, cuando le he dado el primer porrazo al trasto ese, los magos se han largado corriendo, así que he supuesto que a menos que tuvieran otro universo al que escaparse, no estaban seguros del todo de lo que habían dicho; y por último, señor, ese puto cacharro me estaba poniendo de los nervios. Nunca he podido soportar la maquinaria, señor».

—Y eso fue todo, señor —dijo el señor Ardite mientras abandonaban la sala—. La verdad es que yo oí decir a los magos que el universo entero había quedado destruido de golpe pero había regresado al instante todo de golpe. Dijeron que lo notaban con solo mirarlo, señor. Así que no pasó nada y el viejo Retumbor salió de rositas, porque no es fácil aplicar sanciones disciplinarias por destruir el universo entero de golpe de acuerdo con las Ordenanzas de la Oficina de Correos. Aunque bueno, ja, hemos tenido directores de correos que lo habrían intentado. Pero aquello nos dejó la moral por los suelos, señor. Desde entonces, todo fue de mal en peor. Los hombres se desanimaron. Aquello nos rompió, para serle sincero.

—Escuche —dijo Húmedo—, las cartas que les hemos dado a nuestros hombres no serán de otra dimensión, ¿verdad?

—No se preocupe, las comprobé anoche —dijo Ardite—. Solo son viejas. En general se puede saber por el sello. A mí se me da bien ver cuáles son nuestras de verdad. He tenido años para aprender. Es una habilidad que tengo, señor.

—¿Podría enseñársela a otra gente?

—Yo creo que sí, señor —dijo Ardite.

—Señor Ardite, las cartas me han hablado —soltó Húmedo de golpe.

Para su sorpresa, el anciano le agarró la mano y se la estrechó.

—¡Así me gusta, señor! —dijo, con las lágrimas aflorándole a los ojos—. Ya he dicho que es una habilidad, ¿verdad? ¡Escuche los susurros, ahí está la mitad del truco! Están vivas, señor, vivas. No como la gente, pero... están igual de vivas que los barcos, señor. A fe mía, todas esas cartas que hay aquí dentro prensadas, toda la... la pasión que contienen, señor, caray, estoy convencido de que este sitio tiene algo parecido a un alma, señor, ya lo creo...

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Ardite. «Esto es una locura, claro —pensó Húmedo—. Pero ahora yo también la sufro.»

—¡Ah, se lo veo en los ojos, señor, ya lo creo! —exclamó Ardite con una sonrisa húmeda—. ¡La Oficina de Correos lo ha encontrado a usted! Lo ha envuelto, señor, estoy seguro. Ya nunca la dejará, señor. Hay familias que han trabajado aquí durante siglos y más siglos, señor. En cuanto el servicio postal marca a alguien con su sello, ya no hay vuelta atrás...

Húmedo liberó su mano de la de Ardite con todo el tacto que pudo.

—Eso —dijo—. Hábleme de los sellos.

\* \* \*

Pum.

Húmedo echó un vistazo al papel. En letras rojas borrosas, cuarteadas y desgastadas, podía leerse: «Oficina de Correos de Ankh-Morpork».

—Eso mismo, señor —dijo Ardite, agitando en alto el pesado sello de metal y madera—. Primero aprieto con el sello en el tampón de la tinta y luego le pego, señor, le pego bien fuerte a la carta. ¡Así! ¿Lo ve? Ya lo he vuelto a hacer. Lo mismo cada vez. Timbrada.

—¿Y esto vale un penique? —se extrañó Húmedo—. ¡Por los dioses, hombre, si hasta un niño podría falsificar esto con media patata!

—Eso siempre nos supuso un problema, señor, sí —admitió Ardite.

—¿Y por qué tiene que sellar las cartas el cartero, a todo esto? —dijo Húmedo—. ¿Por qué no vendemos el sello a la gente?

—Porque entonces pagarían un penique y nunca pararían de sellar, señor —dijo Ardite, la voz de la razón.

En la maquinaria del universo, los engranajes de lo inevitable encajaron...

—Bueno —dijo Húmedo, contemplando el papel con cara pensativa—, ¿qué tal...? ¿Qué tal un sello que solo pueda usarse una vez?

—¿Quiere decir con muy poca tinta? —preguntó Ardite. Frunció el ceño, provocando que el peluquín se le deslizara a un lado.

—Quiero decir... si sellamos el papel muchas veces con el sello y luego recortamos los trozos sellados... —Húmedo se quedó absorto en una visión interior, aunque solo fuera para evitar ver al peluquín trepando lentamente de vuelta a su sitio—. La tarifa de reparto en toda la ciudad es de un penique, ¿verdad?

—Excepto en las Sombras, señor. Ahí son cinco peniques por la guardia armada —dijo Ardite.

—Muy bien. Muy... bien. Creo que se me ha ocurrido algo... —Húmedo buscó con la mirada al señor Pistón, que emitía un brillo tenue en un rincón del despacho—. Señor Pistón, ¿sería tan amable de acercarse a la Cabra y el Nivel de Burbuja, en el parque Gallina y Pollitos, y pedirle al tabernero la «caja del señor Robinson», por favor? Puede que pida un dólar a cambio. Y de paso que está por allí, hay un taller de imprenta cerca, Ingente y Bobinas. Déjeles el mensaje de que el director general de Correos quiere tratar con ellos un encargo muy grande.

—¿Ingente y Bobinas? Son carísimos, señor —objetó Ardite—. Son los que hacen todas esas impresiones tan elegantonas para los bancos.

—Es casi imposible falsificarlas, se lo digo yo —comentó Húmedo—. O eso me han dicho —se apresuró a añadir—. Marcas de agua, entramados especiales dentro del papel, toda clase de trucos. Ejem. Así pues... un sello de un penique y otro de cinco peniques... ¿Qué me dice de los envíos a otras ciudades?

—Cinco peniques a Sto Lat —dijo Ardite—. Diez o quince a las demás. Ja, y tres dólares para el correo a Genua. Esos los teníamos que escribir a mano.

—Pues necesitaremos un sello de un dólar. —Húmedo se puso a apuntar cosas en el papel.

—¡Un sello de un dólar! ¿Y quién va a querer comprarlo? —dijo Ardite.

—Cualquiera que quiera mandar una carta a Genua —respondió Húmedo—. De hecho, acabarán comprando tres. Pero por ahora voy a bajar el precio a un dólar.

—¡Un dólar! ¡Está a miles de kilómetros, señor! —protestó Ardite.

—Sí. Menuda ganga, ¿verdad?

Ardite parecía dividido entre el júbilo y la desesperación.

—¡Pero solo tenemos a una panda de viejos, señor! Tienen buen ánimo, es verdad, pero... ¡Bueno, hay que aprender a andar antes de correr, señor!

—¡No! —Húmedo dio un puñetazo en la mesa—. ¡Nunca diga eso, Toliverio! ¡Nunca! ¡Hay que correr antes que andar! ¡Volar antes que gatear! ¡Siempre seguir adelante! Usted cree que tenemos que intentar ofrecer un servicio de correos decente en la ciudad. ¡Yo creo que tenemos que intentar mandar cartas a cualquier parte del mundo! Porque si fracasamos, prefiero fracasar por todo lo alto. ¡Todo o nada, señor Ardite!

—¡Uau, señor! —dijo Ardite.

Húmedo le dedicó su sonrisa luminosa y soleada. Que prácticamente se le reflejó en el traje.

—Manos a la obra. Vamos a necesitar más personal, inspector de correos Ardite. Mucho más personal. Espabile, hombre. ¡La Oficina de Correos ha vuelto!

—¡Síseñor! —se exaltó Ardite, embriagado de entusiasmo—. ¡Vamos... vamos a hacer cosas que sean bastante nuevas, y de formas interesantes!

—Ya le va cogiendo el tranquillo —dijo Húmedo, poniendo los ojos en blanco.

\* \* \*

Diez minutos más tarde, la Oficina de Correos recibió su primera entrega.

Era el maestro cartero Bates, con la cara llena de sangre. Lo trajeron a la oficina dos agentes de la Guardia en una camilla improvisada.

—Lo hemos encontrado dando tumbos por la calle, señor —informó uno de ellos—. Sargento Colon, señor, a su servicio.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Húmedo, horrorizado.

Bates abrió los ojos.

—Lo siento, señor —murmuró—. Intenté aguantar, pero ¡me arrearon en toda la cocorota con una cosa muy grande!

—Lo han asaltado un par de maleantes —explicó el sargento Colon—. Y le han tirado la saca al río.

—¿Y esto les pasa normalmente a los carteros? —dijo Húmedo—. Yo pensaba... Oh, no...

El siguiente en llegar, dolorosamente despacio, fue el maestro cartero Aggy, arrastrando una pierna porque tenía un bulldog agarrado a ella.

—Siento mucho esto, señor —dijo, avanzando a la pata coja—. Creo que tengo los pantalones del uniforme rasgados. He aturdido al muy cabrón con la saca, pero es imposible desengancharlo. —El bulldog tenía los ojos cerrados; daba la impresión de estar pensando en otra cosa.

—Menos mal que lleva usted su armadura, ¿eh? —dijo Húmedo.

—Esta es la otra pierna, señor. Pero no se preocupe. Soy impenetrable por naturaleza en la zona de las pantorrillas. Es por todo el tejido cicatrizado, señor, podría encenderme cerillas en él. Pero Jimmy Tropos está en apuros. Está subido a un árbol en el parque del Abandono.

\* \* \*

Húmedo von Mustachen subió paseando por la calle del Mercado con una mueca de severa determinación. La Fundación del Gólem seguía teniendo el escaparate entablado, pero había atraído una nueva capa de pintadas. Además, la pintura de la puerta estaba quemada y burbujeando.

Abrió la puerta y el instinto le hizo agachar la cabeza. Sintió que la flecha de ballesta le pasaba zumbando entre las alas de la gorra.

La señorita Buencorazón bajó la ballesta.

—¡Por los dioses, es usted! ¡Por un momento me ha parecido que había aparecido un segundo sol en el cielo!

Húmedo se irguió con cautela mientras ella dejaba la ballesta a un lado.

—Anoche nos tiraron una bomba incendiaria —dijo ella, a modo de explicación por haber intentado atravesarle la cabeza de un flechazo.

—¿Cuántos gólems tiene disponibles ahora mismo, señorita Buencorazón? —preguntó Húmedo.

—¿Eh? Oh... unos... una docena aproximada...

—Bien. Me los llevo. No se moleste en envolvérmelos. Los quiero en la Oficina de Correos lo antes posible.

—¿Cómo? —Al rostro de la señorita Buencorazón regresó su habitual expresión de fastidio perpetuo—. Escuche, no puede entrar aquí como si nada, chasquear los dedos y encargar a una docena de personas así como así...

—¡Ellos mismos se consideran propiedades! —dijo Húmedo—. Eso me dijo usted.

Intercambiaron miradas hostiles. A continuación la señorita Buencorazón rebuscó con aire distraído en la bandeja de un clasificador.

—Puede usted qued... dar trabajo a cuatro ahora mismo —dijo—. Que son Puertas 1, Sierra 20, Campanario 2 y... Anghammarad. De momento, el único que puede hablar es Anghammarad; los libres todavía no han ayudado a los demás...

—¿Ayudado?

La señorita Buencorazón se encogió de hombros.

—Muchas de las culturas que fabricaron gólems pensaban que las herramientas no deberían hablar. No tienen lengua.

—Y la Fundación les da un poco de arcilla extra, ¿no? —dijo Húmedo en tono jovial.

Ella le dirigió una mirada.

—Es un poco más místico que eso —dijo solemne.

—Bueno, me da igual que sean mudos siempre y cuando no sean tontos —dijo Húmedo, intentando aparentar seriedad—. ¿Y ese tal Anghammarad tiene nombre? ¿No solo una descripción?

—Muchos de los más antiguos tienen nombre. Dígame, ¿qué quiere usted que hagan? —preguntó la mujer.

—Que sean carteros —dijo Húmedo.

—¿Trabajando en público?

—No creo que pueda haber carteros secretos —dijo Húmedo, teniendo un vislumbre fugaz de figuras sombrías que se escabullían de puerta en puerta—. ¿Hay algún problema con eso?

—Bueno... no. ¡Claro que no! Lo único que pasa es que luego la gente se pone un poco nerviosa y le pega fuego al local. Pero se los haré llegar tan deprisa como pueda. —Hizo una pausa—. Entiende usted que todo gólem que se posee a sí mismo necesita tener un día libre a la semana, ¿verdad? Ha leído el panfleto, ¿no?

—Esto... ¿tiempo libre? —dijo Húmedo—. ¿Para qué necesitan tiempo libre? A los martillos no se les da tiempo libre, ¿verdad?

—Es para ser gólems. No me pregunte que hacen... creo que solo van y se sientan todos en algún sótano. Es... es una manera de mostrar que no son martillos, señor Mustachen. Los enterrados se olvidan. Los gólems libres se lo enseñan. Pero no se preocupe, el resto del tiempo ni siquiera pararán para dormir.

—Entonces... ¿al señor Pistón le toca un día libre? —preguntó Húmedo.

—Claro —dijo la señorita Buencorazón, y Húmedo clasificó aquello como «conocimiento útil».

—Bien. Gracias —dijo. «¿Le gustaría cenar conmigo esta noche?» Húmedo no solía tener dificultades con las palabras, pero aquellas no se le despegaban de la lengua. La señorita Buencorazón tenía algo que resultaba tan áspero como la piel de una piña. También había algo en su expresión que decía: no hay manera humana de que puedas sorprenderme. Lo sé todo de ti.

—¿Quería usted algo más? —preguntó—. Porque se ha quedado ahí plantado con la boca abierta.

—Esto... no. Nada más. Gracias —murmuró Húmedo.

Ella le dedicó una sonrisa y Húmedo sintió cosquilleos en varios lugares.

—Bueno, pues ya puede marcharse, señor Mustachen —dijo ella—. Ilumine usted el mundo como un rayito de sol.

\* \* \*

Cuatro de los cinco carteros se encontraban, en palabras del señor Ardite, «ors de combat» y ahora estaban preparando té en el cuchitril abarrotado de correspondencia que ellos llamaban entre risas la sala de descanso. A Aggy lo habían mandado a casa después de desprenderle al bulldog de la pierna. Húmedo hizo que le enviaran una cesta bien grande de fruta. Con las cestas de fruta siempre se quedaba bien.

Bueno, por lo menos habían causado cierta impresión. Igual que el bulldog. Pero sí se habían repartido algunas cartas, eso había que admitirlo. También había que admitir que llegaban muchos años tarde, pero ahora al fin el correo se movía. El cambio era palpable en el aire. El lugar ya no tenía tanta atmósfera de tumba. Ahora Húmedo se había retirado a su despacho, donde se estaba poniendo creativo.

—¿Una taza de té, señor Mustachen?

Levantó la vista de su trabajo para mirar la cara algo extraña de Stanley.

—Gracias, Stanley —dijo, dejando la pluma en la mesa—. ¡Y veo que esta vez te ha quedado casi todo dentro de la taza! ¡Muy buen trabajo!

—¿Qué está dibujando, señor Mustachen? —preguntó el muchacho, estirando el cuello—. ¡Parece la oficina de correos!

—Bien visto. Va a salir en un sello, Stanley. Mira, ¿qué te parecen los otros? —Le pasó los demás bocetos.

—Caray, es usted un dibujador muy bueno, señor Mustachen. ¡Ese de ahí es clavado a lord Vetinari!

—Es el sello de un penique —dijo Húmedo—. He copiado el retrato de un penique. El escudo de armas de la ciudad es para el de dos peniques, Morporkia con su horqueta para el de cinco y la Torre del Arte para el sello grande de un dólar. También estaba pensando en uno de diez peniques.

—Quedan muy bonitos, señor Mustachen —dijo Stanley—. Cuántos detalles. Son como pinturas pequeñitas. ¿Cómo se llaman esas líneas diminutas?

—Entramado. Hacen que cueste más falsificarlos. Y cuando nos llegue la carta con el sello puesto, fíjate, cogeremos uno de los viejos sellos de goma y lo estamparemos encima de los sellos postales nuevos para que no puedan volver a usarse, y el...

—Claro, porque son como dinero, en realidad —dijo Stanley en tono jovial.

—¿Cómo dices? —dijo Húmedo, con el té a medio camino de los labios.

—Que son como dinero. Esos sellos serán como dinero, porque un sello de un penique es un penique, si se para a pensarlo. ¿Se encuentra bien, señor Mustachen? Le ha quedado a usted una cara rara. ¿Señor Mustachen?

—Hum... ¿qué? —dijo Húmedo, que estaba mirando fijamente la pared con una sonrisa extraña y distante.

—¿Se encuentra bien, señor?

—¿Cómo? Ah. Sí. Sí, ya lo creo. Ejem... ¿tú crees que nos hace falta un sello más grande? ¿De cinco dólares, tal vez?

—¡Ja, por ese dinero creo que se podría mandar una carta bien grande hasta el mismo Cuatroequis! —exclamó un sonriente Stanley.

—Vale la pena ser previsores, pues —dijo Húmedo—. O sea, ya que estamos diseñando los sellos y todo...

Pero ahora Stanley estaba admirando la caja del señor Robinson. La caja era una vieja amiga de Húmedo. Las únicas ocasiones en que usaba el alias de «señor Robinson» era cuando se la dejaba a algún tabernero o mercader medio honrado, a fin de tenerla en un lugar seguro incluso si se veía obligado a marcharse a toda prisa de la ciudad. La caja era para un estafador y falsificador lo mismo que un juego de ganzúas para un ladrón de casas, solo que con el contenido de aquella caja se podía abrir el cerebro de la gente.

La caja en sí ya era una obra de arte, llena de pequeños compartimentos que se levantaban y se desplegaban al abrirla. Había plumas y tintas, por supuesto, pero también botecitos de pintura y tintes, soluciones y disolventes. Y, aplanados con esmero, treinta y seis tipos distintos de papel, algunos de ellos bastante difíciles de conseguir. El papel era importante. Un error en el peso o la traslucidez, y ya no te servía de nada toda la pericia del mundo. Era preferible tener un trazo poco firme que un papel malo. De hecho, a menudo los trazos bastos funcionaban mejor que pasarse una semana de laborioso trabajo nocturno, porque en la cabeza de la gente había algo que percibía algún detallito que no estaba correcto del todo, pero al mismo tiempo añadía las menudencias que se dejaban simplemente esbozadas con unos cuantos plumazos cuidadosos. La actitud, la expectación y la presentación lo eran todo.

También es mi caso, pensó.

Alguien llamó a la puerta y la abrió con un solo movimiento.

—¿Sí? —ladró Húmedo sin levantar la vista—. Estoy ocupado diseñando din... sellos, ¿sabe?

—Hay una dama —dijo Ardite con voz jadeante—. ¡Con gólems!

—Ah, debe de ser la señorita Buencorazón —dijo Húmedo, dejando la pluma en la mesa.

—Síseñor. ¡Me ha dicho: «Dígale al señor Rayo de Sol que le he traído a sus carteros», señor! ¿Va usted a usar gólems como carteros, señor?

—Sí, ¿por qué no? —dijo Húmedo, lanzando a Ardite una mirada severa—. Se lleva bien con el señor Pistón, ¿verdad?

—Bueno, es buen tipo, señor —balbuceó el anciano—. O sea, tiene el lugar limpio, siempre es muy respetuoso... Yo no critico a nadie por lo que es, pero los gólems ponen un poco nerviosa a la gente, señor, por eso de los ojos brillantes y tal, y también porque no paran nunca. Es posible que los muchachos no se lleven bien con ellos, señor, solo digo eso.

Húmedo se lo quedó mirando. Los gólems eran concienzudos, fiables y, por los dioses, obedecían las órdenes. Tendría otra oportunidad para que la señorita Buencorazón le dedicara una sonrisa... ¡Piensa en gólems! ¡Gólems, gólems, gólems!

Sonrió y dijo:

—¿Aunque puedan demostrar que son carteros de verdad?

\* \* \*

Diez minutos más tarde el puño del gólem llamado Anghammarad atravesó la rendija de un buzón y varios centímetros cuadrados de madera astillada.

—Carta Entregada —anunció, y se quedó inmóvil. Sus ojos perdieron intensidad.

Húmedo se volvió hacia el grupo de carteros humanos e hizo un gesto en dirección a la Ronda del Cartero improvisada que había organizado en el vestíbulo.

—Fíjense en el patín aplastado, caballeros. Fíjense en el montón de cristal molido que ha quedado donde estaba la botella de cerveza. Y el señor Anghammarad lo ha hecho todo con la cabeza cubierta por una capucha, debería añadir.

—Sí, pero el fuego de los ojos le ha abierto dos agujeros —señaló Ardite.

—Nadie puede evitar ser como lo han hecho —dijo Adora Belle Buencorazón en tono estirado.

—Tengo que admitirlo, me ha alegrado el alma ver cómo atravesaba esa puerta de un puñetazo —dijo el maestro cartero Bates—. Eso les enseñará a poner las rendijas tan bajas y afiladas.

—Y supongo que no tendrá problemas con los perros —dijo Jimmy Tropos—. Nunca le dejarán el culo al aire de un mordisco.

—Así, que están todos de acuerdo en que los gólems están capacitados para ser carteros... —dijo Húmedo.

De pronto todas las caras se retorcieron mientras los carteros levantaban un coro de voces:

—Bueno, no es por nosotros, entiéndalo...

—... la gente se pone un poco rarita con la, ejem, gente de arcilla...

—... todo eso de que le quitan el trabajo a las personas de verdad...

—... no es que tenga nada de nada contra él, pero...

Se detuvieron porque el gólem Anghammarad empezaba a hablar de nuevo. A diferencia del señor Pistón, tardaba un poco en coger velocidad. Y cuando su voz llegaba por fin, daba la impresión de estar viniendo de un lugar y una época muy lejanos, como el ruido del oleaje dentro de una concha fosilizada.

—¿Qué Es Un Cartero? —preguntó.

—Un mensajero, Anghammarad —dijo la señorita Buencorazón. Húmedo se fijó en que les hablaba distinto a los gólems. Había ternura en su voz.

—Caballeros —dijo él a los carteros—. Sé que sienten...

—Yo Era Mensajero —dijo Anghammarad con voz retumbante.

Tenía un timbre distinto al del señor Pistón, y también lo era su arcilla. Parecía un rompecabezas tosco hecho de diferentes arcillas que iban desde la casi negra hasta la roja y la gris claro. Los ojos de Anghammarad, a diferencia del resplandor de horno de los demás gólems, ardían con un brillo de un color rojo rubí intenso. Parecía viejo. Más que eso, se le notaba viejo. De su cuerpo emanaba el intenso frío del tiempo.

En un brazo, justo por encima del codo, llevaba una caja metálica sujeta con una argolla corroída que había manchado la arcilla.

—Hacías recados, ¿eh? —dijo Ardite, nervioso.

—Mi Último Encargo Fue Transportar Los Decretos Del Rey Het De Thut —dijo Anghammarad.

—A mí no me suena de nada ese rey Het —comentó Jimmy Tropos.

—Supongo Que Es Porque La Tierra De Thut Se Hundió Bajo El Mar Hace Nueve Mil Años —dijo el gólem solemne—. Así Son Las Cosas.

—¡Caray! ¿Tienes nueve mil años de edad? —preguntó Ardite.

—No. Tengo Casi Diecinueve Mil Años De Edad, Pues Nací En El Fuego De Los Sacerdotes De Upsa En El Tercer Ning Del Rasurado De La Cabra. Me Dieron Voz Para Poder Transmitir Mensajes. De Tales Cosas Está Hecho El Mundo.

—Pues esos tampoco me suenan de nada —dijo Tropos.

—Upsa Fue Destruida Por La Explosión Del Monte Shiputu. Dos Siglos Pasé Bajo Una Montaña De Piedra Pómez Antes De Que Se Erosionara, Tras Lo Cual Pasé A Ser Mensajero De Los Reyes Pescadores Del Sagrado Ult. Podría Haber Sido Peor.

—¡Debe de haber visto muchas cosas, señor! —exclamó Stanley.

Los ojos resplandecientes se giraron hacia él, iluminándole la cara.

—Erizos De Mar. He Visto Muchos Erizos De Mar. Y Holoturias. Y El Navegar De Los Barcos Muertos. Una Vez Hubo Un Ancla. Todo Pasa En Esta Vida.

—¿Cuánto tiempo pasaste en el fondo del mar? —le preguntó Húmedo.

—Fueron Casi Nueve Mil Años.

—¿Quieres decir... que estabas allí sentado y ya está? —preguntó Aggy.

—No Me Ordenaron Hacer Otra Cosa. Oí El Canto De Las Ballenas. Por Encima De Mí. Estaba Oscuro. Luego Vino Una Red, Y El Ascenso, Y La Luz. Esas Cosas Pasan.

—¿Y no te resultaba... bueno, aburrido? —preguntó Ardite. Los carteros estaban mirando con atención.

—Aburrido —repitió Anghammarad sin entonación alguna, y se giró para mirar a la señorita Buencorazón.

—Anghammarad no tiene ni idea de a que se refiere —dijo ella—. Ninguno de ellos la tiene. Ni siquiera los más jóvenes.

—¡Pues entonces supongo que tendrás muchas ganas de volver a entregar mensajes! —dijo Húmedo, con mucha más jovialidad de la que había tenido intención de expresar.

El gólem volvió a girar la cabeza hacia la señorita Buencorazón.

—¿Ganas? —preguntó Anghammarad.

Ella suspiró.

—Otro concepto difícil, señor Húmedo. Casi tanto como «aburrido». Lo más parecido que se me ocurre es: satisfarás el imperativo de ejecutar la acción ordenada.

—Sí —dijo el gólem—. Los Mensajes Deben Ser Entregados. Lo Tengo Escrito En Mi Chem.

—Que es como se llama el pergamino que tiene en la cabeza y que le da sus instrucciones al gólem —aclaró la señorita Buencorazón—. En el caso de Anghammarad, es una tableta de arcilla. En aquella época no tenían papel.

—¿De verdad que entregaba usted mensajes de los reyes? —preguntó Ardite.

—De Muchos Reyes —respondió Anghammarad—. De Muchos Imperios. Y Muchos Dioses. Muchos Dioses. Todos Murieron. Todo Se Va. —La voz del gólem se hizo más profunda, como si estuviera citando de memoria—. Ni Los Diluvios Ni Las Tormentas De Hielo Ni El Silencio Negro de Los Avernos Inferiores Puede Apartar A Estos Mensajeros De Sus Sagradas Obligaciones. No Nos Pregunten Acerca De Tigres De Dientes de Sable, Fosos De Alquitrán, Enormes Cosas Verdes Con Dientes Ni Por La Diosa Czol.

—¿Ya tenían enormes cosas verdes con dientes en aquella época? —preguntó Tropos.

—Más Enormes. Más Verdes. Más Dientes —dijo Anghammarad con voz retumbante.

—¿Y la diosa Czol? —quiso saber Húmedo.

—No Pregunte.

Hubo un silencio meditabundo. Húmedo sabía cómo romperlo.

—¿Y ustedes van a decidir si él puede ser cartero? —dijo en voz baja.

Los carteros se juntaron brevemente en corro y por fin Ardite se volvió hacia Húmedo.

—Es cartero y medio, señor Mustachen. No lo sabíamos. Los muchachos dicen que... bueno, que será un honor, señor, un honor trabajar con él. O sea, es como... es como pura historia, señor. Es como... bueno...

—Siempre he dicho que la Orden era muy antigua, ¿verdad? —dijo Jimmy Tropos, resplandeciendo de orgullo—. ¡Ya había carteros allá en el alba de los tiempos! Cuando se enteren de que tenemos a un miembro de hace tanto tiempo, las demás sociedades secretas se van a poner verdes como... como...

—¿Como una cosa enorme con dientes? —sugirió Húmedo.

—¡Eso! Y tampoco hay problema con sus colegas, si saben obedecer órdenes —dijo Ardite con generosidad.

—Gracias, caballeros —dijo Húmedo—. Y ahora solo falta... —hizo una señal con la cabeza a Stanley, que sostuvo en alto dos cubos grandes de pintura de color azul real— su uniforme.

Por acuerdo general, se concedió a Anghammarad el rango único de antiquísimo maestro cartero. Parecía... de justicia.

\* \* \*

Media hora más tarde, todavía un poco pegajosos, y acompañados por sendos carteros humanos, los gólems se echaron a la calle. Húmedo vio que las cabezas se volvían a su paso. La luz vespertina se reflejaba en el azul real y Stanley, que los dioses lo bendijeran, también había encontrado un frasquito de pintura dorada. Francamente, los gólems resultaban impresionantes. Resplandecían.

Había que darle espectáculo a la gente. Si les dabas buen espectáculo, ya estabas a medio camino de tu objetivo.

Una voz detrás de él recitó:

—Bajó el cartero como el lobo al redil, / brillaban sus cohortes con el oro y el azur...

Durante un momento, por un instante infinitesimal, Húmedo pensó: «Me ha calado; lo sabe. No sé cómo, pero lo sabe». Entonces su cerebro recobró el control. Se giró hacia la señorita Buencorazón.

—Cuando era niño, creía que las cohortes eran piezas de armadura —dijo, dedicándole una sonrisa—. Solía imaginarme a las tropas sentadas toda la noche, sacándoles brillo.

—Qué tierno —dijo la señorita Buencorazón, encendiendo un cigarrillo—. Escuche, le traeré a los demás gólems lo antes que pueda. Tal vez haya problemas, claro, pero tendrá a la Guardia de su lado. En la Guardia tienen a un gólem libre que es muy popular entre ellos, aunque allí no importa mucho de qué estés hecho al alistarte porque el comandante Vimes ya se encarga de transformarte en policía de los pies a la cabeza. Es el cabrón más cínico que camina bajo el sol.

—¿Usted cree que es cínico? —preguntó Húmedo.

—Sí —dijo ella, soltando una bocanada de humo—. Tal como sospecha usted, es casi una opinión profesional. Pero gracias por contratar a los muchachos. No estoy segura de que entiendan el significado de «gustar», pero les gusta el trabajo. Y parece que Pistón 19 le tiene a usted cierta estima.

—Gracias.

—Personalmente pienso que tengo delante a un farsante.

—Sí, ya me lo imaginaba —dijo Húmedo.

Por los dioses, la señorita Buencorazón era un hueso duro de roer. Había conocido a otras mujeres a las que no podía engatusar, pero habían sido meras estribaciones en comparación con las cimas heladas del monte Buencorazón. Era pura fachada. Tenía que serlo. Era un juego. Tenía que serlo.

Sacó su fajo de diseños de sellos.

—¿Qué le parece esto, señorita B...? Oiga, ¿cómo la llaman sus amigos, señorita Buencorazón?

Y Húmedo dijo para sus adentros «No lo sé», al mismo tiempo que la mujer decía:

—No lo sé. ¿Qué es eso? ¿Lleva usted sus bocetos artísticos encima para ahorrar tiempo enseñándoselos a las chicas?

Así pues, en efecto era un juego, y él estaba invitado a jugar.

—Los van a grabar en cobre, espero —dijo en tono dócil—. Son mis diseños para los nuevos sellos postales.

Le explicó su idea para los sellos mientras ella contemplaba las hojas.

—El de Vetinari es bueno —dijo ella—. Dicen que se tiñe el pelo, ¿sabe? ¿Y este qué es? Ah, la Torre del Arte... qué típico de hombres. Un dólar, ¿eh? Hum. Sí, son bastante buenos. ¿Cuándo va a empezar a usarlos?

—La verdad es que tenía pensado escaparme a Ingente y Bobinas ahora que los muchachos han salido y discutir con ellos sobre los grabados —dijo Húmedo.

—Bien. Son una empresa como es debido —asintió ella—. Compuerta 23 les acciona la maquinaria. Ellos lo mantienen limpio y no le pegan carteles. Yo paso todas las semanas para echar un vistazo a todos los gólems que están contratados. Los libres insisten mucho en eso.

—¿Para asegurarse de que no los tratan mal? —preguntó Húmedo.

—Para asegurarnos de que no se olvidan de ellos. Se asombraría si supiera cuántos negocios de esta ciudad tienen a un gólem trabajando en sus instalaciones. El Gran Tronco no, sin embargo —añadió—. Allí no pienso permitir que trabajen.

Aquel comentario tenía cierto matiz incisivo.

—Esto... ¿por qué no? —dijo Húmedo.

—Hay mierda en la que ni siquiera un gólem tendría que trabajar —dijo la señorita Buencorazón con el mismo tono acerado—. Son criaturas morales.

Muy bien, pensó Húmedo, parece que ahí hay un tema espinoso, ¿eh?

Su boca dijo:

—¿Le gustaría cenar esta noche?

Por una mínima fracción de segundo, la señorita Buencorazón se quedó sorprendida, aunque ni la mitad de sorprendida que Húmedo. Luego su cinismo natural volvió a inflarse.

—Me gusta cenar todas las noches. ¿Con usted? No. Estoy ocupada. Gracias por el ofrecimiento.

—No hay problema —dijo Húmedo, ligeramente aliviado.

La mujer echó un vistazo al vestíbulo lleno de ecos.

—¿Este sitio no le pone los pelos de punta? Tal vez se podría hacer algo con papel de pared floreado y una bomba incendiaria.

—Lo vamos a acondicionar bien —se apresuró a decir Húmedo—. Pero es mejor ponernos en movimiento lo antes posible. Para que la gente vea que estamos trabajando.

Se quedaron mirando a Stanley y a Ardite, que estaban al borde de un montón clasificando el correo pacientemente, como prospectores al pie de la montaña postal. Se veían diminutos al lado de las blancas colinas.

—Van a tardar una eternidad en repartirlas, ¿es consciente? —dijo la señorita Buencorazón, dando media vuelta para marcharse.

—Sí, lo sé —dijo Húmedo.

—Pero es la ventaja que tienen los gólems —añadió la señorita Buencorazón, de pie en la puerta. La luz le cayó sobre la cara en un ángulo raro—. No les da miedo la «eternidad». No les da miedo nada.

## 

## CAPÍTULO VII

### Tumba de palabras

La invención del Agujero — El señor Mustachen hace Declaraciones — El Mago en el Frasco — Discusión sobre la parte de atrás de Vetinari — Compromiso de Reparto — El señor Hobson y su Boris

El señor Bobinas, en su vetusto despacho que olía a aceite y a tinta, estaba impresionado por aquel extraño joven del traje dorado y la gorra penígera.

—Está claro que entiende usted de papel, señor Mustachen —dijo, mientras Húmedo hojeaba las muestras—. Es un placer conocer a un cliente tan entendido. Hay que usar siempre el papel adecuado, ese es mi lema.

—Lo importante es hacer sellos que cueste falsificar —dijo Húmedo, revisando las muestras—. ¡Aunque claro, producir un sello de un penique tampoco tiene que acabar costando un penique!

—Las marcas de agua son lo que le va a ir mejor, señor Mustachen —dijo el señor Bobinas.

—Se pueden falsificar, por otra parte —dijo Húmedo, y enseguida añadió—: Eso me han dicho.

—¡Oh, nos conocemos todos los trucos, señor Mustachen, no se preocupe por eso! —dijo el señor Bobinas—. ¡Estamos completamente al día, ya lo creo! Vacíos químicos, sombras táumicas, tintas de tiempo, todo. Nosotros fabricamos el papel y hacemos los grabados y hasta las impresiones para algunas de las figuras punteras de la ciudad, aunque por supuesto no estoy autorizado a decirle de quienes se trata.

Se reclino hacia atrás en su butaca de cuero gastada y garabateo un momento en un cuaderno.

—A ver, podríamos producirle veinte mil sellos de un penique, en papel sin estucar, engomado, a dos dólares el millar más gastos de montaje —dijo el señor Bobinas—. Diez peniques menos si no engomamos. Tendrá que encontrar a alguien que se los troquele, claro.

—¿No puede hacerlo usted con alguna clase de máquina? —preguntó Húmedo.

—No. No funcionaría con cosas tan pequeñas. Lo siento, señor Mustachen.

Húmedo se sacó un papel marrón del bolsillo y lo sostuvo en alto.

—¿Reconoce esto, señor Bobinas?

—¿Qué es, una lámina para alfileres? —El señor Bobinas sonrió—. ¡Ja, qué recuerdos! Todavía tengo mi vieja colección en el desván. Siempre he pensado que debe de valer un pellizco, aunque solo sea...

—Mire esto, señor Bobinas —dijo Húmedo, cogiendo el papel con cuidado. Stanley hacía gala de una precisión casi alarmante cuando colocaba sus alfileres; un hombre provisto de un micrómetro no lo habría hecho mejor.

El papel se rasgó suavemente siguiendo la hilera de agujeros. Húmedo miró al señor Bobinas y enarcó las cejas.

—Todo es cosa de agujeros —dijo—. Si no tienes agujero, entonces no tienes nada...

Pasaron tres horas. Se hizo venir a varios capataces. Unos hombres severos con monos de trabajo hicieron girar cosas en tornos, mientras otros se dedicaban a soldar cosas, a probarlas, a cambiar esto y escariar lo otro, y por fin desmantelaron una pequeña prensa manual y la montaron de manera distinta. Húmedo se dedicó a pulular por la periferia de todo aquello, claramente aburrido, mientras aquellos hombres severos hacían apaños, medían cosas, reconstruían otras cosas, trasteaban, bajaban cosas, subían cosas y por fin, bajo las miradas de Húmedo y del señor Bobinas, probaban oficialmente la prensa convertida...

Chonc...

A Húmedo le dio la impresión de que todo el mundo contenía la respiración con tanto ahínco que las ventanas se estaban combando hacia dentro. Extendió el brazo, recogió la lámina de cuadraditos perforados del tablero y la sostuvo en alto.

Rasgó un sello de la lámina.

Las ventanas rebotaron hacia fuera. La gente volvió a respirar. No hubo vítores. Aquellos hombres no eran de los que vitoreaban ni aplaudían ante un trabajo bien hecho. Lo que hicieron fue encender sus pipas y mirarse asintiendo con la cabeza.

El señor Bobinas y Húmedo von Mustachen se estrecharon la mano por encima del papel perforado.

—La patente es suya, señor Bobinas —dijo Húmedo.

—Es usted muy amable, señor Mustachen. Pero que muy amable. Ah, aquí tiene un pequeño recuerdo...

Acababa de llegar corriendo un aprendiz con una lámina de papel. Para asombro de Húmedo, ya estaba cubierta de sellos: sin engomar y sin perforar, pero eran copias perfectas en miniatura del dibujo que él había hecho para el sello de un penique.

—¡Grabado iconodiabólico, señor Mustachen! —dijo Bobinas, al verle la cara—. ¡Nadie puede decir que estemos atrasados! Por supuesto, habrá algún que otro defectillo por ser la primera vez, pero para principios de la semana que viene ya...

—Quiero los de un penique y los de dos para mañana, señor Bobinas, por favor —dijo Húmedo con firmeza—. No los necesito perfectos, los quiero deprisa.

—¡Caramba, va usted que echa humo, señor Mustachen!

—Hay que moverse siempre deprisa, señor Bobinas. ¡Nunca se sabe quién te anda pisando los talones!

—¡Ja! ¡Sí! Esto... buen lema, señor Mustachen. Muy bueno —dijo el señor Bobinas, con una sonrisa de incertidumbre.

—Y quiero los de cinco peniques y los de dólar pasado mañana, por favor.

—¡Se va a quemar las botas, señor Mustachen! —exclamó Bobinas.

—¡Hay que moverse, señor Bobinas, hay que volar!

Húmedo regresó a la Oficina de Correos tan deprisa como se lo permitía la decencia, sintiéndose un poco avergonzado.

Le caían bien Ingente y Bobinas. Le gustaban aquellos negocios donde podías hablar con la persona cuyo nombre figuraba sobre la puerta: significaba que probablemente no lo dirigiera un maleante. Y le caían bien aquellos trabajadores corpulentos, sólidos e imperturbables, en quienes reconocía todas las cualidades que sabía que le faltaban a él, como la tenacidad, la solidaridad y la honradez. No se podía mentir a un torno ni engañar a un martillo. Eran buena gente, y muy diferentes de él...

Una de las cosas en que aquellos hombres eran muy diferentes de él era que probablemente ninguno de ellos, ahora mismo, llevaba metidos en la chaqueta varios fajos robados de papel.

No tendría que haberlo hecho, de verdad que no. Era solo que el señor Bobinas era un hombre amable y entusiasta y que el escritorio había estado cubierto de ejemplos de su maravilloso trabajo, y mientras los trabajadores se dedicaban a armar la prensa de perforación, todo el mundo había estado yendo de un lado para otro y nadie había prestado mucha atención a Húmedo, de manera que había... ordenado un poco aquello. No podía evitarlo. Era un maleante. ¿Qué esperaba Vetinari?

Los carteros ya estaban regresando cuando él entró en el edificio. El señor Ardite lo esperaba con una sonrisa preocupada en la cara.

—¿Cómo va todo, inspector de correos? —dijo Húmedo en tono risueño.

—Bastante bien, señor, bastante bien. Hay buenas noticias, señor. La gente nos ha estado dando cartas para repartir, señor. Todavía no son muchas y algunas son un poco, ejem, como de broma, pero hemos sacado un penique por cada una. Eso hace siete peniques, señor —añadió con orgullo, ofreciéndole las monedas.

—¡Caray, pero si esta noche cenamos! —dijo Húmedo, cogiendo las monedas y metiéndose las cartas en el bolsillo.

—¿Cómo dice, señor?

—Oh, nada, señor Ardite. Buen trabajo. Ejem... ha dicho usted que había buenas noticias. ¿Tal vez hay alguna de las otras?

—Hum... ha habido gente a la que no le ha gustado recibir su correo, señor.

—¿Se han entregado cosas en las puertas que no eran? —preguntó Húmedo.

—Oh, no, señor. Pero las viejas cartas no siempre son bienvenidas. No cuando son, por ejemplo, una última voluntad. Voluntad, como en «Ultima Voluntad y Testamento», señor-aclaró el anciano—. Como cuando, por ejemplo, resulta que fue la hija que no tocaba quien se quedó las joyas de la madre hace veinte años. Por ejemplo.

—Oh cielos —dijo Húmedo.

—Hemos tenido que llamar a la Guardia, señor. Se ha producido lo que la prensa llama una «trifulca» en la calle Tejedor. Hay una mujer esperándolo en su despacho, señor.

—Cielos, no será una de las hijas, ¿verdad?

—No, señor. Es una redactora del Times. No se puede confiar en ellos, señor, aunque publican un crucigrama muy razonable —añadió Ardite en tono cómplice.

—¿Y por qué quiere hablar conmigo?

—Pues no lo sé, señor. ¿Tal vez porque es usted el director de correos?

—Vaya a... prepararle un té o algo parecido, ¿quiere? —dijo Húmedo, tanteándose la chaqueta—. Voy a... arreglarme un poco...

Dos minutos más tarde, una vez puesto a buen recaudo el papel robado, Húmedo entró en su despacho.

El señor Pistón estaba plantado junto a la puerta, con los ojos ardientes reducidos a brasas, en la postura de un gólem que no tiene más tarea pendiente que existir, y en la silla contigua al escritorio de Húmedo había una mujer sentada.

Húmedo la evaluó. Atractiva, ciertamente, pero vestida en apariencia para restar importancia al hecho al mismo tiempo que lo subrayaba ingeniosamente. Por alguna razón inexplicable, los polisones volvían a estar de moda en la ciudad, pero la única concesión de aquella mujer a dicha moda era un cojín postizo, que conseguía cierto efecto respingón por detrás sin la necesidad de llevar puestos quince kilos de ropa interior peligrosamente cargada de alambres y ballenas. Era rubia pero llevaba el pelo recogido con una redecilla, otro toque cuidadoso, y también un sombrero pequeñito y discretamente sofisticado sobre la coronilla, sin ningún propósito particular. Tenía un gran bolso junto a su silla y un cuaderno en el regazo, y llevaba alianza.

—¿Señor Mustachen? —dijo ella en tono alegre—. Soy la señorita Cripslock. Del Times.

Muy bien, alianza y sin embargo «señorita», pensó Húmedo. Manejar con cuidado. Probablemente tiene opiniones. No intentar besarle la mano.

—¿Y en qué puedo ayudar al Times? —preguntó, sentándose y dedicándole una sonrisa no condescendiente.

—¿Tiene usted intención de repartir todo el correo atrasado, señor Mustachen?

—Si me es posible, sí —respondió Húmedo.

—¿Por qué?

—Es mi trabajo. Nieve, lluvia, tenebrosa noche, tal como dice encima de la puerta.

—¿Se ha enterado usted del disturbio de la calle Tejedor?

—Yo he oído que ha sido una trifulca.

—Me temo que la cosa ha empeorado. Cuando me he marchado, había una casa en llamas. ¿No le preocupa eso? —El lápiz de la señorita Cripslock acababa de quedar suspendido sobre el cuaderno.

Húmedo mantuvo la cara inexpresiva mientras pensaba furiosamente.

—Sí, por supuesto que sí —dijo—. La gente no debería pegar fuego a las casas. Pero también sé que el señor Parker del Gremio de Mercaderes va a casarse el sábado con su amor de juventud. ¿Sabía eso usted?

La señorita Cripslock no lo sabía, pero ahora se dedicó a tomar notas con diligencia mientras Húmedo le hablaba de la carta del verdulero.

—Muy interesante —dijo ella—. Voy a ir a verlo ahora mismo. Entonces, ¿dice usted que repartir el correo antiguo es bueno?

—Repartir el correo es lo único... —empezó a decir Húmedo, pero volvió a titubear. Acababa de entreoír un levísimo susurro.

—¿Hay algún problema? —preguntó la señorita Cripslock.

—¿Cómo? ¡No! ¿Qué estaba yo...? Que sí, que es lo correcto. No debemos negar la historia, señorita Cripslock. ¡Y somos una especie que se comunica, señorita Cripslock! —Húmedo levantó la voz para imponerse sobre los susurros—. ¡El correo tiene que llegar a su destino! ¡Hay que repartirlo!

—Ejem... no hace falta que grite, señor Mustachen —dijo la reportera, echándose hacia atrás.

Húmedo intentó recobrar la compostura y los susurros se apagaron un poco.

—Lo siento —dijo, y carraspeó—. Sí, tengo intención de repartir todo el correo. Si la gente se ha mudado, intentaremos encontrarlos. Si ha muerto, intentaremos entregar las cartas a sus descendientes. El correo se va a repartir. Se nos ha encomendado la tarea de entregarlo y eso es lo que vamos a hacer. ¿Qué otra opción tenemos? ¿Quemarlo? ¿Tirarlo al río? ¿Abrirlo para decidir si es importante? No, las cartas han sido confiadas a nuestro cuidado. No se puede hacer más que repartirlas.

Los susurros ya casi se habían apagado, de manera que continuó:

—Además, nos hace falta espacio. ¡La Oficina de Correos está renaciendo! —Sacó la lámina de sellos—. ¡Gracias a esto!

Ella se los quedó mirando, desconcertada.

—¿Dibujitos de lord Vetinari? —preguntó.

—Sellos postales, señorita Cripslock. Uno de estos pegado a una carta garantiza su entrega en cualquier punto de la ciudad. Estas son láminas de prueba, pero mañana las venderemos engomadas y perforadas para facilitar su uso. Tengo intención de hacer que sea fácil usar el correo. Es obvio que todavía estamos dando los primeros pasos, pero mi intención es que pronto podamos entregar cartas a cualquier persona en cualquier parte del mundo.

Había sido una tontería decir aquello, pero su lengua se había adueñado de la situación.

—¿No está siendo usted bastante ambicioso, señor Mustachen? —dijo ella.

—Lo siento, no conozco otra forma de ser —respondió Húmedo.

—Se me ocurre que ahora tenemos los clacs.

—¿Los clacs? —replicó Húmedo—. Yo le diría que los clacs son maravillosos si se quiere conocer los valores del mercado de gambas de Genua. Pero ¿acaso puede usted escribir S.C.U.B.A. en un clac? ¿Puede sellarla con un beso amoroso? ¿Puede derramar lágrimas sobre un clac, puede olerlo, puede incluirle una flor prensada? Una carta es más que un simple mensaje. En todo caso, los clacs son tan caros que el hombre medio de la calle solo puede permitírselos en momentos críticos: ABUELO MUERTO FUNERAL MARTES. ¿El salario de un día de trabajo para mandar un mensaje que es tan cálido y humano como lanzar un cuchillo? Las cartas, en cambio, son reales.

Se detuvo. La señorita Cripslock estaba tomando notas frenéticamente, y siempre resulta preocupante ver que un periodista se toma un interés repentino en lo que estás diciendo, sobre todo cuando tienes la sospecha parcial de que tus palabras son un montón de guano de paloma. Y aún es peor si sonríe al apuntarlas.

—La gente se queja de que los clacs se están volviendo caros, lentos y poco fiables —dijo la señorita Cripslock—. ¿A usted qué le parece?

—Lo único que puedo decirle es que hoy hemos contratado a un cartero que tiene dieciocho mil años de edad —dijo Húmedo—. Él no se viene abajo con facilidad.

—Ah, sí. Los gólems. Hay quien dice...

—¿Cuál es su nombre de pila, señorita Cripslock? —preguntó Húmedo.

Por un momento, la mujer se ruborizó. Luego dijo:

—Sacharissa.

—Gracias. Yo me llamo Húmedo. Por favor, no se ría. Los gólems... Se está riendo, ¿verdad?

—Solo era tos, en serio —dijo la reportera, llevándose una mano a la garganta y tosiendo de forma poco convincente.

—Lo siento. Sonaba un poco a risa. Sacharissa, yo necesito carteros, empleados de atención al público, clasificadores... necesito a mucha gente. El correo va a moverse. Necesito a gente que me ayude a moverlo. Cualquier clase de gente. Ah, gracias, Stanley.

El chico acababa de entrar con dos tazones de té desparejados. Uno de ellos tenía dibujado un gatito muy mono, solo que las colisiones erráticas en la pila de fregar le habían dejado la expresión de una criatura en la fase final de la rabia. El otro tazón había transmitido antaño el hilarante mensaje de que la demencia clínica no era necesaria para ser empleado, pero casi todas las palabras se habían borrado, dejando lo siguiente:

NO HACEFALTA ESTAR LOCO

PARA TRABAJARAQUÍ, PERO AYUDA

Stanley dejó los tazones con cautela sobre el escritorio de Húmedo. Lo hacía todo con cautela.

—Gracias —repitió Húmedo—. Ejem... ya puedes marcharte, Stanley. Ve a echar una mano clasificando, ¿eh?

—Hay un vampiro en el vestíbulo, señor Mustachen —dijo Stanley.

—Debe de ser Otto —se apresuró a decir Sacharissa—. No tendrá ningún... problema con los vampiros, ¿verdad?

—¡Eh, si tiene un par de manos y sabe caminar le doy trabajo!

—Ya tiene trabajo —dijo Sacharissa, riendo—. Es nuestro jefe de iconografistas. Ha estado sacando imágenes de sus hombres mientras trabajan. Nos encantaría tener una de usted. Para la portada.

—¿Qué? ¡No! —saltó Húmedo—. ¡Por favor! ¡No!

—Es muy buen iconografista.

—Sí, pero... pero... pero... —empezó a decir Húmedo, y en su cabeza la frase continuó: «pero no creo que el talento para parecerme a la mitad de los hombres que se ven por la calle sobreviviera a un retrato».

Lo que dijo en cambio fue:

—¡No quiero que se me destaque entre todos los hombres y gólems tan trabajadores que están volviendo a levantar la Oficina de Correos! Al fin y al cabo, en un equipo no existe el «yo», ¿verdad?

—En realidad, sí —dijo Sacharissa—. Además, es usted quien lleva la gorra penígera y el traje dorado. ¡Venga ya, señor Mustachen!

—Muy bien, muy bien, la verdad es que no quería sacar el tema, pero me lo prohíbe mi religión —dijo Húmedo, que había tenido tiempo de pensar—. Nuestra fe nos prohíbe que nadie tome ninguna imagen de nosotros. Las imágenes se te llevan una parte del alma, ya sabe.

—¿Y usted se cree eso? —preguntó Sacharissa—. ¿En serio?

—Ejem, no. No. Claro que no. No exactamente. Pero... no se puede tratar la religión como si fuera una especie de bufet libre, ¿verdad? O sea, no se puede decir: «Sí, por favor, póngame un poco de Paraíso Celestial y una ración de Plan Divino, pero no se pase con las postraciones y no me ponga Prohibición de Imágenes, que me provoca gases». Es el menú del día o nada, de otra manera... bueno, sería una tontería.

La señorita Cripslock lo miró con la cabeza inclinada a un lado.

—Trabaja usted para su señoría, ¿verdad? —preguntó.

—Bueno, claro. Es un puesto oficial.

—Y supongo que me va a decir que su trabajo anterior era de administrativo, nada especial.

—Eso mismo.

—Aunque probablemente sea cierto que se llama Húmedo von Mustachen, porque me cuesta creer que nadie eligiera ese nombre como seudónimo —continuó ella.

—¡Vaya, muchas gracias!

—Lo que a mí me parece es que está usted lanzando un desafío, señor Mustachen. Últimamente los clacs están dando toda clase de problemas. Hay un escándalo tremendo con tantos despidos y con el hecho de que a la gente que queda los están matando a trabajar, y de pronto, plaf, aparece usted lleno de ideas.

—Yo voy en serio, Sacharissa. ¡Mire, la gente ya nos está dando cartas nuevas para repartir!

Las sacó del bolsillo y las desplegó.

—Mire, aquí hay una que va a Hermanas Dolly, otra para la Colina de la Siesta, otra para... Ío el Ciego.

—Es un dios —dijo la mujer—. Eso podría ser un problema.

—No —dijo Húmedo con brío, guardándose otra vez las cartas en el bolsillo—. Repartiremos cartas a los mismos dioses, Ío tiene tres templos en la ciudad. Será fácil. —«Y además te has olvidado del tema de los retratos, hurra...»

—Veo que es un hombre con recursos. Dígame, señor Mustachen, ¿sabe algo de la historia de este sitio?

—No demasiado. ¡Le aseguro que me gustaría averiguar adónde se fueron las lámparas de araña!

—¿No ha hablado con el profesor Pelc?

—¿Ese quién es?

—Me asombra usted. Trabaja en la universidad. Escribió un capítulo entero sobre este lugar en su libro sobre... oh, algo relacionado con que los grandes volúmenes de escritura piensan por sí solos. Supongo que sí estará al corriente de la gente que murió, ¿verdad?

—Oh, sí.

—Él decía que este sitio los enloqueció de alguna manera. Bueno, en realidad lo dijimos nosotros. Lo que él decía era mucho más complicado. Tengo que reconocerle a usted el mérito de aceptar un trabajo que ha matado a cuatro de sus predecesores, señor Mustachen. Hay que ser un tipo de hombre especial para hacer eso.

Sí, pensó Húmedo. Uno ignorante.

—¿Usted no ha visto nada extraño?

Bueno, creo que mi cuerpo viajó en el tiempo pero las plantas de mis pies no, solo que no estoy seguro de cuánto de aquello fue una alucinación; casi me mató un corrimiento de cartas y el correo no para de hablar conmigo, fueron las palabras que Húmedo no pronunció, porque era la clase de cosas que uno no le contaba a un cuaderno abierto. Lo que dijo fue:

—Oh, no. Es un edificio antiguo y encantador, y tengo toda la intención de devolverle su gloria de antaño.

—Bien. ¿Qué edad tiene usted, señor Mustachen?

—Veintiséis años. ¿Es importante?

—Nos gusta ser concienzudos. —La señorita Cripslock le dedicó una dulce sonrisa—. Además, resulta útil si tenemos que escribir su necrológica.

\* \* \*

Húmedo recorrió el pasillo a zancadas, seguido por los pasos furtivos de Ardite.

Se sacó las cartas nuevas del bolsillo y se las puso a Ardite en las manos artríticas.

—Mande a repartir estas. Todo lo que sea para un dios o una diosa va a su templo. Todas las demás que sean raras me las pone encima de la mesa.

—Acabamos de recoger otras quince hace un momento, señor. ¡A la gente le hace gracia!

—¿Tiene el dinero?

—Oh, sí, señor.

—Pues entonces somos nosotros los que se ríen —dijo Húmedo en tono firme—. No tardaré mucho. Me voy a ver al mago.

\* \* \*

Según dictaban la ley y la tradición, la gran Biblioteca de la Universidad Invisible estaba abierta al público, aunque no se permitía llegar a las estanterías mágicas. La gente no se daba cuenta, sin embargo, porque dentro de la Biblioteca las normas del tiempo y del espacio estaban retorcidas, de manera que no costaba nada esconder cientos de kilómetros de estantería en un espacio del grosor aproximado de una capa de pintura.

Pese a todo, la gente entraba en masa, en busca de respuestas a esas preguntas que se consideraba que solo los bibliotecarios podían responder, como por ejemplo: «¿Esto es la lavandería?», «¿Cómo se escribe "subrepticio"?» y, cada dos por tres, «¿Tiene un libro que recuerdo que leí una vez? Con la cubierta roja y al final resultaba que eran gemelos».

Y la Biblioteca lo tenía... en alguna parte. En alguna parte tenía todos los libros que se habían escrito, todos los que se escribirían en el futuro y, lo más notable, todos los que era posible escribir. Estos, sin embargo, no se encontraban en los estantes abiertos al público, por si acaso su manipulación inexperta causaba el colapso de todo lo que es posible imaginar.

Húmedo[[5]](#footnote-5), igual que todos los que entraban en la Biblioteca, se quedó mirando la cúpula. Lo hacía todo el mundo. La gente siempre se preguntaba por qué una biblioteca cuyo tamaño era teóricamente infinito estaba cubierta por una cúpula que apenas medía treinta metros de ancho, y se les dejaba que siguieran preguntándoselo.

Justo debajo de la cúpula, mirando hacia abajo desde sus nichos, estaban las estatuas de las Virtudes: la Paciencia, la Castidad, el Silencio, la Caridad, la Esperanza, el Tubso, la Bisonomía y la Fort[[6]](#footnote-6)aleza.

Húmedo no pudo resistir la tentación de quitarse el sombrero e inclinar la cabeza ante la Esperanza, a quien tanto debía. Luego, mientras se preguntaba por qué la estatua de la Bisonomía llevaba una tetera y algo que parecía un puñado de nabos, colisionó con alguien que lo agarró del brazo y lo arrastró apresuradamente al otro lado de la sala.

—No diga nada, no diga nada, pero está usted buscando un libro, ¿verdad?

—Bueno, en realidad... —Parecía encontrarse en las garras de un mago.

—¡... no está seguro de qué libro! —dijo el mago—. Exacto. Y el trabajo de un bibliotecario es encontrar el libro adecuado para cada persona. Si hace el favor de sentarse aquí, podremos proceder. Gracias. Por favor, perdone las correas. No tardaré mucho. Prácticamente no duele.

—¿Prácticamente?

Húmedo fue empujado con firmeza sobre una butaca giratoria grande y complicada. El tipo que lo había capturado, o que lo estaba ayudando, o lo que fuera que estaba haciendo, le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Otras figuras sumidas en las sombras le ayudaron a sujetar a Húmedo con correas a la butaca, que aunque era un simple asiento viejo con forma de herradura y hecho de cuero, se encontraba rodeado de... cosas. Algunas de ellas eran claramente mágicas, de la variedad de estrellas y calaveras, lo que ya no estaba tan claro eran el frasco de pepinillos, las pinzas y el ratón vivo metido en una jaula hecha de...

El pánico hizo presa en Húmedo y, no por coincidencia, también lo hicieron un par de paletas acolchadas que se cerraron sobre sus orejas. Un momento antes de que todos los sonidos se apagaran, oyó:

—Puede que experimente cierto sabor a huevos y la sensación de que le aticen en la cara con alguna clase de pescado. Es algo perfectamente...

Y entonces tuvo lugar el vhabeo. Se trataba de un término mágico tradicional, aunque esto Húmedo no lo sabía. Hubo un momento en el que todo, hasta las cosas que no se podían estirar, dio la sensación de estirarse. Le siguió otro momento en que de pronto todo regresó a su estado de no estiramiento, conocido como el instante de vhabeo.

Cuando Húmedo volvió a abrir los ojos, la butaca estaba orientada en dirección contraria. No había ni rastro de los pepinillos, de las pinzas ni del ratón, pero en su sitio había un cubo lleno de pastelitos de langosta de relojería y una caja de ojos de cristal de broma.

Húmedo tragó saliva y murmuró:

—Abadejo.

—¿En serio? La mayoría de la gente dice «bacalao» —comentó alguien—. Sobre gustos no hay nada escrito, supongo.

Unas manos soltaron las correas de Húmedo y lo ayudaron a ponerse de pie. Las manos pertenecían a un orangután, pero Húmedo no hizo comentarios. Al fin y al cabo, aquella era una universidad de magos.

Ahora el hombre que lo había empujado a la butaca estaba de pie junto a un escritorio, mirando un artefacto del tipo que solían usar los magos.

—Ya está al caer —dijo—. Al caer. Al caer. A puntito de...

Un haz de algo que parecían mangueras conectaba el escritorio con la pared. Húmedo estuvo seguro de que se abultaban por un momento, igual que una serpiente comiendo a toda prisa; la máquina traqueteó y de una ranura cayó un papel.

—Ah... aquí está —dijo el mago, recogiéndolo—. Sí, el libro que andaba buscando usted era Historia de los sombreros, de F. G. Dedopequeño, ¿verdad que sí?

—No, es que no estoy buscando ningún libro... —empezó a decir Húmedo.

—¿Está seguro? Mire que tenemos muchos.

Aquel mago presentaba dos rasgos asombrosos. Uno era... Bueno, el abuelo Mustachen siempre había dicho que se podía calcular la honradez de un hombre por el tamaño de sus orejas, y por lo visto aquel era un mago muy honrado. El otro era que la barba que llevaba era claramente falsa.

—Estaba buscando a un mago llamado Pelc —se aventuró a decir Húmedo.

La barba se abrió parcialmente para dejar al descubierto una ancha sonrisa.

—¡Ya sabía yo que la máquina funcionaría! —exclamó el mago—. Resulta que me está buscando a mí.

\* \* \*

El letrero que había fuera de la puerta del despacho decía: Ladislav Pelc, Dr. M. y Fil., Profesor Préumo de Bibliomancia Mórbida.

En el interior de la puerta había un gancho donde el mago colgó su barba.

Se trataba del estudio de un mago, así que por supuesto contenía una calavera con una vela encima y un cocodrilo disecado colgado del techo. Nadie sabía por qué era así, y los que menos los magos, pero había que tener todo aquello.

También se trataba de una habitación repleta de libros y hecha de libros. No había muebles en sí, es decir, el escritorio y las sillas estaban construidos a base de libros. Parecía que muchos de ellos se consultaban con frecuencia, porque estaban abiertos y tenían otros libros haciendo de puntos de lectura.

—Supongo que está buscando información sobre su Oficina de Correos —dijo Pelc, mientras Húmedo se acomodaba en una butaca cuidadosamente compuesta de los volúmenes 1 a 41 de Sinónimos de la palabra «Alpargata».

—Sí, por favor —respondió Húmedo.

—¿Voces? ¿Fenómenos extraños?

—¡Sí!

—¿Cómo podría explicárselo...? —murmuró Pelc—. Las palabras tienen poder, ¿entiende? Es parte de la naturaleza de nuestro universo. Nuestra misma Biblioteca distorsiona el tiempo y el espacio a una escala bastante grandiosa. En fin, cuando la Oficina de Correos empezó a acumular cartas, lo que estaba haciendo era almacenar palabras. De hecho, lo que se estaba creando era lo que llamamos una gevaisa, una tumba de palabras vivas. ¿Tiene inclinaciones literarias, señor Mustachen?

—No demasiadas. —Para Húmedo, los libros eran un libro cerrado.

—¿Quemaría usted un libro? —dijo Pelc—. Un libro viejo, digamos, ajado, casi sin lomo, que encontrara en una caja de basura...

—Bueno... probablemente no —admitió Húmedo.

—¿Por qué no? ¿Acaso la idea lo incomodaría?

—Sí, supongo que sí. Los libros son... bueno, es algo que no se hace y punto. Esto... ¿por qué lleva usted una barba postiza? Yo creía que los magos tenían barbas de verdad.

—No es obligatorio, ya sabe, pero cuando salimos el público espera barbas —dijo Pelc—. Es como llevar estrellas en la túnica. Además, dan demasiado calor en verano. ¿Dónde estaba yo? Ah, sí, las gevaisas. Todas las palabras tienen algún poder. Lo notamos instintivamente. Algunas, como los conjuros mágicos y los nombres verdaderos de los dioses, son muy poderosas. Hay que tratarlas con respeto. En Klatch hay una montaña que tiene muchas cavernas, y en esas cavernas hay sepultados más de cien mil libros antiguos, sobre todo religiosos, todos envueltos en sudarios de tela blanca. Se trata tal vez de un enfoque un poco extremo, pero la gente inteligente siempre ha sabido que hay por lo menos ciertas palabras que se deben desechar con cuidado y respeto.

—Y no meterlas en sacas en el desván y ya está —dijo Húmedo—. Un momento... un gólem llamó a la Oficina de Correos «tumba de palabras no escuchadas».

—No me sorprende nada —dijo el profesor Pelc con tranquilidad—. Las antiguas gevaisas y bibliotecas solían emplear a gólems, porque las únicas palabras que tienen poder para influir en ellos son las que tienen dentro de la cabeza. Las palabras son importantes. Y cuando se alcanza una masa crítica de ellas, cambian la naturaleza del universo. ¿Ha tenido usted algo que parecieran alucinaciones?

—¡Sí! ¡Viajé atrás en el tiempo! ¡Pero a la vez me quedé en el presente!

—Ah, sí. Eso es bastante común —dijo el mago—. Una cantidad suficiente de palabras apelotonadas pueden afectar al tiempo y el espacio.

—¡Y me hablaron!

—Ya informé a la Guardia de que las cartas querían ser repartidas —dijo el profesor Pelc—. Hasta que no se lee una carta, no está completa. Intentará lo que sea para que la lleven a su destino. Pero no piensan, tal como entendemos ese concepto, y no son listas. Simplemente establecen contacto con cualquier mente que se les ponga cerca. Veo que ya ha sido usted convertido en un avatar.

—¡Yo no puedo volar!

—Avatar: la viva imagen de un dios —dijo el profesor con paciencia—. La gorra con alas. El traje dorado...

—No, esto es accidental...

—¿Está seguro?

La sala quedó en silencio.

—Hum... Lo estaba hasta ahora mismo —dijo Húmedo.

—No están intentando hacer daño a nadie, señor Mustachen —dijo Pelc—. Solo quieren llegar a su destino.

—Nunca podremos repartirlas todas —dijo Húmedo—. Tardaríamos años.

—Estoy seguro de que el mero hecho de que reparta algunas ya ayudará —dijo el profesor Pelc, sonriendo como un médico que tranquiliza a un paciente diciéndole que su enfermedad solo es fatal en un 87 por ciento de los casos—. ¿Puedo ayudarle con algo más?

Se puso de pie, para indicar que el tiempo de los magos es valioso.

—Bueno, me gustaría bastante saber adonde fueron a parar las lámparas de araña —dijo Húmedo—. Estaría bien recuperarlas. Se podría considerar un gesto simbólico.

—Con eso no lo puedo ayudar, pero el profesor Goitre sí. Él es el Profesor Póstumo de Bibliomancia Mórbida. Podríamos pasar a verlo de camino a la salida, si quiere. Está en la Despensa de los Magos.

—¿Por qué «póstumo»? —preguntó Húmedo mientras salían al pasillo.

—Porque está muerto —dijo Pelc.

—Ah... yo confiaba en que fuera algo un poco más metafórico —dijo Húmedo.

—No se preocupe, fue él quien decidió cogerse la muerte anticipada. Era un paquete muy bueno.

—Ah —dijo Húmedo.

Lo importante en situaciones como aquella era encontrar el momento adecuado para echar a correr, pero habían llegado hasta allí por un laberinto de pasadizos oscuros, y aquel no era un lugar donde conviniera perderse. Algo te podía encontrar.

Se detuvieron frente a una puerta, del otro lado de la cual venía un sonido amortiguado de voces y algún que otro tintineo de vasos. El ruido se detuvo en cuanto el profesor abrió la puerta, y de pronto no estaba nada claro de dónde había venido. Se trataba, en efecto, de una despensa, vacía de gente, con las paredes cubiertas de estantes y los estantes repletos de frasquitos. Y en cada frasquito había un mago.

Aquel era el momento adecuado para echar a correr, pensó el cerebro posterior de Húmedo mientras Pelc cogía un frasco, desenroscaba la tapa y metía la mano en el interior para agarrar al mago diminuto.

—Ah, esto no es él —dijo el profesor en tono tranquilizador, al ver la expresión de Húmedo—. La gobernanta mete estos muñequitos de punto en forma de magos para recordar al personal de la cocina que no hay que usar estos frascos para nada más. Hubo un incidente con la mantequilla de cacahuete, tengo entendido. Solo tengo que sacarlo del frasco para oír mejor.

—Así pues... ejem, ¿dónde está en realidad el profesor?

—Oh, en el frasco, en cierto sentido de la palabra «en» —respondió el profesor Pelc—. Cuesta mucho explicárselo a un profano en la materia. Solo está muerto según...

—¿... cierto sentido de la palabra «muerto»? —dijo Húmedo.

—¡Exacto! Y puede regresar si se le avisa con una semana de antelación. Muchos de los magos más ancianos están optando por esto. Es muy vigorizante, dicen, igual que tomarse un año sabático. Pero durante más tiempo.

—¿Y adónde van?

—Nadie está seguro con exactitud, pero se oyen ruidos de cubertería —dijo Pelc, y se acercó el frasco a la boca—. Perdón, profesor Goitre... ¿Se acuerda usted por casualidad de adónde fueron a parar las lámparas de araña de la Oficina de Correos?

Húmedo estaba esperando que respondiera una vocecilla chirriante, pero fue una voz vivaz aunque anciana la que dijo a pocos centímetros de su oído:

—¿Cómo? ¡Ah! ¡Sí, claro! Una de ellas terminó en la Ópera y la otra fue adquirida por el Gremio de Asesinos. ¡Que viene el carrito de los postres! ¡Adiós!

—Gracias, profesor —dijo Pelc con solemnidad—. Por aquí todo va bien...

—¡Me importa un pimiento! —dijo la voz incorpórea—. ¡Largo, por favor, estamos comiendo!

—Ahí lo tiene, pues —dijo Pelc, devolviendo el muñeco del mago al frasco y enroscando la tapa—. La Ópera y el Gremio de Asesinos. Me imagino que puede costar un poco recuperarlas.

—Sí, creo que tendré que postergar el tema un par de días —dijo Húmedo, saliendo por la puerta—. Es peligroso meterse con esa gente.

—Ya lo creo —dijo el profesor, cerrando la puerta detrás de ellos, lo cual fue la señal para que volviera a empezar el murmullo de conversaciones—. Tengo entendido que algunas de esas sopranos dan unas coces dignas de mulas.

\* \* \*

Húmedo soñó con magos embotellados que gritaban su nombre.

Como es tradicional en los despertares de las pesadillas, las voces se convirtieron gradualmente en una sola voz, que resultó ser la del señor Pistón, que lo estaba zarandeando.

—¡Algunos estaban cubiertos de mermelada! —gritó Húmedo antes de despertarse del todo—. ¿Qué?

—Señor Mustajen, Tiene Una Cita Con Lord Vetinari.

Húmedo asimiló aquello y le sonó todavía peor que lo de los magos dentro de frascos.

—¡No tengo ninguna cita con Vetinari! Ejem... ¿o sí?

—Él Dice Que Sí, Señor Mustajen —respondió el gólem—. Por Tanto, La Tiene. Saldremos Por El Patio De Las Cocheras. Delante De Las Puertas Principales Hay Una Multitud.

Húmedo se detuvo a medio ponerse los pantalones.

—¿Están furiosos? ¿Alguno de ellos lleva un cubo de alquitrán? ¿O plumas de alguna clase?

—No Lo Sé. Yo He Recibido Instrucciones Y Las Estoy Ejecutando. Le Aconsejo Que Haga Usted Lo Mismo.

Húmedo fue sacado a toda prisa por los callejones de atrás, donde seguían flotando algunos jirones de niebla.

—¿Qué hora es, por todos los dioses? —se quejó.

—Las Siete Menos Cuarto, Señor Mustajen.

—¡Todavía es de noche! ¿Es que ese hombre no duerme nunca? ¿Qué es tan importante como para sacarme a rastras de mi cálido y cómodo montón de cartas?

\* \* \*

El reloj de la antesala de lord Vetinari no hacía tictac con normalidad. A veces el tic llegaba una fracción de segundo tarde y a veces el tac sonaba antes de tiempo. De vez en cuando, el uno o el otro no tenían lugar. Nadie acababa de caer en la cuenta hasta que llevaba cinco minutos allí, y para entonces varias partes pequeñas pero significativas del cerebro estaban enloqueciendo.

Ya en circunstancias normales, a Húmedo no se le daba bien madrugar. Era una de las ventajas de la vida criminal: que no había que levantarse hasta que otra gente ya había ventilado las calles.

El secretario Drumknott entró deslizándose sin hacer ruido, tan en silencio que su llegada fue una conmoción. Era una de las personas más silenciosas que Húmedo había conocido nunca.

—¿Le gustaría tomar un café, director general? —preguntó en voz baja.

—¿Estoy en apuros, señor Drumknott?

—No sabría decirle, señor. ¿Ha leído el Times esta mañana?

—¿El periódico? No. Oh...

La mente de Húmedo regresó furiosamente a la entrevista del día anterior. No había dicho nada malo, ¿verdad? Habían sido todo cosas buenas y positivas, ¿verdad? Vetinari quería que la gente usara el correo, ¿verdad?

—Siempre recibimos unos cuantos ejemplares recién salidos de imprenta —dijo Drumknott—. Ahora le traigo uno.

Regresó con el periódico. Húmedo lo desplegó, tuvo un momento de agonía mientras contemplaba la primera plana, leyó unas cuantas frases, se tapó los ojos con la mano y dijo:

—Oh dioses.

—¿Se ha fijado en la viñeta, director general? —preguntó Drumknott en tono inocente—. Se puede considerar bastante ingeniosa.

Húmedo se arriesgó a echar otro vistazo a la terrible primera plana. Tal vez a modo de mecanismo inconsciente de defensa, su mirada había pasado por alto la viñeta, que mostraba a dos pilluelos desharrapados. Uno de ellos sostenía en la mano una tira de sellos de un penique. El pie de la ilustración decía:

Primer pilluelo (tras adquirir algunos de los «sellos» de nuevo cuño): ¿Eh, has visto la parte de atrás de lord Vetinari?

Segundo pilluelo: Naaa... ¡Y tampoco vi a pagar un penique por lamérsela!

A Húmedo se le puso la cara como la cera.

—¿Él ha visto eso? —graznó.

—Oh, sí, señor.

Húmedo se levantó de golpe.

—Aún es temprano —dijo—. Lo más seguro es que el señor Dispuesto todavía siga de servicio. Si corro, es posible que pueda hacerme un hueco. Me voy ahora mismo. Supongo que no habrá problema, ¿verdad? Así nos ahorramos papeleo. No quiero ser una carga para nadie. Hasta voy a...

—A ver, a ver, director general —dijo Drumknott, empujándolo suavemente de vuelta a su butaca—. No se angustie sin razón. Por mi experiencia, su señoría es un hombre... complejo. No es sabio intentar adelantarse a sus reacciones.

—¿Quiere decir que cree que voy a vivir?

Drumknott retorció la cara con gesto pensativo y se quedó mirando el techo un momento.

—Hum, sí. Sí, me parece posible.

—Quiero decir, ¿al aire libre? ¿Con todas las extremidades en su sitio?

—Muy probable, señor. Ya puede entrar, señor.

Húmedo entró de puntillas en el despacho del patricio.

Lo único que se veía de lord Vetinari eran sus manos a ambos lados del Times. Húmedo releyó los titulares con horror embotado.

«NOSOTROS NO NOS VENIMOS ABAJO», JURA EL DIRECTOR DE CORREOS

Asombroso ataque a los clacs

Promete: Repartiremos a cualquier parte

Usando notables «sellos» nuevos

Aquel era el artículo de portada. Venía al lado de un artículo más pequeño que, sin embargo, llamaba la atención. El titular era:

Gran Tronco se avería otra vez:

el continente queda aislado

Y al pie de la página, con una tipografía más gruesa para mostrar que el contenido pretendía ser más ligero, y debajo del titular:

No se puede negar la historia

... había una docena de artículos sobre las cosas que habían pasado al repartirse el correo antiguo. Estaba la trifulca que se había convertido en disturbio, la historia del señor Parker y su prometida, y unas cuantas más. El correo había cambiado las vidas de la gente común y corriente de muchas pequeñas maneras. Había sido como abrir una ventana que diera a la Historia y ver lo que podría haber pasado.

Y ya no había nada más en la primera plana, salvo un artículo sobre la búsqueda que estaba llevando a cabo la Guardia del «misterioso asesino» que había atacado a un banquero y lo había matado en su casa. La Guardia estaba perpleja, decía el artículo. Aquello animó un poco a Húmedo: si el famoso agente hombre lobo no era capaz de encontrar el rastro de un asesino ensangrentado, entonces tal vez tampoco le encontraría a él cuando llegara el momento. Estaba claro que un cerebro podía más que un hocico.

Lord Vetinari no dio muestras de percibir su presencia, y Húmedo se preguntó qué efecto tendría un carraspeo cortés.

Y en aquel preciso momento el periódico emitió un crujido.

—Aquí en la columna de cartas al director —dijo la voz del patricio— se afirma que la expresión «pasarse algo por el forro» está basada en un antiguo dicho efebiano que data de hace por lo menos dos mil años, con lo cual obviamente precedería a la invención del forro, aunque supongo que no al acto de pasarse cosas. —Bajó el periódico y observó a Húmedo por encima de las páginas—. ¿Ha estado siguiendo este pequeño debate etimológico tan interesante?

—No, señor —dijo Húmedo—. No sé si lo recuerda, pero me he pasado las últimas seis semanas en la celda de un condenado a muerte.

Su señoría dejó el periódico en la mesa, juntó las puntas de los dedos y se quedó mirando a Húmedo por encima de ellos.

—Ah, sí. Es verdad, señor Mustachen. Bueno, bueno, bueno.

—Escuche, siento much... —empezó a decir Húmedo.

—¿A cualquier parte del mundo? ¿Hasta a los dioses? ¿Nuestros carteros no se vienen abajo tan fácilmente? Muy impresionante, señor Mustachen. Ha levantado una buena polvareda —Vetinari sonrió—, tal como le dijo la rata al hombre que acababa de ser defenestrado desde un quinto piso.

—Yo no dije exactamente...

—En mi experiencia, la señorita Cripslock suele apuntar exactamente lo que uno le dice —observó Vetinari—. Es terrible que los periodistas hagan eso. Arruina toda la diversión. Casi da la impresión de que eso es hacer trampa. Y tengo entendido que además está usted emitiendo pagarés, ¿no es así?

—¿Qué?

—Los sellos, señor Mustachen. Promesas de repartir correo por valor de un penique. Promesas que hay que cumplir. Venga a mirar esto. —Se puso de pie y caminó hasta la ventana, desde donde le hizo un gesto—. Acérquese, señor Mustachen.

Pese a su temor a ser defenestrado en los adoquines de la calle, Húmedo obedeció.

—¿Ve esa torre tan grande de clacs que hay encima del Tump? —preguntó Vetinari, señalándola—. Esta mañana no hay mucha actividad en el Gran Tronco. Tengo entendido que tienen problemas con una torre de los llanos. No llega nada a Sto Lat ni tampoco más allá. Pero ahora, si baja usted la vista...

Húmedo tardó un momento en entender lo que estaba viendo, y entonces...

—¿Eso que hay delante de la Oficina de Correos es gente haciendo cola? —dijo.

—Sí, señor Mustachen —respondió Vetinari, con oscuro regocijo—. Para comprar sellos, tal como se anuncia. Los ciudadanos de Ankh-Morpork tienen cierto instinto para, digamos, apuntarse a la diversión. Póngase a ello, señor Mustachen. Estoy seguro de que no le faltan ideas. No querría entretenerlo.

Lord Vetinari regresó a su escritorio y cogió el periódico.

Está ahí mismo en la primera plana, pensó Húmedo. No es posible que no lo haya visto...

—Esto... en cuanto a eso otro... —se aventuró a decir, mirando la viñeta.

—¿A qué eso otro se refiere? —dijo lord Vetinari.

Hubo un momento de silencio.

—Ejem... a nada, a nada —dijo Húmedo—. Bueno, pues yo me marcho.

—Y tanto que se marcha, director general. El correo tiene que seguir su curso, ¿verdad?

Vetinari escuchó cómo se cerraban varias puertas a lo lejos y luego se quedó junto a la ventana hasta que vio a una figura dorada que cruzaba el patio a toda prisa.

Drumknott llegó y ordenó la bandeja de salida.

—Buen trabajo, señor —dijo en voz baja.

—Gracias, Drumknott.

—Veo que el señor Fritábano ha fallecido, señor.

—Eso tengo entendido, Drumknott.

\* \* \*

Cuando Húmedo cruzó la calle se produjo un revuelo en la multitud. Para su alivio indecible, vio que el señor Bobinas lo esperaba junto con uno de aquellos hombres severos de su imprenta. Bobinas se le acercó a toda prisa.

—Tengo, ejem, varios millares de los dos, ejem, artículos —susurró, sacándose un paquete de dentro del abrigo—. De un penique y de dos. Todavía no son lo mejor que podemos hacer, pero he pensado que tal vez le hicieran falta. Hemos oído que los clacs volvían a estar averiados.

—Es usted mi salvación, señor Bobinas. ¿Podría llevarlos adentro? Por cierto, ¿cuánto vale un mensaje por clacs a Sto Lat?

—Aunque fuera un mensaje corto, costaría por lo menos treinta peniques, creo yo —dijo el grabador.

—Gracias. —Húmedo dio un paso atrás e hizo bocina con las manos—. ¡Damas y caballeros! —gritó—. ¡La Oficina de Correos abrirá dentro de cinco minutos para la venta de sellos de un penique y de dos! ¡Además, vamos a llevar correo a Sto Lat! El primer reparto expreso saldrá a la hora en punto, damas y caballeros, para llegar esta misma mañana. ¡El precio será de diez peniques por sobre estándar! ¡Repito, diez peniques! ¡El Correo Real, damas y caballeros! ¡No acepten sustitutos! ¡Gracias!

Hubo un revuelo en la multitud y varias personas se alejaron corriendo.

Húmedo acompañó al señor Bobinas al edificio y cerró educadamente la puerta en las narices del gentío. Notaba el cosquilleo que le venía siempre que el juego estaba en marcha. La vida debería estar hecha de momentos como aquel, decidió. Con el corazón cantando, empezó a repartir órdenes a diestro y siniestro:

—¿Stanley?

—¿Sí, señor Mustachen? —dijo el chico, detrás de él.

—Ve corriendo a la Caballeriza de Hobson y diles que quiero un caballo bueno y rápido, ¿de acuerdo? ¡Un animal con algo de chispa en la sangre! ¡No me vale cualquier viejo jamelgo trucado con jengibre, y sé ver la diferencia! ¡Lo quiero aquí dentro de media hora! ¡Sal ya mismo! ¿Señor Ardite?

—¡Síseñor! —Ardite llegó al punto de cuadrarse.

—Ponga alguna clase de mesa que sirva de mostrador, ¿quiere? —dijo Húmedo—. ¡Dentro de cinco minutos abrimos para recibir cartas y vender sellos! ¡Voy a aceptar cartas para Sto Lat mientras los clacs estén averiados y usted será el director de correos en funciones mientras yo esté fuera! ¡Señor Bobinas!

—Estoy aquí mismo, señor Mustachen. De verdad que no hace falta gritar —dijo el grabador en tono de reproche.

—Lo siento, señor Bobinas. Más sellos, por favor. Voy a necesitar algunos para llevar conmigo, en caso de que haya que traer cartas de allí. ¿Puede encargarse? Y me van a hacer falta los de cinco y los de dólar tan pronto como... ¿Se encuentra usted bien, señor Ardite?

El anciano se bamboleaba y movía los labios sin hacer ningún sonido.

—¿Señor Ardite? —repitió Húmedo.

—Director de correos en funciones... —balbuceó Ardite.

—Eso mismo, señor Ardite.

—Ningún Ardite ha sido nunca director en funciones... —De pronto se dejó caer de rodillas y abrazó las piernas de Húmedo—. ¡Oh, gracias, señor! ¡No le decepcionaré, señor! ¡Puede confiar en mí, señor! ¡Ni la nieve ni la lluvia ni la teneborsa...!

—Sí, sí, gracias, director en funciones, gracias, ya basta, gracias —dijo Húmedo, intentando quitárselo de encima—. Por favor, levántese, señor Ardite. ¡Señor Ardite, por favor!

—¿Puedo llevar la gorra penígera mientras usted está fuera, señor? —suplicó Ardite—. Significaría mucho para mí, señor...

—Estoy seguro de que sí, señor Ardite, pero hoy no. Hoy la gorra va a ir volando a Sto Lat.

Ardite se puso de pie.

—¿Seguro que debería llevar usted el correo en persona, señor?

—¿Quién si no? Los gólems no pueden moverse tan deprisa. Stanley es... bueno, es Stanley, y el resto de ustedes son vie... ricos en años. —Húmedo se frotó las manos—. ¡No quiero oír ni una queja, director en funciones Ardite! Y ahora, ¡vendamos unos cuantos sellos!

Abrieron las puertas y la multitud entró en tromba. Vetinari había estado en lo cierto. Allí donde hubiera cualquier clase de acción, a la gente de Ankh-Morpork le gustaba formar parte de ella. Los sellos de un penique volaban por encima del mostrador provisional. Al fin y al cabo, decía el razonamiento, por el precio de un penique uno se llevaba algo que valía un penique, ¿verdad? ¡Y al fin y al cabo, aunque resultara ser una broma, era tan seguro como comprar dinero! Y en sentido contrario volaban los sobres. La gente estaba escribiendo cartas en la misma Oficina de Correos. Húmedo tomó una nota mental: sobres con el sello ya puesto y una hoja de papel doblada dentro. «Kit de Carta Instantánea, ¡Basta con Añadir Tinta!» Se trataba de una regla importante en cualquier juego: que a la gente siempre le resulte fácil darte dinero.

Para su sorpresa, aunque era consciente de que no debería de sorprenderle, vio que Drumknott se abría paso a codazos entre la multitud, trayendo una valija de cuero pequeña pero pesada y lacrada con un grueso sello de cera que llevaba el escudo de la ciudad y una voluminosa letra V. Iba dirigida al alcalde de Sto Lat.

—Asuntos del gobierno —anunció en tono enfático, mientras lo entregaba.

—¿Quiere comprar sellos para mandarlo? —preguntó Húmedo, cogiendo la valija.

—¿A usted qué le parece, director general?

—A mí me parece evidente que los asuntos del gobierno viajan gratis —dijo Húmedo.

—Gracias, señor Mustachen. A su señoría le gusta la gente que aprende deprisa.

Sí que se sellaron otras cartas para Sto Lat, sin embargo. Había mucha gente que tenía amigos o negocios en aquella ciudad. Húmedo miró a su alrededor. Vio a gente escribiendo a toda prisa por todas partes, hasta apoyando el cuaderno en la pared. Los sellos de uno y dos peniques cambiaban de manos muy deprisa. En la otra punta del vestíbulo, los gólems estaban clasificando las montañas interminables de correo...

De hecho, a pequeña escala, el sitio estaba lleno de bullicio.

¡Tendría que haberlo visto, señor, tendría que haberlo visto!

—¿Es usted Mustachen?

Húmedo despertó bruscamente de un sueño lleno de lámparas de araña para ver a un hombre corpulento que estaba delante de él. El reconocimiento se demoró un momento y por fin declaró que se trataba del propietario de la Caballeriza de Hobson, que era a la vez la empresa del ramo más famosa y la más infame en toda la ciudad. Probablemente no fuera el nido de actividad criminal que sugería la rumorología popular, aunque el enorme establecimiento albergaba muy a menudo a hombres de aspecto mugriento que al parecer no tenían nada que hacer aparte de estar sentados y mirar mal a la gente. Y Hobson tenía empleado a un Igor, todo el mundo lo sabía, lo cual por supuesto era una opción sensata para una empresa con tanto gasto en veterinario, pero circulaban unas historias...

—Ah, hola, [[7]](#footnote-7)señor Hobson —dijo Húmedo.

—Parece que se cree usted que yo alquilo caballos viejos y reventados, ¿eh, señor? —dijo Willie Hobson. Su sonrisa no era del todo amigable. Detrás de él estaba un nervioso Stanley. Hobson era grande y corpulento pero no gordo; probablemente era lo que quedaría después de afeitar a un oso.

—Bueno, he montado algunos que... —empezó a decir Húmedo, pero Hobson levantó una mano.

—Parece que anda buscando chispa —dijo Hobson. Se le ensanchó la sonrisa—. Pues bueno, yo siempre le doy al cliente lo que quiero, ya sabe. Así que le traigo a Boris.

—¿Ah, sí? —dijo Húmedo—. Y Boris me va a llevar hasta Sto Lat, ¿verdad?

—Oh, eso como poco, señor —dijo Hobson—. ¿Es usted buen jinete?

—Cuando se trata de cabalgar fuera de ciudades, señor Hobson, no hay otro más rápido.

—Eso es bueno, señor, eso es bueno —dijo Hobson, con la voz lenta de quien trata de convencer con cautela a la presa de que se meta en la trampa—. Boris tendrá sus defectillos, pero ya veo que un buen jinete como usted no tendrá problemas. ¿Está listo, pues? Está fuera. Tengo a un hombre aguantándolo.

Resultó que en realidad había cuatro hombres aguantando al enorme semental negro con una auténtica red de cuerdas, mientras el animal danzaba, se sacudía, daba coces y trataba de morder. Había un quinto hombre tumbado en el suelo. Boris era de armas tomar.

—Como le decía, señor, tiene sus defectillos, pero nadie lo puede llamar... ¿cómo era?... ah, sí, un viejo jamelgo trucado con jengibre. ¿Todavía quiere un caballo con chispa?

La sonrisa de Hobson lo decía todo: esto es lo que les hago a los capullos estirados que intentan pasarse de listos conmigo. ¡A ver cómo se defiende con este, señor Sabelotodo-de-caballos!

Húmedo miró a Boris, que estaba intentando pisotear al hombre caído, y luego al gentío de espectadores. Maldito traje dorado. Si eras Húmedo von Mustachen, solo había una cosa que hacer en aquel momento, y era subir las apuestas.

—Desensíllelo —dijo.

—¿Lo qué? —dijo Hobson.

—Que lo desensille, señor Hobson —dijo Húmedo con firmeza—. Esta saca pesa bastante, así que librémonos de la silla.

La sonrisa de Hobson permaneció en su sitio, pero el resto de su cara intentó alejarse con sigilo de ella.

—Ya ha tenido usted todos los críos que quería, ¿no? —dijo.

—Usted deme una manta y una barriguera, señor Hobson.

Ahora a Hobson se le borró del todo la sonrisa. Aquello iba a tener demasiada pinta de asesinato.

—Tal vez le convenga replanteárselo, señor —dijo—. El año pasado Boris le arrancó dos dedos a un hombre. Le gusta pisotear, además, y es un bridón y un manilargo, y como te descuides hasta engalúa. Ese caballo lleva al demonio dentro, se lo digo yo.

—¿Y corre?

—Más que correr, se desboca, señor. Ha nacido malvado, ese animal —dijo Hobson—. Para obligarlo a doblar esquinas le hará falta una palanca. Escuche, señor, bien está que me haya visto el farol, pero tengo otros muchos...

Hobson hizo una mueca de dolor mientras Húmedo le dedicaba una sonrisa especial.

—Lo ha elegido usted, señor Hobson. Será mi montura. Le estaría agradecido si sus hombres encarasen el caballo hacia la Vía Ancha mientras yo voy finalizando otros asuntos pendientes.

Húmedo entró en el edificio, subió corriendo la escalera que llevaba a su despacho, cerró la puerta, se metió el pañuelo en la boca y se dedicó a gimotear suavemente durante unos segundos hasta sentirse mejor. Había cabalgado unas cuantas veces a pelo, en situaciones muy apuradas, pero Boris tenía mirada de bestia demente.

Pero si se echaba atrás ahora, sería... solo un tonto con traje brillante. Había que darles espectáculo, darles una imagen, algo que recordar. Lo único que tenía que hacer era no caer de la montura hasta que estuviera fuera de la ciudad y entonces buscar un matorral adecuado para saltar encima. Sí, con eso bastaría. Y luego entrar dando tumbos en Sto Lat horas más tarde, después de combatir valerosamente a los bandidos. La gente le creería, porque aquello sonaba bien... porque la gente quería creerse las cosas, porque sería una buena historia y porque, si se hacía resplandecer lo bastante, el cristal podía parecerse más al diamante que un diamante de verdad.

Se oyeron vítores cuando Húmedo volvió a salir a la escalinata con paso firme. El sol, en el momento oportuno, decidió emerger de la niebla y le arrancó destellos de las alas.

Ahora Boris tenía un aspecto dócil y tascaba su bocado. Aquello no engañó a Húmedo; cuando un caballo como Boris se mostraba tranquilo era porque tramaba algo.

—Señor Pistón, necesito que me ayude usted a montar —dijo, echándose la saca del correo al hombro.

—Sí, Señor Mustajen —dijo el gólem.

—¡Señor Mustachen!

Húmedo se dio media vuelta para ver que Sacharissa Cripslock se acercaba a toda prisa por la calle, cuaderno en mano.

—Siempre es un placer verla, Sacharissa —dijo Húmedo—, pero ahora mismo estoy un poco ocupado...

—¿Está usted enterado de que el Gran Tronco vuelve a estar averiado? —preguntó ella.

—Sí, ha salido en el periódico. Ahora tengo que...

—Entonces, ¿es cierto que está desafiando a la compañía de clacs? —El lápiz volvía a estar suspendido encima del cuaderno.

—Yo me limito a repartir el correo, señorita Cripslock, tal como dije que haría —contestó Húmedo en tono firme y viril.

—Pero ¿no le parece bastante extraño que un hombre a caballo sea más fiable que un...?

—¡Por favor, señorita Cripslock! ¡Somos la Oficina de Correos! —exclamó Húmedo, con su voz más altruista—. No nos interesan las rivalidades mezquinas. Lamentamos mucho que nuestros colegas de la compañía de clacs estén experimentando dificultades temporales con su maquinaria, simpatizamos del todo con sus tribulaciones, y si desean que les entreguemos sus mensajes, por supuesto que estaremos encantados de venderles unos sellos, que pronto estarán a la venta por valor de un penique, dos peniques, cinco peniques, diez peniques y un dólar, aquí en su Oficina de Correos, ya engomados. Por cierto, en cuanto podamos tenemos intención de que el pegamento venga con sabor a regaliz, naranja, canela y plátano, aunque no de fresa porque yo odio las fresas.

La vio sonreír mientras apuntaba todo aquello. Por fin, ella dijo:

—Le he oído correctamente, ¿verdad? ¿Usted se está ofreciendo a llevar mensajes de clacs?

—Por supuesto. Los mensajes que sigan adelante se pueden poner en el Tronco en Sto Lat. «Amabilidad» es nuestra marca de la casa.

—¿Seguro que no es «Descaro»? —dijo Sacharissa, haciendo reír al gentío.

—Le aseguro que no la entiendo —replicó Húmedo—. Ahora, si me lo permite...

—Está usted tirándoles otra puya a la gente de los clacs, ¿verdad? —dijo la periodista.

—Ah, eso debe de ser una expresión periodística —respondió Húmedo—. Nunca he poseído una puya, y aunque la tuviera no sabría cómo tirarla. Y ahora, si no le importa excusarme, tengo que repartir el correo y debería marcharme antes de que Boris se coma a alguien. Otra vez.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? ¿Quedará su alma indebidamente menguada si Otto le saca una imagen mientras se marcha?

—Supongo que no puedo impedírselo, siempre y cuando no se me vea bien la cara —dijo Húmedo, mientras el señor Pistón ahuecaba sus manos de cerámica para hacerle la sillita—. El sacerdote es muy estricto con eso, ya sabe.

—Sí, supongo que «el sacerdote» lo es —dijo la señorita Cripslock, asegurándose de que las comillas rezumaran ironía—. Además, a juzgar por el aspecto de esa criatura, puede que sea nuestra última oportunidad. Parece la muerte sobre cuatro patas, señor Mustachen.

La multitud guardó silencio mientras Húmedo montaba. Boris se limitó a cambiar ligeramente de postura.

Míralo de esta manera, pensó Húmedo, ¿qué puedes perder? ¿La vida? Ya te han colgado. Vives el tiempo de los ángeles. Y estás impresionando a todo el mundo. ¿Por qué compran sellos? Porque les estás dando espectáculo...

—Cuando usted diga, señor —dijo uno de los hombres de Hobson, tirando del cabo de una soga—. ¡En cuanto lo soltemos, vamos a salir por piernas!

—Espere un momento... —se apresuró a decir Húmedo.

Acababa de ver a una figura al frente de la multitud. Llevaba puesto un vestido gris de corte entallado y, mientras él la miraba, exhaló una nube neurótica de humo hacia el cielo, le echó una mirada a él y se encogió de hombros.

—¿Cenamos esta noche, señorita Buencorazón? —gritó.

Las cabezas se giraron. Se oyeron risas y unos cuantos vítores. Por un momento ella clavó en él una mirada que debería haber plasmado su sombra en los restos humeantes de la pared de detrás, y luego asintió escuetamente con la cabeza.

Quién sabía, tal vez debajo hubiera melocotones...

—¡Soltadlo, muchachos! —exclamó Húmedo, con el corazón alzando el vuelo.

Los hombres se apartaron de un salto. El mundo permaneció quieto un instante, y por fin Boris pasó de la docilidad a una repentina y frenética danza encabritada, aporreando las losas con las patas traseras y arañando el aire con los cascos.

—¡Marravilloso! ¡No se mueva!

El mundo se volvió blanco. Boris se volvió loco.

## 

## CAPÍTULO VII A

### Prisa Postal

La Naturaleza de Boris el Caballo — Torre Ominosa — El señor Mustachen se refresca — La Señora que tenía Bollos en las Orejas — Invitación Aceptada — La Caja del Señor Robinson — Un misterioso desconocido

Hobson había probado a Boris como caballo de carreras, y le habría dado muy buen resultado de no ser por su hábito inquebrantable de atacar al caballo contiguo en la línea de salida y de saltar la valla en el primer recodo. Húmedo aplastó la gorra contra su cabeza con una mano, metió las punteras de las botas en la barriguera de cuero y cogió bien fuerte las riendas mientras la Vía Ancha entera se le echaba encima, los carromatos y la gente se convertían en borrones y los ojos se le clavaban en el cráneo.

Había un carromato cruzado en medio de la calle, pero era imposible dirigir a Boris. Unos músculos enormes se contrajeron y a continuación hubo un momento largo, lento y silencioso mientras el caballo planeaba por encima del vehículo.

Los cascos derraparon sobre los adoquines dejando un rastro de chispas al aterrizar nuevamente, pero el animal se recuperó por pura inercia y aceleró.

La multitud que se congregaba como de costumbre en la Puerta del Eje se dispersó y de pronto, llenando el horizonte, aparecieron los llanos. La imagen operó un cambio en el cerebro de caballo demente de Boris. Todo aquel espacio, tan bonito y liso y con solo unos pocos obstáculos fáciles de saltar, como por ejemplo árboles...

Encontró músculos adicionales y volvió a acelerar, con toda la maleza y los árboles y los carromatos volando hacia él.

Húmedo maldijo la bravuconería con que había ordenado que quitaran la silla. Ya no había ninguna parte de su cuerpo que no lo odiara. Pero a decir verdad, Boris, una vez apartada la piña, no era tan mala montura. Ahora había alcanzado su ritmo natural, un aire en el que cada casco tocaba el suelo por separado, y tenía la mirada intensa concentrada en el azul del horizonte. Su odio hacia todas las cosas estaba, por el momento, diluido en el puro placer del espacio abierto. Hobson tenía razón, no se lo podía dirigir ni a golpes de mazo, pero al menos avanzaba en la dirección correcta, es decir, la contraria a su establo. Boris no quería pasarse sus días arreando coces a los ladrillos de la pared mientras esperaba a derribar al próximo idiota engreído. Quería morder el horizonte. Quería galopar.

Húmedo se quitó la gorra con cuidado y la agarró con los dientes. No se atrevía a imaginar qué podía pasar si la perdía, y al final de su viaje le iba a hacer falta llevarla en la cabeza. Era importante. Era todo una cuestión de estilo.

Una de las torres del Gran Tronco apareció al frente y un poco a la izquierda. Había dos en los treinta kilómetros que quedaban entre Ankh-Morpork y Sto Lat, porque en aquel tramo acogían casi todo el tráfico de las líneas que se extendían de punta a punta del continente. Una vez pasado Sto Lat, el Tronco empezaba a dividirse en afluentes, pero aquí, centelleando en lo alto, fluían las palabras del mundo entero...

... o por lo menos deberían fluir. Pero los postigos estaban inmóviles. Mientras alcanzaba la estructura, Húmedo vio a varios hombres trabajando en las alturas de la torre abierta de madera; por lo visto, se había desprendido una sección entera.

Ja! ¡Hasta luego, pardillos! ¡Menuda reparación iba a necesitar aquello! ¿Tal vez valiera la pena intentar hacer una entrega matinal en Pseudópolis? Hablaría con los conductores de las diligencias. Al fin y al cabo, aquellos granujas nunca habían pagado los malditos carruajes a la Oficina de Correos. Y tampoco importaba si los clacs se reparaban a tiempo, porque la Oficina de Correos habría hecho el esfuerzo igualmente. La compañía de clacs era un matón enorme que echaba a la gente, subía los precios y exigía un dineral por un servicio mediocre. La Oficina de Correos era el perro pequeño, y un perro pequeño siempre encuentra algo blando donde morder.

Con cautela, se metió un poco más de manta por debajo. Se le estaban entumeciendo varios órganos.

Las enormes columnas de humo de Ankh-Morpork quedaban muy atrás. Sto Lat ya era visible entre las orejas de Boris en forma de nubecilla de humos más ligeros. La torre desapareció a popa y Húmedo alcanzó a ver la siguiente. Había recorrido más de un tercio del camino en veinte minutos, y Boris seguía quemando kilómetros.

Más o menos a medio camino entre las ciudades había una vieja torre de piedra, lo último que quedaba de un montón de ruinas rodeado de bosques. Era casi tan alta como una torre de clacs, y Húmedo se preguntó por qué no la habían aprovechado como tal. Probablemente estaba demasiado ruinosa para sobrevivir a una ventolera bajo el peso de los postigos, pensó. Era una zona lúgubre, un trozo de páramo infestado de malas hierbas en medio de los campos interminables.

Si hubiera tenido espuelas, llegado a aquel punto Húmedo habría espoleado a Boris, y lo más seguro es que habría sido derribado, pisoteado y comido por tomarse la molestia. De manera qu[[8]](#footnote-8)e permaneció encorvado a lomos de su montura y trató de no pensar en lo que aquella cabalgada les estaba haciendo a sus riñones.

Pasó el tiempo.

Dejaron atrás la segunda torre y Boris aminoró la marcha hasta un medio galope. Sto Lat ya se veía con claridad; Húmedo pudo distinguir las murallas de la ciudad y las torretas del castillo.

Tendría que desmontar de un salto; no había otra manera. A medida que las murallas se acercaban, Húmedo había ensayado mentalmente media docena de situaciones, pero en casi todas ellas había almiares. En la única donde no había ningún almiar él se rompía el cuello.

Pero no pareció que a Boris le pasara por la cabeza la idea de desviarse. Estaba en el camino, el camino seguía recto hasta atravesar aquel portal y Boris no tenía problema alguno con aquello. Además, estaba sediento.

Las calles de la ciudad estaban atestadas de cosas que no se podían saltar ni pisotear, pero también había un abrevadero. El caballo apenas fue consciente de que algo se le caía del lomo.

Sto Lat no era una gran ciudad. Húmedo ya había pasado allí una semana de lo más feliz, colando unos cuantos pagarés sin fondos, haciendo un par de veces el truco del heredero indigente y vendiendo un anillo de cristal al marcharse, no tanto por el dinero como por su permanente fascinación por la picaresca y la credulidad humanas.

Ahora subió dando tumbos la escalera del ayuntamiento, bajo las miradas de una multitud. Empujó las puertas y soltó de golpe la saca del correo sobre la mesa del primer empleado

—Correo de Ankh-Morpork —gruñó—. He salido de allí a las nueve, así que está fresco, ¿de acuerdo?

—¡Pero si acaban de dar las diez y cuarto! ¿De qué correo me hablas?

Húmedo intentó no enfadarse. Ya estaba bastante irritado.

—¿Ves esta gorra? —dijo, señalándola—. ¿La ves? ¡Significa que soy el director general de correos de Ankh-Morpork! ¡Y este es tu correo! Dentro de una hora me vuelvo otra vez, ¿entendido? Si queréis mandar correo para re-par-tir-lo en la gran ciudad a las dos de la tarde... au, que sean las tres de la tarde... entonces lo metéis en esta saca. —Agitó un fajo de sellos bajo la nariz del joven—. ¡Esto son sellos! Los rojos valen dos peniques y los negros uno. El precio es de diez... au... de once peniques por carta, ¿entendido? Tienes que vender los sellos, darme el dinero, lamer los sellos y pegarlos en las cartas. ¡Garantizamos el reparto expreso! Te nombro director de correos en funciones durante una hora. Aquí al lado hay una posada. Voy a buscar una bañera. Quiero un baño frío. Frío de verdad. ¿Por aquí tenéis un almacén de hielo? Así de frío lo quiero. O más. Ooooh, más. Y una copa y un bocadillo y, por cierto, ahí delante hay un caballo grande y negro. Si tu gente es capaz de atraparlo, por favor que lo ensillen, le pongan un cojín y lo encaren como puedan hacia Ankh-Morpork. ¡Venga!

\* \* \*

Solo era una bañera de asiento, pero por lo menos en la ciudad sí que había almacén de hielo. Húmedo estaba sentado en estado de éxtasis en medio del hielo flotante, bebiéndose un coñac y escuchando la conmoción de fuera.

Al cabo de un rato alguien llamó a la puerta y una voz masculina preguntó:

—¿Está usted decente, señor director de correos?

—Decente por completo, pero no vestido —respondió Húmedo. Estiró el brazo a un lado para coger su gorra penígera y se la puso—. Adelante.

El alcalde de Sto Lat era un hombre bajito y con pinta de pájaro que o bien acababa de reemplazar en el cargo a un hombre muy gordo o bien pensaba que las túnicas que arrastraban un metro por el suelo y las cadenas que llegaban a la cintura eran el último grito en la moda para dignatarios municipales.

—Ejem... Joe Camellos, señor —dijo con voz nerviosa—. Soy el alcalde de aquí...

—¿Ah, sí? Encantado de conocerlo, Joe —dijo Húmedo, levantando su copa—. Perdone que no me levante.

—Su caballo, ejem, se ha escapado después de cocear a tres hombres, me temo.

—¿En serio? Nunca suele hacer eso —dijo Húmedo.

—No se preocupe, señor, lo atraparemos, y en el peor de los casos podemos prestarle un caballo para la vuelta. Aunque no tan veloz, diría yo.

—Oh cielos —dijo Húmedo, cambiando de postura en medio del hielo flotante—. Qué lástima.

—Bueno, lo sé todo de usted, señor Mustachen —dijo el alcalde, haciéndole un guiño de complicidad—. ¡En la saca del correo venían varios ejemplares del Times! Es usted un hombre despierto. Un hombre lleno de brío. ¡Un hombre calcado a mí! ¡Va usted a por todas! ¡Ve su objetivo y se lanza a él como si le fuera la vida! ¡Así es como yo hago también los negocios! ¡Usted tiene arrojo, igual que yo! ¡Tráigala aquí, señor!

—¿El qué? ¿Dónde? —dijo Húmedo, moviéndose incómodo en la bañera, que se estaba poniendo tibia a marchas forzadas—. Ah. —Estrechó la mano que el otro le ofrecía—. ¿A qué se dedica, señor Camellos?

—Fabrico sombrillas —dijo el alcalde—. ¡Y ya era hora de que alguien le cantar las cuarenta a la compañía de clacs! Todo iba bien hasta hace unos meses... Bueno, sí, te cobraban un ojo de la cara, pero al menos los mensajes llegaban a su destino raudos como una flecha. ¡Ahora en cambio todo son averías y reparaciones, y todavía han subido más los precios, oiga! Y nunca te dicen cuánto tiempo vas a tener que esperar, siempre te sueltan «en breve». Siempre «lamentan las molestias»: ¡hasta lo tienen escrito en un letrero que cuelgan en el despacho! Tan cálido y humano como lanzar un cuchillos, ya lo dijo usted. Así pues, ¿sabe qué acabamos de hacer? Hemos ido a la torre de clacs de la ciudad y nos hemos puesto serios con el joven Davey, que es un chaval honrado, y él nos ha devuelto todos los clacs que tenían que llegar por la mañana a la gran ciudad y que nunca fueron enviados. ¿Qué le parece, eh?

—¿Y eso no le va a dar problemas a él?

—Dice que iba a dejarlo de todas formas. A ninguno de los chavales le gusta cómo están llevando ahora la compañía. Hemos sellado todos los mensajes para que los lleve usted, tal como ofreció. Bueno, le dejo que se vista, señor Mustachen. Su caballo está listo. —Se detuvo ante la puerta—. Ah, una sola coa, señor, respecto a estos sellos...

—¿Sí? ¿Hay algún problema, señor Camellos? —preguntó Húmedo.

—En realidad no, señor. Yo nunca diría nada en contra de lord Vetinari, señor, ni de Ankh-Morpork — dijo aquel hombre que vivía a treinta kilómetros de una ciudadanía orgullosa y susceptible—, pero, ejem, no me parece correcto, lamer... bueno, lamer sellos de Ankh-Morpork. ¿No podría imprimirnos unos pocos para nosotros? Tenemos una reina, es buena chica. Quedaría bien en los sellos. Somos una ciudad importante ¿sabe?

—Veré qué puedo hacer, señor Camellos. ¿No tendrá un retrato de ella, por casualidad?

Todos van a querer los suyos, pensó mientras se vestía. Tener sellos propios puede acabar siendo igual que tener bandera propia o escudo propio. ¡Puede acabar siendo algo grande! Y yo seguro que podría hacer un trato con mi amigo el señor Bobinas, ya lo creo. Da igual que no se tenga oficina de correos propia, hay que tener sellos propios...

Se había congregado una multitud entusiasta que lo vio marcharse a lomos de un caballo que, aunque no era Boris, hacía lo que podía y por lo menos parecía entender para qué servían las riendas. Húmedo también agradecía el cojín que le habían puesto sobre la silla de montar. Aquello añadía brillo al cristal: ¡Ha cabalgado tan duro que le ha hecho falta un cojín!

Partió con una saca llena de correo. Por asombroso que pareciera, la gente había vuelto a comprar sellos solo para tenerlos. El Times había circulado. Acababa de aparecer algo nuevo, y la gente quería formar parte de ello.

En cuanto anduvo al medio galope por los campos, sin embargo, sintió que la chispa se le apagaba. Tenía trabajando para él a Stanley, a una panda de ancianos entusiastas pero decrépitos y a unos cuantos gólems. No podría mantener el ritmo.

Pero el truco era añadirle destellos. Contabas a la gente lo que tenías intención de hacer y la gente creía que eras capaz de hacerlo. Aquel viaje a caballo podría haberlo realizado cualquiera. Nadie lo había hecho. Todos seguían esperando a que se repararan los clacs.

Se tomó con calma el camino de regreso y aceleró al pasar junto a la torre de clacs que antes había visto en reparación. Seguía estando en reparación, de hecho, pero ahora pudo distinguir a más hombres alrededor y también en las alturas de la torre. Daba la poderosa sensación de que de repente las reparaciones irían mucho más deprisa.

Mientras estaba mirando, le pareció ver que alguien caía al vacío. Lo más seguro es que no fuera buena idea acercarse a ofrecer su ayuda, sin embargo, por lo menos si quería continuar viviendo con los mismos dientes. Además, desde la cúspide de la torre hasta los campos de repollos había una caída muy, muy larga, en la que se combinaban de forma muy conveniente la muerte y el entierro.

Volvió a apretar el paso al llegar a la ciudad. Por algún motivo, resultaba impensable llegar a la escalinata de la Oficina de Correos al trote. La cola de gente —porque seguía habiendo cola— le dedicó una ovación cuando llegó al medio galope.

El señor Ardite salió corriendo, en la medida en que un cangrejo puede correr.

—¿Puede hacer otra entrega en Sto Lat, señor? —gritó—. ¡Ya tengo otra saca llena! ¡Y todo el mundo está preguntando cuándo vamos a llevar cartas a Pseudópolis y a Quirm! ¡Hasta tengo una saca para Lancre!

—¿Cómo? ¡Pero si está a ochocientos malditos kilómetros, hombre!

Húmedo desmontó, aunque el estado de sus piernas convirtió la acción en algo más parecido a una caída.

—Ha habido bastante ajetreo desde que se marchó —dijo Ardite, ayudándole a mantener el equilibrio—. ¡Ya lo creo! ¡Nos falta personal! ¡Pero también ha venido gente que busca trabajo, señor, desde que ha salido lo del periódico! ¡Gente de las viejas familias del correo, como yo! ¡Hasta han vuelto algunos trabajadores que se habían jubilado! Me he tomado la libertad de aceptarlos como interinos de momento, ya que soy director en funciones. Confío en que no le parezca mal, señor... ¡Y el señor Bobinas está produciendo más sellos! Ya he tenido que mandar dos veces a Stanley a por más. ¡Y he oído que esta noche nos llegan los primeros de cinco peniques y los de un dólar! Qué gran momento, ¿eh, señor?

—Ejem... sí —dijo Húmedo. De pronto el mundo entero se había convertido en una especie de Boris: veloz, ansioso por morder e imposible de dirigir. La única forma de no acabar destrozado era seguir cabalgando.

En el vestíbulo se habían dispuesto más mesas provisionales. Estaban abarrotadas de gente.

—Les estamos vendiendo los sobres y el papel —explicó Ardite—. La tinta es gratis por la cara.

—¿Eso se le ha ocurrido a usted solo? —preguntó Húmedo.

—No, es lo que se hacía antes —dijo Ardite—. La señorita Maccalariat ha conseguido una remesa de papel barato de Bobinas.

—¿La señorita Maccalariat? —dijo Húmedo—. ¿Quién es la señorita Maccalariat?

—Viene de una familia muy antigua de la Oficina de Correos, señor —dijo Ardite—. Ha decidido trabajar para usted. —Se lo veía un poco nervioso.

—¿Perdón? —dijo Húmedo—. ¿Ella ha decidido trabajar para mí?

—Bueno, ya sabe cómo son las cosas con la gente de la Oficina de Correos, señor —dijo Ardite—. No nos gusta...

—¿Es usted el director de correos? —preguntó una voz agria detrás de Húmedo.

La voz se le metió en la cabeza, se abrió paso entre sus recuerdos, hurgó entre sus miedos, encontró las palancas precisas, tomó impulso y estiró. En el caso de Húmedo, encontró a frau Shambers. En su segundo año de escuela lo habían arrancado del simple y cálido jardín de infancia de frau Tissel, que olía a pintura de dedos, a masa de buñuelo salado y a intentos fallidos de aprender a usar el retrete, y lo habían arrojado a los fríos bancos gobernados por frau Shambers, que olían a Educación. Había sido tan doloroso como nacer, con el inconveniente añadido de que su madre no estaba presente.

Húmedo se giró automáticamente y bajó la vista. Sí, allí estaban: los zapatos severos, las medias negras y tupidas con un poco de pelusilla y la chaqueta de punto holgada —oh, sí, arrgh, la chaqueta de punto; frau Shambers solía llenarse las mangas de pañuelos, arrgh, arrgh—, así como las gafas y aquella expresión que parecía una escarcha temprana. La mujer también llevaba el pelo trenzado y enroscado a los dos lados de la cabeza con la forma de los discos que en Uberwald se llamaban «caracoles» pero que en Ankh-Morpork le daban aspecto de llevar sujeto a cada oreja un bollo glaseado y enrollado.

«Vamos a ver, señorita Maccalariat —dijo en tono firme—. El director de correos soy yo, y estoy al mando, y no tengo intención de dejarme intimidar por una empleada de atención al público solo porque sus antepasados trabajaban aquí. No me dan miedo sus zapatones, señorita Maccalariat, y sonrió feliz bajo su mirada de hielo. ¡Vergüenza debería darle! ¡Ahora soy adulto, frau Shambers, ya no me hace temblar su voz afilada y soy perfectamente capaz de controlar la vejiga por muy fijamente que me mire usted, ya lo creo que sí! ¡Porque el director de correos soy yo y mi palabra aquí es ley!»

Aquella fue la frase que dijo su cerebro. Por desgracia, mientras se dirigía a sus labios fue reconducida por su trémulo espinazo y acabó convirtiéndose en un «¡Ejem, sí!» que sonó como un chillido.

—Señor Mustachen, una pregunta: no tengo nada contra ellos, pero estos gólems que tiene empleados en mi Oficina de Correos, ¿son damas o caballeros? —exigió saber aquella mujer terrible.

Aquello fue lo bastante inesperado como para devolver a Húmedo de golpe a algo parecido a la realidad.

—¿Cómo? —dijo—. ¡No lo sé! ¿Qué más da? Un poco más de arcilla... o menos... ¿Por qué?

La señorita Maccalariat se cruzó de brazos, provocando que tanto Húmedo como el señor Ardite se apartaran instintivamente.

—Confío en que no esté haciéndose el gracioso conmigo, señor Mustachen —dijo ella en tono severo.

—¿Cómo? ¿El gracioso? ¡Yo nunca me hago el gracioso! —Húmedo intentó recobrar la compostura. Pasara lo que pasase a continuación, no podía dejarse castigar al rincón—. Yo no me hago el gracioso, señorita Maccalariat, no tengo costumbre personal de ser gracioso, y aunque tuviera inclinación a hacerlo, señorita Maccalariat, no se me ocurriría hacérmelo con usted. ¿Qué problema hay?

—Uno de ellos estaba en el... excusado de señoras, señor Mustachen —dijo la señorita Maccalariat.

—¿Y qué hacía? O sea, no comen, de manera que...

—Limpiarlo, al parecer —replicó la señorita Maccalariat, apañándoselas para sugerir que albergaba oscuras sospechas en aquel sentido—. Pero he oído que la gente se refiere a ellos como «señor».

—Bueno, siempre están haciendo trabajillos, porque no les gusta quedarse sin hacer nada —dijo Húmedo—. Y preferimos llamarlos «señor» a modo de título honorífico porque, ejem, no parece correcto llamarlos «eh, tú, cosa», y hay gente, sí, hay gente para quien no resulta adecuada la palabra «señorita», señorita Maccalariat.

—Es una cuestión de principios, señor Mustachen —dijo la mujer con firmeza—. A nadie que se llame «señor» se le permite entrar en el lavabo de señoras. Esa clase de cosas solo puede conducir al desmadre. No pienso tolerarlo, señor Mustachen.

Húmedo se la quedó mirando. Luego levantó la vista hacia el señor Pistón, que nunca andaba muy lejos.

—Señor Pistón, ¿hay alguna razón por la cual a uno de los gólems no se le pueda cambiar el nombre? —preguntó—. ¿En aras de evitar el desmadre?

—No, Señor Mustachen —dijo el gólem con voz retumbante.

Húmedo se volvió hacia la señorita Maccalariat.

—¿Iría bien «Gladys», señorita Maccalariat?

—Gladys sería suficiente, señor Mustachen —contestó la señorita Maccalariat, con más que un matiz de triunfo en la voz—. Tiene que llevar ropa adecuada, por supuesto.

—¿Ropa? —dijo Húmedo con un hilo de voz—. Pero los gólems no... no llevan... no les hace falta... —Tembló bajo aquella mirada y por fin se rindió—. Sí, señorita Maccalariat. ¿Algo de algodón a cuadros, tal vez, señor Pistón?

—Yo Me Encargo, Director General —dijo el gólem.

—¿Le parece bien, señorita Maccalariat? —preguntó Húmedo dócilmente.

—De momento —dijo la señorita Maccalariat, como si lamentara no tener más quejas—. El señor Ardite está al corriente de mis datos personales, director general. Ahora regresaré a cumplir debidamente con mis obligaciones, no vaya a ser que la gente intente robar otra vez las plumas. Hay que vigilarlos como a halcones, ya sabe.

—Una buena mujer —comentó Ardite, mientras ella se alejaba dando zancadas—. De la quinta generación de señoritas Maccalariat. Conservan el apellido de soltera por razones profesionales, claro está.

—¿Pero se casan?

En medio de la multitud que rodeaba el mostrador provisional se oyó una orden estridente: «¡Devuelva esa pluma ahora mismo! ¿Se cree que crecen en los árboles?».

—Síseñor —dijo Ardite.

—¿Arrancan las cabezas de sus maridos de una dentellada en la noche de bodas? —pregunté Húmedo.

—Eso sí que no lo sé, señor —dijo Ardite, sonrojándose.

—¡Pero si hasta tiene un poco de bigote!

—Síseñor. Para todos hay una persona especial en este mundo tan maravilloso, señor.

—¿Y me decía que ha llegado más gente buscando trabajo?

Ardite sonrió de oreja a oreja.

—Eso mismo, señor. Por la cosa del periódico, señor.

—¿Se refiere a lo de esta mañana?

—Supongo que eso ha ayudado, señor —dijo Ardite—. Pero a mí me da que lo decisivo ha sido la edición de mediodía.

—¿Qué edición de mediodía?

—¡Ocupamos toda la primera plana! —exclamó Ardite con orgullo—. Le he dejado un ejemplar arriba en su mesa...

Húmedo le puso en los brazos la saca del correo de Sto Lat.

—Mande esto a... clasificar —dijo—. Si hay bastante correo para llevar otro reparto, encuentre a algún chaval que ande loco porque le demos trabajo, dele un caballo y que lo lleve él. No tiene por qué ser deprisa; lo llamaremos el envío nocturno. Dígale que vaya a ver al alcalde y que vuelva por la mañana con todas las cartas nuevas que haya.

—A sus órdenes, señor —dijo Ardite—. También podríamos hacer envíos nocturnos a Quirm y a Pseudópolis, señor, si usáramos caballos de refresco igual que hace la diligencia...

—Un momento... ¿por qué no lo llevan las diligencias? —preguntó Húmedo—. Demonios, si todavía las llaman las diligencias del correo, ¿verdad? Sabemos que transportan cosas para la gente, de tapadillo. Pues bueno, la Oficina de Correos vuelve a funcionar. Que lleven nuestro correo. ¡Vaya a buscar a quien sea que las dirija y dígaselo!

—Síseñor —dijo Ardite, sonriente—. ¿Ya ha pensado en cómo haremos llegar cartas a la luna, señor?

—¡Cada cosa a su tiempo, señor Ardite!

—Eso es poco propio de usted, señor —replicó Ardite con alegría—. ¡Su estilo es más bien todo de golpe, señor!

Ojalá no lo fuera, pensó Húmedo mientras afrontaba con calma la escalera. Pero había que moverse deprisa. Él lo hacía siempre. Su vida entera había sido un movimiento. Había que moverse deprisa porque nunca se sabía qué te andaba pisando los talones...

Se detuvo en medio de las escaleras.

¡El señor Pistón no se los pisaba!

¡El gólem no había salido de la Oficina de Correos! ¡No había intentado darle caza! ¿Era porque Húmedo había salido a hacer un servicio postal? ¿Cuánto tiempo podía estar fuera haciendo servicios postales? ¿Podía tal vez fingir su propia muerte? ¿El viejo truco del montón de ropa en la playa? Valía la pena recordar aquello. Lo único que necesitaba era partir con la ventaja suficiente. ¿Cómo funcionaba en realidad la mente de un gólem? Tendría que preguntárselo a la señorita...

¡La señorita Buencorazón! ¡Había ido tan embalado que le había pedido una cita! Ahora podía ser un problema, porque tenía casi toda la mitad inferior del cuerpo en llamas, y no precisamente de pasión por la señorita Buencorazón. En fin, pensó mientras entraba en el despacho, a lo mejor podía encontrar un restaurante con los asientos muy blandos...

MÁS RÁPIDO QUE LA «VELOCIDAD DE LA LUZ»

El «anticuado» correo derrota a los clacs

El director de correos: «Nosotros no metemos puya»

Escenas asombrosas en la Oficina de Correos

Los titulares le lanzaron un grito en cuanto vio el periódico. Él estuvo a punto de devolvérselo.

Por supuesto que había dicho todo aquello. ¡Pero se lo había dicho a la sonrisa inocente de la señorita Sacharissa Cripslock, no al mundo entero! Y entonces ella lo había transcrito todo fielmente, y de pronto... aparecía aquello.

A Húmedo nunca le habían preocupado mucho los periódicos. Él era un artista. No le interesaban los grandes montajes. Había que estafar al hombre que se tenía delante, mirándole a los ojos con expresión sincera.

El retrato era bueno, sin embargo, eso tuvo que admitirlo. El caballo encabritado, la gorra penígera y por encima de todo el ligero desdibujamiento causado por la velocidad. Resultaba impresionante.

Se relajó un poco. El edificio estaba en funcionamiento, al fin y al cabo. La gente mandaba cartas. Ellos estaban repartiéndolas. De acuerdo, en gran parte se debía a que los clacs no funcionaban, pero tal vez con el tiempo la gente se daría cuenta de que escribir a tu hermana la que vivía en Sto Lat no tenía por qué costar treinta peniques para llegar tal vez al cabo de una hora, sino que tal vez pudiera costar cinco míseros peniques y estar allí por la mañana.

Stanley llamó a la puerta y la abrió sin esperar.

—¿Una taza de té, señor Mustachen? —preguntó—. Y un bollo, señor.

—Eres un ángel muy bien disfrazado, Stanley —dijo Húmedo, reclinándose en su asiento con cuidado y haciendo una mueca de dolor.

—Sí, gracias, señor —dijo Stanley en tono solemne—. Tengo unos cuantos mensajes para usted, señor.

—Gracias, Stanley —dijo Húmedo. Hubo una larga pausa, hasta que recordó que era Stanley con quien hablaba y añadió—: Por favor, dime de qué mensajes se trata, Stanley.

—Ejem... la señora de los gólems ha venido y ha dicho... —Stanley cerró los ojos—. «Dile al Señor Centella que le traeré ocho gólems por la mañana, y que si no está demasiado ocupado haciendo milagros acepto su invitación para cenar a las ocho en Le Foie Heureux, y que quedamos a las siete en el Tambor Remendado.»

—¿El Hígado Feliz? ¿Estás seguro? —Pero por supuesto que debía de ser correcto. Se trataba de Stanley—. ¡Ja, hasta la maldita sopa de ese sitio cuesta quince dólares! —dijo Húmedo—. ¡Y hay que esperar tres semanas para que te hagan una entrevista y ver si te conceden una reserva! ¡Te pesan la billetera! ¿Cómo cree que voy a...?

Su mirada se posó en la «caja del señor Robinson», que descansaba inocentemente en un rincón del despacho. A él le gustaba la señorita Buencorazón. La mayoría de la gente era... accesible. Tarde o temprano encontrabas los resortes que los accionaban; hasta la señorita Maccalariat debía de tener algún resorte en alguna parte, pese a que la mera idea resultaba espantosa. Pero Adora Belle presentaba batalla, y para guardarse las espaldas presentaba batalla antes incluso de ser atacada. Era un desafío, y por tanto resultaba fascinante. Era tan cínica, siempre tan a la defensiva y tan erizada... Y a Húmedo le daba la sensación de que ella lo tenía muy calado, mucho más que él a ella. A fin de cuentas, era una mujer intrigante. Y estaba guapa con un traje simple y severo, no había que olvidarse de aquello.

—Muy bien. Gracias, Stanley —dijo—. ¿Algo más?

El muchacho dejó sobre la mesa una lámina de sellos de color gris verdoso y ligeramente húmedos.

—¡Los primeros sellos de un dólar, señor! —anunció.

—¡Caramba, el señor Bobinas ha hecho un buen trabajo con estos! —exclamó Húmedo, contemplando los centenares de pequeñas estampitas de la Torre del Arte de la universidad—. ¡Hasta tienen pinta de valer un dólar!

—Sí, señor. Casi no se ve el hombrecito que salta desde la punta —dijo Stanley.

Húmedo le quitó la lámina de las manos.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Hace falta una lupa, señor. Y solo sale en unos pocos. En otros está en el agua. El señor Bobinas lo siente mucho, señor. Dice que tal vez se trate de algo de magia inducida. ¿Sabe lo que es, señor? Hasta un dibujo de una torre de magos puede ser un poco mágico en sí mismo... Los demás también tienen algún que otro defecto. En unos cuantos de los negros de un penique, la impresión ha salido mal y lord Vetinari tiene el pelo gris, señor. Y hay otros que han llegado sin pegamento, pero no pasa nada porque hay gente que los ha pedido así.

—¿Por qué?

—Dicen que es lo mismo que tener peniques de verdad pero pesan mucho menos, señor.

—¿A ti te gustan los sellos, Stanley? —preguntó Húmedo con amabilidad. Se sentía mucho mejor ahora que estaba sentado en algo que no subía y bajaba.

A Stanley se le iluminó la cara.

—Ya lo creo, señor. En serio, señor. ¡Son maravillosos, señor! ¡Asombrosos, señor!

Húmedo enarcó las cejas.

—Conque así de buenos son, ¿eh?

—Es como... bueno, ¡es como estar presente cuando inventaron el primer alfiler, señor! —La cara de Stanley relucía.

—¿En serio? El primer alfiler, ¿eh? —dijo Húmedo—. ¡Estupendo! Bueno, pues en ese caso, Stanley, te nombro jefe de sellos. Del departamento entero. Que, de hecho, eres tú ¿Qué te parece? Me imagino que ya sabes más que nadie de sellos.

—¡Ya lo creo, señor! Por ejemplo, en la primera tirada de sellos de un penique usaron una clase distinta de...

—¡Bien! —se apresuró a interrumpirlo Húmedo—. ¡Buen trabajo! ¿Puedo quedarme esta primera lámina? ¿De recuerdo?

—Claro, señor —dijo Stanley—. ¿Jefe de sellos, señor? ¡Uau! Ejem... ¿el cargo viene con gorra?

—Si tú quieres —respondió Húmedo con generosidad, doblando la lámina de sellos y guardándosela en el bolsillo. Era mucho más práctico que llevar dólares. Uau, ciertamente—. ¿O tal vez una camisa? —añadió—. Ya sabes, que diga: «Pregúnteme sobre sellos».

—¡Buena idea, señor! ¿Puedo ir a contárselo al señor Ardite, señor? ¡Va a estar muy orgulloso de mí!

—Adelante, Stanley —dijo Húmedo—. Pero vuelve dentro de diez minutos, ¿quieres? Tendré una carta lista para que la entregues... en persona.

Stanley se fue corriendo.

Húmedo abrió la caja de madera, que desplegó obedientemente sus bandejas, y flexionó los dedos.

Hum. Daba la impresión de que si alguien era, bueno, alguien en la ciudad, contrataba como impresores a Ingente y Bobinas. Húmedo hojeó las muestras de papel que había adquirido recientemente y vio algo:

COMPAÑÍA GRAN TRONCO

«A la velocidad de la luz»

Despacho de la Presidencia

Resultaba tentador. Muy tentador. Eran ricos, muy ricos. Hasta con sus problemas actuales, seguían siendo muy grandes. Y Húmedo nunca había conocido a un jefe de camareros que odiara el dinero.

Encontró un ejemplar del Times del día anterior. Había salido una imagen... sí, allí estaba. Había un retrato de Asidor D'Oropel, presidente de Gran Tronco, asistiendo a algún acto. Parecía una especie de pirata de clase alta, tal vez un bucanero, pero de los que se molestan en sacarle brillo al tablón de ejecuciones. Esa melena negra suelta, esa barba, ese parche en el ojo y, por los dioses, esa cacatúa... aquello sí que era cuidar la imagen, ¿eh?

Húmedo nunca había prestado mucha atención a la compañía Gran Tronco. Era demasiado grande y, por lo que había oído, prácticamente tenía empleado a un ejército propio. Las cosas podían ser duras en las montañas, donde a menudo no había nada parecido a un agente de la Guardia. No era buena idea robar a una gente que imponía su propio orden público. Solían ser bastante categóricos.

Pero lo que él pretendía hacer no era robar. Puede que ni siquiera comportara violar ninguna ley. Engañar al maître de un restaurante era prácticamente un servicio al público.

Volvió a mirar la imagen. A ver, ¿cómo firmaría un hombre así?

Hum... fluida pero pequeña, así sería la caligrafía de Asidor D'Oropel. Se trataba de una personalidad tan recargada, tan sociable y tan enorme que alguien a quien se le dieran bien aquellas cosas podría preguntarse si no estaba ante otra esquirla de cristal que intentaba relucir como un diamante. Y la esencia de la falsificación era conseguir, valiéndose del despiste y de buscar meticulosamente el momento oportuno, que el cristal tuviera más aspecto de diamante que el mismo diamante.

En fin, valía la pena intentarlo. Tampoco es que fuera a estafar a nadie, hablando en sentido estricto.

Hum. Pequeña pero fluida, sí... pero alguien que nunca hubiera visto la caligrafía de aquel hombre esperaría que fuera extravagantemente grande y retorcida, igual que él...

Húmedo posó la pluma sobre el papel con membrete y escribió:

Señor maître de Le Foie Heureux:

Le estaría enormemente agradecido si pudiera encontrar una mesa para mi buen amigo el señor Mustachen y su acompañante a las ocho de esta noche.

Asidor D'Oropel

Era buena idea lo de «enormemente agradecido». Lo más seguro es que el personaje de Asidor D'Oropel dejara unas propinas de marinero borracho.

Dobló la carta y ya estaba escribiendo la dirección en el sobre cuando entraron Stanley y Ardite.

—Tiene una carta, señor Mustachen —dijo Stanley con orgullo.

—Sí, aquí está —dijo Húmedo.

—No, quiero decir que ha llegado otra para usted —explicó el muchacho.

Se intercambiaron los sobres. Húmedo echó un vistazo somero al que acababa de recibir y lo abrió con el pulgar.

—Traigo malas noticias, señor —dijo Ardite, mientras Stanley se marchaba.

—¿Hum? —dijo Húmedo, mirando la carta.

Director general de correos:

La línea de clacs de Pseudópolis se averiará mañana a las nueve de la mañana.

El Gnu Humeante

—Sí, señor. He ido a la oficina de las diligencias —continuó Ardite—, y les he repetido lo que me ha dicho usted, y me han contestado que se ocupe usted de sus negocios, si no le importa, y que ellos se encargarán de los suyos.

—Hum —dijo Húmedo, aún mirando la carta—. Vaya, vaya. ¿Ha oído usted hablar de alguien que se hace llamar «El Gnu Humeante», señor Ardite?

—¿Qué es un ñu, señor?

—Algo así como una vaca peligrosa, creo —dijo Húmedo—. Ejem... ¿qué me decía de la gente de las diligencias?

—Que se han puesto descarados conmigo, señor, así es como se han puesto —respondió Ardite—. Yo les he dicho, les he dicho que era el ayudante en jefe del director de correos, y ellos me han contestado «¿Y qué?», señor. Luego les he dicho que se lo contaría a usted, señor, y ellos me han contestado... ¿quiere saber qué me han contestado, señor?

—Hum. Oh, sí. Me muero de curiosidad, Toliverio. —La mirada de Húmedo volvió a examinar una y otra vez la extraña carta.

—Pues me han contestado «Mira qué bien» —dijo Ardite, convertido en un dechado de indignación moral.

—Me pregunto si el señor Dispuesto todavía podrá hacerme un hueco... —murmuró Húmedo, mirando al techo.

—¿Cómo dice, señor?

—No, nada. Supongo que tendré que ir a hablar con ellos. Vaya a buscar al señor Pistón, ¿quiere? Y dígale que se traiga con él a un par más de gólems, por favor. Quiero causar... impresión.

\* \* \*

Igor abrió la puerta principal en respuesta a la llamada.

Pero allí no había nadie. Salió y miró a un lado y a otro de la calle.

Pero allí no había nadie.

Volvió a entrar, cerró la puerta detrás de él y se encontró con que nadie estaba esperando en el recibidor, con la capa negra chorreando agua de lluvia y quitándose el sombreo plano y de ala ancha.

—Ah, zeñor Gryle —saludó Igor a la alta figura—. Tendría que haberme dado cuenta de que era uzted.

—Me ha llamado Asidor D'Oropel —dijo Gryle. Su voz era más bien un susurro.

El clan de los Igors había perdido toda tendencia al estremecimiento con el paso de las generaciones, lo cual era una suerte. Igor se sentía incómodo en presencia de Gryle y los de su especie.

—El amo eztá ezperándolo en... —empezó a decir.

Pero allí no había nadie.

No se trataba de magia, y Gryle no era un vampiro. Los Igors notaban aquellas cosas. Era solo que aquel hombre carecía de nada sobrante: ni le sobraba carne ni tiempo ni palabras. Resultaba imposible imaginarse a Gryle coleccionando alfileres o saboreando vino, ni siquiera vomitando después de comerse un pastel de carne en mal estado. La imagen de aquel hombre cepillándose los dientes o durmiendo era imposible de formar en la mente. Daba la impresión de que se estaba refrenando a duras penas de matarte.

Pensativo, Igor fue a su habitación situada junto a las cocinas y se aseguró de que su pequeña bolsa de cuero estuviera lista, por si acaso.

En su estudio, Asidor D'Oropel sirvió una copita de coñac. Gryle miró a su alrededor con unos ojos que no parecían acostumbrados al paisaje confinado de una sala.

—¿Y para usted? —preguntó D'Oropel.

—Agua —dijo Gryle.

—Supongo que sabe por qué lo he llamado.

—No. —Gryle no era un hombre dado a la charla trivial, ni tampoco, ya puestos, a la de ninguna otra clase.

—¿Ha leído los periódicos?

—No leo.

—Pero está enterado de lo de la Oficina de Correos.

—Sí.

—¿Cómo? Si no le importa que se lo pregunte.

—La gente habla.

D'Oropel aceptó aquello. El señor Gryle tenía un talento especial, y si aquel talento venía acompañado de unos modales más bien raros, pues que así fuera. Además, era de confianza; se trataba de un hombre sin término medio. Nunca intentaría el chantaje, porque hacerlo sería la primera jugada de una partida que casi seguro que terminaría con la muerte de alguien. Si el señor Gryle se veía en tal partida, se limitaría a matar, sin pensarlo dos veces, a fin de ahorrar tiempo, y daría por sentado que cualquier otro haría lo mismo. Era probable que estuviera loco, según los estándares humanos habituales, pero costaba asegurarlo. La expresión «normal de forma distinta» podía servir bastante bien. Al fin y al cabo, lo más seguro era que Gryle pudiera derrotar a un vampiro en menos de diez segundos, y no tenía ninguna de las vulnerabilidades de los vampiros, salvo quizás una afición desmedida por las palomas. Había sido todo un hallazgo.

—¿Y no ha descubierto nada sobre el señor Mustachen? —preguntó D'Oropel.

—No. Padre muerto. Madre muerta. Criado por abuelo. Mandado a escuela lejos de casa. Intimidado por matones. Escapó. Desaparecido —dijo la alta figura.

—Hum. Me pregunto dónde habrá estado todo este tiempo... o quién habrá sido.

Gryle no desperdició el aliento en preguntas retóricas.

—Es un... estorbo.

—Entendido.

Y aquel era su encanto. Que el señor Gryle de verdad lo entendía. Casi nunca necesitaba órdenes: solo había que especificar el problema. El hecho de que fuera Gryle a quien se lo estuvieras especificando aseguraba en gran medida cuál sería la solución más probable.

—El edificio de la Oficina de Correos es antiguo y está lleno de papeles. Papeles muy secos —dijo D'Oropel—. Sería lamentable que ese sitio un antiguo y bonito se quemara todo.

—Entendido.

Y aquella era otra ventaja que tenía Gryle. Que no hablaba mucho. Y en particular no hablaba de los viejos tiempos, ni de las demás pequeñas soluciones que había proporcionado a Asidor D'Oropel. Y nunca decía cosas como «¿A qué se refiere?». Lo entendía.

—Requiero mil trescientos dólares —dijo.

—Por supuesto —dijo D'Oropel—. Lo transferiré por clacs a su cuenta en...

—Prefiero metálico —replicó Gryle.

—¿Oro? No tengo tanta cantidad aquí —dijo D'Oropel—. Lo puedo reunir en unos días, claro, pero creía que usted prefería...

—Ya no confío en las torres de señales.

—Pero nuestras cifras están muy bien...

—Ya no confío en las torres de señales —repitió Gryle.

—De acuerdo.

—Descripción —pidió Gryle.

—Nadie parece recordar qué aspecto tiene —dijo D'Oropel—. Pero siempre lleva una gorra grande y dorada con alas y tiene un apartamento dentro del edificio.

Hubo un movimiento fugaz en los finos labios de Gryle. Era una sonrisa, presa del pánico por encontrarse en un lugar tan poco acostumbrado.

—¿Puede volar? —preguntó.

—Por desgracia, no parece inclinado a aventurarse en lugares elevados —dijo D'Oropel.

Gryle se puso de pie.

—Lo haré esta noche.

—Ese es mi hombre. O mejor dicho...

—Entendido —dijo Gryle.

## 

## CAPÍTULO IX

### Hoguera

Tortazos y Cañería — Gladys lo Consigue — La Hora de los Muertos — Miedo Irracional a la Espinaca Dental — «Las peleas como es debido no se montan ellas solas.» — Cómo Robaron el Tronco — El Arrechucho de Stanley — El protocolo de los cuchillos — Cara a Cara — Fuego

Los coches del correo habían sobrevivido a la decadencia y caída de la Oficina de Correos porque no les había quedado otro remedio. A los caballos había que darles de comer. Además, los coches siempre habían transportado a pasajeros. Las salas quedaron en silencio, las lámparas de araña desaparecieron junto con todo lo demás, hasta las cosas que estaban clavadas, pero fuera, en el gran patio de las caballerizas, el servicio de diligencias vivió su auge. No es que se robaran los coches, ni tampoco que se heredaran... tan solo pasaron espontáneamente a manos de la gente de las diligencias.

Luego, según decía Ardite, que se consideraba el custodio de todo el conocimiento de la Oficina de Correos, el Gran Jim «Aguantando» Virtical había comprado su parte a los demás cocheros con el dinero que había ganado apostando por sí mismo en un combate a puñetazo limpio contra Harold «El Cerdo» Botas, y por eso ahora la empresa de diligencias la llevaban sus hijos Harry «Tortazos» Virtical y el Pequeño Jim «Cañería» Virtical.

Húmedo se dio cuenta de que allí iba a hacer falta andarse con cuidado.

El eje o centro nervioso de la empresa de diligencias era un cobertizo grande que había al lado de la cuadra. Olía... no, apestaba... no, hedía a caballos, cuero, medicinas de veterinario, carbón del malo, coñac y puros baratos. Aquello era un auténtico pestazo. El aire podría haberse cortado en cubitos y venderse como material barato de construcción.

Al entrar Húmedo, un hombre enorme, a quien las múltiples capas de chalecos y abrigos hacían prácticamente esférico, se estaba calentando el trasero junto a la estufa llameante. Había otro hombre de figura más o menos idéntica mirando por encima del hombro de un secretario, los dos concentrados en unos papeles.

Era obvio que se estaba discutiendo algo relacionado con el personal de la empresa, porque el hombre situado junto al fuego estaba diciendo:

—... bueno, pues si está enfermo pon al joven Alfred en el turno de noche y...

Se detuvo al ver a Húmedo y dijo:

—¿Sí, señor? ¿Qué podemos hacer por usted?

—Llevar mis sacas del correo —dijo Húmedo.

Los tres lo miraron fijamente y entonces el hombre que se había estado tostando el trasero sonrió. Jim y Harry Virtical podrían haber sido gemelos. Eran hombres inmensos, con pinta de haber sido modelados a base de carne de cerdo y beicon grasiento.

—¿Es usted ese flamante nuevo director de correos del que hemos oído hablar?

—El mismo.

—Sí, bueno, ya ha venido antes su empleado —dijo el tostador—. Se ha puesto a rajar y rajar que teníamos que hacer esto y lo otro, ¡y no ha dicho ni una palabra del precio!

—¿Precio? —preguntó Húmedo, extendiendo las manos y sonriendo ampliamente—. ¿Conque se trata de eso? Fácil, pues. Bien fácil.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y gritó:

—¡Vale, Gladys!

Se oyeron gritos en la oscuridad del patio y luego un crujido de madera.

—¿Qué demonios ha hecho? —dijo el hombre esférico.

—Este es mi precio —dijo Húmedo—. Aceptan ustedes transportar mis cartas y a cambio no les arrancarán ninguna otra rueda de esa diligencia que hay ahí fuera. No puedo ofrecer un trato más justo, ¿verdad?

El hombre hizo el gesto de echársele encima, gruñendo, pero el otro cochero lo agarró por el abrigo.

—Tranquilo, Jim —dijo—. Que este tipo es del gobierno y tiene gólems a sus órdenes.

De forma oportuna, el señor Pistón entró en la sala, agachándose para caber por la puerta. Jim se quedó mirándolo con el ceño fruncido.

—¡A mí los gólems no me dan miedo! —gritó—. ¡No se les permite hacer daño a la gente!

—Error —dijo Húmedo—. Un error fatal, probablemente.

—Pues entonces vamos a llamar a la Guardia —dijo Harry Virtical sin dejar de refrenar a su hermano—. Todo oficial, como ha de ser. ¿Qué le parece?

—Bien, llamen a la Guardia —replicó Húmedo—. Y yo les diré que estoy recuperando propiedades robadas. —Levantó la voz—: ¡Gladys!

Se oyó otro ruido estridente procedente de fuera.

—¿Robadas? ¡Estos coches son nuestros! —dijo Harry Virtical.

—Otro error, me temo —dijo Húmedo—. ¿Señor Pistón?

—Los Coches Del Correo Nunca Fueron Vendidos —dijo el gólem con voz retumbante—. Son Propiedad De La Oficina De Correos. Tampoco Se Ha Pagado Alquiler Por El Uso De Las Instalaciones De La Oficina De Correos.

—¡Muy bien, se acabó! —rugió Jim, sacudiéndose a su hermano de encima. Los puños del señor Pistón se elevaron al instante.

El mundo se detuvo.

—Un momento, Jim, espera un momentito —dijo Harry Virtical con cautela—. ¿A qué juega usted, señor cartero? Los coches del correo siempre habían llevado pasajeros también, ¿verdad? Y luego dejó de haber correo que transportar pero la gente seguía queriendo viajar, y los coches estaban aquí abandonados y hacía falta dar de comer a los caballos, así que nuestro padre se hizo cargo del forraje y de las facturas del veterinario, y nadie...

—Lleven mi correo —propuso Húmedo—. Eso es todo. Que cada diligencia se lleve las sacas y las entregue donde yo diga. Eso es todo. Dígame dónde van a encontrar un trato mejor esta noche, ¿eh? Podrían probar a ver si tienen suerte y convencen a Vetinari de que quien lo encuentra se lo queda, pero la cuestión tardaría bastarse en resolverse y entretanto perderían un buen montón de maravillosos ingresos... ¿No? Muy bien. Glady...

—¡No! ¡No! Espere un minuto —dijo Harry—. ¿Solo las sacas? ¿Eso es todo?

—¿Cómo? —dijo Jim—. ¿Quieres negociar? ¿Por qué? Dicen que la posesión es nueve décimas partes de la ley, ¿no?

—Y yo poseo muchos gólems, señor Virtical —dijo Húmedo—. Y ustedes no poseen ni escrituras ni hipotecas ni recibos de venta.

—¿Ah, no? ¡Pues dentro de poco usted no va a poseer dientes, amigo! —exclamó Jim, acercándosele pesadamente.

—A ver, a ver —dijo Húmedo, adelantándose con rapidez al señor Pistón y levantando una mano—. No vuelva a matarme, señor Virtical.

Los dos hermanos parecieron desconcertados.

—Yo juraré que Jim no le ha puesto un dedo encima para nada, que es la verdad —dijo Harry—. ¿A qué está jugando usted?

—Oh, sí lo ha hecho, Harry —dijo Húmedo—. Ha perdido los nervios, me ha arreado un puñetazo, yo me he caído, me he golpeado la cabeza con ese viejo banco de ahí y me he levantado sin saber dónde demonios estaba. Luego usted ha intentado refrenar a Jim, pero él me ha golpeado con esa silla, esa de ahí, y yo me he caído para ya no volver a levantarme. Los gólems lo han atrapado a usted, Harry, pero Jim se ha podido escapar, aunque al final la Guardia lo ha capturado en Sto Lat. Ah, menudas escenas, menudas persecuciones, y al final los dos han terminado en el Rapapolvo, ambos acusados de asesinato...

—¡Eh, yo no le he golpeado con ninguna silla! —protestó Harry, con los ojos muy abiertos—. Ha sido Ji... Eh, un momento...

—... y esta mañana el señor Dispuesto les ha tomado las medidas para su última corbata y allí se han visto ustedes, en ese cuartito que hay debajo de la horca, sabiendo que han perdido su negocio, sus diligencias, que han perdido esos estupendos caballos, y un par de minutos más tarde...

Húmedo dejó la frase flotando en el aire.

—¿Y? —dijo Harry.

Los dos hermanos lo miraban con unas expresiones de confusión horrorizada que, como aquello no saliera bien, en cinco segundos se fundirían en un arranque de violencia. El truco era mantenerlos desconcertados.

Húmedo contó mentalmente hasta cuatro sin dejar de sonreír beatíficamente.

—Y entonces ha aparecido un ángel —dijo.

\* \* \*

Diez minutos podían cambiar muchas cosas. Ahora bastaron para preparar dos tazas de té tan espeso que podía untarse en una tostada.

Lo más seguro es que los hermanos Virtical no creyeran en los ángeles. Pero sí creían en las trolas, y eran la clase de gente que las admiraba cuando alguien las decía con estilo. Existe un tipo de hombre grandullón y trabajador que no tiene ninguna paciencia con los cuentistas y los que se andan con evasivas, pero aun así aplaudirá a cualquiera capaz de colar una trola tremenda con un centelleo en el ojo.

—Es muy curioso que haya venido usted esta noche —dijo Harry.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque esta tarde ha venido un tipo de Gran Tronco y nos ha ofrecido un montón de pasta por la empresa. Demasiada pasta, se podría decir.

Vaya, pensó Húmedo. Aquí está empezando algo...

—Pero usted, señor Mustachen, no nos está ofreciendo nada más que chulería y amenazas —dijo Jim—. ¿Le apetece subir su oferta?

—Muy bien. Más amenazas —respondió Húmedo—. Pero les regalaré una mano de pintura nueva en todos los coches. Sean sensatos, caballeros. Hasta ahora lo han tenido fácil, pero ahora nosotros volvemos a estar en activo. Lo único que tienen que hacer ustedes es lo que han hecho siempre, pero además llevar mi correo. Venga ya, tengo a una dama esperándome y ya saben que a las damas no hay que hacerlas esperar. ¿Qué me dicen?

—¿Es un ángel esa dama? —preguntó Harry.

—Probablemente él confía en que no, jo, jo. —Jim tenía una risa como la carraspera de toro.

—Jo, jo —dijo Húmedo en tono solemne—. Ustedes limítense a llevar las sacas, caballeros. La Oficina de Correos llegará lejos y les estoy dando la oportunidad de ir en el pescante.

Los hermanos se miraron. A continuación sonrieron. Pareció que una sola sonrisa se extendía por dos caras rojizas y relucientes.

—Le habría caído usted bien a nuestro padre —dijo Jim.

—Lo que está más claro que el agua es que no le habrían caído bien esos diablos de Gran Tronco —dijo Harry—. Necesitan que les bajen los humos, señor Mustachen, y la gente dice que el hombre indicado para eso es usted.

—En esas torres muere gente —dijo Jim—. Nosotros lo vemos, ¿sabe? ¡Ya lo creo, carajo! Las torres siguen los caminos de las diligencias. Antes teníamos el contrato para llevar a la gente a las torres y los oíamos hablar. Solían tener una hora al día en que cerraban el Tronco entero para hacer mantenimiento.

—La Hora de los Muertos, la llamaban —dijo Harry—. Justo antes de amanecer. Es entonces cuando muere la gente.

\* \* \*

A lo ancho del continente, la línea de luces parecía un collar de cuentas en la oscuridad previa al amanecer. Y entonces empezaba la Hora de los Muertos, avanzando desde ambos extremos del Gran Tronco, a medida que los postigos de la línea ascendente y de la descendente se vaciaban de mensajes y dejaban de moverse, uno tras otro.

Los hombres de las torres se enorgullecían de la velocidad con que podían hacer pasar sus torres de la transmisión diurna en blanco y negro al modo de luz y oscuridad de la noche. En un buen día eran capaces de hacerlo sin apenas interrumpir la transmisión, aferrándose a escalerillas oscilantes a alturas de vértigo mientras a su alrededor los postigos traqueteaban y parloteaban. Había héroes que encendían las dieciséis lámparas de una torre de las grandes en menos de un minuto, deslizándose de bajada por las escaleras de mano, columpiándose agarrados a sogas y manteniendo viva su torre. «Viva» era la palabra que usaban. Nadie quería una torre a oscuras, ni que fuera por un minuto.

La Hora de los Muertos era distinta. Se trataba de una hora para hacer reparaciones, cambios de piezas y tal vez incluso algo de papeleo. Sobre todo cambios de piezas. Era complicado reparar un postigo en las alturas de la torre cuando el viento la hacía temblar y congelaba la sangre de los dedos, y al final era mejor desencajarlo y dejarlo caer y colocar otro en su lugar. Pero cuando apremiaba el tiempo, resultaba tentador desafiar al viento y tratar de desatascar los putos postigos a mano.

A veces el viento ganaba. La Hora de los Muertos era cuando morían los hombres.

Y cuando moría un hombre, lo mandaban a casa por clacs.

\* \* \*

Húmedo se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—Así es como lo llaman —dijo Harry—. No es literal, claro. Pero sí que envían su nombre de un lado a otro del Tronco, terminando en la torre que quede más cerca de la casa del muerto.

—Sí, pero dicen que a veces esa persona se queda en las torres, de algún modo —dijo Jim—. «Vivir en la Cabecera», lo llaman ellos.

—Aunque lo dicen sobre todo cuando van bolingas —añadió Harry.

—Sí, sí, sobre todo bolingas, ya lo creo —dijo su hermano—. Los hacen trabajar. Ya no hay Hora de los Muertos. Solo les dan veinte minutos. Y encima, han reducido la plantilla. Antes ofrecían servicio lento los octingos, pero ahora es alta velocidad todo el tiempo, lo que pasa es que las torres no paran de averiarse. Hemos visto a chavales que bajan de las torres con los ojos dando vueltas y las manos temblando y la picha hecha un lío; Los vuelve locos. ¿Que no? Ya lo creo, carajo.

—Solo que ya estaban locos antes —dijo Harry—. Hay que estar loco para trabajar ahí arriba en esos trastos.

—Se vuelven tan locos que hasta los locos normales y corrientes creen que están locos.

—Es verdad. Pero siguen subiendo como si nada. Los clacs siempre los hacen volver. Los clacs son sus dueños, se les meten en el alma —dijo Harry—. Cobran una miseria, pero le juro que serían capaces de subir gratis a esas torres.

—El Gran Tronco usa sangre como combustible, desde que se hizo cargo esa panda nueva. Se dedican a matar a hombres por dinero —dijo Jim.

Harry vació su taza de un trago.

—Nosotros no queremos tener nada que ver con eso —dijo—. Transportaremos su correo, señor Mustachen, aunque lleve puesta esa gorra ridícula de las narices.

—Díganme —pidió Húmedo—, ¿han oído hablar alguna vez del Gnu Humeante?

—No sé mucho —dijo Jim—. Un par de los muchachos lo mencionaron una vez. Vienen a ser operarios de señales rebeldes o algo así. Algo relacionando con la Cabecera.

—¿Qué es la Cabecera? Ejem... ¿hay gente muerta viviendo en ella?

—Mire, señor Mustachen, nosotros solo escuchamos lo que dicen, ¿vale? —dijo Jim—. Les damos conversación, porque cuando bajan de las torres están tan adormilados que son capaces de dejarse atropellar por tu diligencia...

—Es el bamboleo del viento —dijo Harry—. Caminan como marineros.

—Eso es. ¿La Cabecera? Bueno, dicen que muchos de los mensajes que transportan los clacs son sobre los mismos clacs, ¿vale? Órdenes de la empresa, mensajes de administración, mensajes sobre los mensajes...

—... nombres de gente muerta... —dijo Húmedo.

—Sí, eso también. Pues bueno, el Ñu Humeante tiene algo que ver con todo eso —continuó Jim—. Es lo único que sé. Yo me dedico a conducir carruajes, señor Mustachen. No soy un tipo listo como los que están en las torres. ¡Ja, soy lo bastante tonto como para mantener los pies en el suelo!

—Háblale al señor Mustachen de la Torre 93, Jim —dijo Harry—. ¡Haz que se cague de miedo!

—Ah, sí, ¿no ha oído hablar de ella? —preguntó Jim, mirando a Húmedo con astucia.

—No. ¿Qué pasó?

—Era una torre donde solo había dos hombres, cuando deberían haber sido tres. Uno de ellos salió en plena ventisca para desencallar un postigo atascado, cosa que no debería haber hecho, y se cayó y la cuerda de seguridad se le enredó en el cuello. Así que el otro tipo salió corriendo a buscarlo, sin su propia cuerda de seguridad, cosa que no debería haber hecho, y por lo visto el viento lo despeñó de la torre.

—Qué horrible —dijo Húmedo—. Aunque no da miedo, exactamente.

—Ah, ¿quiere oír la parte que da miedo? Diez minutos después de que murieran los dos, la torre mandó un mensaje pidiendo ayuda. Mandado con la mano de un muerto. —Jim se levantó y se puso su tricornio—. Tengo que salir con una diligencia dentro de veinte minutos. Encantado de conocerlo, señor Mustachen. —Abrió un cajón de su destartalado escritorio y sacó un trozo de cañería de plomo—. Esto es para los salteadores de caminos —dijo, y a continuación sacó una petaca de coñac grande y plateada—. Y esto es para mí —añadió, con bastante más satisfacción—. ¿Que no? ¡Ya lo creo, carajo!

Y yo que creía que la Oficina de Correos estaba llena de chiflados, pensó Húmedo.

—Gracias —dijo, poniéndose de pie. Entonces se acordó de la extraña carta que tenía en el bolsillo, y con la que todavía no sabía qué hacer, y añadió—: ¿Llevan alguna diligencia mañana a Pseudópolis?

—Sí, la de las diez en punto —respondió Harry.

—Tendremos una saca para llevar allí —prometió Húmedo

—¿Vale la pena? —dijo Jim—. Está a más de ochenta kilómetros y he oído decir que ya han reparado el Tronco. Es un trayecto con paradas, no llegaremos hasta que sea casi oscuro.

—Hay que hacer el esfuerzo, Jim —dijo Húmedo.

El cochero clavó en él una mirada que indicaba que pensaba que Húmedo andaba tramando algo, pero dijo:

—En fin, tiene usted iniciativa, eso se lo reconozco. Esperaremos su saca, señor Mustachen, y que tenga mucha suerte. Ahora tengo que irme corriendo, señor.

—¿Qué diligencia va a sacar ahora? —preguntó Húmedo.

—Hago los dos primeros tramos del servicio rápido nocturno a Quirm, que sale a las siete —dijo Jim—. Si es que todavía le quedan ruedas al trasto.

—¿Son casi las siete?

—Faltan veinte minutos.

—¡Voy a llegar tarde!

Los cocheros le vieron cruzar corriendo el patio, seguido lentamente por el señor Pistón y Gladys.

Jim se puso los gruesos guanteletes de cuero con cara pensativa y luego dijo a su hermano:

—¿Sabes esas sensaciones raras que le dan a uno?

—Me da que sí, Jim.

—¿Y tú no crees que mañana habrá una avería de los clacs entre aquí y Pseudópolis?

—Qué curioso que lo menciones. Ojo, que tal como han estado yendo las cosas, ya de por sí sería una apuesta doble contra sencillo. A lo mejor solo es que al tipo le gustan las apuestas.

—Sí —dijo Jim—. Sí. ¿Que no? ¡Ya lo creo, carajo!

\* \* \*

Húmedo se quitó como pudo el traje dorado. Era buena publicidad, sin duda, y cuando lo llevaba tenía la sensación de que le salía el estilo por las orejas, pero presentarse vestido de aquella manera en el Tambor Remendado era pedir que le pegaran en la cabeza con un taburete y que lo que le saliera por las orejas acabara siendo otra cosa de la que era mejor no hablar.

Tiró la gorra penígera encima de la cama y se puso a toda prisa el segundo traje que le habían hecho los gólems. Sombrío, había dicho él. Y aquello por lo menos había que reconocérselo a los sastres gólems: era un traje tan negro que si lo rociabas de estrellas los búhos chocarían contra él. Húmedo necesitaba más tiempo, pero Adora Belle Buencorazón no era alguien a quien conviniese hacer esperar.

—Le queda bien, señor —dijo Ardite.

—Gracias, gracias —dijo Húmedo, forcejeando con la corbata—. Lo dejo a usted al mando, señor Ardite. Esta noche la cosa tendría que estar tranquila. Acuérdese: mañana a primera hora, todo el correo para Pseudópolis, a diez peniques la carta, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, señor. ¿Esta vez puedo ponerme la gorra? —suplicó Ardite.

—¿Qué? ¿Qué? —dijo Húmedo, mirándose al espejo—. Oigan, ¿tengo espinaca entre los dientes?

—¿Ha Comido Espinacas Hoy, Señor? —preguntó Pistón.

—No como espinacas desde la edad en que aprendí a escupir —dijo Húmedo—. Pero es la típica cosa de la que la gente se preocupa en momentos como este, ¿no? Yo creía que era algo que salía solo. Ya sabe... como el musgo... ¿Qué me estaba preguntando, Toliverio?

—Que si puedo llevar la gorra, señor —repitió Ardite con paciencia—. Dado que voy a sustituirle mientras está fuera, señor.

—Pero es que tenemos cerrado, Ardite.

—Sí, pero... es solo que... me gustaría llevar la gorra. Un ratito, señor. Solo un ratito. Si no le importa. —Ardite cambió de postura, incómodo—. O sea, me voy a quedar al mando.

Húmedo suspiró.

—Sí, por supuesto, señor Ardite. Puede usted llevar la gorra. ¿Señor Pistón?

—¿Sí, Señor?

—El señor Ardite queda al mando esta noche. Y no me siga usted, por favor.

—No Lo Seguiré. Acaba De Empezar Mi Día Libre. El De Todos Nosotros. Volveremos Mañana Al Ocaso —dijo el gólem.

—Ah... sí. —Un día libre por semana, había dicho la señorita Buencorazón. Era parte de lo que distinguía a los gólems de los martillos—. Me habría gustado que me avisara con un poco más de antelación, ¿sabe? Vamos a quedarnos algo cortos de personal.

—Se Le Avisó, Señor Mustajen.

—Sí, sí. Es una norma. Es solo que mañana va a ser...

—No se preocupe por nada, señor —dijo Ardite—. Algunos de los muchachos a los que he contratado hoy, señor, son hijos de carteros, señor, y nietos. No hay problema, señor. Saldrán mañana a hacer el reparto.

—Ah, bueno. Entonces no pasa nada. —Húmedo se volvió a ajustar la corbata. No era fácil encontrar trajes con corbata negra sobre camisa negra bajo chaqueta negra—. ¿Estoy bien, señor Pistón? ¿Sigue sin haber ningún ataque de espinacas? Mire que he quedado con una señorita.

—Sí, Señor Mustajen. Con La Señorita Buencorazón —dijo el gólem tranquilamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Húmedo.

—Porque Lo Gritó Usted Delante De Aproximadamente Cien Personas, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón—. Nosotros, Es Decir, Señor Mustajen, Todos Los Gólems, Desearíamos Que La Señorita Buencorazón Fuera Más Feliz. Ha Tenido Muchos Problemas. Está Buscando A Alguien Que...

—¿... lleve encendedor? —se apresuró a decir Húmedo—. ¡Pare ahí, señor Pistón, por favor! Los cupidos son unos... niñitos con sobrepeso y pañales, ¿de acuerdo? No son gente corpulenta de arcilla.

—Anghammarad Dijo Que Ella Le Recordaba A Lila La Diosa De Los Volcanes, Que Suelta Humo Todo El Tiempo Porque El Dios De La Lluvia Le Ha Rociado La Lava —continuó el gólem.

—Sí, pero las mujeres siempre se quejan de esas cosas —dijo Húmedo—. Estoy presentable, ¿verdad, señor Ardite?

—Oh, señor —dijo Ardite—. No creo que el señor Húmedo von Mustachen tenga que preocuparse de nada cuando sale para una cita con una señorita, ¿eh?

Pero ahora que lo pienso, pensó ahora Húmedo mientras corría por las calles atestadas, es la primera vez que salgo para una cita con una señorita. Bueno, Albert y todos los demás habían tenido citas con centenares de ellas y se habían divertido de todas las maneras imaginables, incluyendo una vez en que le dislocaron la mandíbula, que solo fue divertido de una forma nada divertida. Pero para Húmedo era la primera vez. Siempre había estado escondido detrás del bigote falso o de las gafas o, en realidad, simplemente detrás de la identidad falsa. Volvía a tener la sensación de estar desnudo y empezó a desear no haberse quitado el traje dorado.

Cuando llegó al Tambor Remendado, se acordó de por qué lo había hecho.

La gente no paraba de decirle que últimamente Ankh-Morpork se había vuelto un lugar mucho más civilizado, que entre la Guardia y los Gremios habían tranquilizado las cosas lo bastante como para asegurarse de que ahora el hecho de que te atacaran mientras llevabas a cabo algún asunto legítimo en Ankh-Morpork se hubiera convertido en una mera posibilidad en lugar de ser, como antes, una certeza. Y ahora las calles estaban tan limpias que a veces hasta se podía ver la calle.

Pero el Tambor Remendado era de esas cosas que no cambian. Si alguien no salía de espaldas por la puerta y caía en medio de la calle mientras uno pasaba por delante, es que el mundo no iba bien.

Y ahora mismo había gente peleando. Más o menos. Sin embargo, por lo menos en cierto sentido, los tiempos sí que habían cambiado. Hoy en día no se podía sacar un hacha sin más y arrear con ella alguien. La gente tenía expectativas de las peleas de bar. Al entrar, Húmedo pasó junto a un nutrido grupo de los típicos individuos con nariz rota y una sola oreja, que tenían las espaldas encorvadas y celebraban un cónclave nervioso.

—Escucha, Bob, ¿cómo puede ser que no lo entiendas, eh? Es una cuestión de estilo, ¿oyes? Las peleas como es debido no se montan ellas solas. Ya no vale tirarse unos encima de otros. A ver, Dave Ostra aquí presente... vuelve a ponerte el casco, Dave... será el enemigo que se te pone delante, y Basalto, que ya sabemos que no necesita casco, será el enemigo que se te acerque por detrás. Muy bien, ya hemos pasado la fase de los nudillos, y pongamos por caso que el Jugos ha hecho ese truco suyo del Golpe con la Banqueta, ha habido unas cuantas cuchilladas, hemos hecho el número de Balancearse de la Lámpara, bla bla bla, y entonces la Segunda Silla, que eres tú, Bob, te interpones hábilmente entre el hombre Número Cinco de ellos y un Botellero, echas la silla hacia atrás por encima de la cabeza así, lo siento, Pinchos, y luego golpeas con ella al Número Cinco, bang, patapum, y ya os habéis agenciado seis puntos bien fáciles. Si ellos ponen a un enano de Número Cinco, entonces ni una silla lo va a detener, pero vosotros tranquilos: lo que tenéis que hacer es no soltar los trozos que os queden en las manos, luego esperáis a que él venga a por vosotros y por fin le atizáis con los trozos en las dos orejas. Es una cosa que ellos odian, tal como os puede decir Fuerteenelbrazo, aquí presente. Tres puntos más. Lo más seguro es que a partir de entonces la pelea ya sea estilo libre, pero quiero que todos vosotros, incluidos Mugre Mick y Crispo, intentéis Conseguir un Doble Andrew cuando la pelea vuelva a los puños. ¿Os acordáis? Chocáis de espaldas, os giráis para darle un porrazo al otro, a continuación viene el momento del reconocimiento cómico, entrelazáis los brazos izquierdos, os giráis en redondo y os encargáis del atacante del otro, patada o puñetazo, elegís vosotros. Ah, y acordaos de que tendremos a un Igor preparado, o sea que si alguien os arranca un brazo vosotros lo recogéis y lo usáis para pegar al otro cabrón: eso vale unas risas y veinte puntos. Y ya que hablamos del tema, acordaos de lo que os dije de tatuar vuestro nombre en todo, ¿vale? Los Igors hacen lo que pueden, pero si les ponéis las cosas fáciles levantaréis cabeza mucho antes y, lo más importante, será vuestra propia cabeza la que levantéis. Muy bien, todo el mundo a sus puestos, repasémoslo una vez más...

Húmedo pasó con sigilo junto al grupo y examinó la enorme sala. Lo crucial era no aminorar la marcha. Aminorar la marcha atraía a la gente.

Vio una nubecilla de humo azul que se elevaba por encima del gentío y se abrió paso a empujones.

La señorita Buencorazón estaba sentada sola a una mesita muy pequeña, y con una copa minúscula delante. No podía hacer mucho tiempo que esperaba; el único otro taburete estaba desocupado.

—¿Viene usted por aquí a menudo? —preguntó Húmedo, ocupándolo sin perder tiempo.

La señorita Buencorazón lo miró, enarcando las cejas.

—Sí. ¿Por qué no?

—Bueno, es que... me imagino que no debe de ser muy seguro para una mujer sola.

—¿Cómo, con todos estos hombretones tan fuertes que hay aquí para protegerme? ¿Por qué no va usted a pedir su copa?

Húmedo consiguió llegar a la barra mediante el truco de tirar al suelo un puñado de calderilla. Aquello solía aligerar un poco la aglomeración.

Cuando volvió, su asiento estaba ocupado por un Borracho En Ese Momento Amigable. Húmedo reconoció aquella categoría, donde las palabras claves eran «en ese momento». La señorita Buencorazón estaba echada hacia atrás para esquivar sus atenciones y, lo más probable, su aliento.

Húmedo oyó la familiar exclamación de quien lleva un pedo considerable.

—Lo que... ¿Vale? Lo queshtoy diciendo, ¿vale?, lo queshtoy diciendo, ya m'entiendes, es que... ¿por qué, vale, no me das un beso, vale? Lo único que digo es...

Por los dioses, voy a tener que hacer algo, pensó Húmedo. Es un tipo grande y lleva una espada que parece una cuchilla de carnicero, y en cuanto le diga algo pasará de golpe a la fase cuatro, Chiflado Violento Fuera de Control, y esos pueden tener una puntería sorprendente justo antes de caer.

Dejó su copa en la mesa.

La señorita Buencorazón le echó un vistazo muy breve y negó con la cabeza. Se produjo un movimiento por debajo de la mesa, se oyó un ruidito pequeño y carnoso y de pronto el borracho se inclinó hacia delante, con la cara blanca como el papel. Lo más seguro era que solo él y Húmedo oyeran que la señorita Buencorazón decía con voz ronroneante:

—Lo que se te está clavando en el pie es un Mitzy «Lucrecia Bonita» con tacón de cuatro pulgadas, el calzado más peligroso del mundo. Considerado en kilos por centímetro cuadrado, es como si te pisara un elefante muy puntiagudo. Ahora a ver, sé lo que estás pensando; estás pensando: «¿Podría esta mujer clavarlo hasta el suelo?». ¿Y sabes qué? Tampoco yo estoy segura. Puede que me dé algún problema la suela de tu bota, pero nada más. Y esa no es la parte preocupante. La parte preocupante es que de niña me obligaron prácticamente a punta de cuchillo a tomar clases de ballet, lo cual significa que puedo dar unas coces dignas de una mula; te tengo sentado delante; y llevo otro zapato. Bien, veo que lo has entendido. Ahora voy a retirar el tacón.

Se oyó un «pop» suave de debajo de la mesa. Con mucho cuidado, el hombre se puso de pie, dio media vuelta y, sin echar ni un vistazo atrás, se alejó dando tumbos vacilantes.

—¿Me permite a mí que me siente? —dijo Húmedo. La señorita Buencorazón asintió y él cruzó las piernas después de sentarse—. Solo era un borracho.

—Sí, los hombres suelen decir esas cosas —dijo la señorita Buencorazón—. Ahora, dígame que sí yo no hubiera hecho lo que acabo de hacer no estaría usted recogiendo todos sus dientes dentro de la gorra. Que por cierto, no lleva puesta, por lo que veo. Esta debe de ser su identidad secreta. Uy, perdón, ¿he dicho algo que no debía? Acaba de derramar la copa.

Húmedo se limpió la cerveza de las solapas.

—No, este soy yo —dijo—. Puro y sin adornos.

—Apenas me conoce y sin embargo me ha pedido que saliera con usted —dijo la señorita Buencorazón—. ¿Por qué?

Porque me llamaste farsante, pensó Húmedo. Me calaste de inmediato. Porque no me clavaste la cabeza a la puerta con tu ballesta. Porque no hablas de cosas banales. Porque me gustaría conocerte mejor, aunque fuera como darle besos a un cenicero. Porque me pregunto si podrías ponerle al resto de tu vida la pasión que le pones a fumar cigarrillos. Desafiando a la señorita Maccalariat, me gustaría cometer un desmadre contigo, Adora Belle Buencorazón... bueno, un poco de desmadre, por lo menos, ya ahondaríamos en él cuando nos conociéramos mejor. Me gustaría saber tanto de tu alma como tú sabes de la mía.

Pero dijo:

—Porque apenas la conozco.

—Si se trata de eso, yo tampoco lo conozco apenas a usted —replicó la señorita Buencorazón.

—Con eso mismo cuento —dijo Húmedo.

Aquello le mereció una sonrisa.

—Qué ingenioso. Qué labia. ¿Dónde vamos a cenar finalmente esta noche?

—En Le Foie Heureux, claro —dijo Húmedo.

Ella pareció genuinamente sorprendida.

—¿Ha conseguido una reserva?

—Oh, sí.

—¿Tiene a un pariente que trabaja allí, entonces? ¿Está chantajeando al maître?

—No. Pero tengo mesa para esta noche.

—Entonces hay truco de alguna clase —dijo la señorita Buencorazón—. Estoy impresionada. Pero será mejor que le avise: disfrute de su cena, puede que sea la última.

—¿Cómo?

—La compañía Gran Tronco mata a gente, señor Mustachen. De todas las maneras imaginables. Debe de estar usted atacando de los nervios a Asidor D'Oropel.

—¡Venga, ya! ¡Si no soy ni una avispa en su picnic!

—¿Y qué cree que hace la gente con las avispas? —insistió la señorita Buencorazón—. El Tronco tiene problemas, señor Mustachen. El consejo de administración lo ha estado explotando como si fuera una máquina de hacer dinero. Pensaron que las reparaciones saldrían más baratas que el mantenimiento. Lo han roído todo hasta los huesos, hasta los mismos huesos. Esa gente no acepta las bromas. ¿De verdad cree que Asidor D'Oropel vacilará un segundo en aplastarlo?

—Pero estoy siendo muy... —probó a decir Húmedo.

—¿Cree que está jugando a algún juego con ellos? ¿Llamando a timbres y echando a correr? D'Oropel aspira a ser patricio algún día, lo dice todo el mundo. Y de pronto aparece un... un idiota con una gorra dorada que le recuerda a todo el mundo el desastre que son los clacs, que se burla de ellos y que pone en marcha otra vez la Oficina de Correos...

—Un momento, un momento —acertó a decir Húmedo—. ¡Esto es una ciudad, no una aldea de ganaderos! La gente no se carga así como así a sus rivales en los negocios, ¿verdad?

—¿En Ankh-Morpork? ¿De verdad le da esa impresión? Desde luego, no lo matará él en persona. Ni siquiera se molestará en hacer el formulismo de pasar por el Gremio de Asesinos. Usted morirá y punto. Igual que le pasó a mi hermano. Y él estará detrás de todo.

—¿Su hermano? —preguntó Húmedo.

En la otra punta del enorme salón, la pelea de la velada empezó con un Me-mira-raro correctamente ejecutado, que valió dos puntos y un diente roto.

—Él y unos cuantos que solían trabajar en el Tronco antes de que lo asaltaran los piratas, los piratas, señor Mustachen, iban a montar un Tronco nuevo —dijo la señorita Buencorazón, inclinándose hacia delante—. Habían conseguido arañar fondos para unas pocas torres de demostración. Iban a ir cuatro veces más deprisa que el sistema antiguo, iban a hacer toda clase de genialidades con el código, iba a ser todo maravilloso. Hubo mucha gente que les dio sus ahorros, gente que antes había trabajado para mi padre. La mayoría de los buenos ingenieros se marcharon cuando mi padre perdió el Tronco, ¿sabe? No pudieron soportar a D'Oropel y a su panda de saqueadores. Mi hermano iba a recuperar todo nuestro dinero.

—Creo que no la sigo —dijo Húmedo.

Un hacha aterrizó en la mesa y se quedó allí vibrando.

La señorita Buencorazón se quedó mirando a Húmedo y le soltó una bocanada de humo junto a la oreja.

—Mi padre era Robert Buencorazón —dijo ella en tono distante—. Era el presidente de la compañía Gran Tronco original. Los clacs fueron su visión. Demonios, él diseñó la mitad de los mecanismos de las torres. Y un día se juntó con un grupo de ingenieros como él, todos hombres muy serios con reglas de medir, y pidieron préstamos e hipotecaron sus casas y montaron un sistema local y reinvirtieron todo el dinero y se pusieron a construir el Tronco. Estaban ganando mucho dinero; todas las ciudades querían invertir en aquello, todo el mundo iba a ser rico. Teníamos cuadras. Yo tenía un caballo. Es cierto que no me caía muy bien, pero le daba de comer y miraba cómo corría por ahí o lo que sea que hagan. Todo iba bien, y de pronto le llegó una carta y hubo reuniones y le dijeron que tenía suerte de no ir a la cárcel por, yo qué sé, algo complicado y legal. Pero los clacs seguían ganando montones de dinero. ¿Entiende lo que pasaba? Asidor D'Oropel y su banda iban de grandes amigos nuestros, ya lo creo, pero al mismo tiempo estaban comprando las hipotecas y controlando los bancos y moviendo números de un lado para otro y nos arrancaron Gran Tronco de las manos como ladrones. Lo único que les interesa es sacar dinero. El Tronco les trae sin cuidado. Lo destruirán por completo y encima sacarán más dinero vendiéndolo. Cuando mi padre dirigía la compañía, la gente estaba orgullosa de su trabajo. Y como eran ingenieros, se aseguraban de que las torres funcionaran como era debido, todo el tiempo. Hasta tenían una cosa que llamaban «torres móviles», unas estructuras prefabricadas que cabían en dos carromatos grandes, de manera que si había una torre que estaba teniendo problemas graves podían colocar la otra al lado, ponerla en marcha y retomar el tráfico sin perder ni una sola línea de código. ¡Estaban orgullosos, hasta el último hombre, estaban orgullosos de formar parte de aquello!

—Tendría que haber estado allí. ¡Tendría que haberlo visto! —se dijo Húmedo. Sin quererlo, le salió en voz alta. Al otro lado de la sala, un hombre golpeó a otro con su propia pierna y obtuvo siete puntos.

—Sí —dijo la señorita Buencorazón—. Tendría que haber estado allí. Y hace tres meses mi hermano John reunió bastante dinero para montar una compañía rival del Tronco. No le resultó fácil. D'Oropel tiene tentáculos en todas partes. Pues bueno, John terminó muerto y tirado en un campo. Dijeron que fue porque no se había puesto la cuerda de seguridad. Se la ponía siempre. Y ahora mi padre ya no hace nada más que estar sentado y mirar la pared. Hasta perdió su taller cuando nos lo quitaron todo. Perdimos nuestra casa, claro. Ahora vivimos con mi tía en Hermanas Dolly. A eso hemos llegado. Cuando Asidor D'Oropel habla de libertad, se refiere a la de él y a la de nadie más. Y de pronto aparece usted, Húmedo von Mustachen, todo nuevecito y reluciente, corriendo de un lado a otro y haciéndolo todo al mismo tiempo. ¿Por qué?

—Vetinari me ofreció el trabajo, simplemente —dijo Húmedo.

—¿Por qué lo aceptó?

—Tenía que trabajar para vivir.

Ella miró a Húmedo tan fijamente que le hizo sentirse incómodo.

—Bueno, ha conseguido mesa en Le Foie Heureux en cuestión de horas —admitió ella, mientras un cuchillo se clavaba en una viga que tenía detrás—. ¿Va a seguir mintiendo si le pregunto cómo?

—Sí, creo que sí.

—Bien. ¿Vamos, pues?

\* \* \*

Una lamparilla de queroseno ardía en la acogedora atmósfera viciada del cuarto de las taquillas, su resplandor un globo inusual de luminosidad. En el centro del mismo, lupa en mano, Stanley examinaba sus sellos.

Aquello era... el paraíso. Los guisantes son famosos por ser concienzudos, y Stanley lo era de forma desmesurada. El señor Bobinas, ligeramente nervioso ante su sonrisa, le había dado todas las láminas de prueba y las páginas defectuosas, y ahora Stanley las estaba catalogando meticulosamente: cuántas había de cada, qué errores tenían, todo.

En su mente se retorcía un zarcillo de remordimiento: aquello era mejor que los alfileres, de verdad lo era. Los sellos no tenían fin. En ellos se podía imprimir lo que fuera. Eran asombrosos. Podían llevar cartas de un lado a otro y luego se podía pegar en un álbum, todos bien ordenados. Y tampoco te salía «pulgar de cabezón de alfiler».

Había leído sobre aquel sentimiento en las revistas de alfileres. Decían que era posible desalfilerizarse. En aquel contexto se solían mencionar las chicas y el matrimonio. Había ex cabezones que vendían sus colecciones enteras, así sin más. Otras veces, en alguna convención de coleccionistas, de repente alguien tiraba al aire todos sus alfileres y huía gritando: «¡Aaargh, solo son alfileres!». Hasta aquel momento, hacer tal cosa le había resultado impensable a Stanley.

Cogió su bolsita de alfileres variados y se la quedó mirando. Hacía unos días, la mera idea de pasar una velada con sus alfileres le habría infundido una sensación de calidez y comodidad. Pero había llegado el momento de dejar atrás los alfileres de niño.

Algo gritó.

Fue un grito áspero y gutural, fue la voz misma de la malicia y el hambre. Hubo un tiempo en que unas criaturas pequeñas y parecidas a musarañas se apiñaban al oír ruidos como aquel, sobrevolando en círculos las ciénagas.

Después que se disipara el momento de terror primordial, Stanley caminó con sigilo hasta la puerta y la abrió.

—¿Ho-hola? —llamó, mirando la oscuridad cavernosa del vestíbulo—. ¿Hay alguien ahí?

Por suerte no hubo respuesta, pero se oía trajín cerca del techo.

—Está cerrado, ¿sabe? —dijo con voz temblorosa—. Pero abrimos otra vez a las siete de la mañana para vender una gran variedad de sellos y ofrecer un precio maravilloso por los envíos a Pseudópolis. —La voz se le ralentizó y el ceño se le arrugó mientras intentaba recordar todo lo que les había dicho antes el señor Mustachen—. Recuerden, puede que no seamos los más rápidos pero siempre llegamos. ¿Por qué no le escribe una carta a su abuelita?

—Yo me comí a mi abuela —gruñó una voz procedente de las alturas tenebrosas—. Roí sus huesos.

Stanley carraspeó. No tenía formación en el arte de las ventas.

—Ah —dijo—. Ejem... ¿tal vez a una tía suya, pues?

Arrugó la nariz. ¿Por qué apestaba el aire a aceite de lámpara?

—¿Hola? —volvió a decir.

Algo cayó de las tinieblas, le rebotó en el hombro y aterrizó en el suelo con un ruido húmedo y sordo. Stanley se agachó, buscó a tientas y encontró una paloma. O encontró más o menos media paloma. Todavía estaba caliente, y muy pegajosa.

\* \* \*

El señor Gryle estaba sentado en una viga en lo alto del vestíbulo. Le ardía el estómago.

Era irremediable, costaba mucho quitarse las viejas costumbres. Las tenía incrustadas hasta la médula. Si algo caliente y con plumas revoloteaba delante de ti, por supuesto que le dabas una dentellada. Ankh-Morpork tenía palomas posadas en todos los canalones de desagüe, cornisas y estatuas. Ni siquiera las gárgolas de la ciudad eran capaces de controlar la población. Él se había comido seis antes de entrar planeando por la cúpula rota, y entonces se había elevado otra nube emplumada, gorda y caliente, y Gryle ya no había sido capaz de ver nada más que una neblina roja.

¡Eran tan sabrosas! No se podía tomar solo una. Y cinco minutos más tarde recordabas por qué tendrías que haber parado.

Aquellas eran unas aves urbanas y asilvestradas que vivían de lo que pudieran encontrar en las calles. Y encima, de las calles de Ankh-Morpork. Eran focos de peste bamboleantes y arrulladores. Daría lo mismo comerse una hamburguesa de mierda de perro y hacerla bajar con un vaso extra grande de aguas sépticas.

El señor Gryle gimió. Lo mejor sería rematar la faena, salir de allí e irse a vomitar en las alturas de una calle ajetreada. Dejó caer el frasco de aceite a la oscuridad y buscó a tientas sus cerillas. Su especie había descubierto el fuego tarde, porque los nidos ardían muy fácilmente, pero aun así le habían encontrado su utilidad...

\* \* \*

Las llamas se elevaron en las alturas del otro extremo del vestíbulo. Se desplomaron desde las vigas y aterrizaron sobre los montones de cartas. Se oyó un «fuooom» al prender el aceite; por las paredes empezaron a trepar regueros azules de llamas.

Stanley bajó la vista. A un par de metros de distancia, iluminada por el fuego que se arrastraba entre las cartas, había una figura encogida en el suelo. A su lado estaba tirada la gorra dorada con alas.

Stanley levantó la vista, con los ojos emitiendo un resplandor rojo a la luz de las llamas, mientras una figura bajaba en picado desde las vigas y se abalanzaba sobre él con la boca abierta.

Y fue entonces cuando las cosas se torcieron para el señor Gryle, porque Stanley tuvo uno de sus Arrechuchos.

\* \* \*

La actitud lo era todo. Húmedo había estudiado la actitud. Una parte de la antigua nobleza la tenía. Consistía en la convicción absoluta de que las cosas iban a salir exactamente como uno esperaba que salieran.

El maître los acompañó a su mesa sin vacilar ni un momento.

—¿De verdad puede permitirse esto con un sueldo de funcionario, señor Mustachen? —preguntó la señorita Buencorazón mientras se sentaban—. ¿O vamos a salir por las cocinas?

—Estoy convencido de que tengo los fondos adecuados —dijo Húmedo.

Sabía que probablemente no los tuviera. Cuando un restaurante tiene hasta un camarero para servir la mostaza, los precios se disparan. Sin embargo, en aquel preciso momento Húmedo no estaba preocupado por la cuenta. Conocía maneras de encargarse de la cuenta, y siempre salían mejor con el estómago lleno.

Pidieron unos entrantes que probablemente costaran más que el presupuesto semanal para comida de una persona normal y corriente. No tenía sentido buscar lo más barato que hubiera en la carta. Lo más barato existía, en teoría, pero por mucho que uno se dejara los ojos buscándolo, se las ingeniaba para no aparecer por ningún lado. En cambio, había montones de cosas que eran lo más caro de la carta.

—¿Los muchachos se están adaptando bien? —preguntó la señorita Buencorazón.

Los muchachos, pensó Húmedo.

—Ya lo creo. Anghammarad ya le ha cogido el gusto. Es un cartero nato —respondió él.

—Bueno, ya tenía práctica.

—¿Qué es esa cajita que lleva remachada al brazo?

—¿Eso? Es un mensaje que tiene que entregar. Ya no es la tableta original de arcilla cocida, tengo entendido. Con el tiempo ha tenido que hacer un par o tres de copias, y además el bronce no dura nada, para un gólem. Es un mensaje para el rey Het de Thut de parte de los astrólogos de su montaña sagrada, diciéndole que la Diosa del Mar estaba furiosa y qué ceremonias tenía que llevar a cabo para aplacarla.

—¿Pero Thut no terminó hundiéndose en el mar? Creía que él había dicho...

—Sí, sí, Anghammarad llegó tarde y lo barrió el feroz maremoto que hundió la isla.

—¿Y entonces...? —dijo Húmedo.

—¿Y entonces qué? —dijo la señorita Buencorazón.

—Entonces... ¿él no cree que entregarlo ahora sería llegar un poco tarde?

—No. No lo cree. Usted no está viendo las cosas como un gólem. Ellos creen que el universo tiene forma de rosquilla.

—¿Una rosquilla de agujero o de las rellenas? —preguntó Húmedo.

—De agujero, claramente, pero no insista con los detalles culinarios porque ya veo que intentará convertir esto en un chiste. Ellos creen que el universo no tiene principio ni fin. Que solo damos vueltas y más vueltas, pero que no tenemos por qué tomar las mismas decisiones cada vez.

—Es como conseguir un ángel a base de insistir —dijo Húmedo.

—¿A qué se refiere? —inquirió la señorita Buencorazón.

—Ejem... ¿Entonces él está esperando a que vuelva a pasar todo lo del maremoto para llegar más pronto esta vez y hacerlo bien?

—Sí. No hace falta que me señale los defectos de la idea. A él le funciona.

—¿Aunque vaya a tener que esperar millones y millones de años? —preguntó Húmedo.

—Eso no es un defecto para un gólem. Solo es cuestión de tiempo. Los gólems no se aburren. Se reparan a sí mismos y cuestan mucho de romper. Sobreviven bajo el mar o hundidos en lava incandescente. Puede que al final lo consiga, ¿quién sabe? Entretanto, se mantiene ocupado. Igual que usted, señor Mustachen. Ha estado usted muy ocupado...

Adora se quedó paralizada, mirando por encima del hombro de Húmedo. Él vio que su mano derecha hurgaba frenéticamente entre la cubertería y agarraba un cuchillo.

—¡Ese hijo de puta acaba de entrar en el restaurante! —siseó ella entre dientes—. ¡Asidor D'Oropel! Voy a matarlo y luego vengo a tomar el postre con usted...

—¡No puede hacer eso! —masculló Húmedo entre dientes.

—¿Ah? ¿Y por qué no?

—¡Se ha equivocado usted de cuchillo! ¡Ese es el de pescado! ¡Se va a meter en líos!

Ella lo fulminó con la mirada, pero la mano se le relajó y apareció en su cara algo parecido a una sonrisa.

—¿No tienen un cuchillo para apuñalar a cabrones ricos y asesinos? —dijo ella.

—Lo traen a la mesa cuando uno lo pide —dijo Húmedo en tono acuciante—. ¡Escuche, esto no es el Tambor! ¡Aquí no se limitan a tirar los cadáveres al río! ¡Llamarán a la Guardia! Recapacite. ¡No sobre qué cuchillo elegir! Y prepárese para salir corriendo.

—¿Por qué?

—Porque he falsificado la firma de D'Oropel en un papel con membrete de Gran Tronco para conseguir esta mesa, por eso.

Húmedo giró la cabeza para mirar por primera vez al gran hombre en carne y hueso. Era grande de verdad, un oso de hombre, con una levita que habría alcanzado para dos personas y un chaleco de trencilla de oro. Y llevaba una cacatúa al hombro, aunque ya se le acercaba a la carrera un camarero con una percha de latón reluciente y, era de suponer, la carta de semillas y frutos secos.

D'Oropel llegaba acompañado de un grupo de gente bien vestida, y a medida que cruzaban la sala el local entero empezó a girar alrededor del gran hombre, porque el oro es un metal muy denso y tiene gravedad propia. Los camareros iban de un lado para otro y se postraban y hacían cosas poco importantes dándose aires de gran importancia, y probablemente fuera cuestión de minutos que alguno de ellos informase a D'Oropel que sus otros invitados ya estaban a la mesa. Sin embargo, Húmedo examinaba el resto del salón en busca de los... Ah, allí estaban, había dos. ¿Qué tenían los matones a sueldo que hacía imposible que les entraran los trajes?

Uno de ellos estaba vigilando la puerta y el otro la sala, y no cabía la menor duda de que habría por lo menos otro en las cocinas.

Y sí, el maître se estaba ganando la propina asegurándole al gran hombre que sus amigos habían recibido el trato que correspondía...

... la cabeza enorme, con su melena leonina, se giró para contemplar la mesa de Húmedo...

... la señorita Buencorazón murmuró:

—¡Por los dioses, viene hacia aquí!

... y Húmedo se puso de pie. Los matones a sueldo habían cambiado de posición. Allí dentro no harían nada drástico, pero nadie se alarmaría si lo acompañaban hasta la salida con celeridad y firmeza para tener una pequeña charla en algún callejón cercano. D'Oropel estaba abriéndose paso entre las mesas, dejando atrás a sus perplejos invitados.

Aquella situación requería don de gentes o bien saltar por la ventana. Pero D'Oropel tendría que mostrar al menos un mínimo de educación. Había gente escuchando.

—¿El señor Asidor D'Oropel? —dijo Húmedo.

—El mismo, señor —dijo D'Oropel, sonriendo sin un asomo de humor—. Pero me temo que me tiene usted desconcertado.

—Confío en que no, señor —dijo Húmedo.

—Parece ser que he pedido al restaurante que reservara una mesa para usted, señor... ¿Mustachen?

—¿De verdad, señor D'Oropel? —dijo Húmedo, aparentando una inocencia que él sabía que resultaba tremendamente persuasiva—. ¡Hemos venido con la esperanza de que hubiera mesa libre y nos ha asombrado encontrarla!

—Entonces por lo menos a uno de nosotros le han tomado el pelo, señor Mustachen —dijo D'Oropel—. Pero dígame... ¿es usted realmente el señor Húmedo von Mustachen, el director de correos?

—El mismo.

—¿Sin su gorra?

Húmedo carraspeó.

—En realidad no es obligatoria —dijo.

La cara enorme lo observó en silencio, y a continuación le ofreció una mano que parecía el guante de un trabajador del acero.

—Me alegro mucho de conocerlo por fin, señor Mustachen. Confío en que le dure la buena suerte.

Húmedo le estrechó la mano y, en lugar de la zarpa aplastante que esperaba, sintió el apretón firme de manos de un hombre honorable y contempló la mirada tranquila, honrada y tuerta de Asidor D'Oropel.

Húmedo había invertido mucho esfuerzo en su profesión y se consideraba un buen practicante de la misma, pero si hubiera llevado puesta su gorra no habría dudado en quitársela. Se encontraba en presencia de un maestro. Lo notó en la mano, lo vio en aquel único ojo lleno de autoridad. De ser distintas las circunstancias, suplicaría humildemente a aquel hombre que lo aceptara como aprendiz, le fregaría los suelos y cocinaría para él solo para sentarse a los pies de la grandeza y aprender a hacer el truco de las tres cartas usando bancos enteros. Si la opinión de Húmedo valía algo, si valía lo más mínimo, entonces el hombre que tenía delante era el farsante más grande que había conocido en su vida. Y encima lo anunciaba a los cuatro vientos. Aquello era... estilo. Los rizos de pirata, el parche del ojo y hasta el maldito loro. Doce y medio por ciento, por todos los dioses, ¿es que nadie lo había pillado? Él les estaba diciendo lo que era y ellos le reían la gracia y lo amaban por ello. Resultaba sobrecogedor. Si Húmedo von Mustachen hubiera sido asesino profesional, aquello sería como conocer a un hombre que había ideado la manera de destruir civilizaciones enteras.

Todo aquello lo asaltó en un solo instante, en una única ráfaga de entendimiento, en el destello de un ojo. Y sin embargo, algo más había circulado por delante, tan veloz como un pececillo huyendo de un tiburón.

D'Oropel estaba alarmado, no sorprendido. El minúsculo momento a duras penas podría haberse medido con reloj, pero por un instante Asidor D'Oropel había perdido pie. Luego ese momento se borró de forma tan competente que solo quedó la certidumbre por parte de Húmedo de que había tenido lugar, pero se trataba de una certidumbre férrea.

Le dio miedo soltar la mano por si se producía un destello que lo abrasara vivo. Al fin y al cabo, si él había reconocido la naturaleza de D'Oropel, era obvio que el otro también debía haberlo calado a él.

—Gracias, señor D'Oropel —dijo.

—Me he enterado de que hoy ha tenido usted la amabilidad de llevar algunos de nuestros mensajes —dijo D'Oropel con su vozarrón.

—Ha sido un placer, señor. Si alguna vez necesita nuestra ayuda, solo tiene que pedirla.

—Hum —dijo D'Oropel—. Pues lo menos que puedo hacer es invitarlo a cenar, director de correos. Que la cuenta vaya a mi mesa. Pida todo lo que quiera. Y ahora, si me perdonan, tengo que atender a mis... otros invitados.

Hizo una reverencia ante la señorita Buencorazón, que apenas contenía su furia, y se alejó.

—La dirección quiere darle las gracias por no matar a los invitados —dijo Húmedo, sentándose—. Ahora deberíamos...

Se detuvo y miró a la nada.

La señorita Buencorazón, que había estado ahorrando aliento para reprenderle, vaciló al verle la cara.

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó.

—Están... ardiendo —dijo Húmedo, abriendo mucho los ojos

—¡Por los dioses, se está poniendo blanco!

—La escritura... Están gritando... ¡Huelo a quemado!

—Ahí al lado están comiendo crêpes —dijo la señorita Buencorazón—. Solo es... —Se detuvo y olió el aire—. Aunque sí que huele a papel...

La silla de Húmedo se desplomó hacia atrás y el ruido hizo que los otros comensales levantaran la vista.

—¡La Oficina de Correos está ardiendo! ¡Lo sé! —gritó, dio media vuelta y echó a correr.

La señorita Buencorazón lo alcanzó cuando ya estaba en la entrada, donde uno de los guardaespaldas de D'Oropel lo tenía agarrado. Ella le dio un golpecito al matón en el hombro y, cuando él se giró para apartarla de un empujón, le asestó un pisotón con todas sus fuerzas. Mientras el tipo gritaba, ella se llevó al perplejo Húmedo a rastras.

—Agua... necesitamos agua —gimió Húmedo—. ¡Están ardiendo! ¡Están ardiendo todas!

## 

## CAPÍTULO X

### La quema de las palabras

Donde Stanley conserva la Calma — Húmedo el Héroe — Buscar un Gato nunca es buena idea — Algo en la Oscuridad — Encuentro con el señor Gryle — Fuego y Agua — El Señor Mustachen Ayuda a la Guardia — Bailar al límite — El Señor Mustachen se Vuelve Religioso — Hora de Oportunidad — El pasador de la señorita Maccalariat — El Milagro

Las cartas ardían.

Una parte del techo se hundió, provocando que llovieran más cartas sobre las llamas. El incendio ya estaba alcanzando los pisos superiores. Mientras Stanley arrastraba al señor Ardite por el suelo, otro bloque de yeso se hizo trizas sobre las baldosas y la vieja correspondencia que se derramó tras el bloque ya caía ardiendo. Un humo espeso como la sopa flotaba cubriendo las alturas del techo.

Stanley metió al anciano en el cuarto de las taquillas y lo dejó sobre su cama. También había rescatado la gorra dorada porque estaba seguro que si no lo hacía el señor Mustachen se iba a enfadar. Luego cerró la puerta y bajó del estante de encima de la mesa de Ardite el Libro de Ordenanzas. Pasó las páginas metódicamente hasta encontrar el punto de lectura que había introducido un minuto antes, en la página que llevaba el epígrafe Qué Hacer En Caso De Incendio.

Stanley siempre seguía las normas. Si uno no lo hacía, podían producirse toda clase de percances.

Ya había llevado a cabo el punto 1: En Caso De Descubrir Fuego, Conserve la Calma.

Ahora llegó al punto 2: Grite «¡Fuego!» Con Voz Alta y Clara.

—¡Fuego! —gritó, y tachó el número 2 con su lápiz.

Luego venía el 3: Intente Extinguir el Fuego Sí Es Posible.

Stanley fue a la puerta y la abrió. Entró una ráfaga de humo y llamas. Observó un momento, negó con la cabeza y cerró la puerta.

El párrafo 4 decía: Si el Fuego lo Tiene Atrapado, Intente Escapar. No Abra Puertas que Estén Calientes. No Use Escaleras que Ardan. Si No Se Presenta Ninguna Salida, Conserve la Calma y Espere a) A Ser Rescatado o b) La Muerte.

Aquello parecía ser todo. El mundo de los alfileres era simple y Stanley se movía por él con la seguridad de un pez en su pecera, pero todo lo demás era muy complicado y solo funcionaba si uno seguía las normas.

Se quedó mirando las ventanitas mugrientas. Eran demasiado pequeñas para pasar por ellas y todas las capas de pintura institucional habían tenido el efecto de sellarlas, de modo que rompió un cristal de la manera más pulcra posible para que entrara un poco de aire fresco. Lo apuntó en el libro de desperfectos.

El señor Ardite seguía respirando, aunque lo hacía con un desagradable ruido burbujeante. En el cuarto de las taquillas había un botiquín de primeros auxilios porque así lo exigían las Ordenanzas, pero solo contenía un trocito de venda, un frasco de algo negro y pegajoso y la dentadura de recambio del señor Ardite. El señor Ardite le había dicho que no tocara nunca sus medicinas caseras y, como no era tan raro que los frascos explotaran en plena noche, Stanley siempre había respetado aquella norma con gran meticulosidad.

En las Ordenanzas no decía: Si Es Atacado Por Una Criatura Enorme Que Cae en Picado y Gritando Péguele Bien Fuerte en la Boca con una Bolsa de Alfileres, y Stanley se preguntó si tal vez debería apuntarlo a lápiz. Pero hacerlo sería Pintarrajear Propiedades de la Oficina de Correos, y eso podía meterlo en líos.

Como todas las demás vías posibles de acción estaban cerradas, Stanley conservó la calma.

\* \* \*

Era una suave nevada de cartas. Algunas todavía ardían al llegar al suelo, después de emanar como una fuente de la crepitante columna de fuego que ya había atravesado el tejado de la Oficina de Correos. Algunas eran cenizas ennegrecidas sobre las que corrían las chispas, como si estuvieran burlándose de la tinta moribunda. Otras —muchas— habían ascendido por los aires y ahora planeaban intactas sobre la ciudad, descendiendo suavemente en zigzag como si fueran comunicaciones de un dios demasiado formal.

Húmedo se quitó la chaqueta mientras se abría paso entre el gentío.

—Lo más probable es que haya salido todo el mundo —dijo la señorita Buencorazón, taconeando a su lado.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Húmedo.

—¿De verdad? No. Si esto lo ha montado D'Oropel, no. Lo siento, he perdido el talento para consolar a los demás.

Húmedo se detuvo un momento y trató de pensar. Las llamas salían del tejado por un extremo del edificio. La entrada principal y todo el lado izquierdo parecían intactos. Pero el fuego era una cosa escurridiza, él lo sabía. Acechaba incandescente hasta que uno abría la puerta para ver cómo andaba, y entonces el incendio recobraba el aliento y te soldaba los ojos al cráneo.

—Será mejor que entre —dijo—. Esto... supongo que no querrá usted decir: «¡No, no, no lo haga, está siendo demasiado valiente!», ¿verdad? —añadió.

Había gente organizando una cadena de cubos desde una fuente cercana; iba a resultar tan eficaz como escupir al sol.

La señorita Buencorazón atrapó una carta en llamas, la usó para encender un cigarrillo y le dio una calada.

—¡No, no, no lo haga, está siendo demasiado valiente! —dijo ella—. ¿Qué le ha parecido? Pero si lo hace, el lado izquierdo parece bastante despejado. Ándese con cuidado, eso sí. Se rumorea que D'Oropel tiene a un vampiro trabajando para él. Uno de los salvajes.

—Ah, pero el fuego los mata, ¿verdad? —dijo Húmedo, desesperado por encontrarle el lado positivo al asunto.

—El fuego mata a todo el mundo, señor Mustachen —respondió la señorita Buencorazón—. Mata a todo el mundo.

Lo agarró por las orejas y le dio un gran beso en la boca. Fue como si le besara un cenicero, pero en el buen sentido.

—Teniendo todo en cuenta, me gustaría que saliera vivo de ahí —dijo ella en voz baja—. ¿Está seguro de que no prefiere esperar? Los muchachos llegarán de un momento a otro...

—¿Los gólems? ¡Pero si es su día libre!

—Aun así tienen que obedecer a su chem. Un incendio significa que hay humanos en peligro. Lo olerán y llegarán aquí en unos minutos, créame.

Húmedo vaciló, mirándola a la cara. La gente, a su vez, lo miraba a él. No podía no entrar allí, no encajaría con su personaje. ¡Maldito fuera Vetinari!

Por fin negó con la cabeza, dio media vuelta y echó a correr hacia las puertas. Mejor no pensar en ello. Mejor no pensar en lo tonto que era. Palpó la puerta principal... bastante fría. La abrió suavemente... le llegó una ráfaga de aire, pero ninguna explosión. El vestíbulo, iluminado por las llamas... pero quedaban todas por encima de él, y si corría esquivando el fuego y haciendo eses podría llegar hasta la puerta que bajaba hacia el cuarto de las taquillas.

La abrió de una patada.

Stanley levantó la vista de sus sellos.

—Hola, señor Mustachen —dijo—. Yo he mantenido la calma. Pero creo que el señor Ardite está enfermo.

El anciano estaba tumbado en su cama, y enfermo era una palabra demasiado optimista.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Húmedo, levantándolo con cuidado. El señor Ardite no pesaba nada.

—Era como un pájaro enorme, pero lo he ahuyentado —dijo Stanley—. Le he pegado en la boca con una bolsa de alfileres. He... tenido un Arrechucho, señor.

—Bueno, pues no ha ido mal —dijo Húmedo—. Ahora, ¿puedes venir conmigo?

—Tengo todos los sellos —dijo Stanley—. Y la caja de la recaudación. El señor Ardite guarda las dos cosas debajo de su cama por cuestión de seguridad. —El muchacho le dedicó una amplia sonrisa—. También tengo su gorra. He conservado la calma.

—Así me gusta, así me gusta —dijo Húmedo—. Ahora no te separes de mí, ¿de acuerdo?

—¿Qué pasa con el señor Mimitos, señor Mustachen? —dijo Stanley, con expresión repentinamente preocupada.

Se oyó un estruendo procedente del vestíbulo y el crepitar del fuego aumentó claramente de intensidad.

—¿Quién? El señor Mim... ¿el gato? Por mí como si... —Húmedo se detuvo y recompuso su boca—. Para mí que habrá salido, casi seguro, y ahora estará comiéndose una rata tostada tan ricamente. Vámonos, por favor.

—¡Pero es el gato de la Oficina de Correos! —dijo Stanley—. ¡No ha salido nunca a la calle!

Apuesto a que ahora sí, pensó Húmedo. Pero volvía a haber aquel tonillo en la voz del chico.

—Saquemos al señor Ardite de aquí, ¿de acuerdo? —dijo, saliendo como pudo del cuarto con el anciano en brazos—, y luego ya volveré a por Mim...

Una viga en llamas se desplomó en mitad del vestíbulo, mandando una espiral ascendente de chispas y sobres encendidos hacia el grueso de las llamas. El incendio rugió, una muralla ardiente, una feroz catarata invertida, elevándose a través de los otros pisos y saliendo por el tejado. Atronaba. Era un fuego descontrolado que sacaba el máximo provecho a su nueva libertad.

A una parte de Húmedo von Mustachen le traía sin cuidado que se quemara todo. Sin embargo, había otra parte nueva y problemática de su mente que pensaba: estaba consiguiendo que este sitio funcionara. Todo estaba avanzando. Los sellos eran un éxito. Era tan bueno como ser criminal pero sin los crímenes. Había sido divertido.

—¡Venga, va Stanley! —dijo Húmedo bruscamente, apartándose de aquella imagen espantosa y de aquel pensamiento fascinante. El chico lo siguió, a regañadientes, y no paró de llamar al maldito gato hasta que llegaron a la puerta.

El aire de fuera se le clavó como un cuchillo, pero la multitud prorrumpió en aplausos y a continuación hubo un fogonazo que Húmedo ya había aprendido a asociar con la llegada de problemas.

—¡Buenas tarrdes, señorr Mustajen! —dijo la voz jovial de Otto Alarido—. ¡Carramba, si querremos noticias, no tenemos más que seguirrlo a usted!

Húmedo no le hizo caso y se abrió paso a codazos hasta la señorita Buencorazón, que, por lo que pudo ver, no estaba desquiciada de preocupación.

—¿Hay algún hospicio en esta ciudad? —preguntó—. ¿O ni que sea un médico decente?

—Está el Hospital Gratuito Lady Sybil —dijo la señorita Buencorazón.

—¿Y es bueno?

—Hay pacientes que no mueren.

—Caray, qué bueno. ¡Llevadlo allí ahora mismo! ¡Tengo que volver a por el gato!

—¿Va a volver ahí dentro a buscar a un gato?

—Es el señor Mimitos —dijo Stanley, envarado—. Nació en la Oficina de Correos.

—Será mejor no discutir —dijo Húmedo, dando media vuelta—. Encargaos del señor Ardite, ¿queréis?

La señorita Buencorazón contempló la camisa manchada de sangre del anciano.

—Pero parece que alguna criatura haya intentando... —empezó a decir.

—Se le ha caído algo encima —dijo Húmedo en tono brusco.

—Eso no habría podido causar...

—Se le ha caído algo encima... —repitió Húmedo—. Eso es lo que ha pasado.

Ella lo miró a la cara.

—Muy bien —aceptó por fin—. Se le ha caído algo encima. Algo con unas garras muy grandes.

—No, una vigueta que tenía muchos clavos, o algo parecido. Lo puede ver cualquiera.

—Y eso es lo que ha pasado, ¿eh? —dijo la señorita Buencorazón.

—Eso es exactamente lo que ha pasado —replicó Húmedo, y se alejó antes de que surgieran más preguntas.

No tenía sentido involucrar a la Guardia en aquello, pensó, apretando el paso hacia las puertas. Lo revolverían todo y no encontrarían ninguna respuesta y, por la experiencia que él tenía, los agentes de la Guardia siempre querían arrestar a alguien. «¿Qué le hace pensar que ha sido Asidor D'Oropel, señor...? ¿Mustachen, ha dicho? Ah, conque usted lo ve claro, dice. Es un talento suyo, ¿verdad? Qué curioso, nosotros a veces también lo vemos claro. Y su cara me suena de algo, señor Mustachen. ¿De dónde es?»

No, no tenía sentido ir de simpático con la Guardia. Podían resultar un estorbo.

Una ventana alta explotó hacia fuera y las llamas empezaron a lamer el borde del tejado. Húmedo se metió en el umbral para refugiarse de la lluvia de cristales. En cuanto a Mimitos... bueno, tenía que encontrar al maldito gato. Si no lo encontraba, todo aquello dejaría de ser divertido. Si no arriesgaba por lo menos un poquito de su vida y una pizca de sus extremidades, simplemente no podría seguir siendo él.

¿De verdad acababa de pensar aquello?

Por los dioses. Acababa de perder la cabeza. Nunca había estado seguro de cómo había conseguido tenerla, pero ahora ya no estaba. Era lo que pasaba cuando uno aceptaba un salario. ¿Y acaso su abuelo no le había avisado de que se apartara de las mujeres que eran tan neuróticas como un mono rasurado? Bueno, la verdad era que no, puesto que los intereses del anciano se ceñían sobre todo a los perros y la cerveza, pero tendría que haberlo hecho.

La imagen del pecho del señor Ardite seguía dándole golpecitos insistentes en la imaginación. Parecía que algo le había pegado un zarpazo y que lo único que había impedido que el viejo cartero quedara abierto como una almeja había sido la gruesa chaqueta del uniforme. Aquello no parecía un ataque vampírico. Los vampiros no eran tan brutos. Para ellos sería un desperdicio de comida. Pese a todo, recogió un pedazo de silla rota. Se había astillado perfectamente. Y lo bueno que tenía clavar una estaca en el corazón era que también funcionaba con los no vampiros.

Se había hundido más parte del techo sobre el vestíbulo, pero no le impidió ir esquivando los escombros. La escalinata principal estaba en aquel lado y se encontraba intacta, aunque el humo cubría el suelo como si fuera una moqueta; en la otra punta del recinto, allí donde habían estado las montañas de correo antiguo, el incendio seguía rugiendo.

Ya no podía oír a las cartas. Lo siento, pensó. He hecho lo que he podido. No ha sido culpa mía...

¿Y ahora qué? Por lo menos podía sacar su caja del despacho. No quería que se quemara. Algunos de los productos químicos que contenía serían muy difíciles de reemplazar.

El despacho estaba lleno de humo, pero pudo sacar la caja a rastras de debajo de su mesa y entonces vio el traje dorado en su percha. Tenía que llevárselo, ¿verdad? No podía permitir que se quemara algo así. Ya volvería a por la caja, ¿no? Pero el traje... el traje era necesario. No había ni rastro de Mimitos. Tenía que haber salido, ¿verdad? ¿Acaso los gatos no abandonaban los barcos que se estaban hundiendo? ¿O eran las ratas? ¿Los gatos no seguirían a las ratas? En todo caso, el humo ya estaba saliendo de entre los tablones del suelo y bajando de los pisos superiores, y no era un buen momento para entretenerse. Había mirado en todas partes donde fuera sensato mirar; no tenía sentido quedarse en un sitio donde le podía caer una tonelada de papel ardiendo encima de la cabeza.

Era un buen plan y solamente se estropeó cuando divisó al gato en medio del vestíbulo. Estaba mirándolo a él con interés.

—¡Mimitos! —vociferó Húmedo. Deseó no haberlo hecho. Era un nombre idiota para gritarlo en medio de un edificio en llamas.

El gato lo observó y luego se alejó al trote. Mascullando palabrotas, Húmedo echó a correr detrás de él y lo vio desaparecer por la escalera de los sótanos.

Los gatos eran listos, ¿verdad? Probablemente habría otra salida... seguro que la había...

Húmedo ni siquiera levantó la vista cuando oyó el crujido de la madera en lo alto, sino que echó a correr y bajó los escalones de cinco en cinco. A juzgar por el ruido, una gran parte del edificio se acababa de desplomar justo a sus espaldas, y una tromba de chispas avanzó por el pasillo de los sótanos, quemándole el cuello.

Pero bueno, por lo menos ya no había vuelta atrás. Los sótanos, en cambio, tenían trampillas y tolvas para el carbón y cosas de esas, ¿verdad? Y eran frescos y seguros y...

... eran el sitio ideal para ir a lamer tus heridas después de que te dieran en toda la boca con una bolsa de alfileres, ¿verdad?

La imaginación era un equipaje terrible.

Un vampiro, había dicho ella. Y Stanley había golpeado a un «pájaro enorme» con una bolsa de alfileres. Stanley el Cazavampiros, con su bolsa de alfileres. Costaba de creer, si nunca le habías visto tener uno de lo que el señor Ardite llamaba sus «arrechuchos».

Lo más seguro es que no se pudiera matar a un vampiro con alfileres...

Y después de un pensamiento como aquel era cuando te dabas cuenta de que por mucho que intentaras mirar detrás de ti, resultaba que detrás de ti había otro detrás de ti donde no estabas mirando. Húmedo pegó la espalda a la fría pared de piedra y se deslizó por ella hasta que se le acabó la pared y topó con el marco de una puerta.

El resplandor azul claro de la Máquina de Clasificar era apenas visible.

Al echar un vistazo a la sala, Húmedo acertó a ver a Mimitos. Estaba acurrucado debajo de la máquina.

—Eso que estás haciendo ahí es muy propio de un gato, Mimitos —dijo Húmedo, escrutando las sombras—. Ven con el tío Húmedo, por favor...

Suspiró, colgó el traje en un viejo estante para cartas y se puso en cuclillas. ¿Cómo se atrapaba a un gato? Él no lo había hecho nunca. En las perreras de los mustachenzers de su abuelo nunca entraban gatos, salvo en calidad de merienda improvisada.

Cuando acercó la mano a Mimitos, el gato aplastó las orejas hacia atrás y bufó.

—¿Quieres asarte aquí abajo? —preguntó Húmedo—. Nada de zarpazos, por favor.

El gato empezó a gruñir y Húmedo se dio cuenta de que no lo estaba mirando directamente a él.

—Mimitos, gatito bueno —dijo, sintiendo cómo crecía el terror.

Era una de las primeras reglas de la exploración de un entorno hostil: no te preocupes por el gato. Y de pronto, el entorno era mucho más hostil.

Otra regla importante era: no te gires despacio para mirar. Ya sabes que lo tienes ahí. No el gato. A la porra el gato. Lo otro.

Se puso de pie y blandió la estaca de madera con las dos manos. Lo tengo justo detrás, ¿verdad?, pensó. Justo justo justo detrás de mí, joder! ¡Claro que sí! ¿Cómo iba a ser de otra manera?

La sensación de miedo era casi idéntica a la sensación que tenía cuando, por ejemplo, una de sus víctimas estaba examinando un diamante de cristal. El tiempo se ralentizaba un poco, todos los sentidos se agudizaban y le venía un sabor cobrizo a la boca.

No te gires despacio. Gírate deprisa.

Se dio la vuelta de golpe, gritó y golpeó. La estaca encontró cierta resistencia, que solo cedió ligeramente.

Una cara pálida y alargada le dedicó una sonrisa bajo la luz azul. Tenía varias hileras de dientes afilados.

—No me has acertado en ninguno de los dos corazones —dijo el señor Gryle, escupiendo sangre.

\* \* \*

Húmedo dio un salto hacia atrás mientras una mano fina con garras cortaba el aire, pero mantuvo la estaca delante de sí, lanzando estocadas, manteniendo a la cosa a raya...

Un banshee, pensó. Demonios...

Solo al moverse la criatura se apartó brevemente la capa de cuero negra de Gryle, revelando la figura esquelética que había debajo. No iba mal recordar que aquel cuero negro eran alas. No iba mal recordar que los banshees eran la única especie humanoide que había desarrollado la capacidad de volar, en alguna selva exuberante donde se habían dedicado a cazar ardillas voladoras. No iba muy bien, sin embargo, saber por qué se había perpetuado la historia de que oír el grito del banshee significaba que estabas a punto de morir.

Significaba que el banshee te seguía el rastro. No servía de nada mirar atrás. Estaba en lo alto.

No quedaban muchos en estado salvaje, ni siquiera en Uberwald, pero Húmedo conocía los consejos que daba la gente que había sobrevivido a sus ataques. Había que mantenerse alejado de la boca: aquellos dientes eran brutales. No había que atacar al pecho: los músculos que tenían allí para volar eran duros como una coraza. No eran criaturas fuertes pero tenían unos tendones que parecían cables de acero, y el largo alcance de aquellos huesos de sus brazos significaba que te podían arrancar la cabeza de un bofetón...

Mimitos maulló y retrocedió todavía más por debajo de la Máquina de Clasificar. Gryle trató de asestarle otro zarpazo a su oponente y avanzó cuando Húmedo empezó a retroceder.

... pero el cuello se les parte con facilidad si puedes acercarte lo bastante, y cuando gritan tienen que cerrar los ojos.

Gryle avanzó, meciendo la cabeza mientras se bamboleaba. Húmedo ya no tenía escapatoria, así que tiró la madera a un lado y levantó las manos.

—Muy bien, me rindo —dijo—. Acaba deprisa, ¿de acuerdo?

La criatura no apartaba la vista del traje dorado; las cosas brillantes los atraían como si fueran urracas.

—Después tengo que ir a un sitio —explicó Húmedo.

Gryle vaciló. Estaba herido, desorientado y había comido palomas que eran vertidos con alas. Quería salir de allí y elevarse al frío cielo. Allí abajo todo era demasiado complicado. Había demasiados objetivos, demasiados olores.

Para los banshees, el momento crucial era el del salto, cuando los dientes, las garras y el peso corporal se abalanzaban todos juntos. Ahora, perplejo, se bamboleaba hacia delante y hacia atrás, intentando resolver la situación. No había sitio para volar, no había otro sitio al que ir, la presa estaba allí mismo... El instinto, las emociones y un intento de pensamiento racional, todo ello colisionaba en la mente recalentada de Gryle.

Venció el instinto. Abalanzarse sobre cosas con las garras extendidas llevaba un millón de años funcionando bien, de manera que ¿para qué dejarlo ahora?

Echó hacia atrás la cabeza, gritó y saltó.

Húmedo hizo lo mismo, agachándose por debajo de los largos brazos. Aquello no estaba programado en las reacciones del banshee: la presa tenía que estar encogida o escapando. Pero el hombro de Húmedo lo alcanzó en el pecho.

La criatura era tan liviana como un niño.

Húmedo sintió un zarpazo en el brazo mientras lanzaba a la criatura contra la Máquina de Clasificar y él se arrojaba al suelo. Durante un momento espantoso le pareció que el banshee se iba a poner de pie, que no había dado en la rueda, pero cuando el enfurecido señor Gryle intentó moverse, hubo un sonido como...

... glup...

... seguido del silencio.

Húmedo permaneció tumbado sobre las frías losas, dejando que el corazón se le ralentizara hasta poder distinguir los latidos individuales. Desde el suelo, fue consciente de que algo pegajoso goteaba por el costado de la máquina.

Se levantó despacio, con las piernas temblorosas, y contempló lo que había quedado de la criatura. De haber sido un héroe, habría aprovechado la oportunidad para decir: «¡Eso sí que es clasificar!». Pero como no era un héroe, vomitó. Los cuerpos no funcionan como es debido cuando hay partes importantes que no comparten el mismo marco espaciotemporal que el resto, aunque es cierto que se ven más coloridos.

Luego, agarrándose el brazo ensangrentado, Húmedo se arrodilló y buscó a Mimitos debajo de la máquina.

Tenía que regresar con el gato, pensó con la mente embotada. Era lo que debía suceder, sin más. A un hombre que se mete corriendo en un edificio en llamas para rescatar a un gato estúpido y sale cargando con él se lo considera un héroe, aunque sea un héroe un poco idiota. Pero si sale sans gato, es un memo.

Un retumbar amortiguado por encima de ellos sugirió que se acababa de hundir parte del edificio. El aire era abrasador.

Mimitos se alejó de la mano de Húmedo.

—Escucha —gruñó Húmedo—. El héroe tiene que salir con el gato. No hace falta que el gato esté vivo...

Se echó hacia delante, agarró a Mimitos y lo sacó a rastras.

—Bien —dijo al levantarse, y cogió la percha del traje con la otra mano. Tenía pegados unos cuantos grumos de banshee, pero bueno, pensó en medio de su aturdimiento, seguramente podría encontrar algún producto que los limpiara.

Salió dando bandazos al pasillo. Había una muralla de fuego a ambos lados y Mimitos eligió aquel momento para hundirle las cuatro garras en el brazo.

—Ah —dijo Húmedo—. Con lo bien que estaba yendo todo hasta ahora...

—¡Señor Mustajen! ¿Se Encuentra Bien, Señor Mustajen?

\* \* \*

Lo que los gólems sacaban de los incendios era, de hecho, el incendio. De los inmuebles en llamas sacaban todo lo que estaba ardiendo. Resultaba curiosamente quirúrgico. Se reunían al borde del incendio y lo despojaban de combustible, lo acorralaban, lo arrinconaban y lo mataban a pisotones.

Los gólems podían caminar por la lava y verter hierro fundido. Incluso si sabían lo que era el miedo, no iban a encontrarlo en un simple edificio en llamas.

Ahora estaban sacando escombros incandescentes de las escaleras con las manos al rojo vivo. Húmedo contempló un paisaje de llamas pero también, delante del mismo, al señor Pistón. Estaba de color naranja resplandeciente. Las motas de polvo y de suciedad que tenía sobre la arcilla centelleaban y soltaban chispas.

—¡Me Alegro De Verlo, Señor Mustajen! —dijo con un vozarrón jovial, tirando a un lado una viga crepitante—. ¡Hemos Despejado Un Camino Hasta La Puerta! ¡Muévase Con Velocidad!

—Esto... ¡gracias! —gritó Húmedo por encima del rugido de las llamas.

Era cierto que había un camino, despejado de escombros, con la puerta abierta invitándolo fría y tranquila al otro extremo. Lejos, hacia la otra punta del vestíbulo, los demás gólems, indiferentes a las columnas de fuego, se dedicaban a tirar tranquilamente tablones en llamas por un agujero de la pared.

El calor era intenso. Húmedo bajó la cabeza, se apretó contra el pecho al aterrado gato, notó que se le empezaba a asar el pescuezo y echó a corretear.

A partir de entonces todo se convirtió en un solo recuerdo. El estrépito por encima de su cabeza. El estallido metálico. El gólem Anghammarad levantando la vista, con su mensaje emitiendo un resplandor amarillo en el brazo de color rojo cereza. Las diez mil toneladas de agua de lluvia derramándose con una lentitud engañosa. El frío golpeando al gólem incandescente...

... la explosión...

\* \* \*

Las llamas murieron. Los sonidos murieron. La luz murió.

ANGHAMMARAD

Anghammarad se miró las manos. No pudo ver nada más que calor, calor de horno, un calor abrasador que sin embargo trazaba la forma de unos dedos.

ANGHAMMARAD, repitió una voz hueca.

—He Perdido Mi Arcilla —dijo el gólem.

SÍ, dijo la Muerte. SE MIRE COMO SE MIRE. ESTÁS MUERTO. HECHO TRIZAS. HAS ESTALLADO EN UN MILLÓN DE PEDAZOS.

—Entonces, ¿Quién Es Este Que Escucha?

TODO LO QUE ERAS TÚ QUE NO ES ARCILLA.

—¿Tiene Ordenes Para Mí? —preguntó lo que quedaba de Anghammarad, poniéndose de pie.

YA NO. HAS LLEGADO AL SITIO DONDE YA NO EXISTEN ÓRDENES.

—¿Qué Debo Hacer?

ME TEMO QUE NO HAS ENTENDIDO MI ÚLTIMO COMENTARIO.

Anghammarad se volvió a sentar. Salvo por el hecho de que bajo sus pies no había limo sino arena, aquel lugar le recordaba a la llanura abisal.

POR LO GENERAL, A LA GENTE LE GUSTA SEGUIR ADELANTE, le apuntó la Muerte. TIENEN GANAS DE LLEGAR AL MÁS ALLÁ.

—Yo Quiero Quedarme Aquí, Por Favor.

¿AQUÍ? AQUÍ NO HAY NADA QUE HACER, dijo la Muerte.

—Sí, Lo Sé —dijo el fantasma del gólem—. Es Perfecto. Soy Libre.

\* \* \*

A las dos de la mañana se puso a llover.

Podría haber sido peor. Podrían haber llovido serpientes. Podría haber llovido ácido.

Seguía habiendo algo de techo y algo de paredes. Eso significaba que seguía habiendo algo de edificio.

Húmedo y la señorita Buencorazón estaban sentados en unos escombros todavía calientes delante del cuarto de las taquillas, que venía a ser la única habitación del edificio que aún podía describirse como tal. Los gólems habían apagado a pisotones los últimos restos del incendio, lo habían apuntalado todo y luego, sin decir palabra, habían regresado a no ser martillos hasta la puesta del sol.

La señorita Buencorazón sostenía una banda de bronce medio fundida y estaba dándole vueltas y más vueltas.

—Dieciocho mil años —susurró.

—Ha sido el depósito de agua de lluvia —murmuró Húmedo, mirando a la nada.

—A prueba de fuego y de agua —murmuró la señorita Buencorazón—. ¡Pero no al mismo tiempo!

—¿No puede... volver a cocerlo, o algo parecido? —A Húmedo ya le sonó desesperado mientras lo decía. Había visto a los demás gólems hurgar en los escombros.

—No ha quedado lo bastante. Solo polvo, mezclado con todo lo demás —dijo la señorita Buencorazón—. Lo único que él quería era ayudar.

Húmedo miró los restos de las cartas. La inundación había arrastrado el lodo negro de sus cenizas hasta el último rincón.

Lo único que ellas querían era ser entregadas, pensó. En aquellos momentos, pasarse nueve mil años sentado en el fondo del mar resultaba bastante atractivo.

—Iba a esperar a que el universo se repitiera otra vez. ¿Lo sabía?

—Me lo había contado, sí —dijo Húmedo.

No hay hedor más triste que el hedor del papel mojado y quemado, pensó Húmedo. Quiere decir: todo se acabó.

—Vetinari no va a reconstruir este sitio, ¿sabe? —continuó la señorita Buencorazón—. Si lo intenta, D'Oropel conseguirá que la gente monte un escándalo. Despilfarro de los fondos de la ciudad. Tiene amigos. Gente que le debe dinero y favores. Se le da bien esa clase de gente.

—Ha sido D'Oropel quien nos ha incendiado —dijo Húmedo—. Se quedó asombrado de verme en el restaurante. Creía que yo estaría aquí.

—Nunca podrá demostrarlo.

Probablemente no, admitió Húmedo, en el vacío agrio y abarrotado de humo que era su cabeza. La Guardia se había presentado con más celeridad de la que Húmedo estaba acostumbrado a ver en los policías de la ciudad. Habían traído con ellos a un hombre lobo. Oh, lo más seguro es que a la mayoría de la gente le pareciera un simple perro bonito, pero si crecías en Uberwald con un abuelo que criaba perros, aprendías a distinguir las señales. Aquel llevaba collar y se había dedicado a olfatear mientras las brasas seguían humeando, hasta encontrar un rastro distinto en el manto de cenizas humeantes.

Habían escarbado y le habían hecho una entrevista más bien incómoda. Húmedo había lidiado con ella lo mejor que había podido, dadas las circunstancias. La clave era no decir nunca la verdad. De todas maneras, los guardias nunca creían lo que la gente les decía, de manera que no tenía ningún sentido darles más trabajo.

—¿Un esqueleto con alas? —había dicho Húmedo, con una sorpresa que estaba claro que resultaba genuina.

—Sí, señor. Del tamaño de un hombre más o menos, pero muy... dañado. Yo diría incluso que hecho trizas. Me preguntaba si no sabría usted algo al respecto...

Aquel agente de la Guardia era capitán. Húmedo no había sido capaz de calarlo. Su cara no delataba nada que él no quisiera delatar. Había algo en él que sugería que ya conocía las respuestas pero que aun así hacía las preguntas por guardar las apariencias.

—¿Tal vez era una paloma de tamaño familiar? Son una auténtica plaga en el edificio —había dicho Húmedo.

—Lo dudo, señor. Creemos que era un banshee, señor Mustachen —había respondido el capitán con paciencia—. Son criaturas que escasean mucho.

—Yo pensaba que solo chillaban en los tejados de la gente que iba a morir —había dicho Húmedo.

—Eso lo hacen los civilizados, señor. Los salvajes se saltan al intermediario. ¿Ese joven que trabaja para usted no dice que golpeó a algo?

—Stanley ha dicho algo de, no sé, algo que volaba por ahí —había contestado Húmedo—. Pero yo creía que era solo...

—... una paloma de tamaño familiar. Ya veo, ¿Y no sabe usted cómo ha empezado el fuego? Sé que aquí usan lámparas de seguridad.

—Me temo que probablemente se haya producido una combustión espontánea en los montones de cartas —había dicho Húmedo, que había tenido tiempo para inventarse aquello.

—¿Nadie ha tenido algún comportamiento extraño?

—En la Oficina de Correos, capitán, sería muy difícil distinguir una cosa así. Créame.

—¿No ha recibido ninguna amenaza, señor? ¿De alguien a quien pueda haber molestado, tal vez?

—Ninguna en absoluto.

El capitán había suspirado y se había guardado el cuaderno.

—Aun así, pondré a un par de hombres a vigilar el edificio esta noche —había dicho—. Felicidades por salvar al gato, señor. Menudo aplauso se ha llevado al salir. Solo una cosa, sin embargo, señor...

—¿Sí, capitán?

—¿Por qué iba un banshee, o tal vez una paloma gigante, a atacar al señor Ardite?

Y Húmedo había pensado: la gorra...

—No tengo ni idea —había dicho.

—No, señor. Estoy seguro de que no —le había contestado el capitán—. Estoy seguro de que no. Soy el capitán Fundidordehierroson, señor, aunque casi todo el mundo me llama capitán Zanahoria. No dude en ponerse en contacto conmigo, señor, si se le ocurre algo. Estamos aquí para protegerle.

¿Y qué habríais hecho contra un banshee?, pensó Húmedo. Sospecháis de D'Oropel. Eso está muy bien. Pero a la gente como D'Oropel le trae sin cuidado la ley. Nunca la violan, se limitan a hacer que la viole otra gente. Y nunca encontraréis nada escrito en ninguna parte.

Justo antes de que el capitán diera media vuelta, Húmedo había estado convencido de que el hombre lobo le guiñaba el ojo.

Ahora, con la lluvia cayendo y siseando allí donde las losas seguían calientes, Húmedo contempló los fuegos. Seguía habiendo muchos, en los lugares donde los gólems habían depositado los escombros. Como aquello era Ankh-Morpork, las gentes de la noche habían emergido como una neblina y se habían congregado alrededor de ellos para calentarse.

Aquel lugar iba a necesitar que se invirtiera una fortuna. ¿Y qué? Él sabía dónde podía echar mano a dinero más que de sobra, ¿verdad? No tenía gran cosa más que hacer con él. Solo lo había utilizado para llevar la cuenta. Pero después todo aquello había terminado, porque el dinero había pertenecido a Albert Relumbrón y a los demás, no a un inocente director de correos.

Se quitó la gorra dorada y la contempló. Un avatar, había dicho Pelc. La encarnación humana de un dios. Pero él no era ningún dios, sino un simple estafador con un traje dorado, y la estafa había terminado. ¿Dónde estaba ahora el ángel? ¿Dónde estaban los dioses cuando los necesitabas?

Los dioses podían ayudar.

La gorra centelleó a la luz del fuego, y varias partes del cerebro de Húmedo soltaron chispas. Contuvo la respiración mientras el pensamiento emergía, por miedo a espantarlo, pero era muy simple. Y era algo que no se le habría ocurrido a ningún hombre honrado...

—Lo que necesitamos —dijo— es...

—¿Es qué? —preguntó la señorita Buencorazón.

—¡Es música! —declaró Húmedo. Se puso de pie e hizo bocina con las manos—. ¡Eh, vosotros! ¿Hay alguien por aquí que toque el banjo? ¿O el violín, a lo mejor? Le regalo un sello de un dólar, perfecto para coleccionistas, al primero que me apañe un vals. Ya sabéis: un-dos-tres, un-dos-tres...

—¿Se ha vuelto completamente loco? —dijo la señorita Buencorazón—. Está claro que...

Se detuvo, porque un hombre harapiento acababa de darle un golpecito a Húmedo en el hombro.

—Yo toco el banjo —dijo—. Y mi amigo Humphrey, que es este, toca la armónica de miedo. La tarifa es un dólar, señor. En metálico, por favor, si no le importa, porque yo no sé escribir y no conozco a nadie que sepa leer.

—Mi encantadora señorita Buencorazón —dijo Húmedo, dedicándole una sonrisa desquiciada—. ¿Tiene algún otro nombre? ¿Algún sobrenombre cariñoso, un apodo? ¿Algún pequeño diminutivo encantador por el que no le importe que le llamen?

—¿Está borracho? —exigió saber ella.

—Por desgracia, no —dijo Húmedo—. Pero me gustaría estarlo. ¿Y bien, señorita Buencorazón? ¡Hasta he rescatado mi mejor traje!

Ella se quedó desconcertada, pero antes de que su cinismo natural pudiera atrancar la puerta se le escapó una respuesta:

—Mi hermano solía llamarme... ejem...

—¿Sí?

—Mortífera —dijo la señorita Buencorazón—. Pero lo decía en plan amable. Ni se le ocurra usarlo.

—¿Qué tal Púa?

—¿Púa? Bueno... Púa me podría valer —dijo la señorita Buencorazón—. Así que a usted también tendrá que valerle. Pero no es momento para bailes...

—Al contrario, Púa —replicó Húmedo, sonriendo a la luz de los fuegos—, es el momento más oportuno. Ahora vamos a bailar y después lo limpiaremos todo y lo prepararemos para la apertura, nos pondremos a repartir otra vez el correo, encargaremos la reconstrucción del edificio y lo dejaremos todo tal y como estaba. Usted míreme.

—¿Sabe? Tal vez sea verdad que trabajar en la Oficina de Correos vuelve loca a la gente —dijo la señorita Buencorazón—. ¿Y de dónde piensa sacar el dinero para reconstruir este lugar, si puede saberse?

—Los dioses proveerán —dijo Húmedo—. Confíe en mí.

Ella estudió su expresión.

—¿Lo dice en serio?

—Más en serio imposible —dijo Húmedo.

—¿Va a rezar pidiendo dinero?

—No exactamente, Púa. Los dioses reciben miles de oraciones al día. Yo tengo otros planes. Vamos a reabrir la Oficina de Correos, señorita Buencorazón. No me hace falta pensar como un policía, ni como un cartero, ni como un secretario. Solo tengo que hacer las cosas a mi manera. Y luego, para finales de semana, llevaré a la quiebra a Asidor D'Oropel.

La boca de ella se convirtió en una O perfecta.

—¿Y cómo piensa hacerlo, exactamente? —consiguió decir.

—No tengo ni idea, pero todo es posible si puedo bailar con usted y seguir teniendo diez dedos en los pies al acabar. ¿Me concede este baile, señorita Buencorazón?

Ella estaba asombrada y sorprendida y perpleja, y a Húmedo von Mustachen le gustaba aquello en la gente. Por alguna razón sentía una felicidad inmensa. No sabía por qué y no sabía qué iba a hacer a continuación, pero sabía que iba a ser divertido.

Notaba aquella vieja sensación eléctrica en su interior, la misma que cuando estaba plantado delante de un banquero que examinaba meticulosamente su mejor trabajo. El universo contenía la respiración y luego el hombre sonreía y decía: «Muy bien, señor Nombre Falso, ahora mismo le digo a mi empleado que le traiga el dinero». No era la emoción de la persecución, sino la de quedarse quieto y permanecer tan tranquilo, compuesto y convincente que, durante el tiempo justo, podía engañar al mundo y hacerlo girar sobre su dedo. Eran los momentos para los que él vivía, los momentos en que se sentía vivo de verdad y sus pensamientos fluían como el mercurio y el aire mismo soltaba chispas. Más adelante, aquella sensación presentaría factura. Pero por ahora, Húmedo volaba.

Estaba de vuelta en el ruedo. Pero por ahora, a la luz de las hogueras del ayer, bailó un vals con la señorita Buencorazón mientras la improvisada banda improvisaba.

Después ella se fue a casa a dormir, confundida pero con una sonrisa extraña, y él subió a su despacho, al que le faltaba una pared entera, y se volvió religioso por primera vez en su vida.

\* \* \*

El joven sacerdote de Offler el dios cocodrilo estaba un poco aturdido por ser las cuatro de la mañana, pero el hombre de la gorra penígera y el traje dorado parecía saber lo que se traía entre manos, de manera que el sacerdote le siguió el juego. No era tremendamente inteligente, lo cual explicaba por qué estaba haciendo aquel turno.

—¿Quiere usted entregarle esta carta a Offler? —preguntó, bostezando. Le acababan de colocar un sobre en la mano.

—Va dirigida a él —dijo Húmedo—. Y está correctamente sellada. Una carta bien escrita siempre llama la atención. También he traído medio kilo de salchichas, que creo que es la costumbre. A los cocodrilos les encantan las salchichas.

—Verá, hablando estrictamente, lo que se alza hasta los dioses son las oraciones —dijo el sacerdote dubitativo.

La nave del templo estaba desierta, salvo por un hombrecillo anciano y vestido con una túnica mugrienta que barría el suelo con la mirada perdida.

—Por lo que tengo entendido —dijo Húmedo—, la ofrenda de las salchichas llega a Offler cuando se fríen, ¿verdad? Y el espíritu de las salchichas asciende hasta Offler por medio del olor. ¿Y luego se comen ustedes las salchichas?

—Ah, no. No exactamente. Para nada —dijo el joven sacerdote, que ya se sabía aquella—. Se lo puede parecer a los no iniciados pero, tal como acaba de decir, la verdadera salchichidad sube directa hasta Offler. Él, por supuesto, se come el espíritu de las salchichas. Nosotros nos comemos la simple carcasa terrenal, la cual le aseguro que se convierte en polvo y cenizas dentro de nuestras bocas.

—¿Eso explicaría por qué a menudo el olor de las salchichas es mejor que las salchichas mismas? —sugirió Húmedo—. Me he fijado en ello muchas veces.

El sacerdote se mostró impresionado.

—¿Es usted teólogo, señor? —preguntó.

—Trabajo en... un oficio parecido —dijo Húmedo—. Pero a lo que voy es a lo siguiente: si quisiera usted leer esta carta, sería como si la estuviera leyendo el mismo Offler, ¿tengo razón? A través de sus ojos el espíritu de la carta ascendería hasta Offler, verdad? Y entonces yo le podría dar a usted las salchichas.

El joven sacerdote miró alrededor a la desesperada. Era demasiado temprano. Cuando el dios de uno, metafóricamente hablando, no hacía gran cosa hasta la hora en que los bancos de arena se ponían bien calentitos, los sacerdotes veteranos cogían la costumbre de dormir hasta tarde.

—Supongo que sí —dijo a regañadientes—. Pero ¿no podría esperar a que llegara el diácono Jones?

—Tengo bastante prisa —insistió Húmedo. Hubo una pausa—. He traído mostaza a la miel —añadió—, el acompañamiento perfecto para las salchichas.

De pronto el sacerdote estaba muy atento.

—¿De qué clase? —preguntó.

—De la reserva especial de la señora Edith Todogotea —dijo Húmedo, sosteniendo el frasco en alto.

Al joven se le iluminó la cara. Estaba muy abajo en la jerarquía y casi nunca le tocaba más salchicha que a Offler.

—¡Dios, esa es de la cara! —musitó por lo bajo.

—Sí, es el toque de ajo silvestre —dijo Húmedo—. Pero tal vez tendría que esperar a que el diácono...

El sacerdote agarró la carta y el frasco.

—No, no, ya veo que tiene usted mucha prisa —dijo—. Lo voy a hacer ahora mismo. Probablemente sea una petición de ayuda, ¿verdad?

—Sí. Me gustaría que Offler dejara que la luz de sus ojos y el resplandor de sus colmillos iluminaran a mi colega Toliverio Ardite, que está en el Hospital Lady Sybil —dijo Húmedo.

—Ah, sí —dijo el acólito, aliviado—. Hacemos a menudo esa clase de...

—Y también querría ciento cincuenta mil dólares —continuó Húmedo—. Los prefiero en dólares de Ankh-Morpork, claro, pero serían aceptables otras divisas que sean razonablemente fuertes.

\* \* \*

Había cierto brío en los pasos de Húmedo mientras regresaba a las ruinas de la Oficina de Correos. Había mandado cartas a Offler, a Om y a Ío el Ciego, todos ellos dioses importantes, y también a Mollestya, diosa menor de las Cosas Que Se Quedan Atascadas En Los Cajones. Esta última no[[9]](#footnote-9) tenía templo propio y sus asuntos los llevaba una sacerdotisa que trabajaba por encargo en la calle Cable, pero a Húmedo le daba la sensación de que a Mollestya la esperaba un destino más grande antes de que acabara el día. La había elegido solo porque le gustaba el nombre.

Esperaría una hora. Los dioses trabajaban deprisa, ¿verdad?

La Oficina de Correos no había mejorado bajo la luz gris del día. Seguía en pie más o menos la mitad del edificio. Hasta usando lonas, la zona resguardada de la lluvia era pequeña y estaba húmeda. La gente pululaba por allí, sin saber muy bien qué hacer.

Él se lo diría.

La primera persona a quien vio fue George Aggy, que se le acercó renqueando a toda pastilla.

—Qué terrible, señor, qué terrible. He venido en cuanto... —empezó a decir.

—Me alegro de verlo, George. ¿Cómo va la pierna?

—¿Cómo? Ah, está bien, señor. Brilla en la oscuridad, pero por otro lado así ahorro bastante en velas. ¿Qué vamos a...?

—Lo nombro a usted mi ayudante mientras el señor Ardite esté en el hospital —dijo Húmedo—. ¿A cuántos carteros puede reunir?

—A una docena más o menos, señor, pero ¿vamos a...?

—¡Poner el correo en movimiento, señor Aggy! Eso vamos a hacer, ¡Dígale a todo el mundo que la oferta especial de hoy es Pseudópolis por diez peniques, garantizado! Todos los demás pueden ponerse a limpiar. Sigue quedando algo de tejado. Estamos igual de abiertos que siempre. Más abiertos que siempre.

—Pero... —Aggy no encontraba palabras, e hizo un gesto con la mano hacia los escombros—. ¿Y todo esto?

—¡Ni la lluvia ni los incendios, señor Aggy! —exclamó Húmedo con severidad.

—Eso no es lo que dice en nuestro lema, señor —dijo Aggy.

—Lo dirá mañana. Ah, Jim...

El cochero se acercó a Húmedo, con la enorme capa de conducir ondeando.

—Ha sido ese cabronazo de D'Oropel, ¿verdad? —gruñó—. ¡Incendio intencionado! ¿Qué podemos hacer por usted, señor Mustachen?

—¿Todavía puede hacer el servicio de hoy a Pseudópolis? —preguntó Húmedo.

—Sí —dijo Jim—. Harry y los chavales sacaron todos los caballos tan pronto como olieron el humo, y solo hemos perdido un carruaje. Lo ayudaremos, eso lo puede tener puñeteramente claro, pero el Tronco funciona sin problemas. Va a perder el tiempo.

—Usted ponga las ruedas, Jim, y yo les daré algo que transportar —dijo Húmedo—. Tendremos una saca para usted a las diez.

—Muy seguro lo veo, señor Mustachen —dijo Jim, torciendo la cabeza a un lado.

—Me lo ha dicho un ángel mientras dormía —dijo Húmedo.

Jim sonrió.

—Ah, pues debe de ser eso. Un ángel, ¿eh? Eso va la mar de bien cuando las cosas andan mal, por lo que tengo entendido.

—Eso creo —dijo Húmedo, y subió a la caverna ventosa, ennegrecida por el humo y provista de tres paredes que era su despacho. Limpió la silla de ceniza, se metió la mano en el bolsillo y dejó sobre su mesa la carta del Gnu Humeante.

La única gente que podía saber a ciencia cierta cuándo se iba a averiar una torre de clacs debía de trabajar para la compañía, ¿verdad? O más probablemente, debía de haber trabajado para ella. Ja. Así eran las cosas. Aquel banco de Sto Lat, por ejemplo: él nunca habría sido capaz de falsificar aquellos pagarés si un oficinista corrupto no le hubiera vendido aquel viejo libro de contabilidad donde figuraban todas las firmas. Aquel había sido un buen día.

No es que Gran Tronco se ganara enemigos, es que debía fabricarlos en serie. Y ahora aquel Gnu Humeante lo quería ayudar a él. Operarios de señales fuera de la ley. Cuántos secretos debían de conocer...

Húmedo había permanecido atento al tañido de los relojes y ya eran las nueve menos cuarto pasadas. ¿Qué iba a hacer aquella gente? ¿Volar una torre? Pero en las torres trabajaban personas. Seguramente no...

—¡Oh, señor Mustachen!

No era frecuente que una mujer deshecha en llanto entrara corriendo en una estancia y se tirase a los brazos de un hombre. A Húmedo no le había pasado nunca. Ahora le pasó, y le pareció una lástima que la mujer en cuestión fuera la señorita Maccalariat.

Ella se le acercó dando tumbos y se aferró al sorprendido Húmedo mientras le caían las lágrimas por la cara.

—¡Oh, señor Mustachen! —sollozó—. ¡Oh, señor Mustachen!

Húmedo se tambaleó bajo su peso. La mujer tiraba con tanta fuerza del cuello de la camisa que era probable que lo acabara derribando al suelo, y la idea de que lo encontraran en el suelo con la señorita Maccalariat era... bueno, era una idea que no se podía ni contemplar. La cabeza explotaría antes que contemplarla.

Llevaba un pasador de color rosa en el pelo gris. Con violetas diminutas pintadas. La imagen de aquel pasador, a pocos centímetros de los ojos de Húmedo, resultó curiosamente inquietante.

—A ver, a ver, tranquilícese, señorita Maccalariat, tranquilícese —murmuró él, intentando mantener el equilibrio de ambos.

—¡Oh, señor Mustachen!

—Sí, sí, señorita Maccalariat —dijo él a la desesperada—. ¿Qué puedo hacer por...?

—¡El señor Aggy dice que la Oficina de Correos no se va a reconstruir nunca! ¡Dice que lord Vetinari nunca pondrá el dinero! ¡Oh, señor Mustachen! ¡Toda mi vida he soñado con trabajar en el mostrador de aquí! ¡Mi abuela me lo enseñó todo, hasta me hacía practicar chupando limones para conseguir la expresión perfecta! Y yo se lo he enseñado todo a mi hija. ¡La chica tiene una voz que descascarilla la pintura! ¡Oh, señor Mustachen!

Húmedo buscó frenético algún sitio donde darle una palmadita a la mujer que no estuviera empapado ni en zona prohibida. Se decidió por un hombro. De verdad que necesitaba al señor Ardite. El señor Ardite sabía tratar con aquellas situaciones.

—Todo irá bien, señorita Maccalariat —dijo en tono tranquilizador.

—¡Y el pobre señor Ardite! —sollozó la mujer.

—Tengo entendido que se va a poner bien, señorita Maccalariat. Ya sabe usted lo que se dice del hospital de lady Sybil: hay pacientes que salen vivos. —Y añadió para sus adentros: «Ojalá, ojalá salga vivo. Sin él estoy perdido».

—¡Todo esto es espantoso, señor Mustachen! —exclamó la señorita Maccalariat, decidida a beberse la taza amarga de la desesperación hasta los mismos posos—. ¡Nos vamos a quedar todos en la calle!

Húmedo la sujetó de los brazos y la apartó suavemente, mientras intentaba borrar una imagen mental de la señorita Maccalariat abandonada en la calle.

—Ahora escúcheme, señorita Mac... ¿cuál es su nombre de pila, por cierto?

—Mercromina, señor Mustachen —dijo la señorita Maccalariat, sollozando con un pañuelo en la cara—. A mi padre le gustaba cómo sonaba.

—Bueno... Mercromina, estoy convencido de que a última hora de hoy tendré el dinero para la reconstrucción —dijo Húmedo. Esta mujer se acaba de sonar las narices con el pañuelo y, sí, sí, aargh, ahora se lo va a guardar en la manga de la chaqueta de punto, por los dioses..., pensó.

—Sí, el señor Aggy me lo ha dicho, y corren rumores, señor. ¡Dicen que ha mandado usted cartas a los dioses pidiéndoles dinero! ¡Oh, señor! ¡A mí no me corresponde decirlo, señor, pero los dioses no mandan dinero!

—Yo tengo fe, señorita Maccalariat —dijo Húmedo, irguiéndose.

—En mi familia llevamos cinco generaciones siendo mollestyanos, señor —dijo la señorita Maccalariat—. Todos los días hacemos traquetear los cajones, y nunca hemos recibido nada contante y sonante como suele decirse, menos mi abuela, que una vez sacó un batidor de huevos que no recordaba haber guardado allí pero estamos seguros de que fue por casualidad.

—¡Señor Mustachen! ¡Señor Mustachen! —gritó alguien—. Dicen que los clacs... Oh, cuánto lo siento. —La frase terminó con almíbar.

Húmedo suspiró y se volvió hacia la persona sonriente que acababa de aparecer en el umbral teñido de hollín.

—¿Sí, señor Aggy?

—¡Dicen que los clacs han vuelto a averiarse, señor! ¡La línea de Pseudópolis! —informó Aggy.

—Qué desgracia —dijo Húmedo—. Venga, señorita Maccalariat, venga, señor Aggy... ¡Movamos el correo!

Había una muchedumbre en lo que quedaba del vestíbulo. Tal como había observado Húmedo, los ciudadanos tenían entusiasmo por todo lo nuevo. El correo era algo antiguo, claro, pero era tan antiguo que se había vuelto nuevo otra vez por arte de magia.

Húmedo fue recibido con vítores cuando bajó la escalera. Dales espectáculo, siempre dales espectáculo. Ankh-Morpork siempre aplaudía los espectáculos.

Requisó una silla, se subió de pie en ella e hizo bocina con las manos.

—¡Oferta especial del día, damas y caballeros! —gritó por encima del alboroto—. El correo a Pseudópolis rebajado a solo tres peniques. ¡Tres peniques! ¡La diligencia sale a las diez! ¡Y si alguien tiene mensajes de clacs entregados a nuestros desafortunados colegas de la compañía Gran Tronco, y desea recuperarlos nosotros los mandaremos gratis!

Aquello causó un revuelo adicional y provocó que una parte del gentío se separara del resto y saliese corriendo.

—¡La Oficina de Correos, damas y caballeros! —gritó Húmedo—. ¡Nosotros cumplimos!

Se oyeron vítores.

—¿Quiere saber una cosa muy interesante, señor Mustachen? —dijo Stanley, acercándose a la carrera.

—¿De qué se trata, Stanley? —preguntó Húmedo, bajando de la silla.

—¡Esta mañana estamos vendiendo muchos de los sellos nuevos de un dólar! ¿Y sabe qué? ¡La gente está mandándose cartas a sí misma!

—¿Cómo? —dijo Húmedo, perplejo.

—Solo para que los sellos hayan pasado por el correo. Eso los hace auténticos, ¿sabe? Demuestra que han sido usados. ¡La gente los está coleccionando, señor! ¡Y hay algo mejor, señor!

—¿Qué puede haber mejor que eso, Stanley? —dijo Húmedo. Bajó la mirada. Y sí, el muchacho llevaba una camisa nueva, que tenía una imagen del sello de un penique y llevaba la inscripción: «Pregúnteme sobre sellos».

—¡Sto Lat quiere que Ingente y Bobinas les impriman sellos propios! ¡Y las demás ciudades también se están interesando!

Húmedo tomó nota para sí mismo: «Cambiaremos de sellos a menudo. Y ofreceremos diseños propios a todas las ciudades y los países que se nos ocurran. Todo el mundo querrá tener sus propios sellos en lugar de "lamer la parte de atrás de Vetinari", y nosotros los aceptaremos siempre y cuando ellos repartan nuestro correo, y el señor Bobinas expresará su gratitud de formas muy concretas, ya me encargaré de ello».

—Siento lo de tus alfileres, Stanley.

—¿Alfileres? —dijo el chico—. Ah, los alfileres. Si solo son cosas metálicas que pinchan, señor. Los alfileres están muertos.

Así es como se progresa, pensó Húmedo. Hay que moverse siempre. Porque es posible que tengas algo detrás.

Lo único que necesitamos ahora es que los dioses nos sonrían.

Hum. Creo que afuera se les van a ensanchar un poco las sonrisas.

Húmedo salió a la luz del día. La diferencia entre el interior y el exterior era menos pronunciada que antes, pero seguía habiendo una muchedumbre. Y también había un par de agentes de la Guardia. Resultarían útiles. Ya lo estaban vigilando con cara de recelo.

Bueno, había llegado el momento. Iba a haber un milagro. ¡Qué demonios, iba a haber un puto milagro de los buenos!

Húmedo alzó la mirada hacia el cielo y escuchó las voces de los dioses.

## 

## CAPÍTULO XI

### La misión

Donde lord Vetinari Da un Consejo — La Mala Memoria del señor Mustachen — Dificultades inmobiliarias de los genios malvados del crimen — El Miedo al Baño del señor Ardite, y una Charla sobre Ropa Interior Explosiva — El señor Pony y su papel de copia — El consejo debate, D'Oropel decide — Húmedo von Mustachen Intenta Lo Imposible

Los relojes estaban dando las siete en punto.

—Ah, señor Mustachen —dijo lord Vetinari, levantando la vista—. Muchas gracias por pasarse por aquí. Qué día tan ajetreado, ¿verdad? Drumknott, acérquele un asiento al señor Mustachen. Las profecías pueden ser muy agotadoras, por lo que tengo entendido.

Húmedo hizo una seña al secretario para que no se molestara y dejó caer su cuerpo dolorido en una butaca.

—No es que haya decidido exactamente pasarme por aquí —dijo—. Un troll enorme de la Guardia ha entrado y me ha agarrado del brazo.

—Ah, sería para ayudarle a conservar el equilibrio, no me cabe duda —dijo Vetinari, que estaba enfrascado en la batalla entre los trolls de piedra y los enanos de piedra—. Lo ha acompañado usted por voluntad propia, ¿no es así?

—Siento mucho apego por mi brazo —contestó Húmedo—. Me ha parecido buena idea seguirlo. ¿Qué puedo hacer por usted, milord?

Vetinari se levantó y fue a sentarse en la silla de detrás de su escritorio, desde donde observó a Húmedo con algo que casi parecía diversión.

—El comandante Vimes me ha entregado un informe sucinto de los acontecimientos de hoy —dijo, dejando la figura del troll que tenía en la mano y pasando unas cuantas hojas de papel—. Empezando por el disturbio que ha habido esta mañana en las oficinas de Gran Tronco, y que él dice que usted ha instigado...

—Lo único que he hecho ha sido ofrecerme a entregar todos los mensajes de clacs que estaban retenidos por culpa de la desafortunada avería —dijo Húmedo—. ¡No me esperaba que esos idiotas de sus oficinas se negasen a devolver los mensajes a sus clientes! A fin de cuentas, la gente había pagado por adelantado. Yo solo intentaba ayudar a todo el mundo en un momento difícil. ¡Y está claro que yo no he «instigado» a nadie para que golpee a un empleado con una silla!

—Por supuesto que no, por supuesto que no —dijo lord Vetinari—. Estoy seguro de que ha actuado con bastante inocencia y las mejores intenciones. Pero me muero de curiosidad por oír lo del oro, señor Mustachen. Ciento cincuenta mil dólares, tengo entendido.

—Hay partes de las que no me acuerdo —dijo Húmedo—. Es todo un poco confuso.

—Sí, sí, ya me imagino que lo ha sido. Tal vez yo pueda aclararle unos cuantos detalles... —dijo lord Vetinari—. A media mañana más o menos, señor Mustachen, estaba usted charlando con una gente delante de su lamentablemente dañado edificio cuando... —el patricio echó un vistazo a sus notas— ha levantado de repente la vista, se ha puesto la mano de visera, se ha dejado caer de rodillas y ha gritado: «Sí, sí, gracias, no soy digno, alabados seáis, que las aves os limpien los dientes con el pico, aleluya, haced traquetear vuestros cajones» y otras expresiones similares, para preocupación general de los que estaban cerca. A continuación se ha puesto usted de pie con los brazos extendidos y ha gritado: «¿Ciento cincuenta mil dólares, enterrados en un prado? ¡Gracias, gracias, voy a buscarlos ahora mismo!». Acto seguido le ha quitado una pala de las manos a uno de los hombres que estaba ayudando a limpiar los escombros del edificio y ha echado a andar resueltamente en dirección a las afueras.

—¿En serio? —dijo Húmedo—. Tengo como una laguna.

—No me cabe duda —replicó Vetinari en tono risueño—. Me imagino que le sorprenderá enterarse de que lo ha seguido bastante gente, señor Mustachen... Entre ellos el señor Pistón y dos miembros de la Guardia de la ciudad.

—Madre mía, ¿eso han hecho?

—Ya lo creo. Durante varias horas. Se ha detenido usted a rezar en varias ocasiones. Tenemos que suponer que ha sido para pedir la orientación que ha guiado sus pasos, finalmente, hasta una pequeña arboleda situada entre los campos de repollos.

—¿Eso he hecho? Me temo que me resulta todo bastante borroso —dijo Húmedo.

—Tengo entendido que ha cavado usted como un demonio, según la Guardia. Y también que había diversos testigos de confianza presentes cuando la pala ha golpeado la tapa del cofre. Me han hecho saber que el Times va a publicar una imagen en su próxima edición.

Húmedo no dijo nada. Era la única manera de estar seguro.

—¿Algún comentario, señor Mustachen?

—No, milord. La verdad es que no.

—Hum. Hace unas tres horas he hecho venir a este despacho a los sumos sacerdotes de tres de las principales religiones, y también a una sacerdotisa por cuenta propia más bien perpleja que, tengo entendido, gestiona los asuntos terrenales de Mollestya a comisión. Todos afirman que ha sido su dios o diosa quien le ha comunicado a usted dónde estaba el oro. No recordará por casualidad cuál de ellos ha sido, ¿verdad?

—No es tanto que haya oído la voz como que la he sentido —respondió Húmedo con cautela.

—Seguro que así ha sido —dijo Vetinari—. Por cierto, todos ellos consideran que sus templos deberían recibir un diezmo del dinero —añadió—. Por cabeza.

—¿Sesenta mil dólares? —dijo Húmedo, irguiéndose en su asiento—. ¡Eso no está bien!

—Le felicito por la velocidad de su aritmética mental en su presente estado de agitación. Me alegra ver que para eso no le falta claridad —dijo Vetinari—. Le aconsejo que done cincuenta mil, divididos en cuatro partes. Al fin y al cabo se trata, de una forma muy pública y muy clara y muy indisputable, de un regalo de los dioses. ¿Acaso no es el momento de mostrar cierta gratitud reverente?

Hubo una pausa larga y por fin Húmedo levantó un dedo y consiguió, contra todo pronóstico, poner una sonrisa jovial.

—Buen consejo, milord. Además, uno nunca sabe cuándo le puede hacer falta una oración.

—Exacto —dijo lord Vetinari—. Es menos de lo que han exigido pero más de lo que esperan, y además les he hecho notar que el resto del dinero se va a usar en beneficio de la ciudad. Porque se va a usar en beneficio de la ciudad, ¿verdad, señor Mustachen?

—Oh, sí. ¡Ya lo creo!

—Pues mejor que así sea, porque en estos momentos está echándose a perder en las celdas del comandante Vimes. —Vetinari echó un vistazo a los pantalones de Húmedo—. Veo que su maravilloso traje dorado sigue todo lleno de barro, director general. Imagínese, todo ese dinero enterrado en medio del campo. ¿Y sigue sin recordar nada de cómo llegó usted allí?

La expresión de Vetinari estaba rompiéndole los nervios a Húmedo. Lo sabes, pensó. Sé que lo sabes. Tú sabes que yo sé que lo sabes. Pero también sé que no puedes estar seguro, no del todo.

—Bueno... recuerdo un ángel —dijo.

—¿Ah, sí? ¿De alguna clase en particular?

—De la clase que solo aparece una vez en la vida, creo —dijo Húmedo.

—Ah, bien. Bueno, entonces todo me parece muy claro —dijo Vetinari, reclinándose hacia atrás en su asiento—. No pasa a menudo que un hombre mortal alcance semejante momento de gloriosa epifanía, pero los sacerdotes me han asegurado que es algo que puede suceder, y ¿quién lo va a saber mejor que ellos? Cualquiera que se atreva a sugerir que el dinero se ha... obtenido de alguna forma incorrecta tendrá que discutir con unos sacerdotes muy turbulentos, y además, supongo, encontrará que es casi imposible cerrar los cajones de la cocina. Además, está donando usted dinero a la ciudad... —Levantó la mano cuando Húmedo abrió la boca, y siguió—: Es decir, a la Oficina de Correos, de manera que la idea de enriquecimiento personal ni siquiera se contempla. Parece ser que el dinero no tiene propietario, aunque, por supuesto, de momento, ya hay novecientas treinta y ocho personas que quieren hacerme creer que les pertenece a ellos. Así es la vida en Ankh-Morpork. Por tanto, señor Mustachen, tiene usted instrucciones de reconstruir la Oficina de Correos lo antes posible. Se pagarán las facturas y, como el dinero es a todos los efectos un regalo de los dioses, nuestros impuestos no acusarán el gasto. Buen trabajo, señor Mustachen. Muy buen trabajo. No me deje que lo entretenga más.

Húmedo ya tenía la mano en el picaporte de la puerta cuando la voz detrás de él le dijo:

—Solo un pequeño detalle, señor Mustachen.

Se detuvo.

—¿Sí, señor?

—Se me ocurre que la suma que los dioses han tenido la generosidad de considerar oportuno otorgarnos coincide aproximadamente, por pura casualidad, con el botín estimado de cierto criminal de triste fama, que por lo que yo sé nunca se recuperó.

Húmedo se quedó mirando la carpintería que tenía delante. ¿Por qué este hombre gobierna solo una ciudad?, pensó. ¿Por qué no está gobernando el mundo? ¿Es así como trata a la gente? Es como ser una marioneta. La diferencia es que él lo dispone todo para que seas tú quien tiras de tus propios hilos.

Se giró, con la cara cuidadosamente inexpresiva. Lord Vetinari se había desplazado hasta su tablero de juego.

—¿De verdad, señor? ¿Y de quién se trata? —preguntó.

—De un tal Albert Relumbrón, señor Mustachen.

—Ese hombre está muerto, señor —dijo Húmedo.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor. Yo estuve presente cuando lo colgaron.

—Bien recordado, señor Mustachen —dijo Vetinari, moviendo un enano de punta a punta del tablero.

\* \* \*

¡Maldición, maldición, maldición!, gritó Húmedo, pero solo para su propio consumo.

Había trabajado duro para conseguir aquel din... bueno, los bancos y los mercaderes habían trabajado du... bueno, en alguna parte de la cadena alguien había trabajado duro para obtener aquel dinero, y ahora un tercio del mismo acababa de ser... bueno, robado, no había otra manera de describirlo.

Aquello provocó a Húmedo cierta medida de indignación inmoral.

Por supuesto, él habría dado igualmente casi todo el dinero a la Oficina de Correos, de eso precisamente se trataba, pero con mucho menos de cien mil dólares se podía construir un edificio de narices, y Húmedo había tenido la esperanza de guardarse un poco para él.

Pese a todo, se sentía bien. Tal vez aquella fuera la «maravillosa sensación de calidez» de la que hablaba la gente. ¿Y qué habría hecho él con el dinero? Si a fin de cuentas nunca había tenido tiempo para gastarlo. En todo caso, ¿qué podía comprar un maestro del crimen? Cada vez escaseaban más las propiedades costeras con ríos de lava auténticos cerca de criaderos fiables de pirañas, y desde luego el maldito mundo no necesitaba otro Señor Oscuro, por lo menos mientras a D'Oropel le fueran tan bien las cosas. A D'Oropel no le hacía falta una torre con diez mil trolls acampados alrededor. Le bastaban un libro de contabilidad y su propio ingenio. Funcionaba mejor, salía más barato y por las noches se podía ir de fiesta.

No había resultado fácil entregarle todo aquel oro a un poli, pero en realidad no había tenido opción. De todas formas, los tenía agarrados de los mismísimos. Nadie iba a decir en público que los dioses no hacían aquella clase de cosas. Cierto, no las habían hecho hasta la fecha, pero con los dioses nunca se sabía. Lo que estaba claro es que después de que el Times sacara su edición vespertina, había colas delante de los tres templos.

Aquello había planteado a los sacerdotes un problema filosófico. Oficialmente estaban en contra de que la gente acumulara tesoros en la tierra, pero tenían que admitir que siempre iba bien tener traseros sentados en los bancos del templo, pies pisando las arboledas sagradas, manos haciendo traquetear cajones y dedos que los bebés cocodrilo pudieran seguir en su estanque. De manera que se decidieron por negar con la mirada que aquello pudiera suceder de nuevo, al tiempo que dejaban entrever que, bueno, nunca se sabía, los caminos de los dioses eran inescrutables, ¿no? Además, los peticionarios que ahora hacían cola con sus cartas para pedir un saco enorme de dinero estaban abiertos a la sugerencia de que aquellos que dieren serían los que con más probabilidad recibieren, y captaban el mensaje después de darles unos pocos golpecitos en la cabeza con el platillo de la colecta.

Hasta la señorita Extremelia Mume, cuyo pequeño templo polivalente situado encima de las oficinas de un corredor de apuestas de la calle Cable gestionaba los asuntos cotidianos de varias docenas de dioses menores, estaba obteniendo pingües beneficios gracias a aquellos que estaban dispuestos a financiar una posibilidad remota. Había colgado una pancarta encima de la puerta que decía: Te Puede Tocar A TI.

Era imposible. No debería pasar. Pero nunca se sabía... Tal vez esta vez sí.

Húmedo conocía bien aquella esperanza. Era así como él se había ganado siempre la vida. Se sabía que el hombre que dirigía la partida de Encuentra a la Dama iba a ganar, se sabía que la gente en apuros no vendía anillos de diamantes por una pequeña parte de su valor real, se sabía que en general la vida te daba lana para cardarla, y se sabía que los dioses no elegían entre la población al primer capullo sin méritos que encontraban para entregarle una fortuna.

Solo que, por una vez, a lo mejor lo que se sabía era falso, ¿verdad? Era posible que sucediera, ¿no?

Y aquello se conocía como el más grande de los tesoros, que es la esperanza. Una buena manera de empobrecerse bien deprisa y de quedarse pobre para siempre. Podía tocarte a ti. Pero no lo haría.

Húmedo von Mustachen cogió la calle Abeja del Ático en dirección al Hospital Gratuito Lady Sybil. Las cabezas se giraban al verlo pasar. Al fin y al cabo, llevaba días sin dejar de salir en primera plana. Solo le quedaba confiar en que la gorra penígera y el traje dorado fueran el último grito en mobiliario; la gente veía el oro, no la cara.

El hospital todavía estaba en construcción, igual que todos los hospitales, pero tenía su propia cola frente a la puerta. Húmedo optó por no darse por enterado y entró directamente. En el vestíbulo principal estaba la gente que parecía de la clase de gente cuyo trabajo es decir «¡Eh, tú!» cuando otra gente entra sin más, pero Húmedo generaba su propio campo de «Soy demasiado importante para que me detengas», y no lograron articular del todo las palabras.

Y por supuesto, una vez dejabas atrás a los matones de la puerta de cualquier organización, la gente simplemente daba por sentado que tenías derecho a estar allí y hasta te explicaban cómo llegar a los sitios.

El señor Ardite tenía una habitación para él solo. En la puerta había un letrero que decía «Prohibido el paso», pero a Húmedo casi nunca le preocupaban esas cosas.

El anciano estaba sentado en la cama, con expresión sombría, pero sonrió de oreja a oreja en cuanto vio a Húmedo.

—¡Señor Mustachen! ¡Menuda alegría les da usted a mis ojos maltrechos! ¿Puede averiguar dónde me han escondido los pantalones? ¡Les he dicho que estaba más sano que una lechuga, señor, pero ellos han ido y me han escondido los pantalones! Ayúdeme a salir de aquí antes de que se me lleven para bañarme otra vez, señor. ¡Bañarme, señor!

—¿Lo tienen que llevar? —preguntó Húmedo—. ¿No puede andar, Toliverio?

—Sí, señor, pero es que yo me resisto, me resisto, señor. ¿Que me bañen, señor? ¿Y que lo hagan mujeres? ¿Mirándome la trompeta y los bolos? ¡Menuda desvergüenza! ¡Todo el mundo sabe que el jabón mata las refulgencias naturales, señor! ¡Oh, señor! ¡Me tienen aquí prisionero, señor! ¡Me han hecho una pantalonectomía, señor!

—Por favor, tranquilícese, señor Ardite —dijo Húmedo en tono apremiante. Al anciano se le había puesto la cara muy roja—. Así pues, ¿se encuentra usted bien?

—Solo es un arañazo, señor, mire... —Ardite se desabotonó el camisón—. ¿Lo ve? —dijo con aire triunfal.

Húmedo estuvo a punto de desmayarse. El banshee había intentado hacerle un tablero de tres en raya al anciano en el pecho. Alguien lo había cosido con habilidad.

—Han hecho un buen trabajo, eso se lo reconozco —dijo Ardite a regañadientes—. ¡Pero yo tengo que ponerme a trabajar, señor, ponerme a trabajar!

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —insistió Húmedo, mirando la maraña de cicatrices.

—Como una rosa, señor. Ya he intentado explicárselo a ellos, señor, que si un banshee no puede atravesar mi protector de pecho para pillarme, tampoco lo van a conseguir sus malditos pequeños demonios mordedores invisibles. Apuesto a que la cosa no va bien, señor, con Aggy repartiendo órdenes por ahí... ¡Apuesto a que no! Apuesto a que me necesita usted urgentemente, ¿verdad, señor?

—Hum, sí —dijo Húmedo—. ¿Le están medicando?

—Ja! Ellos lo llaman medicación, señor. Me han soltado toda clase de jerigonzas de que es un remedio maravilloso, pero en mi opinión ese potingue ni sabe a nada ni huele a nada. Dicen que me irá bien, pero yo les he dicho que lo que me irá bien es ponerme a trabajar, señor, no estar sentado en agua con jabón y rodeado de mujeres que me miran la flauta y los cascabeles. ¡Y se han llevado mi pelo! ¡Dicen que es antihigiénico! ¡Tendrán morro! Vale, es verdad que se mueve un poco por su cuenta, pero eso es lo más natural. ¡Hace mucho tiempo que tengo mi pelo, señor, ya estoy acostumbrado a sus pequeñas manías!

—¿Se-pue-de-sa-ber qué pasa aquí? —dijo una voz cargada de propiedad ofendida.

Húmedo se giró.

Si una de las normas que habría que enseñar a los jóvenes es que no se mezclen con chicas locas que fuman como chimeneas, otra debería ser: huye de cualquier mujer que separe las sílabas de «se puede saber».

Aquella mujer podría haber sido dos mujeres. Ciertamente tenía la capacidad cúbica necesaria y, como iba toda vestida de blanco, más bien parecía un iceberg. Aunque más frío. Y provisto de velas. Y de una cofia tan almidonada que tenía filos cortantes.

Detrás de ella y a ambos lados había dos mujeres más pequeñas, corriendo un peligro inminente de ser aplastadas si la primera daba un paso atrás.

—Vengo a ver al señor Ardite —dijo Húmedo con un hilo de voz, mientras Ardite balbuceaba y se tapaba la cabeza con la ropa de cama.

—¡Imposible del todo! ¡Yo soy la enfermera jefe de este sitio, joven, y tengo que insistir en que se marche de inmediato! ¡El señor Ardite se encuentra en un estado extremadamente inestable!

—A mí me parece que está bien —contestó Húmedo.

No le quedó más remedio que admirar la mirada que la enfermera jefe le dedicó. Daba a entender que acababa de encontrar a Húmedo adherido a la suela de su zapato. Él le devolvió otra igualmente gélida.

—¡Joven, su estado es extremadamente crítico! —le espetó—. ¡Me niego a liberarlo!

—¡Señora, estar enfermo no es ningún crimen! —dijo Húmedo—. ¡A la gente no se la libera de los hospitales, pueden evacuarse ellos mismos!

La enfermera jefe se puso muy recta y firme, y dedicó a Húmedo una sonrisa triunfal.

—¡Eso, joven, es pre-ci-sa-men-te lo que nos tememos!

\* \* \*

Húmedo estaba seguro de que los médicos tenían esqueletos en la consulta para amedrentar a los pacientes. Ñe, ñe, sabemos cómo sois por dentro... Él aprobaba aquello, sin embargo. Le suscitaba cierto sentimiento de afinidad. Últimamente los lugares como el Lady Sybil escaseaban mucho, pero Húmedo estaba convencido de que él podría hacer una carrera lucrativa a base de llevar bata blanca, usar nombres largos y distinguidos para referirse a dolencias como la moquera y mirar con solemnidad cosas metidas en frascos.

Al otro lado del escritorio, un tal doctor Jardín —tenía su nombre en una placa sobre la mesa porque los médicos son gente muy ocupada y no pueden acordarse de todo— levantó la mirada de sus notas sobre Toliverio Ardite.

—Ha sido muy interesante, señor Mustachen. Es la primera vez en la vida que he tenido que operar para sacarle la ropa al paciente —dijo—. ¿No sabrá usted por casualidad de qué estaba hecho el emplasto, verdad? Él no nos lo ha querido decir.

—Creo que son varias capas de franela, grasa de oca y pudín de pan —dijo Húmedo, examinando la consulta.

—¿Pudín de pan? ¿Pudín de pan de verdad?

—Eso parece —dijo Húmedo.

—Entonces, ¿no era nada vivo? Nosotros le hemos visto una textura correosa —dijo el médico, hojeando las notas—. Ah, sí, aquí lo tengo. Sí, sus pantalones fueron objeto de detonación controlada después de que explotara uno de sus calcetines. No estamos seguros de por qué.

—Se los llena de azufre y carbón vegetal para mantener los pies frescos, y se empapa los pantalones de salitre para evitar contagiarse de mosquito —explicó Húmedo—. Verá, es un gran creyente en la medicina natural. No se fía de los médicos.

—¿En serio? —dijo el doctor Jardín—. Eso es que retiene un vestigio de cordura. Por cierto, lo más inteligente es no discutir con el personal de enfermería. A mí la estrategia más sensata me parece tirar unos bombones en una dirección y salir corriendo en la dirección contraria mientras no me prestan atención. El señor Ardite piensa que cada hombre es su propio médico, entonces, ¿no?

—Se fabrica sus propias medicinas —explicó Húmedo—. Empieza todos los días con quince centilitros de ginebra mezclados con licor de nitro, harina de azufre, enebro y el jugo de una cebolla. Dice que despeja los conductos.

—Por los dioses, no me cabe la menor duda. ¿Echa algún pitillo?

Húmedo lo meditó.

—Lo que echa más bien parece vapor —dijo.

—¿Y su formación en alquimia básica es...?

—Nula, por lo que yo sé —dijo Húmedo—. Aunque fabrica unos caramelos para la tos muy curiosos. Cuando ya llevas dos minutos chupándolos notas cómo se te sale la cera de las orejas. También se pinta las rodillas con una especie de compuesto de yodo y...

—¡Basta! —dijo el médico—. Señor Mustachen, hay momentos en que los humildes practicantes del arte de la medicina tenemos que hacernos a un lado y asombrarnos. Hacernos bastante a un lado, en el caso del señor Ardite, y a ser posible detrás de un árbol. Lléveselo, por favor. Tengo que decir que contra todo pronóstico lo encuentro increíblemente sano. Casi entiendo cómo es que puede darle tan poca importancia al ataque de un banshee. De hecho, es probable que sea imposible matar al señor Ardite de ninguna forma normal, aunque le aconsejo que no le permita empezar a bailar claqué. Ah, y llévese su peluca, ¿quiere? Hemos intentado meterla en el armario, pero se escapa. Mandaremos la factura a la Oficina de Correos, ¿de acuerdo?

—Yo creía que en el letrero ponía «Hospital Gratuito» —dijo Húmedo.

—En general, sí, en general —dijo el doctor Jardín—. Pero aquellos a quienes los dioses han otorgado tantos favores, ciento cincuenta mil favores, por lo que he oído, probablemente ya han recibido toda la caridad que necesitaban, ¿no?

Y el dinero está todo retenido en las celdas de la Guardia, pensó Húmedo. Buscó en la chaqueta y sacó un fajo arrugado de sellos verdes de un dólar de Ankh-Morpork.

—¿Acepta usted estos? —dijo.

\* \* \*

El Times había considerado que la imagen de Húmedo von Mustachen rescatando a Mimitos en la Oficina de Correos era, al incluir a un animal, de interés humano, y por tanto ocupaba gran parte de la primera página

Asidor D'Oropel la miró sin desplegar ni un asomo de emoción. Luego volvió a leer el artículo que la acompañaba, bajo los titulares:

HOMBRE SALVA A GATO

«¡La reconstruiremos aún más grande!», promete mientras correos arde

Regalo divino de 150.000$

Oleada de cajones atascados en la ciudad

—Me da la impresión de que a veces el director del Times debe de lamentar que solo haya una primera página —comentó en tono seco.

Se oyó un ruido procedente de los hombres que estaban sentados a la enorme mesa del despacho de D'Oropel. Era la clase de ruido que se oye cuando la gente no se está riendo de verdad.

—¿Cree usted que ese hombre tiene realmente a los dioses de su lado? —dijo Verdejamón.

—Lo dudo mucho —dijo D'Oropel—. Debía de saber dónde estaba el dinero.

—¿Eso cree? Si yo supiera dónde había tanto dinero, no lo dejaría allí enterrado.

—No, usted no —dijo D'Oropel en voz baja, de una manera que hizo sentirse un poco intranquilo a Verdejamón.

—¡Doce y medio por ciento! ¡Doce y medio por ciento! —chilló Alphonse, dando botecitos en su percha.

—¡Nos han hecho quedar como unos tontos, Asidor! —dijo Stowley—. ¡Él ya sabía que la línea se iba a averiar ayer! ¡Es lo mismo que si tuviera ayuda de los dioses! Ya estamos perdiendo el tráfico local. Cada vez que tenemos avería podemos estar seguros de que él mandará una diligencia por pura maldad. No hay nada que ese maldito individuo no se rebaje a hacer. ¡Ha convertido la Oficina de Correos en un... espectáculo!

—Tarde o temprano todos los circos se marchan de la ciudad —dijo D'Oropel.

—¡Pero está burlándose de nosotros! —insistió Stowley—. ¡Si el Tronco se vuelve a averiar, lo veo capaz hasta de mandar una diligencia a Genua!

—Tardaría semanas —dijo D'Oropel.

—Sí, pero es más barato y termina llegando. Eso es lo que él dirá. Y lo dirá en voz bien alta. Tenemos que hacer algo, Asidor.

—¿Y qué sugiere usted?

—¿Por qué no nos gastamos algo de dinero y hacemos mantenimiento como es debido?

—No se puede —dijo una voz nueva—. No tenemos personal.

Todas las cabezas se giraron hacia el hombre que estaba en la otra punta de la mesa. Llevaba puesta una chaqueta encima de un mono de trabajo y había dejado un sombrero de copa muy gastado en la mesa a su lado. Se llamaba señor Pony y era el jefe de ingenieros del Tronco. Lo habían adquirido junto con la compañía, y él se había quedado porque con cincuenta y ocho años de edad, punzadas de artritis en los nudillos, una esposa enferma y problemas de espalda, uno se piensa dos veces los gestos grandilocuentes como largarse dando un portazo. No había visto un clac en su vida hasta hacía tres años, cuando se fundó la primera compañía, pero era un hombre metódico y la ingeniería era la ingeniería.

En la actualidad su mejor amigo en el mundo era su colección de papeles de copia de color rosa. El había hecho lo que había podido, pero no pensaba pagar el pato cuando aquella panda por fin se fuera a pique, y sus papeles de copia de color rosa se encargarían de ello. El informe de papel blanco para el presidente, la copia amarilla para el archivo y la copia rosa para uno mismo. Nadie podría decir que él no los había avisado.

En el sujetapapeles llevaba un fajo de cinco centímetros de grosor que contenía los papeles de copia más recientes. Ahora, sintiéndose como un dios anciano que se agacha entre las nubes de cualquier Apocalipsis para vociferar: «¿Acaso no os lo dije? ¿No os avisé? ¿Acaso me escuchasteis? ¡Ahora ya es tarde para hacer caso!», puso voz de paciencia llevada al límite:

—Tengo seis equipos de mantenimiento. La semana pasada eran ocho. Les envié a todos un informe al respecto, tengo las copias aquí mismo. Deberíamos tener dieciocho equipos. A la mitad de los hombres hay que formarlos sobre la marcha, y no tenemos tiempo para enseñarles. Antes montábamos torres móviles para sostener la carga, pero ahora ni siquiera tenemos personal para eso...

—Muy bien, hace falta tiempo, lo entendemos... —dijo Verdejamón—. ¿Cuánto tiempo le costaría... contratar a más hombres y poner en marcha esas torres móviles y...?

—Me obligaron ustedes a echar a muchos técnicos —dijo Pony.

—No los echamos. Los «dejamos irse» —dijo D'Oropel.

—Hicimos... recortes —dijo Verdejamón.

—Pues parece que tuvieron éxito, señor —dijo Pony. Se sacó de un bolsillo un trozo de lápiz y del otro un cuaderno mugriento—. ¿Lo quieren rápido, barato o bueno, caballeros? —preguntó—. Tal como han estado yendo las cosas, solo puedo ofrecerles una de tres...

—¿Cómo de deprisa podemos tener el Gran Tronco funcionando como es debido? —dijo Verdejamón, mientras D'Oropel se reclinaba en su asiento y cerraba los ojos.

Pony movió los labios mientras recorría sus cifras con la vista.

—Nueve meses —dijo.

—Supongo que si nos ven trabajar duro, nueve meses de funcionamiento errático no parecerán demasiado... —empezó a decir el señor Stowley.

—Nueve meses de cierre —dijo el señor Pony.

—¡No sea necio, hombre!

—No soy necio, señor, gracias —replicó Pony en tono cortante—. Voy a tener que encontrar técnicos nuevos y formarlos, porque de la antigua brigada no va a querer volver casi nadie por mucho dinero que les ofrezca. Si cerramos las torres puedo usar a los operarios de señales. Por lo menos ellos saben cómo funcionan las torres. Y podremos trabajar más deprisa si no tenemos que llevar torres móviles de un lado para otro e instalarlas. Hay que empezar de cero. Las torres ya no estaban tan bien construidas de entrada. Buencorazón nunca se esperó tanto volumen de tráfico. Nueves meses de torres a oscuras, señores.

Tenía ganas, oh, qué ganas tenía de decirles: Técnicos, gente con oficio. ¿Sabéis lo que quiere decir «con oficio»? Quiere decir hombres con algo de orgullo, que se hartan y se marchan cuando les mandas hacer chapuzas a toda prisa, por mucho que les pagues. Y por eso ahora estoy dando trabajo de «técnicos» a gente que apenas está capacitada para barrer el suelo de un taller. Pero a vosotros os da lo mismo, porque si no calientan una silla con el culo todo el día os creéis que un hombre que se ha pasado siete años de aprendiz es lo mismo que un cretino del que no puedes fiarte que sepa agarrar un martillo por el lado correcto. Esto no lo dijo en voz alta, porque aunque es probable que un hombre mayor tenga mucho menos futuro que uno de veinte años, sin embargo lo cuida mucho mejor...

—¿No puede darnos nada mejor que eso? —preguntó Stowley.

—Señor Stowley, tendré mucha suerte si no son más que nueve meses —dijo Pony, volviendo a la realidad—. Si no quieren cerrar, tal vez lo pueda hacer en un año y medio, si consigo encontrar a los suficientes hombres y están ustedes dispuestos a gastarse el dinero suficiente. Pero tendrán averías todos los días. La cosa funcionará a trancas y barrancas, señor.

—¡En nueve meses ese tal Mustachen nos barrerá del mapa! —protestó Verdejamón.

—Lo siento, señor.

—¿Y cuánto nos costaría? —preguntó D'Oropel en tono etéreo, sin abrir los ojos.

—De una forma u otra, señor, imagino que unos doscientos mil —dijo Pony.

—¡Eso es ridículo! ¡Pero si ni siquiera el Tronco nos costó tanto! —estalló Verdejamón.

—Ya, señor. Pero verá, es que hay que hacer mantenimiento todo el tiempo, señor. Las torres se han descuidado del todo. Hubo esa galerna tremenda en sectubre y todos los problemas en Uberwald. Y yo estoy sin personal. Si no se hace mantenimiento, pronto los fallos pequeños se convierten en grandes. He estado enviándoles montones de informes, señor. Y ustedes me han recortado el presupuesto dos veces. Permítanme decir que mis hombres han hecho maravillas con...

—Señor Pony —dijo D'Oropel sin levantar la voz—, creo que lo que estoy viendo aquí es un conflicto de culturas. ¿Le importa pasar a mi estudio, por favor? Igor le preparará una taza de té. Muchísimas gracias.

Después de que Pony se marchara, Verdejamón dijo:

—¿Saben lo que me preocupa ahora mismo?

—Díganoslo —pidió D'Oropel, entrelazando las manos sobre su caro chaleco.

—Que el señor Slant no esté aquí.

—Se ha disculpado. Ha dicho que tenía asuntos importantes que resolver —dijo D'Oropel.

—¡Nosotros somos sus principales clientes! ¿Qué es más importante que nosotros? ¡No, si no está aquí es porque quiere estar en otra parte! Ese maldito viejo muerto viviente huele los problemas y nunca está presente cuando las cosas van mal. ¡Slant siempre sale de rositas!

—Al menos olerá mejor que ese formol suyo de siempre —dijo D'Oropel—. Mantengan la calma, caballeros.

—Pues alguien no la ha mantenido —replicó Stowley—. ¡No me digan que el incendio ha sido un accidente! ¿Lo ha sido? ¿Y qué le pasó al pobre Gordete Fritábano, eh?

—Tranquilícense, amigos míos, tranquilícense —dijo D'Oropel. Solo son banqueros mercantiles, pensó. No son cazadores: son carroñeros. No tienen visión.

Esperó que los hombres se calmaran un poco y se pusieran a contemplarlo con esa expresión extraña y más bien aterradora que ponen los hombres ricos cuando creen que corren peligro de volverse hombres pobres.

—Yo ya me esperaba algo así —dijo—. Vetinari nos quiere hostigar, eso es todo.

—Asidor, usted sabe que como deje de funcionar el Tronco vamos a vernos en apuros —intervino Nuezmoscada—. Algunos de nosotros tenemos... deudas contraídas. Si el Tronco cae del todo, la gente... hará preguntas.

Oh, esas pausas, pensó D'Oropel. Malversación es una palabra tan, tan difícil.

—Muchos de nosotros tuvimos que trabajar duro para reunir el capital —dijo Stowley.

Sí, no debe de ser fácil mantener la cara seria delante de vuestros clientes, pensó D'Oropel. Pero en voz alta dijo:

—Creo que tenemos que pagar, caballeros. De verdad lo creo.

—¿Doscientos mil? —dijo Verdejamón—. ¿Dónde cree que podemos conseguir tanto dinero?

—La otra vez lo consiguieron —murmuró D'Oropel.

—¿Y eso qué se supone que significa, si no es mucho preguntar? —dijo Verdejamón, presa de una indignación un poco excesiva.

—El pobre Crispin vino a verme la noche antes de morir —dijo D'Oropel, tan reposado como un palmo de nieve—. Se puso a farfullar sobre, no sé, toda clase de locuras. Casi no merece la pena repetirlas aquí. Creo que estaba convencido de que alguien iba a por él. Sin embargo, insistió en ponerme un pequeño libro de contabilidad en las manos. No hace falta decir que lo tengo guardado a buen recaudo.

La sala quedó en silencio, un silencio intensificado y recalentado por la cantidad de hombres desesperados que pensaban mucho y rápido. Según sus propios criterios, eran hombres honrados, en el sentido de que solo hacían lo que sabían o sospechaban que hacían todos los demás y nunca había sangre a la vista. Con todo, ahora mismo eran hombres perdidos en un mar de hielo que acababan de oír el primer crujido.

—Tengo la fuerte sospecha de que la cosa no llegará a los doscientos mil —dijo D'Oropel—. Pony sería tonto si no dejara algo de margen.

—No nos avisó usted de esto, Asidor —dijo Stowley en tono resentido.

D'Oropel agitó las manos.

—¡Para acumular debemos especular! —exclamó—. ¿La Oficina de Correos? Artimañas y juegos de manos. Sí, Mustachen es un hombre de ideas, pero no es nada más. Ha causado cierto revuelo, sí, pero no tiene la resistencia para jugar a largo plazo. Y sin embargo, resulta que nos va a hacer un favor. Tal vez hemos sido... un poco altivos, un poco descuidados, ¡pero hemos aprendido la lección! Espoleados por la competencia, vamos a invertir varios cientos de millares de dólares...

—¿Varios cientos? —dijo Verdejamón.

D'Oropel le hizo una señal para que guardara silencio y continuó:

—... varios cientos de millares de dólares en el desafío de una relevante y emocionante mejora sistémica de toda nuestra organización, enfocada a nuestras competencias principales mientras mantenemos una cooperación atenta y completa con las comunidades a las que tenemos el orgullo de servir. Comprendemos plenamente que nuestros enérgicos intentos por activar la infraestructura defectuosa que heredamos no han sido del todo satisfactorios, y esperamos y confiamos en que nuestros apreciados y leales clientes sepan disculpar las molestias en los meses próximos, mientras interactuamos sinergéticamente con la dirección de los cambios en nuestra pugna por alcanzar la excelencia. Esa es nuestra misión de empresa.

Se hizo un silencio sobrecogido.

—Y así es como salimos de esta —concluyó D'Oropel.

—Pero ha dicho usted varios cien...

D'Oropel suspiró.

—Lo he dicho —dijo—. Confíen en mí. Es un juego, caballeros, y los buenos jugadores son aquellos que pueden darle la vuelta a una situación adversa para su propio beneficio. Los he traído a ustedes hasta aquí, ¿verdad? Un poco de dinero y la actitud correcta nos permitirán hacer el resto del camino. Estoy seguro de que podrán encontrar algo más de dinero —añadió—. Sacándolo de alguna parte donde nadie lo eche en falta.

Lo que siguió no era silencio. Iba más allá del silencio.

—¿Qué está usted sugiriendo? —preguntó Nuezmoscada.

—Desfalco, robo, infidencia, malversación de fondos... la gente se pasa de severa —dijo D'Oropel. Volvió a abrir los brazos, y una sonrisa enorme y amigable emergió como el sol cuando se abre paso entre nubes de tormenta—. ¡Caballeros! ¡Yo entiendo de esto! El dinero se inventó para trabajar, para moverse y para crecer, no para quedarse encerrado en una cámara acorazada. El pobre señor Fritábano, me temo, no lo entendía. Pero nosotros... nosotros somos hombres de negocios. Nosotros entendemos de estas cosas, amigos míos.

Examinó las caras de unos hombres que ahora sabían que estaban cabalgando a lomos de un tigre. Había sido una buena cabalgada hasta hacía más o menos una semana. Y no es que no pudieran bajarse. Sí que podían. Aquel no era el problema. El problema era que el tigre sabía dónde vivían.

Pobre señor Fritábano... habían corrido rumores. De hecho, eran unos rumores completamente infundados, porque al señor Gryle se le daba demasiado bien su trabajo cuando no había palomas de por medio, se había movido como una sombra con garras y, pese a que había dejado un ligero efluvio en el aire, el olor a sangre lo había tapado. Pero los rumores surgían en las calles de Ankh-Morpork igual que el vaho de un montón de estiércol.

Y entonces, a un par de miembros del consejo se les ocurrió que ese jovial «amigos míos» que salía de labios de Asidor D'Oropel, siempre tan generoso con sus invitaciones, sus propinas, sus consejos y su champán, estaba empezando a tener unos tonos armónicos y unos matices muy parecidos a los de la palabra «chavalote» en boca de los hombres de los callejones que ofrecen un servicio de cirugía plástica con una botella rota a cambio de no darles ningún dinero. Por otro lado, de momento no les había pasado nada; tal vez valiera la pena seguir al tigre hasta la presa. Tal vez fuera mejor pisarle los talones a la bestia que ser su víctima...

—Y ahora me doy cuenta de que estoy siendo un maleducado que no les deja irse a dormir —dijo D'Oropel—. Que tengan buenas noches, caballeros. Pueden dejármelo todo a mí con plena tranquilidad. ¡Igor!

—Zí, amo —dijo Igor, detrás de él.

—Acompaña a estos hombres afuera y luego haz pasar al señor Pony.

D'Oropel los vio salir con una sonrisa de satisfacción, que se convirtió en una cara radiante y feliz cuando volvió a entrar Pony.

La entrevista con el ingeniero fue como sigue:

—Señor Pony —dijo D'Oropel—. Me alegro mucho de comunicarle que el consejo, impresionado por su dedicación y por el duro trabajo que ha estado usted haciendo, ha votado unánimemente a favor de subirle el sueldo quinientos dólares al año.

A Pony se le alegró la cara.

—Muchas gracias, señor. Le aseguro que no me irá nada...

—Sin embargo, señor Pony, en calidad de miembro de la dirección de la compañía Gran Tronco, y que conste que lo consideramos a usted parte del equipo, tenemos que pedirle que tenga en cuenta nuestra liquidez. Este año no podemos autorizar más que veinticinco mil dólares para reparaciones.

—¡Eso son solo setenta dólares por torre, señor! —protestó el ingeniero.

—Tch, ¿en serio? Ya les he dicho yo que no aceptaría usted eso —dijo D'Oropel—. El señor Pony es un ingeniero íntegro, les he dicho. ¡No aceptará ni un penique menos de cincuenta mil, les he dicho!

Pony pareció agobiado.

—Ni siquiera con eso se puede hacer gran cosa, señor. Podría sacar alguna que otra torre móvil, sí, pero la mayoría de las torres de las montañas ya están con la soga al cuello...

—Contamos con usted, George —dijo D'Oropel.

—Bueno, supongo... ¿podemos volver a tener la Hora de los Muertos, señor D'Oropel?

—Preferiría que no empleara esa expresión tan extravagante —dijo D'Oropel—. De verdad que no transmite la imagen apropiada.

—Lo siento, señor —dijo Pony—. Pero aun así, la necesito.

D'Oropel tamborileó con los dedos en la mesa.

—Está usted pidiendo mucho, George, de veras. Estamos hablando de una cuestión de flujo de ingresos. El consejo no va a estar muy contento conmigo si yo...

—Creo que tengo que insistir, señor D'Oropel —dijo Pony, mirándose los pies.

—¿Y qué nos puede conseguir a cambio? —preguntó D'Oropel—. Eso es lo que va a querer saber el consejo. Me dirán: Asidor, le estamos dando al bueno de George todo lo que pide; ¿qué vamos a sacar de esto?

Olvidando momentáneamente que se trataba de una cuarta parte de lo que él había pedido al principio, el bueno de George dijo:

—Bueno, podemos poner parches por todos lados y hacer que algunas de las torres hechas polvo de verdad vuelvan a funcionar más o menos, sobre todo la 99 y la 201... Oh, hay tanto que hacer...

—¿Nos proporcionaría eso, por ejemplo, un año de funcionamiento razonable?

El señor Pony luchó con valentía contra el temor permanente que sienten todos los ingenieros a comprometerse a nada y consiguió decir:

—Bueno, si no perdemos mucho personal, y el invierno no es muy crudo, aunque claro, siempre está...

D'Oropel chasqueó los dedos.

—¡Demonios, George, me ha convencido! ¡Voy a decir al consejo que lo respaldo a usted y que se vayan al infierno!

—Bueno, es muy amable de su parte, señor, claro —dijo Pony, perplejo—, pero solo estaremos tapando las grietas con papel. Si no hacemos una reconstrucción a gran escala, lo único que conseguiremos es que se nos amontonen aún más problemas para el futuro.

—¡Dentro de un año más o menos, George, nos puede proponer usted todos los planes que quiera! —exclamó D'Oropel en tono jovial—. ¡Su talento y su ingenio serán la salvación de la compañía! Pero bueno, sé que es un hombre ocupado y no lo quiero entretener. ¡Vaya usted a hacer milagros económicos, señor Pony!

El señor Pony salió dando tumbos, orgulloso y desconcertado y lleno de temor.

—Menudo viejo chocho —dijo D'Oropel, y bajó el brazo para abrir el cajón inferior de su escritorio. Sacó un cepo para osos, lo preparó en el suelo con cierto esfuerzo y luego se plantó en medio de la sala, de espaldas a la trampa—. ¡Igor! —llamó.

—Zí, zeñor —dijo Igor, detrás de él. Se oyó un chasquido—. Creo que ezto ez zuyo, zeñor —añadió Igor, dándole a D'Oropel el cepo cerrado. D'Oropel bajó la vista. Las piernas del hombre parecían intactas.

—¿Cómo has...? —empezó a decir.

—Oh, loz Igorz eztamoz familiarizadoz con loz amoz de mente inquizitiva, zeñor —dijo Igor en tono lúgubre—. Uno de loz caballeroz a loz que zerví ze ponía dando la ezpalda a un foro lleno de eztacaz, zeñor. Cómo noz reíamoz, zeñor.

—¿Y qué pasó?

—Que un día ze olvidó y ze cayó dentro. Ezo zí que fue para reírze, zeñor.

D'Oropel también se rió, y luego volvió a su mesa. Le gustaba aquella clase de chistes.

—Igor, ¿tú dirías que estoy loco? —preguntó.

En teoría los Igors no deben mentir a sus patronos. Forma parte del Código de los Igors. Así que Igor se refugió en la estricta honradez lingüística.

—No me vería capaz de decir ezo, zeñor.

—Debo de estarlo, Igor. O bien lo estoy yo o lo están todos los demás —dijo D'Oropel—. O sea, yo les enseño lo que hago, les enseño cómo están marcadas las cartas... y ellos se dan codazos y sonríen y no hay ninguno que no se considere un tipo maravilloso por estar haciendo negocios conmigo. Tiran el dinero y luego lo tiran todavía más. Se creen que son unos zorros de los negocios y sin embargo se ofrecen como corderitos. Me encanta ver sus expresiones cuando creen que están siendo astutos.

—Por zupuezto, zeñor —dijo Igor. Se estaba preguntando si seguiría disponible aquella plaza en el hospital nuevo. Su primo Igor ya estaba trabajando allí y le había dicho que era maravilloso. ¡A veces había que trabajar toda la noche! Y te daban una bata blanca, todos los guantes de goma que te apeteciera comer y, lo mejor de todo, te trataban con rezpeto.

—Es tan... básico —dijo D'Oropel—. Vas ganando dinero mientras la cosa decae, luego ganas dinero volviendo a levantarla, puede que incluso ganes un poco de dinero dirigiéndola, y por fin te la vendes a ti mismo cuando se hunde. Solo los arrendamientos ya valen una fortuna. Dale sus frutos secos a Alphonse, ¿quieres?

—¡Doce y medio por ciento! ¡Doce y medio por ciento! —dijo la cacatúa, caminando de lado a lado por la percha con pasitos excitados.

—Por zupuezto, zeñor —dijo Igor, sacándose una bolsa del bolsillo y avanzando con cautela. Alphonse tenía un pico que parecía unas tijeras de podar.

O tal vez podría probar a trabajar de veterinario como mi otro primo Igor, pensó Igor. Eso sí que era un campo bueno y tradicional. Lástima de toda la mala prensa que había habido cuando aquel hámster destrozó su rueda de andar y se comió la pierna de un hombre antes de marcharse volando, pero así era como ze progrezaba. Lo importante era largarse antes de que llegara la multitud enardecida. Y cuando tu jefe empezaba a explicar al aire lo genial que era, es que había llegado el momento.

—La esperanza es la maldición de la humanidad, Igor —dijo D'Oropel, poniéndose las manos detrás de la cabeza.

—Ez pozible, zeñor —dijo Igor, intentando esquivar el horrible pico curvado.

—El tigre no tiene la esperanza de cazar a su presa, ni la gacela tiene la esperanza de escapar de las garras. Lo que hacen es correr, Igor. Correr es lo único que importa. Ellos solo saben que tienen que correr. Y ahora a mí me toca ir corriendo a ver a esa gente tan maja del Times y contarle a todo el mundo el radiante futuro que nos espera. Saca el carruaje, ¿quieres?

—Por zupuezto, zeñor. Zi me dizculpa, voy un momento a buzcar otro dedo.

Creo que voy a volver a las montañas, pensó mientras bajaba al sótano. Por lo menos allí los monstruos tienen la decencia de parecerlo.

\* \* \*

Los faroles repartidos por las ruinas de la Oficina de Correos hacían brillar la noche. A los gólems no les hacían falta, pero a los peritos sí. Húmedo había conseguido un trato favorable. Al fin y al cabo, los dioses habían hablado. A una empresa no le podía hacer ningún daño que la asociaran con el fénix que era aquel edificio.

En la parte que seguía en pie, apuntalada y cubierta con lonas, la Oficina de Correos —es decir, la gente que constituía la Oficina de Correos— llevaba toda la noche trabajando. En realidad no había bastante trabajo para todos, pero aun así se habían presentado para hacerlo. Había que estar allí, para poder decir más tarde: «... y yo estuve allí, aquella misma noche...». Húmedo sabía que debería dormir un poco, pero él también tenía que estar allí, lleno de vida y de chispa. Era algo... asombroso. Los demás lo escuchaban, hacían cosas por él y corrían de un lado para otro como si fuera un verdadero líder en lugar de un tramposo y un farsante.

Por no hablar de las cartas. Oh, las cartas dolían. Cada vez llegaban más, e iban todas dirigidas a él. La noticia había corrido por toda la ciudad. ¡Había salido en el periódico! ¡Los dioses escuchaban a aquel hombre!

... repartiremos a los mismos dioses...

Él era el hombre del traje dorado y la gorra con alas. La gente había convertido a un maleante en el mensajero de los dioses y le había apilado encima de su escritorio chamuscado la suma de todas sus esperanzas y miedos... con errores de puntuación, vale, y escritas a lápiz emborronado o con la tinta gratuita de la Oficina de Correos, que había salpicado todo el papel por culpa de escribir con prisas.

—Creen que es usted un ángel —dijo la señorita Buencorazón, que estaba sentada al otro lado de su escritorio ayudándolo a clasificar las patéticas peticiones. Cada media hora aproximadamente el señor Pistón les traía más.

—Pues no lo soy —dijo Húmedo, molesto.

—Habla con los dioses y los dioses le escuchan —dijo la señorita Buencorazón, sonriente—. Le dijeron dónde estaba el tesoro. A eso sí que lo llamo yo religión. Por cierto, ¿cómo sabía que el dinero estaba allí?

—¿No cree en ningún dios?

—No, claro que no. No mientras haya gente como Asidor D'Oropel caminando bajo el cielo. Lo único que existe somos nosotros. ¿Y el dinero...?

—No se lo puedo decir —dijo Húmedo.

—¿Ha leído algunas de estas cartas? —preguntó la señorita Buencorazón—. Niños enfermos, esposas moribundas...

—Algunos piden dinero y ya está —se apresuró a decir Húmedo, como si eso lo arreglara.

—¿Y de quién es culpa eso, boquita de oro? ¡El que puede sacar un buen pellizco a los dioses es usted!

—Entonces, ¿qué hago con todas estas... oraciones? —dijo Húmedo.

—Entregarlas, claro. Tiene que hacerlo. Usted es el mensajero de los dioses. Y todas van selladas. ¡Algunas están cubiertas de sellos! Es su trabajo. Llévelas a los templos. ¡Prometió hacerlo!

—Yo nunca prometí que...

—¡Lo prometió al venderles los sellos!

Húmedo a punto estuvo de caerse de la silla. Ella había blandido la frase como si fuera un puño.

—Y eso les dará esperanza —añadió ella en voz más baja.

—Falsa esperanza —dijo Húmedo, enderezándose con esfuerzo.

—Quizá esta vez no —respondió la señorita Buencorazón—. En eso consiste la esperanza. —Cogió los restos maltrechos del brazalete de Anghammarad—. Él estaba llevando un mensaje a través de todo el Tiempo. ¿Y usted cree que lo tiene difícil?

—¿Señor Mustachen?

La voz subió flotando desde el vestíbulo, al mismo tiempo que el ruido de fondo se deshinchaba como un suflé mal hecho.

Húmedo caminó hasta el sitio donde había habido una pared. Ahora, con los tablones calcinados del suelo crujiendo bajo los pies, se asomó y miró hacia abajo. Una pequeña parte de él pensó: cuando reconstruyamos vamos a tener que poner una vidriera enorme aquí. Esto es demasiado impresionante para explicarlo.

Se oyó un rumor de susurros y unas cuantas exclamaciones ahogadas. También había muchos clientes, ya en aquella madrugada neblinosa. Nunca es tarde para una oración.

—¿Va todo bien, señor Ardite? —gritó. Algo blanco fue agitado en el aire.

—¡Primer ejemplar del Times, señor! —gritó Ardite—. ¡Acaba de llegar! ¡D'Oropel ocupa toda la primera página, señor! ¡Donde debería estar usted, señor! ¡Esto no le va a gustar nada, señor!

\* \* \*

Si a Húmedo von Mustachen lo hubieran educado para ser payaso, habría visitado espectáculos y circos y habría observado a los reyes de la payasería. Se habría maravillado ante la elegante trayectoria del pastel de nata, habría memorizado el nuevo número de la escalera y el cubo de lechada y habría estudiado con atención hasta el último huevo usado en los juegos malabares. Mientras el resto del público contemplaba el espectáculo con los debidos sentimientos de terror, furia y exasperación, él habría estado tomando notas.

Ahora, igual que un aprendiz que mira fijamente el trabajo de un maestro, leyó las palabras de Asidor D'Oropel que traía el periódico todavía con la tinta fresca.

Era basura, pero la había urdido un experto. Oh, sí. Era admirable la manera en que unas palabras completamente inocentes habían sido asaltadas, violadas, despojadas de todo significado y decencia verdaderos y luego puestas a hacer la calle al servicio de Asidor D'Oropel, aunque lo más seguro era que «sinergéticamente» ya hubiera sido puta desde siempre. Quedaba claro que los problemas del Gran Tronco eran resultado de un misterioso espasmo del universo y no tenían nada que ver con la codicia, la arrogancia ni la estupidez deliberada. Sí, la dirección de Gran Tronco había cometido equivocaciones —ups, «juicios bienintencionados que, con el beneficio de la perspectiva, tal vez hubieran sido, lamentablemente, erróneos en ciertos aspectos»—, pero al parecer estas habían tenido lugar mientras se corregían «errores sistémicos fundamentales» heredados de la administración anterior. Nadie se arrepentía de nada porque no había ni un alma que hubiera hecho nada malo; las cosas malas habían tenido lugar por generación espontánea en algún extraño, gélido y geométrico ultramundo, y «resultaban lamentables».

El reportero del[[10]](#footnote-10) Times se había esforzado, pero habría hecho falta una verdadera estampida para detener a Asidor D'Oropel en su asalto enloquecido al significado del significado: Gran Tronco «se debía a la gente», y al reportero ni se le había pasado por la cabeza preguntar qué quería decir exactamente aquello. Por no hablar de un destacado que llevaba por título «Nuestra misión»...

Húmedo sintió que le subía por la garganta un sabor ácido capaz de hacer labor de encaje a escupitajos sobre una plancha de acero. Palabras estúpidas y sin sentido, dichas por gente sin sabiduría, inteligencia ni otro talento que el de depreciar la moneda de la expresión. Oh, Gran Tronco estaba al servicio de todo, desde la vida y la libertad hasta el pudín preocupado que cocina mamá. Estaba al servicio de todo salvo de cualquier cosa.

A través de una niebla rosada su mirada captó la frase: «la seguridad es nuestra mayor preocupación». ¿Por qué los tipos de plomo no se habían fundido, por qué el papel no se había incendiado antes que formar parte de aquella obscenidad? La prensa tendría que haberse atascado, el rodillo tendría que haberse enclastado contra la plancha...

Aquello ya era malo. Pero a continuación vio la respuesta que había dado D'Oropel a una pregunta apresurada sobre la Oficina de Correos.

Asidor D'Oropel amaba la Oficina de Correos y le prodigaba sus bendiciones. Estaba muy agradecido por su ayuda durante aquel período difícil y deseaba colaborar de nuevo en el futuro, aunque por supuesto la Oficina de Correos, en el mundo moderno real, nunca sería capaz de competir más que a un nivel muy local. Caray, alguien tiene que repartir las facturas, jo, jo...

Era una obra maestra... menudo hijo de puta.

—Esto... ¿se encuentra bien? ¿Podría dejar de gritar? —dijo la señorita Buencorazón.

—¿Cómo? —Las nieblas se despejaron.

Todo el mundo que había en el vestíbulo estaba mirándole, con la boca abierta y los ojos como platos. La tinta aguada goteaba de las plumas de la Oficina de Correos y los sellos empezaban a secarse sobre las lenguas.

—Estaba gritando —dijo la señorita Buencorazón—. Soltando palabrotas, de hecho.

La señorita Maccalariat se abrió paso a empujones entre la multitud, con expresión decidida.

—¡Señor Mustachen, confío en no volver a oír nunca más ese lenguaje dentro de este edificio! —dijo.

—Lo estaba usando para referirse al presidente de la compañía Gran Tronco —dijo la señorita Buencorazón, usando lo que era, para ser ella, un tono de voz conciliador.

—Ah. —La señorita Maccalariat vaciló un momento y luego volvió a ser ella—. Ejem, en ese caso... ¿tal vez podría bajar un poco la voz?

—Por supuesto, señorita Maccalariat —dijo Húmedo en tono obediente.

—¿Y tal vez no usar la palabra que empieza por H?

—No, señorita Maccalariat.

—Ni tampoco la que empieza por F ni la que empieza por J ni las dos que empiezan por M ni la que empieza por V ni por X.

—Lo que usted diga, señorita Maccalariat.

—«Granuja bastardo asesino y confabulador» ha sido aceptable, sin embargo.

—Lo recordaré, señorita Maccalariat.

—Muy bien, director.

La señorita Maccalariat giró sobre sus talones y volvió a seguir arengando a alguien por no usar papel secante.

Húmedo le pasó el periódico a la señorita Buencorazón.

—Va a salirse con la suya —dijo—. Solo está soltando palabrería. El Tronco es demasiado grande para hundirse. Demasiados inversores. Conseguirá más dinero, mantendrá el sistema funcionando a un pelo del desastre y por fin dejará que se hunda. Luego lo recomprará a través de otra compañía, tal vez, a precio de saldo.

—Yo lo creo capaz de cualquier cosa —dijo la señorita Buencorazón—. Pero usted parece muy seguro.

—Es lo que haría yo —dijo Húmedo—, esto... si fuera esa clase de persona. Es el truco más viejo que hay. Conseguir que los pri... que los demás se involucren tanto que no se atrevan a echarse atrás. Es el sueño, ¿entiende? Creen que si siguen a bordo todo se arreglará. No se atreven a pensar que todo es un sueño. Solo hay que usar palabras grandilocuentes para decirles que tendrán mermelada mañana y les das esperanza. Pero nunca ganarán. Una parte de ellos lo sabe, pero ninguna de las otras partes presta atención. La casa siempre gana.

—¿Por qué se sale con la suya la gente como D'Oropel?

—Se lo acabo de decir. Es porque la gente tiene esperanza. Son capaces de creer que alguien va a venderles un diamante de verdad por un dólar. Lo siento.

—¿Sabe como llegue a trabajar para la Fundación? —dijo la señorita Buencorazón.

¿Porque es más fácil tratar con gente de arcilla?, pensó Húmedo. ¿Porque no tosen todo el rato cuando hablan contigo?

—No —dijo.

—Antes trabajaba en un banco de Sto Lat. El de La Cooperativa de Plantadores de Repollos...

—Ah, ¿el que hay en la plaza mayor? ¿Con un repollo labrado sobre la puerta? —dijo Húmedo, antes de poder refrenarse.

—¿Lo conoces? —preguntó ella.

—Bueno, sí. Una vez pasé por delante... —Oh, no, pensó mientras su mente se adelantaba a la conversación, oh, no, por favor...

—No era un mal trabajo —dijo la señorita Buencorazón—. En nuestra oficina teníamos que examinar efectos bancarios y cheques. En busca de falsificaciones, ¿sabes? Y un día dejé pasar cuatro. ¡Cuatro falsificaciones! Aquello le costó dos mil dólares al banco. Eran cheques bancarios, y las firmas eran perfectas. Así que me echaron. Dijeron que algo tenían que hacer, si no los clientes perderían la confianza. No tiene ninguna gracia que haya gente que piense que eres una maleante. Y eso es lo que nos pasa a la gente como nosotros. Los que son como D'Oropel siempre se salen con la suya. ¿Le pasa algo?

—¿Hum? —dijo Húmedo.

—Se ha quedado un poco... pálido.

Aquel había sido un buen día, bueno de verdad, pensó Húmedo. O por lo menos, lo había sido hasta ese mismo instante. En su momento se había sentido bastante satisfecho. No se suponía que tuvieras que conocer a la gente tiempo después. ¡Que los dioses maldijeran al señor Pistón y su noción actuarial del asesinato!

Suspiró. En fin, así habían acabado las cosas. El ya había sabido que acabarían así. Él y D'Oropel echando un pulso para ver quién era más cabrón.

—Esta es la edición comarcal del Times —dijo—. Tardan noventa minutos más en llevar a imprenta la edición de la ciudad, por si acaso salen noticias de última hora. Creo que por lo menos puedo borrarle la sonrisa de la cara.

—¿Qué va a hacer? —preguntó la señorita Buencorazón.

Húmedo se ajustó la gorra penígera.

—Intentar lo imposible —dijo.

## 

## CAPÍTULO XII

### El Pájaro Carpintero

El Desafío — Mover Montañas — Los Muchos Usos del Repollo — El Consejo Debate — El señor Mustachen de Rodillas — El Gnu Humeante — La Senda del Pájaro Carpintero

Era la mañana siguiente.

Algo dio unos golpecitos a Húmedo.

Él abrió los ojos y recorrió con la mirada un bastón negro y reluciente, a continuación la mano que sostenía la calavera plateada de la empuñadura y por fin la cara de lord Vetinari. Detrás de él, los ojos del gólem ardían plácidamente en el rincón.

—Por favor, no se levante —dijo el patricio—. Supongo que ha tenido una noche ajetreada.

—Lo siento, señor —dijo Húmedo, obligándose a incorporarse. Se había vuelto a quedar dormido sentado a su mesa; la boca le sabía como si Mimitos hubiera dormido en ella. Detrás de la cabeza de Vetinari pudo ver al señor Ardite y a Stanley, echando miradas nerviosas desde la puerta.

Lord Vetinari se sentó delante de él, después de sacudir la ceniza de una silla.

—¿Ha leído el Times de esta mañana? —preguntó.

—Estaba presente cuando lo imprimían, señor. —El cuello de Húmedo daba la impresión de haber desarrollado huesos de más. Intentó retorcerlo hasta enderezar la cabeza.

—Ag, sí. De Ankh-Morpork a Genua hay más de tres mil kilómetros, señor Mustachen. Y dice usted que puede llevar un mensaje allí más deprisa que los clacs. Lo ha presentado como un desafío. Muy intrigante.

—Sí, señor.

—Hasta el carruaje más rápido tarda casi dos meses, señor Mustachen, y tengo entendido que si alguien intentara llegar sin hacer paradas le saldrían disparados los riñones por las orejas.

—Sí, señor, ya lo sé —dijo Húmedo, bostezando.

—Ya sabe que sería trampa usar magia.

Húmedo volvió a bostezar.

—También lo sé, señor.

—¿Le ha preguntado al archicanciller de la Universidad Invisible antes de sugerir que es él quien debería facilitar el mensaje para esta curiosa carrera? —exigió saber lord Vetinari, desplegando el periódico.

Húmedo acertó a ver el titular:

¡ES UNA CARRERA!

«Cartero Volador» contra Gran Tronco

—No, milord. Lo que he dicho es que el mensaje lo tendría que preparar un ciudadano respetado y de gran probidad, como por ejemplo el archicanciller, señor.

—Bueno, ahora ya no es probable que se vaya a negar, ¿verdad? —dijo Vetinari.

—Eso me gustaría pensar, señor. Por lo menos a él D'Oropel no podrá sobornarlo.

—Hum. —Vetinari dio un par de golpecitos en el suelo con su bastón—. ¿Le sorprendería saber que esta mañana reina en la ciudad la sensación de que ganará usted? El Tronco nunca ha estado fuera de servicio más de una semana, un mensaje de clacs puede llegar a Genua en unas horas y, sin embargo, señor Mustachen, la gente cree que puede usted conseguirlo. ¿No le parece asombroso?

—Ejem...

—Pero por supuesto, es usted el hombre del momento, señor Mustachen —dijo Vetinari, repentinamente jovial—. ¡Es el mensajero dorado! —Su sonrisa era la de un reptil—. Confío en que sepa lo que está haciendo. Sabe lo que está haciendo, ¿verdad, señor Mustachen?

—La fe mueve montañas, milord —dijo Húmedo.

—Hay muchas de ellas entre nosotros y Genua, ciertamente —replicó lord Vetinari—. ¿Ha dicho en el periódico que partirá mañana por la noche?

—Eso mismo. Con la diligencia semanal. Pero en este trayecto no aceptaremos pasajeros, para aligerar peso. —Húmedo miró a Vetinari a los ojos.

—¿No querría darme una pequeña pista? —preguntó el patricio.

—Mejor para todos que no se la dé, señor —dijo Húmedo.

—Supongo que los dioses no habrán dejado un caballo mágico extremadamente rápido enterrado por aquí cerca, ¿verdad?

—No que yo sepa, señor —dijo Húmedo con gravedad—. Claro que nunca se sabe hasta que rezas.

—No... —dijo Vetinari.

Está intentando usar la mirada penetrante, pensó Húmedo. Pero sabemos cómo lidiar con eso, ¿verdad? Basta con dejar que pase de largo.

—D'Oropel tendrá que aceptar el desafío, claro —dijo Vetinari—. Pero es un hombre de... recursos ingeniosos.

A Húmedo le pareció que aquella era una forma muy cuidadosa de decir «cabrón asesino». Nuevamente lo dejó pasar.

Su señoría se puso de pie.

—Hasta mañana por la noche, entonces —dijo—. ¿Habrá alguna pequeña ceremonia para los periódicos, doy por hecho?

—La verdad es que no lo tengo planeado, señor —dijo Húmedo.

—No, por supuesto que no —dijo lord Vetinari, y le dedicó lo que solamente se podía llamar... una mirada.

\* \* \*

Húmedo recibió más o menos la misma mirada de Jim Virtical, antes de que el cochero le dijera:

—Bueno, podemos hacer correr la voz y reclamar algunos favores que nos deben y así conseguiremos buenos caballos en las casas de postas, pero nosotros solo llegamos hasta Jdienda, no sé si lo sabe. Luego tendrá que cambiar. La Genua Exprés es bastante buena compañía, eso sí. Nosotros los conocemos.

—¿Está seguro de que quiere alquilar la diligencia entera? —dijo Harry mientras almohazaba a un caballo—. Va a salir caro, porque tendremos que sacar otra para los pasajeros. Es un trayecto popular.

—En ese coche solo va el correo —dijo Húmedo—. Y algunos guardias.

—¿Ah, cree usted que van a atacarlo? —preguntó Harry, escurriendo la toalla hasta dejarla más seca que una momia sin apenas esfuerzo.

—¿A ustedes qué les parece? —dijo Húmedo.

Los hermanos cruzaron una mirada.

—Conduciré yo, pues —dijo Jim—. No es por nada que me llaman Cañería.

—Además, he oído que hay bandidos en las montañas —dijo Húmedo.

—Los había —dijo Jim—. Pero ya no tantos.

—Algo menos de lo que preocuparse, pues —dijo Húmedo.

—No sé —dijo Jim—. Nunca descubrimos qué los había borrado del mapa.

\* \* \*

Recuerda siempre que la multitud que aplaude tu coronación es la misma que aplaudirá tu decapitación. A la gente le gustan los espectáculos.

A la gente le gustan los espectáculos...

... y por eso estaba entrando correo para Genua, a dólar la carta. Mucho correo.

Fue Stanley quien se lo explicó. Se lo tuvo que explicar varias veces porque aquello era un punto ciego para Húmedo.

—La gente está mandando sobres sellados dentro de otros sobres a la oficina de diligencias de Genua, de forma que puedan enviarles de vuelta el primer sobre en el segundo sobre —fue la forma de explicación que por fin levantó algunas chispas en el cerebro de Húmedo.

—¿Quieren que les devuelvan los sobres? —dijo—. ¿Por qué?

—Porque entonces estarán usados, señor.

—¿Y eso los hace valiosos?

—No estoy seguro de cómo, señor. Es lo que le dije, señor. Creo que hay gente que piensa que no son sellos de verdad hasta que han hecho el trabajo para el que se inventaron, señor. ¿Se acuerda de aquella primera impresión de sellos de un penique que tuvimos que recortar con tijeras? Pues ahora los coleccionistas están pagando dos dólares por un sobre que lleve uno de aquellos.

—¿Doscientas veces más que el sello?

—Así es como está yendo, señor —dijo Stanley, con los ojos centelleantes—. La gente se manda cartas a sí misma solo para hacer que les, hum, maten el sello. Para que estén usados.

—Esto... Tengo un par de pañuelos más bien roñosos en el bolsillo —dijo Húmedo, perplejo—. ¿Crees que la gente querría comprármelos a doscientas veces lo que costaron?

—¡No, señor! —dijo Stanley.

—Entonces, ¿por qué iban...?

—Hay mucho interés, señor. He pensado que podemos hacer una remesa entera de sellos para los grandes gremios, señor. Todos los coleccionistas los querrían. ¿Qué le parece?

—Es una idea muy inteligente, Stanley —dijo Húmedo—. Vamos a hacerlo. El del Gremio de Costureras tendría que ir dentro de un discreto sobre marrón, ¿eh? ¡Jajá!

Esta vez fue Stanley quien pareció desconcertado.

—¿Perdone, señor?

Húmedo carraspeó.

—No, nada. Bueno, ya veo que estás aprendiendo deprisa, Stanley. —Por lo menos algunas cosas.

—Ejem... sí, señor. Ejem... no quiero resultar atrevido, señor...

—Atrévete, Stanley, atrévete —dijo Húmedo en tono jovial.

Stanley se sacó un papelito doblado del bolsillo, lo abrió y lo dejó con aire reverente delante de Húmedo.

—El señor Bobinas me ha ayudado un poco —dijo—. Pero yo he hecho mucho.

Era un sello. Era de color verde amarillento. Mostraba —al acercárselo a los ojos— un campo de repollos, con algunas casas en el horizonte.

Olisqueó. Olía a repollos. Oh, sí.

—Impreso con tinta de repollo y usando cola hecha con brécol, señor —dijo Stanley, lleno de orgullo—. Un Homenaje a la Industria del Repollo de las Llanuras de Sto, señor. Creo que pueden funcionar muy bien. Los repollos son muy populares, señor. ¡Se pueden usar para hacer muchas cosas!

—Bueno, ya veo que...

—Está la sopa de repollo, la cerveza de repollo, el caramelo de repollo, el pastel de repollo, la crema de repollo...

—Sí, Stanley, creo que ya...

—... el repollo en escabeche, la confitura de repollo, la ensalada de repollo, el repollo hervido, el repollo frito...

—Sí, pero ahora, ¿puedes...?

—... el fricasé de repollo, el chutney de repollo, la Sorpresa de Repollo, las salchichas...

—¿Salchichas?

—Rellenas de repollo, señor. Con el repollo se puede hacer prácticamente cualquier cosa, señor. También está...

—El sello de repollo —zanjó Húmedo—. A cincuenta peniques la unidad, por lo que veo. Tienes profundidades ocultas, Stanley.

—¡Se lo debo todo a usted, señor Mustachen! —estalló Stanley—. ¡He dejado de una vez por todas el pasatiempo infantil de los alfileres, señor! El mundo de los sellos, que tantas cosas sobre historia y geografía puede enseñar a un joven, además de ser una afición saludable, amena, cautivadora y completamente valiosa que le interesará durante toda la vida, se ha abierto ante mí y...

—¡Sí, sí, gracias! —exclamó Húmedo.

—... y voy a poner treinta dólares en el bote, señor. Todos mis ahorros. Solo para mostrar que lo apoyamos.

Húmedo oyó todas las palabras pero tuvo que esperar a que le transmitieran algún sentido.

—¿Bote? —dijo por fin—. ¿Quieres decir como en las apuestas?

—Sí, señor. Una apuesta de las grandes —dijo Stanley en tono feliz—. Sobre su carrera con los clacs hasta Genua. A la gente le hace gracia. ¡Muchos corredores están ofreciendo apuestas, señor, así que el señor Ardite está organizando nuestro bote, señor! Aunque ha dicho que tenemos las probabilidades en contra.

—No, ya me lo imagino —dijo Húmedo en tono débil—. Nadie en su sano juicio apostaría...

—Ha dicho que solo ganaremos un dólar por cada ocho que apostemos, señor, pero hemos pensado...

Húmedo se irguió de golpe.

—¿Las apuestas están ocho a uno a mi favor? —gritó—. ¿Los corredores creen que voy a ganar? ¿Cuánto dinero estáis apostando todos?

—Esto... unos mil doscientos dólares en el último recuento, señor. ¿Es...?

Las palomas se elevaron desde el tejado al oír el grito de Húmedo von Mustachen.

—¡Haz venir al señor Ardite ahora mismo!

\* \* \*

Resultaba terrible ver una mueca de astucia en la cara del señor Ardite. El anciano se dio unos golpecitos en el costado de la nariz.

—¡Usted es el hombre que les sacó el dinero a un puñado de dioses, señor! —dijo con una sonrisita feliz.

—Sí —dijo Húmedo, a la desesperada—. Pero supongamos que... que lo hiciera con truco...

—Un truco condenadamente bueno, señor —dijo el anciano con una risilla—. Condenadamente bueno. ¡Yo diría que alguien que puede sacar dinero a los dioses con un truco tendría que ser capaz de cualquier cosa!

—Señor Ardite, no hay forma de que un carruaje pueda llegar a Genua más deprisa que un mensaje de clacs. ¡Son tres mil kilómetros largos!

—Sí, ya entiendo que tiene que decir eso, señor. Las paredes oyen, señor. Chitón. Pero lo hemos hablado entre todos y nos parece que ha sido usted muy bueno con nosotros, señor, que de verdad cree en la Oficina de Correos, señor, así que hemos pensado: ¡menos rascarse y más hablar el bolsillo, señor! —dijo Ardite, y ahora hubo un matiz de desafío en su voz.

Húmedo abrió la boca una vez o dos.

—¿No será al revés?

—¡Usted sí que se las sabe todas, señor! ¡De qué manera ha entrado usted en las oficinas del periódico y ha dicho: «Os echamos una carrera»! ¡Asidor D'Oropel ha caído de lleno en su trampa, señor!

Convertir cristal en diamante, pensó Húmedo. Suspiró.

—Muy bien, señor Ardite. Gracias. Ocho a uno a mi favor, ¿eh?

—Hemos tenido suerte de la cifra. Subieron hasta diez a uno a su favor y entonces cerraron las apuestas. Ahora solo aceptan apuestas sobre cómo va a ganar usted, señor.

Húmedo se animó un poco.

—¿Alguna buena idea? —preguntó.

—Yo he hecho una pequeñita de un dólar por «haciendo caer fuego del cielo», señor. Ejem... ¿no querría tal vez darme una pequeña pista?

—Por favor, vuelva al trabajo, señor Ardite —dijo Húmedo en tono severo.

—Síseñor, claro, señor, perdón por preguntar, señor —dijo Ardite, y salió a trompicones del despacho.

Húmedo apoyó la cabeza en las manos.

Me pregunto si los alpinistas se sentirán así, pensó. Te dedicas a subir montañas cada vez más altas y eres consciente de que un día llegará una que será un pelín demasiado abrupta. Pero no dejas de escalar, porque no hay nada mejor que respirar el aire de la cima. Y sabes que un día morirás despeñado.

\* \* \*

¿Cómo podía la gente ser tan idiota? Daba la sensación de que se aferraban a la ignorancia porque le encontraban un olor familiar. Asidor D'Oropel suspiró.

Tenía una oficina en la torre del Tump. No le gustaba mucho porque el lugar entero temblaba al moverse los mecanismos de las señales, pero era necesario para guardar las apariencias. Sin embargo, tenía unas vistas incomparables de la ciudad. Y solo tener un despacho allí ya valía lo que habían pagado por el Tronco.

—Hacen falta prácticamente dos meses para llegar a Genua en carruaje —dijo, mirando por encima de los tejados en dirección a palacio—. A lo mejor Mustachen puede rebajar un poco ese tiempo, supongo. Los clacs llegan en cuestión de horas. ¿Se puede saber qué les da miedo?

—Entonces, ¿a qué está jugando ese hombre? —dijo Verdejamón. El resto del consejo estaba sentado alrededor de la mesa, con expresiones preocupadas.

—No lo sé —dijo D'Oropel—. Ni me importa.

—Pero los dioses están del lado de él, Asidor —dijo Nuezmoscada.

—Hablemos de eso, ¿quieren? —dijo D'Oropel—. ¿Acaso soy el único a quien se le hace rara esa afirmación? Los dioses no suelen caracterizarse por hacer regalos prácticos y funcionales, ¿verdad? Y mucho menos regalos contantes y sonantes. No, últimamente se limitan a cosas como la gracia, la paciencia, la fortaleza y la fuerza interior. Cosas que no se ven. Cosas sin valor. A los dioses les suele interesar más profeta que provecho, jajá.

Hubo varias caras de palo entre sus compañeros del consejo.

—Esa no acabo de pillarla, amigo mío —dijo Stowley.

—Que les interesan más los profetas que los beneficios —dijo D'Oropel. Agitó una mano—. Tanto da. En pocas palabras, el don de los cielos que recibió el señor Mustachen fue un cofre enorme lleno de monedas, algunas de ellas metidas en algo que se parecía notablemente a sacas de banco y todas en divisas modernas. ¿Eso no les resulta extraño?

—Sí, pero hasta los sumos sacerdotes dicen que...

—Mustachen se dedica al espectáculo —interrumpió D'Oropel con brusquedad—. ¿Creen que los dioses le van a llevar la diligencia en volandas? ¿Lo creen? Esto es un truco publicitario, ¿entienden? Le ha servido para volver a salir en primera página, eso es todo. No es tan complicado de entender. No tiene ningún plan, más allá de fracasar heroicamente. Nadie espera realmente que gane, ¿verdad?

—Yo he oído que la gente está apostando fuerte por él.

—A la gente le gusta la experiencia de que les tomen el pelo, si a cambio pueden sacar cierta cantidad de entretenimiento —dijo D'Oropel—. ¿Conocen a un buen corredor de apuestas? Voy a jugarme la calderilla. ¿Cinco mil dólares, tal vez?

Aquello suscitó alguna que otra risa nerviosa, que él aprovechó para insistir.

—Caballeros, sean sensatos. Ningún dios va a acudir en ayuda de nuestro director de correos. Ni tampoco ningún mago. Los magos no son generosos con la magia, y si él usara alguna nos enteraríamos enseguida. No, ese hombre está buscando publicidad y nada más. Lo cual no quiere decir —guiñó el ojo— que no debamos, ¿cómo lo diría?, duplicar la seguridad de la certeza.

Los presentes se animaron todavía más. Aquello sonaba a la clase de cosa que ellos querían oír.

—Al fin y al cabo, en las montañas pueden ocurrir accidentes —repuso Verdejamón.

—Tengo entendido que es así —dijo D'Oropel—. De todas maneras, yo me refería al Gran Tronco. Por consiguiente, he pedido al señor Pony que diseñe nuestro procedimiento. ¿Señor Pony?

El ingeniero cambió de postura, incómodo. Había pasado mala noche.

—Quiero que conste en acta, señor, que he solicitado un cierre de seis horas antes del evento —dijo.

—Por supuesto, y las actas también mostrarán que yo he dicho que eso es imposible —dijo D'Oropel—. En primer lugar porque supondría una pérdida imperdonable de ingresos, y en segundo porque dejar de transmitir mensajes transmitiría un mensaje bastante poco favorecedor.

—Cerraremos una hora antes del acontecimiento, pues, y despejaremos la línea —dijo el señor Pony—. Todas las torres mandarán notificación de que están listas al Tump y luego cerrarán todas las puertas y esperarán. No se permitirá a nadie entrar ni salir de ellas. Configuraremos las torres para que funcionen en modo dúplex... es decir —tradujo para los directivos—, convertiremos la línea descendente en una segunda línea ascendente, para que el mensaje llegue a Genua el doble de deprisa. Y no habrá ningún otro mensaje en el Tronco durante la, ejem, carrera. Ni cabecera ni nada. Y a partir de ahora, señores, a partir del momento en que yo salga de esta habitación, ya no aceptamos mensajes de las torres de entrada. Ni siquiera de la de palacio, ni siquiera de la que hay en la universidad. —Se sorbió la nariz y dijo con cierta satisfacción—: Sobre todo nada de los estudiantes. Alguien ha estado yendo a por nosotros, señor.

—¿No le parece un poco drástico, señor Pony? —dijo Verdejamón.

—Confío en que lo sea, señor. Creo que alguien ha encontrado una manera de mandar mensajes que puede dañar las torres, señor.

—Eso es imposi...

El señor Pony dio una palmada en la mesa.

—¿Cómo es que sabe usted tanto, señor? ¿Es que se ha pasado la mitad de la noche despierto intentando llegar al fondo de la cuestión? ¿Ha desmontado un tambor diferencial con un abrelatas? ¿Se ha fijado en que se puede conseguir que el rotor de estampado se salga del cojinete elíptico cuando le da uno a la letra K, y luego mandarlo a una torre con una dirección más alta que la tuya, pero solo si le das primero a la letra Q y el resorte del tambor está bobinado del todo? ¿Ha visto usted que las palancas de las teclas se encallan entre ellas y que el resorte fuerza el brazo hacia arriba y que entonces te quedas con una caja de engranajes llena de dientes sueltos? ¡Pues mire, yo sí!

—¿Está usted hablando de sabotaje? —preguntó D'Oropel.

—Llámelo como quiera —dijo Pony, borracho de nerviosismo—. He ido esta mañana al almacén y he desenterrado el viejo tambor que sacamos el mes pasado de la Torre 14. Estoy seguro de que allí pasó lo mismo. Pero principalmente las averías son en la parte alta de la torre, en las cajas de postigos. Ahí es donde...

—O sea que el señor Mustachen ha estado detrás de una campaña para sabotearnos... —murmuró D'Oropel.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó Pony.

—No hace falta mencionar nombres —dijo D'Oropel sin perder comba.

—Solo es un fallo de diseño —dijo Pony—. Yo diría que uno de los muchachos lo encontró por casualidad y lo volvió a probar para ver qué pasaba. Son así, los chavales de las torres. Les enseñas cualquier máquina bien ideada y ellos se pasan todo el día intentando hacer que falle. El Tronco entero está cogido con alambres, en serio se lo digo.

—¿Por qué damos trabajo a gente así? —dijo Stowley, con cara perpleja.

—Porque son los únicos que están tan locos como para pasarse la vida encima de una torre a muchos kilómetros de cualquier lugar y pulsando teclas —dijo Pony—. Y les gusta.

—Pero debe de haber alguien en una torre que esté pulsando las teclas que causan todas estas... cosas terribles —dijo Stowley.

Pony suspiró. Jamás se tomaban ningún interés. Para ellos solo era dinero. No sabían cómo funcionaba nada. Pero de pronto les hacía falta saberlo y había que hablarles como a niños pequeños.

—Los muchachos siguen la señal, señor, tal como dicen ellos —explicó—. Miran la torre de al lado y repiten el mensaje tan deprisa como pueden. No hay tiempo de pensar. Todo lo que va a su torre sale en el tambor diferencial. Se limitan a aporrear teclas y pisar pedales y tirar de palancas a toda velocidad. Se enorgullecen de ello. Hasta hacen toda clase de trucos para acelerar las cosas. No quiero que nadie hable para nada de sabotaje, justamente ahora. Nosotros mandemos el mensaje tan rápido como sea posible. A los muchachos les gustará.

—La imagen es atractiva —dijo D'Oropel—. La oscuridad de la noche, las torres que esperan y luego, una por una, cobran vida mientras una serpiente de luz cruza el mundo a toda velocidad, suavemente y en silencio llevando su... lo que sea. Tenemos que encontrar a un poeta que escriba sobre esto. —Hizo una señal con la cabeza al señor Pony—. Estamos en sus manos, señor Pony. Usted es quien tiene el plan.

\* \* \*

—No tengo ninguno —dijo Húmedo.

—¿No tiene ningún plan? —dijo la señorita Buencorazón—. ¿Me está diciendo que...?

—¡Baje la voz, baje la voz! —susurró Húmedo—. ¡No quiero que se entere todo el mundo!

Estaban en el pequeño café cerca de la Tienda de Alfileres, que, por lo que veía Húmedo, aquel día no estaba haciendo mucho negocio. Había tenido que salir de la Oficina de Correos para evitar que le explotara la cabeza.

—¡Ha desafiado al Gran Tronco! ¿Intenta decirme que lo que ha hecho ha sido soltarla bien gorda y confiar en que se presente algo? —dijo la señorita Buencorazón.

—¡Siempre había funcionado hasta ahora! ¿Qué sentido tiene prometer alcanzar lo alcanzable? ¿Qué clase de éxito sería ese? —preguntó Húmedo.

—¿Ha oído alguna vez que hay que aprender a andar antes de correr?

—Es una teoría, sí.

—A ver si me ha quedado claro del todo —dijo la señorita Buencorazón—. La noche de mañana (que es el día que viene después de hoy), va a mandar una diligencia (que es una cosa con ruedas y tirada por caballos que a lo mejor alcanza los veinte kilómetros por hora si el camino es bueno) a hacer una carrera contra el Gran Tronco (que son todas esas torres de señales capaces de enviar mensajes a cientos de kilómetros por hora) de aquí a Genua (que es esa ciudad que está muy pero que muy lejos). ¿Me dejo algo?

—Nada.

—¿Y no tiene ningún plan maravilloso?

—No.

—¿Y por qué me lo está contando?

—¡Porque ahora mismo, en esta ciudad, usted es la única persona capaz de creerse que no tengo ningún plan! —dijo—. Se lo he contado al señor Ardite y lo único que ha hecho es darse golpecitos en el lado de la nariz, que es algo espantoso de ver, por cierto, y decir: «Claaaro que no, señor. ¡Qué va a tenerlo usted! ¡Jojojó!».

—¿Y simplemente confiaba en que algo se presentara? ¿Qué le ha hecho pensar que sería así?

—Siempre ha sido así. La única manera de que algo se presente cuando lo necesitas es necesitar que se presente.

—¿Y cómo se supone que tengo que ayudarle?

—¡Su padre construyó el Tronco!

—Sí, pero yo no —dijo la mujer—. Yo nunca he subido a las torres. No conozco ningún gran secreto, salvo que siempre está al borde del colapso. Y eso lo sabe todo el mundo.

—¡Está apostando por mí una gente que no se puede permitir perder! ¡Y cuanto más les digo que no deberían hacerlo, más apuestan!

—¿No le parece que son un poquito tontos por hacer eso? —dijo la señorita Buencorazón con dulzura.

Húmedo tamborileó con los dedos en el borde de la mesa.

—Muy bien —dijo—. Se me ocurre otra buena razón por la que podría ayudarme. Es un poco complicada, así que solo se la puedo contar si me promete quedarse sentada y no hacer ningún movimiento brusco.

—¿Por qué? ¿Cree que los voy a hacer?

—Sí. Creo que dentro de unos segundos intentará matarme. Me gustaría que prometiera no hacerlo.

Ella se encogió de hombros.

—Esto debería ser interesante.

—¿Prometido? —insistió Húmedo.

—Muy bien. Espero que sea algo emocionante. —La señorita Buencorazón hizo caer un poco de ceniza de su cigarrillo—. Adelante.

Húmedo respiró con calma un par de veces. Había llegado el momento. El final. Si no parabas de cambiar la forma en que la gente veía el mundo, terminabas por cambiar también la forma en que te veías a ti mismo.

—Soy el hombre que le hizo perder ese trabajo en el banco. Yo falsifiqué aquellos pagarés.

La expresión de la señorita Buencorazón no cambió, a excepción quizá de un leve fruncimiento de los ojos. Por fin soltó una bocanada de humo.

—Lo he prometido, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Lo siento.

—¿Tenía los dedos cruzados?

—No. Estaba fijándome en eso.

—Hum. —Ella miró con cara pensativa el extremo incandescente de su cigarrillo—. Muy bien. Será mejor que me cuente el resto de la historia.

Le contó el resto de la historia. Toda entera. A ella le gustó bastante la parte en que lo ahorcaban y se la hizo repetir. Alrededor de ellos, la ciudad seguía su vida. Entre ellos, el cenicero se iba llenando.

Cuando terminó, ella se quedó mirándolo un rato a través del humo.

—No entiendo la parte en que regala todo su dinero robado a la Oficina de Correos. ¿Por qué lo hizo?

—Yo tampoco lo tengo demasiado claro.

—O sea, está claro que usted es un cabrón egoísta, con los mismos principios morales que... que...

—... una rata —sugirió Húmedo.

—... que una rata, gracias... pero de pronto se convierte en el niño mimado de las grandes religiones, el salvador de la Oficina de Correos, el que se burla de los ricos y poderosos, el jinete heroico, un ser humano completamente maravilloso en general y, por supuesto, el tipo que ha rescatado a un gato de un edificio en llamas. A dos humanos también, pero todo el mundo sabe que lo más importante es el gato. ¿A quién intenta engañar usted, señor Mustachen?

—A mí, creo. He caído en las buenas costumbres. No paro de pensar que puedo dejarlo cuando quiera, pero no puedo. Lo que sé es que si no pudiera dejarlo cuando quisiera, no seguiría haciéndolo. Ejem... y también hay otra razón.

—¿Y cuál es?

—Que no soy Asidor D'Oropel. Eso es bastante importante. Hay quien podría decir que no hay mucha diferencia entre él y yo, pero desde mi perspectiva la veo, está ahí. Es como la diferencia que hay entre los gólems y los martillos. Por favor... ¿Cómo puedo derrotar al Gran Tronco?

La señorita Buencorazón lo miró fijamente hasta que él se sintió muy incómodo. Entonces le dijo con voz distante:

—¿Cómo de bien conoce la Oficina de Correos, señor Mustachen? Me refiero al edificio.

—Vi la mayor parte antes de que se quemara.

—¿Pero nunca subió al tejado?

—No, no pude encontrar la forma de llegar. Los pisos superiores estaban bloqueados por las cartas cuando... lo... intenté... —La voz de Húmedo se apagó.

La señorita Buencorazón aplastó su cigarrillo.

—Suba esta noche, señor Mustachen. Acérquese un poquito más al cielo. Y cuando esté allí, arrodíllese y rece. Sabe rezar, ¿verdad? Solo hay que juntar las manos... y tener esperanza.

\* \* \*

Húmedo pasó el resto del día como buenamente pudo. Tenía cosas de director de correos por hacer: hablar con el señor Bobinas, gritar a los albañiles, supervisar la limpieza infinita de los escombros y contratar empleados nuevos. En el caso de esta última tarea, más bien se trataba de ratificar las decisiones del señor Ardite y la señorita Maccalariat, pero daba la impresión de que estos sabían lo que hacían. Él solo tenía que estar presente para hacer algún que otro juicio, como por ejemplo:

—¿Aquí aplazamos la divertidad? —preguntó la señorita Maccalariat, apareciendo delante de su escritorio.

Hubo una pausa preñada. Dio a luz a otras muchas pausas más pequeñas, cada una más profundamente vergonzosa que su progenitora.

—No que yo sepa —fue lo único que se le ocurrió a Húmedo—. ¿Por qué lo pregunta?

—Lo quiere saber una joven. Dice que es lo que hacen en Gran Tronco.

—Ah. Sospecho que quiere decir si abrazamos la diversidad —dijo Húmedo, recordando el discurso que había dado D'Oropel en el Times—. Pero aquí no lo hacemos porque no sabemos qué significa. Damos trabajo a cualquiera que sepa leer y escribir y llegue a los buzones, señorita Maccalariat. Contrato a vampiros si son miembros de la Liga de la Templanza, a trolls si se limpian los pies, y si hubiera algún hombre lobo ahí fuera me encantaría contratar a un cartero capaz de devolver los mordiscos. A cualquiera que pueda hacer el trabajo, señorita Maccalariat. Nos dedicamos a mover el correo. Repartimos por la mañana, a mediodía y por la noche. ¿Desea usted algo más?

La mujer tenía un brillo en los ojos.

—No tengo ningún problema con nadie que defiende lo que es, señor Mustachen, pero debo protestar sobre los enanos. El señor Ardite está contratando enanos.

—Buenos trabajadores, señorita Maccalariat. Entusiastas de la palabra escrita. Y muy esforzados —dijo Húmedo con energía.

—Pero no te dicen cuál es su... lo que... cuál... si son enanos damas o caballeros, señor Mustachen.

—Ah. ¿El problema vuelven a ser los excusados? —preguntó Húmedo, con el corazón cayéndole a los pies.

—Me siento responsable del bienestar moral de los jóvenes que tengo a mi cargo —dijo la señorita Maccalariat en tono severo—. Está usted sonriendo, director general, pero no estoy para bromitas.

—Su preocupación la honra, señorita Maccalariat —dijo Húmedo—. Prestaremos una atención especial a esa cuestión en el diseño del nuevo edificio, y diré al arquitecto que debe consultarla a usted en cada etapa del proyecto. —El pecho bien cubierto de la señorita Maccalariat se infló visiblemente ante aquella repentina adquisición de poder—. Entretanto, por desgracia, tenemos que apañarnos con lo que el fuego nos ha dejado. Confío en que usted, en calidad de miembro del equipo directivo, tranquilice a la gente en este sentido.

Los fuegos del temible orgullo arrancaron destellos de las gafas de la señorita Maccalariat. ¡El equipo directivo!

—Por supuesto, director —dijo.

Pero en su mayor parte, el trabajo de Húmedo se limitaba a... estar. La mitad del edificio era una carcasa ennegrecida. La gente se apretujaba como podía en el resto; hasta en las escaleras se clasificaban cartas. Y parecía que las cosas funcionaban mejor cuando él estaba presente. No hacía falta que hiciera nada, solo tenía que estar allí.

No podía evitar pensar en el pedestal vacío del que se habían llevado al dios.

Cuando se puso el sol, Húmedo ya estaba listo. Había muchas escaleras de mano por todos lados, y los gólems se las habían apañado para apuntalar los suelos incluso en los pisos altos. Todo estaba cubierto de carbonilla y había habitaciones que daban a la negrura más absoluta, pero él continuó subiendo.

Avanzó con dificultad por lo que quedaba de los desvanes y se encaramó por una trampilla hasta la azotea.

No quedaba gran cosa de la misma. El hundimiento del depósito de agua de lluvia había arrastrado consigo gran parte del tejado en llamas, y por encima del vestíbulo apenas quedaba un tercio. Pero el fuego apenas había tocado uno de los brazos de la U, y en aquel lado el terrado parecía firme.

Allí había uno de los antiguos palomares del servicio de correos, y Húmedo vio que alguien había estado viviendo en él. Tampoco era tan sorprendente. Había mucha más gente queriendo vivir en Ankh-Morpork que Ankh-Morpork para que vivieran. Existía una subcivilización entera al nivel de los tejados, allí arriba entre las torres y las bóvedas decorativas y los cupulinos y las chimeneas y...

... las torres de clacs. Justamente. Él ya había visto la torre de clacs, y a alguien en ella, justo antes de que su vida empezara a volverse extraña. ¿Para qué necesitaba torre de señales una construcción destinada a palomas mensajeras? No la accionarían las palomas, ¿verdad?

Aquella torre la habían colonizado tres gárgolas. En general a las gárgolas les gustaban las torres de clacs, ya que estar en lo alto era en lo que consistía ser una gárgola, y no les había costado encajar en el sistema. Una criatura que se pasara todo el tiempo mirando y fuese lo bastante lista para apuntar un mensaje era un componente vital. Ni siquiera querían sueldo y no se aburrían nunca. ¿Qué iba a aburrir a una criatura que estaba dispuesta a pasarse años enteros mirando una misma cosa?

Por toda la ciudad se estaban iluminando las torres de clacs. Solo la universidad, el palacio, los gremios y la gente tremendamente rica o muy impaciente usaban sus torres de noche, pero la enorme torre terminal del Tump centelleaba como un árbol de la Vigilia de los Puercos. Por la torre principal circulaban arriba y abajo motivos hechos de cuadrados amarillos. Silenciosas a aquella distancia, mandando sus señales parpadeantes sobre la niebla que se alzaba, trazando sus constelaciones contra el fondo del cielo vespertino, las torres resultaban más mágicas que la magia, más embrujadoras que la brujería.

Húmedo las miró boquiabierto.

¿Qué era la magia, al fin y al cabo, más que algo que pasaba cuando chasqueabas los dedos? ¿Qué tenía eso de mágico? Eran palabras ininteligibles y dibujos extraños en libros antiguos, y si caía en malas manos resultaba puñeteramente peligrosa, pero ni la mitad de peligrosa de lo que podía ser en buenas manos. El universo estaba atiborrado de ella; era lo que hacía que las estrellas siguieran allí arriba y los pies aquí abajo.

Pero lo que estaba pasando ahora... esto sí que era mágico. Lo habían concebido y lo habían montado unos hombres normales y corrientes, levantando torres sobre travesaños en las ciénagas y desplegándolas por los espinazos helados de las montañas. Habían dicho palabrotas y, peor todavía, habían usado logaritmos. Habían vadeado ríos y habían tenido escarceos con la trigonometría. No habían soñado, en el sentido en que se solía usar aquella palabra, pero sí que habían imaginado un mundo distinto y lo habían usado de yunque para doblar piezas metálicas. Y de todo el sudor y las palabrotas y las matemáticas había surgido aquella... cosa, que dispersaba por el mundo las palabras con la suavidad de la luz de las estrellas.

Ahora la niebla estaba invadiendo las calles y convirtiendo los edificios en islas rodeadas de espuma.

Rece, le había dicho ella. Y, en cierta manera, los dioses le debían un favor. ¿O no? Se habían llevado una ofrenda bien generosa y un montón de prestigio celestial por no hacer nada, en realidad.

Arrodíllese, le había dicho ella. No lo había dicho en broma.

Se arrodilló, juntó las manos con fuerza y dijo:

—Dirijo esta oración al dios que...

En un silencio escalofriante, la torre de clacs que había al otro lado de la calle se encendió. Los enormes cuadrados cobraron vida iluminándose uno detrás de otro. Por un momento, Húmedo vio la silueta del encargado del encendido delante de uno de los postigos.

Mientras el hombre desaparecía en la oscuridad, la torre empezó a parpadear. Y estaba lo bastante cerca como para iluminar el tejado de la Oficina de Correos.

Había tres siluetas oscuras en la otra punta de la azotea, mirando a Húmedo. Sus sombras danzaban al cambiar los recuadros iluminados, dos veces por segundo. Eso reveló que las figuras eran humanas, o por lo menos humanoides. Y que estaban caminando hacia él.

Un momento, un momento, los dioses también podían ser humanoides. Y no les gustaba que les tocaran las narices.

Húmedo carraspeó.

—Me alegro mucho de verlos... —dijo con voz ronca.

—¿Eres Húmedo? —preguntó una de las siluetas.

—Escuchen, yo...

—Ella dijo que estarías de rodillas —dijo otro miembro del trío celestial—. ¿Hace una taza de té?

Húmedo se levantó despacio. Aquel comportamiento no era divino.

—¿Quiénes sois? —dijo. Envalentonado por la ausencia de relámpagos y truenos, añadió—: ¿Y qué estáis haciendo en mi edificio?

—Pagamos alquiler —dijo una de las siluetas—. Al señor Ardite.

—¡Él nunca me ha hablado de vosotros!

—Eso sí que ya no es cosa nuestra —dijo la silueta del centro—. En todo caso, solo hemos vuelto para terminar de recoger nuestras cosas. Sentimos lo del incendio. No fuimos nosotros.

—¿Y vosotros sois...?

—Yo soy Loco Al, este es Cuerdo Alex y ese de ahí es Adrián, que dice que no está loco pero no lo puede demostrar.

—¿Por qué tenéis alquilado el tejado?

Los tres hombres se miraron.

—¿Por las palomas? —sugirió Adrián.

—Eso mismo, somos aficionados a las palomas —dijo la figura sombría de Cuerdo Alex.

—Pero es de noche —dijo Húmedo. Aquella información fue objeto de reflexión.

—Murciélagos —dijo Loco Al—. Estamos intentando criar murciélagos mensajeros.

—No creo que los murciélagos tengan el mismo instinto de regreso a casa —objetó Húmedo.

—Sí, es toda una tragedia, ¿verdad? —dijo Alex.

—Subo aquí por las noches y veo esas pequeñas perchas vacías y apenas puedo contener las lágrimas —añadió Indeciso Adrián.

Húmedo levantó la vista hacia la pequeña torre. Era unas cinco veces más alta que un hombre y tenía las palancas de control en un panel bruñido situado cerca de la base. Tenía un aspecto... profesional, y de haber sido usada bien. Y de ser portátil.

—No me creo que estéis aquí arriba criando aves de ninguna clase —dijo.

—Los murciélagos son mamíferos —dijo Cuerdo Alex.

Húmedo negó con la cabeza.

—Merodeando en los tejados, con vuestros propios clacs... sois el Gnu Humeante, ¿verdad?

—Ah, con esa mente no me extraña que sea usted el jefe del señor Ardite —dijo Cuerdo Alex—. ¿Quiere una taza de té?

\* \* \*

Loco Al sacó de su taza una pluma de paloma. El palomar estaba inundado del olor monótono y asfixiante del guano antiguo.

—Te tienen que gustar los pájaros para disfrutar de este sitio —dijo, lanzando la pluma y clavándola en la barba de Cuerdo Alex.

—Menos mal que a vosotros os gustan, ¿eh? —dijo Húmedo.

—Yo no he dicho que me gusten, ¿eh? Y nosotros no vivimos aquí arriba. Es solo que tienes un buen tejado.

Había muy poco espacio en el palomar, del que las palomas habían sido de hecho desterradas. Sin embargo, siempre hay una paloma capaz de romper la alambrada a picotazos. Ahora los estaba observando desde el rincón con ojillos enfurecidos, mientras sus genes recordaban los tiempos en que había sido un reptil gigante capaz de mandar a aquellos hijos de monos al otro barrio de una dentellada. Por todas partes había piezas de mecanismos desmantelados.

—La señorita Buencorazón os ha hablado de mí, ¿verdad? —preguntó Húmedo.

—Nos ha dicho que no eras un capullo integral —dijo Indeciso Adrián.

—Y eso viniendo de ella es un elogio —dijo Cuerdo Alex.

—Y también nos ha dicho que eres tan retorcido que podrías recorrer un sacacorchos andando de lado —dijo Indeciso Adrián—. Pero cuando lo dijo estaba sonriendo.

—Eso no es necesariamente bueno —dijo Húmedo—. ¿De que la conocéis?

—Antes trabajábamos con su hermano —dijo Loco Al—. En la Torre Modelo 2.

Húmedo prestó atención. Aquello era un mundo nuevo por descubrir.

Cuerdo Alex y Loco Al eran veteranos en el ramo de los clacs: habían pasado casi cuatro años en él. Luego el consorcio se había adueñado de la empresa y a ellos los habían expulsado de Gran Tronco el mismo día que Indeciso Adrián había salido expulsado por la chimenea del Gremio de Alquimistas, en el caso de ellos porque habían dicho lo que pensaban del nuevo equipo directivo y en el de él porque había tardado demasiado en apartarse cuando empezó a burbujear el vaso de precipitados.

Todos habían terminado trabajando en el Segundo Tronco. Hasta habían invertido dinero en él. Y no eran los únicos. El nuevo Tronco incluía toda clase de mejoras, tendría una gestión más barata, era agua de mayo, una bendición del cielo y otra media docena de cosas maravillosas que llueven sobre la tierra. Y entonces John Buencorazón, que siempre usaba el cordón de seguridad, aterrizó sobre los campos de repollos y ese fue el final del Segundo Tronco.

Desde entonces, el trío había desempeñado la clase de trabajos disponibles para las nuevas piezas cuadradas en un mundo de viejos agujeros redondos, pero todas las noches, allá en lo alto, los clacs hacían destellar sus mensajes. Era algo tan cercano, tan tentador, tan... accesible. Todo el mundo sabía, de alguna forma imprecisa y medio entendida, que el Gran Tronco era propiedad robada, y que lo único que conservaba de antes era el nombre, Ahora pertenecía al enemigo.

De manera que habían montado una pequeña e informal compañía propia, que usaba el Gran Tronco sin que Gran Tronco lo supiera.

Era un poco como robar. Era exactamente como robar. Era de hecho, robar. Pero no había ninguna ley que lo prohibiera porque nadie sabía que el crimen existía, ¿y acaso se podía llamar robo cuando nadie echaba de menos lo robado? ¿Y acaso era robar si se robaba a unos ladrones? En cualquier caso, toda propiedad es un robo, salvo la mía.

—Así que ahora sois, ¿cómo lo habéis llamado... reventadores? —preguntó Húmedo.

—Eso mismo —dijo Loco Al—. Porque podemos reventar el sistema.

—Suena un poco demasiado dramático cuando lo que hacéis es mover palancas, ¿no?

—Sí, pero «palanqueros» ya estaba cogido —dijo Cuerdo Alex.

—Muy bien, pero ¿por qué «El Ñu Humeante», lo escribáis como lo escribáis? —preguntó Húmedo.

—En jerga de reventadores significa mensaje muy rápido que recorre todo el sistema —dijo Cuerdo Alex con orgullo.

Húmedo pensó en aquello.

—Tiene lógica —dijo—. Si yo fuera un equipo de tres personas con nombres de pila que empezaran todos con la misma letra, es exactamente la clase de nombre que elegiría.

Habían encontrado una forma de infiltrarse en el sistema de señales, a saber: de noche, todas las torres de clacs eran invisibles. Solo se veían las luces. A menos que uno tuviera muy buen sentido de la orientación, la única forma de identificar quién estaba mandando un mensaje era por su código. Los ingenieros conocían muchos códigos. Pero muchos, muchos.

—¿Podéis mandar mensajes gratis? —quiso saber Húmedo—. ¿Y nadie se da cuenta?

Brotaron tres sonrisas petulantes.

—Es fácil —dijo Loco Al—, si sabes cómo hacerlo.

—¿Cómo sabíais que se iba a averiar esa torre?

—La averiamos nosotros —dijo Cuerdo Alex—. Rompimos el tambor diferencial. Tardan horas en arreglarlos porque los operadores tienen que...

Húmedo se perdió el resto de la frase. Las palabras inocentes se arremolinaron en ella como detritos arrastrados por una riada, saliendo de vez en cuando a flote y agitando los brazos a la desesperada antes de que la corriente las volviera a sumergir. Acertó a oír «la» varias veces antes de que se ahogara, e incluso «desconectar» y «transmisor de cadena», pero los rugientes polisílabos técnicos se alzaron para engullirlas a todas.

—... y eso les lleva como mínimo medio día —terminó de decir Cuerdo Alex.

Húmedo miró con gesto de impotencia a los otros dos.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —preguntó.

—Que si envías el tipo adecuado de mensaje te puedes cargar la maquinaria —dijo Loco Al.

—¿Del Tronco entero?

—En teoría —dijo Loco Al—. Porque el código de ejecutar y finalizar...

Húmedo se relajó mientras la marea regresaba. No le interesaba la maquinaria; él veía las llaves de tuerca como algo que sostenía otra gente. Era mejor limitarse a sonreír y esperar. Era lo que tenían los artífices con oficio: les encantaba explicarse. Solo había que esperar a que alcanzaran tu nivel de entendimiento, aunque para ello se vieran obligados a tumbarse.

—... y en todo caso ya no se puede hacer porque hemos oído que van a cambiar la...

Húmedo se quedó mirando un rato a la paloma, hasta que regresó el silencio. Ah. Loco Al había terminado, y tenía pinta de que el final no había sido muy optimista.

—O sea que no se puede hacer —dijo Húmedo, con el alma cayéndole a los pies.

—Ahora mismo no. Puede que el viejo señor Pony sea un poco gallina, pero cuando hace falta se sienta a rumiar los problemas. ¡Se ha pasado el día entero cambiando los códigos! Nos ha contado uno de nuestros compañeros que a partir de ahora cada operador de señales deberá tener un código personal. Están siendo muy cuidadosos. Sé que la señorita Adora Belle ha pensado que podríamos ayudarte, pero ese cabrón de D'Oropel se ha curado en salud. Está preocupado por si le ganas.

—¡Ja! —exclamó Húmedo.

—Se nos acabará ocurriendo otra manera dentro de una semana o dos —dijo Indeciso Adrián—. ¿No puede usted retrasarlo hasta entonces?

—No, creo que no.

—Lo siento —dijo Indeciso Adrián. Estaba jugando ociosamente con un tubito de cristal lleno de luz roja. Cuando le dio la vuelta se llenó de luz amarilla.

—¿Eso qué es? —preguntó Húmedo.

—Un prototipo —dijo Indeciso Adrián—. Podría haber triplicado prácticamente la velocidad del Tronco por las noches. Usa moléculas perpendiculares. Pero en la compañía simplemente no están abiertos a las ideas nuevas.

—Probablemente porque explotan cuando se te caen, ¿no? —dijo Cuerdo Alex.

—No siempre.

—Creo que me iría bien un poco de aire fresco —dijo Húmedo.

Salieron a la noche. En la media distancia la torre terminal seguía parpadeando, y dispersas por otras partes de la ciudad había otras torres encendidas.

—¿Esa cuál es? —preguntó, igual que uno señala una constelación.

—La del Gremio de Ladrones —dijo Indeciso Adrián—. Señales generales para sus miembros. No las sé leer.

—¿Y esa de ahí? ¿No es la primera torre de la carretera a Sto Lat?

—No, es la comisaría que tiene la Guardia en la Puerta del Eje. Señales generales para Pseudópolis Yard.

—Se ve muy lejos.

—Es solo porque usan postigos pequeños. Desde aquí no se puede ver la Torre 2 porque la universidad nos la tapa.

Húmedo contempló las luces, hipnotizado.

—Me preguntaba por qué no usaron esa vieja torre de piedra que hay de camino a Sto Lat cuando estaban construyendo el Tronco... Está en el sitio indicado.

—¿La vieja torre de los magos? Robert Buencorazón la usó para sus primeros experimentos, pero está un poco demasiado lejos y las paredes no son muy sólidas y si te quedas en ella más de un día seguido te vuelves loco. Es culpa de todos los viejos conjuros que se han metido en las piedras.

Se hizo el silencio y luego se oyó a Húmedo decir con voz un poco estrangulada:

—Si os pudierais meter mañana en el Gran Tronco, ¿podríais hacer alguna cosa para ralentizarlo?

—Sí, pero no podemos —dijo Indeciso Adrián.

—Ya, pero si pudierais...

—Bueno, hay algo que nos hemos estado planteando —dijo Loco Al—. Es muy tosco.

—¿Puede cargarse una torre? —preguntó Húmedo.

—¿Deberíamos contárselo? —consultó Cuerdo Alex a sus colegas.

—¿Has conocido a alguien más de quien Mortífera hable bien? —dijo Loco Al—. En teoría podría cargarse todas las torres, amigo.

—¿Es que además de loco estás chiflado? —dijo Cuerdo Alex—. ¡Este hombre es del gobierno!

—¿Todas las torres del Tronco? —dijo Húmedo.

—Sí. De una sola vez —dijo Loco Al—. Es bastante tosco.

—¿Todas las torres, de verdad? —repitió Húmedo.

—Tal vez todas no, si se espabilan —admitió Loco Al, como si no alcanzar la destrucción absoluta fuera motivo de ligera vergüenza—. Pero muchas sí. Aunque hagan trampas y lleven el mensaje a caballo hasta la torre siguiente. Lo llamamos... el Pájaro Carpintero.

—¿El pájaro carpintero?

—No, así no. Hay que hacer como una pausa más teatral, en plan... el Pájaro Carpintero.

—... el Pájaro Carpintero —repitió Húmedo, más despacio.

—Eso mismo. Pero no lo podemos meter en el Tronco. Nos andan detrás.

—Suponed que yo pudiera meterlo en el Tronco —dijo Húmedo, contemplando las luces. Las torres en sí ya se habían vuelto casi invisibles.

—¿Tú? ¿Y qué sabes tú de códigos de clacs? —dijo Indeciso Adrián.

—Doy gracias de no saber nada —dijo Húmedo—. Pero sí que conozco a la gente. Vosotros pensáis en usar los códigos con astucia. Yo me limito a pensar en lo que la gente ve...

Le escucharon. Discutieron. Recurrieron a las matemáticas, mientras las palabras surcaban la noche por encima de ellos.

Y por fin Cuerdo Alex dijo:

—Muy bien, muy bien. Técnicamente podría funcionar, pero la gente del Tronco tendría que ser idiota para permitir que pasara.

—Pero esa gente estará pensando en códigos —dijo Húmedo—. Y a mí se me da bien volver idiota a la gente. Es mi trabajo.

—Yo pensaba que su trabajo era ser director de correos —dijo Indeciso Adrián.

—Ah, sí. Entonces es mi vocación.

Los miembros del Gnu Humeante se miraron entre ellos.

—Es una idea totalmente loca —dijo Loco Al, sonriente.

—Me alegro de que os guste —dijo Húmedo.

\* \* \*

Hay veces en que se tiene que pasar una noche en vela. Pero Ankh-Morpork no dormía nunca; la ciudad como mucho dormitaba, y se despertaba sobre las tres de la mañana para beber un vaso de agua.

Se podía comprar cualquier cosa a altas horas de la noche. ¿Madera? Ningún problema. Húmedo se preguntó si habría carpinteros vampiros fabricando sillas vampíricas con discreción. ¿Lona? Seguro que en la ciudad había alguien a quien hacía aguas el sueño en plena madrugada, se levantaba para hacer aguas él mismo y pensaba: «¡Lo que de verdad me iría bien ahora son mil metros cuadrados de lona de calidad mediana!», así que junto a los muelles había proveedores de suministros náuticos abiertos para satisfacer a las masas.

Cuando partieron hacia la torre no paraba de lloviznar. Húmedo conducía el carruaje mientras los demás iban sentados sobre la carga detrás de él y mantenían una encendida discusión sobre trigonometría. Húmedo intentó no escucharlos; se perdía cuando las matemáticas empezaban a hacer tonterías.

Matar al Gran Tronco... Sí, las torres quedarían en píe, pero se tardaría meses en repararlas todas. Aquello hundiría a la compañía. No saldría nadie herido, decían los miembros del Gnu. Se referían a los operarios de las torres.

El Tronco se había convertido en un monstruo que devoraba gente. Hundirlo era una idea seductora. El Gnu tenía muchísimas ideas sobre qué podía reemplazarlo: algo más rápido, más barato, más sencillo, funcional, que usara diablillos criados especialmente para el trabajo...

Pero algo irritaba a Húmedo. D'Oropel había tenido razón, maldita sea. Si querías mandar un mensaje a ochocientos kilómetros muy, muy deprisa, el Tronco era la mejor manera de hacerlo. Si querías envolverlo para regalo, lo que hacía falta era la Oficina de Correos.

Le caían bien los miembros del Gnu. Pensaban de una forma refrescantemente distinta; fuera cual fuese la maldición que pesaba sobre las rocas de la antigua torre, seguramente no podría afectar a unas mentes como las suyas, vacunadas contra la demencia por haber estado un poco locas desde el principio. Los operarios de clacs, a lo largo del Tronco entero, eran... un tipo distinto de persona. No se limitaban a hacer su trabajo, lo vivían.

Pero Húmedo no paraba de pensar en todas las cosas malas que podían pasar sin las torres de señales. Oh, ya pasaban antes de que llegaran las señales, claro, pero aquello no era lo mismo en absoluto.

Los dejó serrando y dando martillazos en la torre de piedra y emprendió el viaje de vuelta a la ciudad, enfrascado en sus pensamientos.

## 

## CAPÍTULO XIII

### Al filo del sobre

Donde descubrimos la Teoría del Espacio de Paño — Taimado Clavículo — El Gran Tronco Arde — Tan Afilado que Te Cortas — Encontrar a la Señorita Buencorazón — Una Teoría acerca de los Disfraces — Igor Ze Marcha — «Que Este Momento No Termine Nunca» — Un Roce con el Tronco — La gran vela se despliega — Mensaje Recibido

Mustrum Ridcully, archicanciller de la Universidad Invisible, niveló su taco y apuntó con cuidado.

La bola blanca golpeó una bola roja, que rodó suavemente hasta caer en una tronera. La jugada no era tan fácil como parecía porque más de la mitad de la mesa de billar hacía las veces de sistema de archivo del archicanciller, y para llegar al ag[[11]](#footnote-11)ujero la bola tenía que atravesar varios montones de documentos, una jarra de cerveza, un cráneo con una vela que goteaba encima y un montón de ceniza de pipa. Lo hizo.

—Buen trabajo, señor Stibbons —dijo Ridcully.

—Lo llamo el espacio de paño —dijo Ponder Stibbons con orgullo.

Toda organización necesita por lo menos una persona que sepa qué está pasando, por qué está pasando y quién lo está haciendo, y en la UI este rol lo desempeñaba Stibbons, que a menudo desearía que no fuera así. Ahora mismo se encontraba presente en calidad de Director de Magia Desaconsejablemente Aplicada, y su meta a largo plazo era encargarse de que el presupuesto de su departamento fuera aprobado sin debate. A este fin, un haz de gruesas tuberías salía de debajo de la vieja y vetusta mesa de billar, atravesaba un agujero en la pared y cruzaba el jardín hasta llegar al Edificio de Magia de Altas Energías, donde —suspiró— aquel truquito estaba comiéndose el cuarenta por ciento del tiempo de runificación de Hex, la máquina pensante de la universidad.

—Buen nombre —dijo Ridcully, alineando otro tiro.

—Se inspira en «espacio de fase»... —dijo Ponder, esperanzado—. Verá, cuando una bola está a punto de toparse con un obstáculo que no es otra bola, Hex la traslada a una dimensión paralela teórica donde exista una superficie plana desocupada y mantiene la velocidad y el rozamiento hasta que puede devolverla a nuestra dimensión. Se trata realmente de un conjuro de tiempo irreal de los más difíciles e intrincados...

—Sí, sí, muy bien —le interrumpió Ridcully—. ¿Quería algo más, señor Stibbons?

Ponder miró sus papeles.

—Hay una carta muy educada de lord Vetinari pidiendo de parte de la ciudad si la universidad se plantearía incluir entre los nuevos matriculados, hum, un veinticinco por ciento de alumnos menos capaces, señor...

Ridcully metió la negra en la tronera a través de una pila de directivas de la universidad.

—¡No podemos tolerar que una panda de verduleros y carniceros le diga a una universidad cómo tiene que llevar sus asuntos, Stibbons! —dijo con firmeza, apuntando a una bola roja—. Deles las gracias por su interés y dígales que seguiremos admitiendo a un cien por cien de completos idiotas sin remedio, como de costumbre. ¡Que entren idiotas y salgan echando chispas, ese ha sido siempre el método de la UI! ¿Algo más?

—Únicamente este mensaje para la gran carrera de esta noche, archicanciller.

—Ah, sí, la carrera esa. ¿Qué debo hacer, señor Stibbons? Tengo entendido que la gente está apostando fuerte por la Oficina de Correos.

—Sí, archicanciller. Dicen que los dioses están de lado del señor Mustachen.

—¿Ellos también están apostando? —se sorprendió Ridcully, mirando con satisfacción cómo la bola se volvía a materializar al otro lado de un bocadillo de jamón abandonado.

—Creo que no, señor. Es imposible que ese hombre gane.

—¿Es el tipo que rescató al gato?

—El mismo, señor, sí —dijo Ponder.

—Buen chaval. ¿Qué pensamos del Gran Tronco? He oído que son una trituradora sin escrúpulos. Han estado matando a gente en esas torres suyas. Un tipo del bar me contó que había oído que los fantasmas de los operarios de señales muertos siguen rondando por el Tronco. Voy a intentar la rosa.

—Sí, yo también lo he oído, señor. Creo que es una leyenda urbana —dijo Ponder.

—Viajan de punta a punta del Tronco, me contó. No es mala manera de pasar la eternidad, ojo. Arriba en las montañas hay unos paisajes espléndidos. —El archicanciller calló un momento y la concentración le hizo fruncir la cara—. El Gran directorio de dimensiones variables de Haruspex —dijo por fin.

—¿Perdone, archicanciller?

—Ese será el mensaje —dijo Ridcully—. Nadie ha dicho que tenga que ser una carta, ¿verdad? —Hizo un gesto con la mano por encima de la punta del taco, que se cubrió de una capa nueva de tiza—. Dele a cada uno un ejemplar de la nueva edición. Mándeselos a nuestro hombre en Genua... ¿cómo se llama el fulano?, tiene un nombre raro... demuéstrele que la vieja alma páter se acuerda de él.

—Se refiere usted a Taimado Clavículo, señor. Está ahí estudiando la comunicación entre ostras en campos mágicos de baja intensidad para su licenciatura en taumatología.

—Por los dioses, ¿se pueden comunicar? —preguntó Ridcully.

—Eso parece, archicanciller, aunque hasta la fecha se han negado a hablar con él.

—¿Por qué lo hemos mandado tan lejos?

—¿A Taimado H. Clavículo, archicanciller? —le recordó Ponder—. ¿No se acuerda? ¿El de la halitosis terrible?

—Ah, ¿se refiere a Aliento de Dragón Clavículo? —preguntó Ridcully, cayendo en la cuenta—. ¿El que podía abrir un boquete en una bandeja de plata soplando?

—Sí, archicanciller —dijo Ponder con paciencia. A Mustrum Ridcully siempre le gustaba triangular la nueva información desde varias posiciones—. Dijo usted que allí en los pantanos nadie se daría cuenta. Si lo recuerda, le permitimos llevarse un pequeño omniscopio.

—¿Eso hicimos? Qué considerado por nuestra parte. Llámelo ahora mismo y cuéntele lo que está pasando, ¿quiere?

—Sí, archicanciller. De hecho, voy a esperar unas horas porque todavía es de noche en Genua.

—Eso es solo la opinión de ellos —dijo Ridcully, volviendo a poner una bola en su punto de mira—. Hágalo ahora, hombre.

\* \* \*

Fuego cayendo del cielo...

Todo el mundo sabía que la mitad superior de las torres se mecía cuando los mensajes discurrían por el Tronco. Un día alguien haría algo al respecto. Y todos los operarios de señales veteranos sabían que si uno levantaba manualmente la biela que controlaba los postigos de la línea descendente para abrirlos en el mismo parpadeo en que se bajaba la biela de la línea ascendente para cerrar los postigos del otro lado de la torre, la torre se inclinaba. Le estabas dando un empujón por un lado y un tirón desde el otro, lo cual tenía más o menos el mismo efecto que una columna de soldados desfilando sobre un puente viejo. No era demasiado problema, a menos que ocurriera una y otra vez de forma que los mecimientos se acumularan hasta un nivel peligroso. Pero ¿con cuánta frecuencia podía suceder eso?

Cada vez que llegaba a tu torre el Pájaro Carpintero, esa era la frecuencia. Y era como una afección que solo atacaba a los débiles y los enfermos. No habría podido atacar al viejo Tronco, porque el viejo Tronco estaba demasiado lleno de capitanes de torre que habrían cerrado la línea instantáneamente y habrían sacado el mensaje culpable del tambor, confiados en su conocimiento de que sus acciones serían juzgadas por superiores que sabían cómo funcionaba una torre y que, en su lugar, habrían hecho lo mismo.

Pero sí funcionaría contra el nuevo Tronco, porque ya apenas quedaban capitanes de aquellos. O bien hacías lo que te decían o bien no te pagaban, y si las cosas salían mal no era problema tuyo. Era culpa del idiota que había aceptado mandar aquel mensaje. Tú no le importabas a nadie, y en la central eran todos unos inútiles. No era culpa tuya; nadie te hacía caso. La central hasta había empezado un programa del Empleado del Mes para demostrar lo mucho que le importaban sus trabajadores. Eso demostraba lo poco que les importaban.

Y hoy te habían dicho que pasaras el código lo más deprisa posible, y tú no querías que fuera a ti a quien acusaran de ralentizar el sistema, así que mirabas la siguiente torre de la línea hasta que te saltaban las lágrimas y pulsabas las teclas como un hombre que baila claqué sobre piedras calientes.

Una tras otra, las torres fallaban. Algunas ardían cuando se desprendían las cajas de postigos y se estrellaban contra los tejados de las cabinas, derramando aceite inflamado. No había ninguna posibilidad de combatir el fuego dentro de un cajón de madera suspendido a veinte metros de altura, así que te limitabas a bajar deslizándote por la cuerda de los suicidas y a echar a correr hasta una distancia segura para contemplar el espectáculo.

Había catorce torres ardiendo antes de que alguien apartara las manos de las teclas. ¿Y luego qué? Habías recibido órdenes. No podían circular más mensajes por el Tronco, repetimos, no más mensajes hasta que aquel mensaje llegara a destino. ¿Y qué hacías tú a continuación?

Húmedo se despertó con el Gran Tronco ardiendo en su cabeza.

El Gnu Humeante quería destruirla y recoger los pedazos, y él entendía por qué. Pero no iba a funcionar. En algún lugar de la línea surgiría un ingeniero inoportuno que arriesgaría su puesto de trabajo para mandar un mensaje hacia delante que dijera: viene uno mortal, pasadlo despacio. Y ahí se acabaría todo. Sí, puede que tardaran un par de días en mandar el mensaje a Genua, pero tenían semanas de margen. Y también aparecería alguien lo bastante listo como para comparar el mensaje con lo que había mandado la primera torre. D'Oropel se libraría culebreando... no, se libraría dando voces. Diría que el mensaje había sido manipulado con malas intenciones, y tendría razón. Tenía que haber otra solución.

El Gnu no iba desencaminado, sin embargo. La solución era cambiar el mensaje, pero había que hacerlo de la manera adecuada.

Húmedo abrió los ojos. Estaba sentado a su mesa, y alguien le había puesto una almohada debajo de la cabeza.

¿Cuándo fue la última vez que había dormido en una cama decente? Ah, sí, la noche que lo había cazado el señor Pistón. Se había pasado un par de horas en una cama de alquiler cuyo colchón, para variar, ni se movía ni estaba lleno de piedras. Qué maravilla.

Su pasado inmediato le pasó correteando por delante de los ojos. Gimió.

—Buenos Días, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón desde el rincón—. Tiene La Navaja De Afeitar Afilada, El Agua Del Té Ya Está Caliente Y Estoy Seguro De Que Le Están Subiendo Una Taza.

—¿Qué hora es?

—Mediodía, Señor Mustajen. No Llegó Aquí Hasta El Amanecer —añadió el gólem en tono de reproche.

Húmedo volvió a gemir. Faltaban seis horas para la carrera. Y entonces iba a recoger tantas tempestades que parecería que se acababa el mundo.

—Hay Mucha Emoción —dijo el gólem, mientras Húmedo se afeitaba—. Se Ha Acordado Que La Línea de Salida Esté En La Plaza Sator.

Húmedo se quedó mirando su reflejo, sin apenas escuchar. Él siempre subía las apuestas, era un reflejo que tenía. Nunca prometas hacer lo posible. Lo posible puede hacerlo cualquiera. Hay que prometer hacer lo imposible porque a veces lo imposible es posible, si uno encuentra la forma, y por lo menos a menudo se pueden extender los límites de lo posible. Y si no lo consigues, bueno, es que era imposible.

Pero esta vez había ido demasiado lejos. Oh, no sería ninguna gran vergüenza admitir que un carruaje tirado por caballos no podía viajar a mil quinientos kilómetros por hora, pero D'Oropel se iba a pavonear todo lo que quisiera y la Oficina de Correos quedaría como una cosa pequeña y anticuada, desfasada en los tiempos que corrían, despreciable e incapaz de competir. D'Oropel encontraría alguna manera de conservar Gran Tronco, haciendo todavía más recortes, matando a gente por codicia...

—¿Se Encuentra Bien, Señor Mustajen? —dijo el gólem detrás de su espalda.

Húmedo miró sus propios ojos y vio lo que se agitaba en las profundidades.

Oh cielos.

—Se Ha Cortado, Señor Mustajen —dijo el señor Pistón—. ¿Señor Mustajen?

Lástima que no ha sido en la garganta, pensó Húmedo. Pero aquel fue un pensamiento secundario, que pasó con sigilo por detrás del pensamiento grande y oscuro que ahora se desplegaba en el espejo.

Contempló el abismo y vio algo que crecía y estiraba los brazos hacia la luz. Le susurró: «Hazlo. Esto funcionará. Confía en mí».

Oh cielos. Es un plan que va a funcionar, pensó Húmedo. Es simple y letal, como una navaja. Pero había que ser un hombre sin principios para concebirlo siquiera.

Con eso no había problema.

Voy a matarle, señor D'Oropel. Voy a matarle a nuestra manera especial, a la manera de los sinvergüenzas, los tramposos y los mentirosos. Voy a quitárselo todo salvo la vida. Voy a quitarle el dinero, la reputación y los amigos. Voy a retorcer las palabras hasta tenerlo a usted enredado en ellas. No voy a dejarle nada, ni siquiera la esperanza...

Terminó de afeitarse con cuidado y se limpió de la barbilla los restos de espuma. La verdad era que no había demasiada sangre.

—Creo que me iría bien un desayuno copioso, señor Pistón —dijo—. Y luego tengo varias cosas que hacer. Entretanto, ¿puede, por favor, encontrarme una escoba? ¿Un escobón de abedul como es debido? Y píntele unas estrellas en el mango...

\* \* \*

Los mostradores improvisados estaban atestados cuando Húmedo bajó, pero el bullicio se detuvo en cuanto entró en el vestíbulo. A continuación se elevó un coro de vítores. Él saludó a los presentes con la cabeza, agitó jovialmente la mano y al momento se vio rodeado de gente que blandía sobres. Hizo lo que pudo para firmarlos todos.

—¡Un montón de correo para llevar también a Genua, señor! —dijo exultante el señor Ardite, abriéndose paso entre la multitud—. ¡Nunca he visto un día así, nunca!

—Así me gusta, buen trabajo —murmuró Húmedo.

—¡Y el correo para los dioses también ha subido! —continuó Ardite.

—Me alegro de oírlo, señor Ardite —dijo Húmedo.

—¡Tenemos los primeros sellos de Sto Lat, señor! —exclamó Stanley, blandiendo un par de láminas por encima de su cabeza—. ¡Las primeras láminas están atiborradas de fallos, señor!

—Me alegro mucho por ti —dijo Húmedo—. Pero tengo que salir a preparar unas cuantas cosas.

—¡Ajá, sí! —dijo el señor Ardite, guiñando el ojo—. «Unas cuantas cosas», ¿eh? Lo que usted diga, señor. ¡Apártense, por favor, que pasa el director de correos!

Ardite se dedicó más o menos a sacar de en medio a los clientes a empujones mientras Húmedo, intentando evitar a la gente que quería que besara a sus bebés o que intentaba agarrarle una punta del traje para que les diera suerte, salía al aire libre.

A continuación ciñó su itinerario a las callejuelas laterales y encontró un sitio que servía un plato muy razonable a base de dos salchichas, huevo, beicon y rebanada de pan frito, con la esperanza de que la comida pudiera reemplazar el sueño.

Todo se estaba desmadrando. La gente sacaba banderitas y colocaba tenderetes en la plaza Sator. La enorme multitud flotante que constituía la población callejera de Ankh-Morpork iba y venía por toda la ciudad, pero cuando llegara la noche se contraería para formar una turba en la plaza, y entonces se les podrían vender cosas.

Por fin reunió el coraje y puso rumbo a la Fundación del Gólem. Estaba cerrada. Se había añadido una pintada nueva a los estratos que ahora cubrían la ventana entablada. Estaba hecha a lápiz justo por encima de la altura de las rodillas, y decía: «Los gOlms soN de kaca». Era bonito ver que las venerables tradiciones de intolerancia idiota pasaban de padres a hijos, como una herencia de la peor clase.

Hermanas Dolly, pensó a la desesperada, con una tía suya. ¿Alguna vez le había dicho el nombre de la tía?

Echó a correr en aquella dirección.

Hermanas Dolly había sido una aldea antes de que el crecimiento de la ciudad la arrollara; sus residentes seguían considerándose una comunidad aparte del resto de la ciudad, con sus propias costumbres (el Lunes del Zurullo de Perro, Arriba Todas las Agujas), y casi su idioma propio. Húmedo no conocía el lugar en absoluto. Avanzó como pudo por los angostos callejones, buscando a la desesperada un... ¿qué? ¿Una columna de humo?

Pues mira, no era tan mala idea...

Llegó a la casa ocho minutos más tarde y se puso a aporrear la puerta. Para su alivio, fue ella quien salió a abrir, y se lo quedó mirando.

—¿Cómo? —preguntó.

—Estancos —dijo él—. No hay muchas mujeres por aquí que fumen cien pitillos al día.

—Y bien, ¿qué quiere usted, don Listillo?

—Si me ayuda, puedo darle a D'Oropel la mayor paliza de su vida —dijo Húmedo—. Ayúdeme. ¿Por favor? ¿Si lo juro por mi honor de hombre completamente indigno de confianza?

Aquello obtuvo por lo menos una breve sonrisa, que fue reemplazada casi de inmediato por la sempiterna expresión de profundo recelo. Luego una pugna interior se resolvió.

—Será mejor que pase a la salita de estar —dijo ella, abriendo la puerta del todo.

Se trataba de una habitación pequeña, oscura y atestada de respetabilidad. Húmedo se sentó en el borde de un sillón, intentando no desordenar nada, mientras se esforzaba para escuchar las voces de mujer al otro lado del pasillo. Por fin la señorita Buencorazón entró con sigilo y cerró la puerta detrás de sí.

—Espero que esto no moleste a su familia —dijo Húmedo—. Yo...

—Les he dicho que estamos festejando —dijo la señorita Buencorazón—. Es para eso que sirven las salitas de estar. Las lágrimas de alegría y esperanza que le han salido a mi madre eran dignas de verse. A ver, ¿qué quiere usted?

—Hábleme de su padre —pidió Húmedo—. Tengo que saber cómo le quitaron el Gran Tronco. ¿Conserva algún documento?

—No servirán de nada. Un abogado los estuvo mirando y nos dijo que sería muy difícil llevar el caso ante un...

—Tengo intención de apelar a un tribunal superior —dijo Húmedo.

—Quiero decir que hay muchas cosas que no podemos demostrar, no tenemos pruebas... —protestó la señorita Buencorazón.

—No me hacen falta —dijo Húmedo.

—El abogado dijo que harían falta meses y meses de trabajo para... —continuó ella, decidida a encontrar una pega.

—Haré que lo pague otro —dijo Húmedo—. ¿Tiene algún registro? ¿Libros de contabilidad? ¿Algo parecido?

—¿Qué pretende hacer? —exigió saber la señorita Buencorazón.

—Será mejor que no lo sepa. De verdad. Se lo que me hago, Púa. Pero usted no debería saber nada.

—Bueno, hay un cajón grande lleno de papeles —dijo la señorita Buencorazón con incertidumbre—. Supongo que podría simplemente... dejarlo aquí mientras hago limpieza...

—Bien.

—Pero ¿puedo confiar en usted?

—¿Para esto? ¡Por los dioses, no! ¡Su padre confió en D'Oropel y mire lo que pasó! Si yo fuera usted, no confiaría en mí. Pero si fuera yo, entonces sí.

—Lo curioso del caso, señor Mustachen, es que me encuentro con que confío más en usted cuando me dice lo poco de fiar que es —dijo la señorita Buencorazón.

Húmedo suspiró.

—Sí, lo sé, Púa. Lamentable, ¿verdad? Suele pasarle a la gente. ¿Me puede traer la caja, por favor?

Ella obedeció, con un fruncimiento perplejo de ceño.

Le costó media tarde y aun así Húmedo no se quedó convencido, pero por lo menos había llenado un cuadernito de notas garabateadas. Era como buscar pirañas en un río atiborrado de algas. El fondo estaba cubierto de huesos. Pero, aunque a veces se vislumbrara un destello plateado, nunca se podía estar seguro de haber visto un pez. La única forma de estar seguro era tirarse al agua.

\* \* \*

Hacia las cuatro y media, la plaza Sator ya estaba abarrotada.

Lo maravilloso que tenían el traje dorado y la gorra con alas era que, si Húmedo se los quitaba, ya no era él. No era más que una persona común y corriente con ropa anodina y una cara que podría sonar vagamente de algo.

Deambuló entre la multitud rumbo a la Oficina de Correos. Nadie lo miró dos veces. La mayoría ni se dignó mirarlo una. Estaba solo, hasta un punto del que hasta ese momento no había sido consciente. Siempre había estado solo. Era la única manera de estar a salvo.

El problema era que echaba de menos el traje dorado. En realidad, todo era una farsa. Pero el Hombre del Traje Dorado era una buena farsa. Él no quería ser una persona que se olvida, alguien que estaba a un paso de ser una sombra. Con la gorra penígera puesta era capaz de hacer milagros o, por lo menos, de dar la impresión de que había obrado milagros, que es casi tan bueno.

Dentro de una hora o dos iba a tener que hacer uno, eso estaba claro. En fin...

Fue a la parte de atrás de la Oficina de Correos y estaba a punto de colarse en el interior cuando una silueta se dirigió a él desde las sombras:

—¡Pus!

—Supongo que quieres decir «psst»... —dijo Húmedo.

De entre las sombras salió Cuerdo Alex con su antiguo chaquetón de trabajo de Gran Tronco y un casco enorme con cuernos.

—Estamos tardando más de lo previsto con la lona... —empezó a decir.

—¿Por qué llevas ese casco? —preguntó Húmedo.

—Es un disfraz —dijo Alex.

—¿Un casco enorme con cuernos?

—Sí. Llama tanto la atención que nadie sospechará que estoy intentando pasar desapercibido, así que no se molestarán en fijarse en mí.

—Hay que ser un hombre muy inteligente para que se te ocurra eso —dijo Húmedo midiendo las palabras—. ¿Qué sucede?

—Necesitamos más tiempo —dijo Alex.

—¿Cómo? ¡Pero si la carrera empieza a las seis!

—No estará lo bastante oscuro. No podemos izar la vela por lo menos hasta y media. Si asomamos la cabeza por encima del parapeto antes de esa hora alguien nos verá.

—¡Oh, venga ya! ¡Las otras torres están demasiado lejos!

—Pero la gente del camino no —dijo Alex.

—¡Mierda! —Húmedo se había olvidado del camino. Bastaba con que después saliera alguien diciendo que había visto gente en la vieja torre de los magos...

—Escuche, todo está listo para izarlo —dijo Alex, mirándole la cara—. Una vez estemos allí arriba, podremos trabajar deprisa. Solo nos hace falta media hora de oscuridad, tal vez unos minutos más.

Húmedo se mordió el labio.

—Muy bien, puedo conseguirlo, creo. Ahora vuelve con los demás y ayúdalos. Pero no empecéis hasta que yo haya llegado, ¿entendido? ¡Confiad en mí!

Estoy diciendo eso mucho, pensó después de que el hombre se hubiera alejado a la carrera. Solo espero que me hagan caso.

Subió a su despacho. El traje dorado estaba en la percha. Se lo puso. Había trabajo por hacer. Era tedioso pero había que hacerlo. Así que lo hizo.

A las cinco y media los tablones del suelo crujieron cuando el señor Pistón entró en la estancia, arrastrando una escoba tras de sí.

—Ya Casi Es La Hora De La Carrera, Señor Mustajen —anunció.

—Tengo que terminar unas cosas —dijo Húmedo—. Aquí hay cartas de constructores y arquitectos, ah, y alguien quiere que le cure las verrugas... De verdad que tengo que terminar este papeleo, señor Pistón.

\* \* \*

En la intimidad de la cocina de Asidor D'Oropel, Igor escribió una nota con gran meticulosidad. Al fin y al cabo, había cortesías que no podían pasarse por alto. Uno no podía largarse como un ladrón en plena noche. Había que limpiar bien, asegurarse de que la despensa estaba bien provista, lavar los platos y coger exactamente lo que se te debía de la caja del dinero para gastos.

Era una lástima. Había sido un empleo bastante bueno. D'Oropel nunca había esperado de él que hiciera demasiado, y a Igor le había gustado sembrar el terror entre el resto del servicio. O por lo menos entre la mayoría del resto.

—Qué pena que se vaya, señor Igor —dijo la señora Yacebrillos, la cocinera. Se secó los ojos con un pañuelo—. Ha sido usted una verdadera bocanada de aire fresco.

—Ez inevitable, zeñora Yacebrilloz —dijo Igor—. Echaré de menoz zu filete con paztel de riñonez. Me alegra el corazón ver a una mujer que de verdad zabe aprovechar laz zobraz.

—Le he tejido esto, señor Igor —dijo la cocinera, ofreciéndole con gesto vacilante un paquetito blando. Igor lo abrió con cuidado y desdobló un pasamontañas a rayas rojas y blancas—. He pensado que ayudaría a mantener su tornillo calentito —dijo la señora Yacebrillos, ruborizándose.

Igor pasó un momento indeciso. Le caía bien la cocinera y la respetaba. Nunca había visto a una mujer manejar cuchillos afilados con tanta pericia. A veces uno tenía que olvidar el Código de los Igors.

—Zeñora Yacebrilloz, ¿no me dijo uzted que tenía una hermana en Quirm? —preguntó.

—Eso mismo, señor Igor.

—Puez ahora zería muy buen momento para ir a vizitarla —dijo Igor con firmeza—. No me pregunte por qué. Adioz, querida zeñora Yacebrilloz. Recordaré zuz higadilloz con gran cariño.

\* \* \*

Ya eran las seis menos diez.

—Si Sale Ahora, Señor Mustajen, Llegará Justo A Tiempo Para La Carrera —dijo el gólem con voz retumbante desde el rincón.

—Este es un trabajo de gran importancia cívica, señor Pistón —replicó Húmedo en tono severo, leyendo otra carta—. Estoy actuando con rectitud y atendiendo mis deberes.

—Sí, Señor Mustajen.

Esperó a que pasaran diez minutos de la hora porque se tardaba otros cinco en llegar a la plaza dando un paseo despreocupado. Con el gólem caminando pesadamente a su lado, casi la antítesis tanto del paseo como de la despreocupación, dejó atrás la Oficina de Correos.

La multitud que ocupaba la plaza se abrió para dejarle paso, y hubo aplausos y alguna que otra risa cuando la gente vio la escoba que llevaba echada al hombro. Tenía estrellas pintadas, por tanto debía de ser una escoba mágica. Gracias a aquellas creencias se amasaban fortunas.

Encuentra a la Dama, Encuentra a la Dama... el juego tenía su ciencia, de algún modo. Por supuesto, no iba mal aprender a entrecruzar los naipes con soltura; aquella era la verdadera clave. Húmedo había entrenado hasta hacerlo bien, pero los trucos puramente mecánicos habían acabado resultándole un poco aburridos, un poco indignos de él. Había otras formas de lograrlo, formas de desorientar, distraer, poner furiosa a la gente. La furia siempre iba bien. La gente furiosa cometía equivocaciones.

Había un espacio vacío en el centro de la plaza, rodeando la diligencia en la que ya estaba sentado con orgullo Jim Cañería. Los caballos resplandecían y la carrocería centelleaba bajo la luz de las antorchas. Pero el grupo que rodeaba el carruaje, más que centellear, estaba que echaba chispas.

Había un par de personas del Tronco, varios magos y, por supuesto, Otto Alarido el iconografista. Todos se giraron para dar la bienvenida a Húmedo con expresiones que iban desde el alivio al profundo recelo.

—Nos estábamos planteando descalificarlo, señor Mustachen —dijo Ridcully, poniendo una cara severa.

Húmedo le entregó la escoba al señor Pistón.

—Mis disculpas, archicanciller —dijo—. Estaba revisando unos diseños de sellos y he perdido por completo la noción del tiempo. Ah, buenas tardes, profesor Pelc.

El profesor de Bibliomancia Mórbida le dedicó una amplia sonrisa y sostuvo un frasco en alto.

—Y el profesor Goitre —dijo—. El viejo muchacho quería ver qué es esto de lo que todo el mundo habla.

—Y este es el señor Pony del Gran Tronco —dijo Ridcully.

Húmedo le estrechó la mano al ingeniero.

—¿No ha venido con usted el señor D'Oropel? —dijo, guiñándole un ojo.

—Está, ejem, mirando desde su carruaje —dijo el ingeniero, echando una mirada nerviosa a Húmedo.

—Bueno, puesto que ya están aquí los dos, el señor Stibbons les entregará a cada uno una copia del mensaje —dijo el archicanciller—. ¿Señor Stibbons?

Dos paquetes cambiaron de manos. Húmedo desenvolvió el suyo y se echó a reír.

—¡Pero si es un libro! —protestó el señor Pony—. Tardaremos toda la noche en codificarlo. ¡Y tiene diagramas!

Muy bien, empecemos, pensó Húmedo, y se movió como una cobra. Le quitó el libro al sobresaltado Pony, lo hojeó rápidamente, agarró un puñado de páginas y las arrancó, provocando un grito ahogado de la multitud.

—Tenga, señor —dijo, devolviéndole las páginas—. ¡Aquí tiene su mensaje! Las páginas 79 a 128. ¡Nosotros entregaremos el resto del libro y el destinatario puede meter sus páginas luego, si es que llegan! —Fue consciente de que el profesor Pelc lo estaba fulminando con la mirada y añadió—: ¡Y no me cabe duda de que el libro se podrá restaurar hasta dejarlo impecable!

Había sido un gesto estúpido, pero también grandioso y estridente y gracioso y cruel, y si algo sabía Húmedo era hacerse con la atención de una multitud. El señor Pony retrocedió, con el capítulo arrancado en la mano.

—Yo no quería decir... —intentó protestar, pero Húmedo lo interrumpió.

—Al fin y al cabo, a nosotros nos sobra carruaje para un libro tan pequeño.

—Es solo que se tarda en codificar las imágenes... —se excusó el señor Pony. No estaba acostumbrado a aquella clase de situaciones. La maquinaria nunca contestaba con descaro.

Húmedo permitió que le cruzara la cara una mirada de genuina preocupación.

—Sí, es verdad que parece injusto —dijo. Se giró hacia Ponder Stibbons—. ¿No le parece injusto a usted, señor Stibbons?

El mago pareció perplejo.

—¡Pero en cuanto las tengan codificadas, solo tardarán un par de horas en llegar a Genua! —dijo.

—Pese a todo, debo insistir —dijo Húmedo—. No queremos partir con una ventaja injusta. Descanse, Jim —le gritó al cochero—. Vamos a darle un poco de ventaja a los clacs. —Se volvió hacia Ponder y el señor Pony con una expresión de inocencia solícita—. ¿Les parece bien una hora, caballeros?

La multitud estalló. Por los dioses, esto se me da bien, pensó Húmedo. Quiero que este momento dure para siempre...

—¡Señor Mustachen! —llamó alguien. Húmedo escrutó las caras hasta encontrar al propietario de la voz.

—Ah, señorita Sacharissa. ¿Tiene el lápiz listo?

—¿Nos está diciendo en serio que piensa esperar mientras el Gran Tronco prepara el mensaje? —dijo. Se estaba riendo.

—Ya lo creo —dijo Húmedo, cogiéndose las solapas de su chaqueta resplandeciente—. En la Oficina de Correos somos gente ecuánime. ¿Puedo aprovechar para hablarle de nuestro nuevo sello Repollo Verde, por cierto?

—¿No estará yendo demasiado lejos, señor Mustachen?

—¡Hasta llegar a Genua, querida señorita! ¿He mencionado que el pegamento tiene sabor a repollo?

Ahora Húmedo no podría haber parado ni que le ofreciesen una fortuna. Era el estado ideal de su alma: bailar sobre una avalancha, inventarse el mundo sobre la marcha, meter mano en los oídos de la gente y hacerles cambiar de opinión. Para eso ofrecía cristal en lugar de diamantes, hacía volar bajo sus dedos las cartas de Encuentra a la Dama y se quedaba sonriendo delante de los empleados de banca mientras examinaban sus documentos falsos. Aquella era la sensación que él ansiaba, la emoción desnuda y cruda de «empujar el sobre»...

Asidor D'Oropel estaba abriéndose paso entre la multitud como un tiburón entre los pececillos. Al llegar, le dedicó a Húmedo una mirada estudiadamente neutra y se giró hacia el señor Pony.

—¿Hay algún problema, caballeros? —dijo—. Está haciéndose tarde.

En medio de un silencio salpicado de risitas de la multitud, Pony intentó explicarle la situación, en la escasa medida en que ahora entendía lo que estaba pasando.

—Ya veo —dijo D'Oropel—. ¿Se divierte burlándose de nosotros, señor? Pues déjeme que le diga que la gente de Gran Tronco no nos lo tomaremos mal si se marcha usted ya. Creo que le podemos regalar un par de horas, ¿no?

—Oh, por supuesto —dijo Húmedo—. Si eso les hace sentirse mejor...

—Ya lo creo —dijo D'Oropel con voz seria—. Lo mejor, señor Mustachen, sería que para entonces ya estuviera muy, muy lejos de aquí.

Húmedo captó el tono de aquellas palabras porque ya lo había estado esperando. D'Oropel se estaba mostrando razonable y magnánimo, pero su ojo era una oscura bola metálica y en su voz se oían los armónicos del asesinato. Y entonces D'Oropel añadió:

—¿Cómo está el señor Ardite, señor Mustachen? Me supo muy mal enterarme del ataque.

—¿Ataque, señor D'Oropel? Pero si le cayó encima un madero —dijo Húmedo. Y esa pregunta te priva de todo derecho a compasión, pase lo que pase.

—Ah... Entonces me informaron mal —dijo D'Oropel—. En el futuro haré bien en no escuchar rumores.

—Le comunicaré sus buenos deseos al señor Ardite —dijo Húmedo.

D'Oropel se quitó el sombrero.

—Adiós, señor Mustachen. Le deseo la mejor suerte en su aguerrido intento. Hay gente peligrosa en los caminos.

Húmedo también se quitó la gorra y dijo:

—Tengo intención de dejarlos atrás muy pronto, señor D'Oropel.

Ya está, pensó. Ya lo hemos dicho todo, y la simpática señorita del periódico cree que somos buenos amigos, o por lo menos simples rivales profesionales que se tratan con una cortesía envarada. Ahora estropeemos el buen clima.

—Adiós, damas y caballeros —dijo—. Señor Pistón, ¿sería usted tan amable de meter la escoba en el carruaje, por favor?

—¿Escoba? —dijo D'Oropel, levantando la vista de golpe—. ¿Esa escoba? ¿La que tiene estrellas pintadas? ¿Se lleva usted una escoba?

—Sí. Me irá bien si tenemos una avería.

—¡Protesto, archicanciller! —dijo D'Oropel, girándose en redondo—. ¡Este hombre tiene intención de volar hasta Genua!

—¡No tengo esa intención en absoluto! —exclamó Húmedo—. ¡Y me ofende esa acusación!

—¿Es por eso que parece usted tan confiado? —gruñó D'Oropel. Y fue un gruñido, allí mismo, la pequeña señal de que había aparecido una grieta.

Las escobas podían volar lo bastante deprisa como para que se te desprendieran las orejas. No hacía falta que se averiasen muchas torres, y los dioses sabían que se averiaban todo el tiempo, para que una escoba llegara a Genua antes que los clacs, sobre todo teniendo en cuenta que podía volar en línea recta y no tenía que seguir la curva pronunciada que trazaban tanto el camino de la diligencia como el Gran Tronco. Haría falta que el Tronco tuviera muy mala suerte, y la persona que volase en la escoba llegaría del todo congelada y probablemente del todo muerta, pero una escoba podía volar desde Ankh-Morpork hasta Genua en un solo día. Con aquello, había una posibilidad.

La cara de D'Oropel era una máscara de regocijo. Ahora sabía qué tramaba Húmedo.

¿Dónde está la señorita? Busque usted a la señorita...

Era el corazón de cualquier estafa o chanchullo. Había que mantener al primo en un estado de inseguridad, si estaba seguro de algo, que fuese de una falsedad.

—¡Exijo que no se permita ninguna escoba en el carruaje! —dijo D'Oropel al archicanciller, lo cual no fue una buena maniobra. A los magos no se les exigían las cosas. Se les solicitaban—. ¡Si el señor Mustachen no confía en sus medios, le sugiero que se retire ahora!

—Vamos a viajar solos por caminos peligrosos —dijo Húmedo—. Tener una escoba podría resultar esencial.

—Pese a todo, me veo obligado a estar de acuerdo con este... caballero —dijo Ridcully con cierto desagrado—. No daría una impresión apropiada, señor Mustachen.

Húmedo hizo un gesto exasperado con las manos.

—Como desee usted, señor, claro. Es un golpe. ¿Puedo solicitar un trato imparcial, sin embargo?

—¿A qué se refiere? —preguntó el mago.

—En cada torre hay un caballo estacionado para usarlo cuando la torre se averíe —dijo Húmedo.

—¡Eso es una práctica normal! —exclamó D'Oropel.

—Solo en las montañas —dijo Húmedo con tranquilidad—. Y ni siquiera eso, únicamente en las torres más aisladas. Pero sospecho que hoy han puesto uno en cada torre. Eso equivale a un pony exprés, archicanciller, con mis disculpas al señor Pony. Podrían derrotar a nuestra diligencia sin mandar una sola línea de código.

—¡No estará sugiriendo en serio que vamos a intentar llevar el mensaje hasta Genua a caballo! —gritó D'Oropel.

—Usted estaba sugiriendo que yo volaría —dijo Húmedo—. Si el señor D'Oropel no confía en sus medios, archicanciller, le sugiero que se retire ahora.

Y fue entonces cuando apareció: una sombra en la cara de D'Oropel. Ya no solo estaba enfadado. Se acababa de adentrar en las aguas tranquilas y límpidas de la furia completa y visceral.

—Así pues, acordemos que esto no es una prueba de caballos contra escobas —siguió hablando Húmedo—. Es la diligencia contra las torres de clacs. Si la diligencia se avería, nosotros reparamos la diligencia. Si se avería una torre, ustedes reparan la torre.

—Eso parece justo, en mi opinión —dijo Ridcully—. Y así lo proclamo. Sin embargo, tengo que hablar a solas con el señor Mustachen para hacerle una advertencia.

El archicanciller rodeó los hombros de Húmedo con el brazo y se lo llevó hasta la diligencia. Luego agachó la cabeza hasta que sus caras estuvieron a pocos centímetros.

—Se da usted cuenta de que pintar unas cuantas estrellas en una escoba normal y corriente no hará que vaya a volar, ¿verdad? —dijo.

Húmedo miró un par de ojos de color azul lechoso tan inocentes como los de un niño, particularmente los de un niño que está haciendo esfuerzos por parecer inocente.

—Por los dioses, ¿no volará? —dijo.

El mago le dio unos golpecitos en el hombro.

—Será mejor dejar las cosas como están, creo yo —dijo en tono feliz.

D'Oropel sonrió a Húmedo cuando regresaron.

Era demasiado difícil resistirse, de modo que Húmedo no lo intentó. Subir las apuestas. Siempre forzar la suerte, porque nadie iba a forzarla por ti.

—¿Le apetece una pequeña apuesta personal, señor D'Oropel? —dijo—. Solo para que la cosa resulte un poco más... interesante.

D'Oropel lo encajó bien, siempre y cuando uno no supiera leer los indicadores, las pequeñas señales que lo delataban...

—Madre mía, señor Mustachen, ¿acaso los dioses aprueban el juego? —dijo, y soltó una risita breve.

—¿Qué es la vida sino una lotería, señor D'Oropel? —replicó Húmedo—. Digamos... ¿cien mil dólares?

Aquello colmó el vaso. Fue la última gota. Húmedo vio que algo cedía dentro de Asidor D'Oropel.

—¿Cien mil? ¿Y cómo va usted a echar mano de tanto dinero, Mustachen?

—Bueno, junto las manos delante de mí y ya está, señor D'Oropel. ¿Es que no lo sabe todo el mundo? —dijo Húmedo, para regocijo general. A continuación le dedicó al presidente de la compañía su sonrisa mis insolente—. ¿Y cómo va usted a echar mano de cien mil dólares?

—Ja. ¡Acepto la apuesta! Veremos quién se ríe mañana —dijo D'Oropel rotundamente.

—Ya tengo ganas de verlo —dijo Húmedo.

Y ahora te tengo en la palma de la mano, pensó para sí. En la palma de la mano. Ahora estás encolerizado. Estás tomando decisiones equivocadas. Estás pascando por la tabla.

Subió al techo del carruaje y se giró hacia el público.

—A Genua, damas y caballeros. ¡A Genua o al garete!

—¡Alguien acabará en el garete! —gritó un bromista entre la multitud.

Húmedo hizo una reverencia y, al erguirse, divisó entre el gentío la cara de Adora Belle Buencorazón.

—¿Quiere casarse conmigo, señorita Buencorazón? —gritó.

La multitud dejó escapar un «Oooh» y Sacharissa giró la cabeza como un gato que busca al siguiente ratón. Qué lástima que el periódico no tuviera más de una primera página, ¿eh?

La señorita Buencorazón expulsó un anillo de humo.

—Todavía no —dijo con calma. Aquello provocó una mezcla de vítores y abucheos.

Húmedo saludó con la mano, se sentó de un salto junto al cochero y dijo:

—En marcha, Jim.

Jim hizo restallar el látigo para que se oyera el ruido, y el carruaje se empezó a alejar entre aclamaciones. Húmedo miró hacia atrás y distinguió al señor Pony avanzando decidido entre la multitud en dirección a la torre del Tump. Luego se reclinó en su asiento y contempló las calles a la luz de los faroles de la diligencia.

Tal vez fuera el oro empezando a filtrarse por sus poros, pero notaba algo que lo llenaba, como una niebla. Cuando movió la mano, estuvo seguro de que dejaba una estela de motas en el aire. Seguía volando.

—Jim, ¿me ve algo raro? —preguntó.

—No le veo muy bien con esta luz, señor —dijo el cochero—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Adelante, por favor.

—¿Por qué ha dado a esos hijos de puta solo esas páginas de en medio?

—Por dos razones, Jim. Primero, porque a nosotros nos hace quedar bien y ellos quedan como unos lloricas. Y la otra razón es que es la parte donde están todas las ilustraciones a color. Tardarán una eternidad en codificar cada una.

—¡Es usted tan agudo que un día va a pincharse, señor Mustachen! ¿Que no? ¡Ya lo creo, carajo!

—¡Conduzca como alma que lleva el diablo, Jim!

—¡Ya sé cómo darles espectáculo, señor, puede contar con ello! ¡Arre! —El látigo volvió a restallar y el ruido de los cascos arrancó ecos de los edificios.

—¿Seis caballos? —dijo Húmedo, mientras subían traqueteando por la Vía Ancha.

—Sí, señor. Yo también voy a aprovechar para hacerme un nombre, señor —dijo el cochero.

—Aminore un poco cuando lleguemos a la vieja torre de los magos, ¿quiere? Yo me bajo allí. ¿Al final ha conseguido guardaespaldas?

—Cuatro, señor Mustachen —anunció Jim—. Van escondidos dentro. Hombres con reputación e integridad. Los conozco desde que éramos chavales. Zampabollos Harry, Rompecrismas Toe, Lesiones Graveston y Joe «Sin nariz» Tozer. Son amigos, señor, no se preocupe, y a todos les apetecen unas vacacioncitas en Genua.

—Sí, todos traemos los cubos y las palas —gruñó una voz procedente del interior.

—Prefiero tenerlos a ellos que a una docena de agentes de la Guardia —dijo Jim con alegría.

El carruaje siguió traqueteando, dejando atrás los suburbios en las afueras. El camino se volvió más accidentado bajo las ruedas, pero la diligencia siguió bamboleándose y danzando sobre sus muelles de acero.

—Cuando me haya dejado los puede refrenar un poco. No hace falta ir con prisas, Jim —dijo Húmedo al cabo de un rato.

A la luz de las lámparas del carruaje, Húmedo vio que la cara rubicunda de Jim brillaba de picardía.

—Es por su Plan, ¿eh, señor?

—¡Es un plan maravilloso, Jim! —dijo Húmedo. Y voy a tener que asegurarme de que no funciona.

\* \* \*

Las luces del carruaje desaparecieron, dejando a Húmedo en la gélida oscuridad. A lo lejos, los humos de Ankh-Morpork emitían un leve resplandor y formaban un enorme hongo flotante de nubes que tapaba las estrellas. En la maleza había cosas removiéndose, y la brisa traía el aroma de los repollos por encima de los campos interminables.

Húmedo esperó a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Apareció la torre, una columna de noche sin estrellas. Lo único que tenía que hacer era orientarse entre la densa arboleda, atestada de zarzas y de raíces enredadas...

Imitó la llamada de un búho. Como Húmedo no era ornitólogo, lo hizo diciendo: «Uuu uuu».

En la arboleda hubo una explosión de voces de búho, lo que pasaba era que se trataba de los búhos que vivían en la vieja torre de los magos, que volvía loco en un solo día. Los búhos no parecían acusar el efecto, salvo que los sonidos que hacían se parecían a todos los posibles sonidos de hasta la última criatura viva o incluso agonizante. Ahora se oía claramente a un elefante allí dentro, y tal vez también a una hiena, con un matiz de muelle de somier.

Después de que se apagara el estruendo, una voz situada a un par de metros dijo en voz baja:

—Muy bien, señor Mustachen. Soy yo, Adrián. Cójame la mano y vámonos antes de que los otros empiecen a pelearse otra vez.

—¿A pelearse? ¿Por qué?

—¡Están como el perro y el gato! ¿Puede tocar la cuerda? ¿La tiene? Vale. Ya puede apretar el paso. Hemos localizado un sendero y hemos desplegado la cuerda...

Avanzaron a toda prisa entre los árboles. Había que estar muy cerca de la torre para ver el resplandor que salía de la entrada en ruinas de su base. Indeciso Adrián había sujetado algunas de sus lamparitas frías en varias alturas de la pared interior. Mientras Húmedo subía hasta lo alto de la torre, las piedras se meneaban bajo sus pies. No les prestó atención, sino que subió la escalera de caracol tan deprisa que al llegar arriba siguió girando.

Loco Al lo agarró de los hombros.

—Nada de prisas —dijo en tono jovial—. Todavía nos quedan diez minutos.

—Habríamos estado listos hace veinte si alguien no hubiera perdido el martillo —masculló Cuerdo Alex, tensando un cable.

—¿Qué dices? ¿Lo he metido en la caja de herramientas o no? —dijo Loco Al.

—¡En el cajón de las llaves de tuerca!

—¿Y qué?

—¿Quién en su sano juicio buscaría un martillo en el cajón de las llaves de tuerca?

Más abajo, los búhos se pusieron a ulular otra vez.

—Escuchad —se apresuró a decir Húmedo—, eso no es importante, ¿de acuerdo? No ahora mismo.

—Este hombre —dijo Cuerdo Alex, señalando con una llave ajustable acusadora—, ¡este hombre está loco!

—No tan loco como alguien que guarda los tornillos bien ordenaditos por tamaños en frascos —dijo Loco Al.

—¡Eso cuenta como cordura! —se encendió Alex.

—¡Pero si todo el mundo sabe que hurgar en la caja es lo mejor! Además...

—Listo —dijo Indeciso Adrián.

Húmedo levantó la vista. La máquina de clacs del Gnu se elevó en la noche, igual que se había elevado sobre el tejado de la Oficina de Correos. Detrás de ella, en dirección a la ciudad, una estructura en forma de H se alzó todavía más. Se parecía un poco al mástil de una embarcación, efecto tal vez causado por suave brisa.

—Debe usted de haber cabreado a alguien —continuó Adrián, mientras los otros dos se tranquilizaban un poco—. Hace veinte minutos han mandado un mensaje firmado por D'Oropel en persona. Decía que el mensaje grande va a pasar en dúplex, que hay que cuidarse bien de no modificarlo en lo más mínimo y que no habrá absolutamente ningún otro tráfico hasta que llegue un mensaje de restablecimiento firmado por D'Oropel, y que él mismo despedirá a todo el personal de cualquier torre que no cumpla esas instrucciones al pie de la letra.

—Para que veáis que el Gran Tronco es una compañía que se preocupa por la gente —dijo Húmedo.

Indeciso Adrián y Loco Al caminaron hasta la enorme estructura y se pusieron a desenrollar algunas cuerdas de sus cornamusas.

En fin, pensó Húmedo. Vamos a ello...

—Solo hay una alteración en el plan —dijo, y respiró hondo—. No vamos a mandar el Pájaro Carpintero.

—¿Pero qué dice? —dijo Adrián, soltando su cuerda—. ¡Si ese es el plan!

—Destruiría el Tronco —dijo Húmedo.

—Sí, ese es el plan, en efecto —dijo Al—. ¡D'Oropel prácticamente se ha pintado «Dadme la patada» en los pantalones! Escucha, de todas maneras se está cayendo a trozos él solo, ¿no? ¡Si nunca fue más que un experimento! ¡Podemos reconstruirlo mejor y más veloz!

—¿Cómo? —preguntó Húmedo—. ¿De dónde va a salir el dinero? Sé una manera de destruir a la compañía pero dejar las torres en pie. Se las robaron a la familia Buencorazón y a sus socios. ¡Yo puedo devolvérselas! Pero la única forma de construir una línea de torres mejor es dejar intactas las antiguas. ¡El Tronco tiene que dar dinero!

—¡Eso es lo mismo que diría D'Oropel! —le espetó Al.

—Y es verdad —dijo Húmedo—. ¡Alex, tú estás cuerdo, díselo! ¡Mantienes el Tronco en funcionamiento, vas reemplazando las torres de una en una y no pierdes ni una línea de código! —Hizo un gesto con la mano hacia la oscuridad—. La gente que trabaja en las torres quiere estar orgullosa de lo que hace, ¿verdad? Es un trabajo duro y no les pagan bastante, pero ellos viven para pasar códigos, ¿no es así? ¡La compañía los está machacando a base de bien pero ellos siguen pasando códigos!

Adrián dio un tirón a su cuerda.

—Eh, la lona está enganchada —anunció dirigiéndose a la torre en general— Se debe de haber atascado cuando la enrollamos.

—Sí, estoy seguro de que el Pájaro Carpintero funcionará —insistió Húmedo—. Puede que hasta dañe bastantes torres y durante el tiempo suficiente. Pero D'Oropel se las apañará para salir indemne. ¿No lo entendéis? ¡Se pondrá a gritar que ha habido sabotaje!

—¿Y qué? —dijo Loco Al—. ¡Dentro de una hora tendremos todo esto de vuelta en el carro y nadie se enterará nunca de que hemos estado aquí!

—Voy a subir a desengancharla, ¿de acuerdo? —dijo Indeciso Adrián, zarandeando la lona.

—He dicho que no servirá de nada —dijo Húmedo, haciéndole un gesto para que se fuera—. Escuche, señor Al, esto no lo va a solucionar el fuego. Esto se va a solucionar con palabras. Vamos a contar al mundo lo que le pasó al Tronco.

—¿Ha estado usted hablando del tema con Mortífera? —preguntó Alex.

—Sí —dijo Húmedo.

—Pero no puede demostrar nada —dijo Alex—. Nosotros oímos decir que había sido todo legal.

—Lo dudo —dijo Húmedo—. Pero eso no importa. No me hace falta demostrar nada. Ya os he dicho que esto es una cuestión de palabras, y de cómo darles la vuelta, y de cómo manipularlas en las mentes de la gente para que piensen como tú quieres que lo hagan. Les enviaremos nuestro propio mensaje, y ¿sabéis qué? Los muchachos de las torres van a querer mandarlo, y cuando la gente sepa lo que dice se lo querrán creer, porque querrán vivir en un mundo donde sea cierto. Son mis palabras contra las de D'Oropel, y a mí se me dan mejor que a él. Puedo abatirlo con una sola frase, señor Loco, y dejar todas las torres en pie. Y nadie sabrá nunca cómo ha sucedido...

Se oyó una breve exclamación detrás de ellos y el ruido de la lona al desplegarse bastante deprisa.

—Confiad en mí —dijo Húmedo.

—No volveremos a tener otra oportunidad como esta —dijo Loco Al.

—¡Exacto! —exclamó Húmedo.

—Ha muerto un hombre por cada tres torres que hay en pie —dijo Loco Al—. ¿Lo sabías?

—Y vosotros sabéis que no morirán nunca mientras el Tronco siga vivo —dijo Húmedo. Había sido un disparo a ciegas, pero acababa de dar en el blanco, lo notó. Se apresuró a seguir—: El Tronco vivirá mientras el código pase, y ellos vivirán con él, siempre Yendo a Casa. ¿Queréis detener eso? ¡No podéis detenerlo! ¡Me niego! ¡Pero sí que puedo detener a D'Oropel! ¡Confiad en mí!

La lona colgaba como una vela, como si alguien tuviera intención de hacer zarpar a la torre. Medía veinticinco metros de alto y diez de ancho y se agitaba un poco al viento.

—¿Dónde está Adrián? —preguntó Húmedo.

Todos miraron la vela. Corrieron hasta el borde de la torre. Escrutaron la oscuridad que tenían debajo.

—¿Adrián? —llamó Loco Al en tono de incertidumbre.

Una voz procedente de más abajo respondió:

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo?

—Pues nada... tomando el fresco... Y se me acaba de posar un búho en la cabeza.

Se oyó el ruidito de algo rasgándose al lado de Húmedo. Cuerdo Alex acababa de abrir un agujero pequeño en la lona.

—¡Ya viene! —informó.

—¿El qué? —dijo Húmedo.

—¡El mensaje! ¡Lo están mandando desde la Torre 2! Eche un vistazo —dijo Alex, apartándose.

Húmedo se asomó por la rasgadura y miró en dirección a la ciudad. A lo lejos había una torre centelleando.

Loco Al caminó con paso decidido hacia la estructura de clacs de tamaño reducido y agarró las palancas.

—Muy bien, señor Mustachen, oigamos ese plan que tiene —dijo—. ¡Alex, échame una mano! Adrián, tú... quédate por ahí colgado, ¿vale?

—Está intentando embutirme un ratón muerto en la oreja —les reprochó una voz desde abajo.

Húmedo cerró los ojos, ordenó las ideas que llevaban horas zumbándole en la cabeza y empezó a dictar.

Por detrás y por encima de él, la enorme extensión de lona bastaba para bloquear la línea de visión entre las dos torres lejanas. Delante de él, la torre más pequeña del Gnu Humeante tenía el tamaño exacto para que la siguiente torre de la línea la viese como una torre más grande y muy alejada. De noche solo se veían las luces.

La estructura de clacs que tenía delante se agitó al ritmo del traqueteo de los postigos. Y ahora había un mensaje nuevo circulando por el cielo...

Solamente eran unos centenares de palabras. Cuando Húmedo hubo terminado de hablar, los clacs retransmitieron las últimas letras y entonces guardaron silencio.

Al cabo de un momento Húmedo dijo:

—¿Lo harán circular?

—Ya lo creo —dijo Loco Al con voz inexpresiva—. Lo mandarán. Si estás aislado en una torre de las montañas y te llega una señal como esta... lo que haces es quitártela de encima y mandarla bien lejos de tu torre lo antes posible.

—No sé si deberíamos estrecharle la mano o tirarlo desde lo alto de la torre —dijo Cuerdo Alex en tono abatido—. Eso ha sido malvado.

—¿A qué clase de persona se le ocurriría algo así? —se preguntó Loco Al.

—A mí. Ahora ayudemos a Adrián a subir, ¿de acuerdo? —se apresuró a decir Húmedo—. Y luego será mejor que vuelva a la ciudad...

\* \* \*

El omniscopio es uno de los instrumentos más poderosos que conoce la magia, y por tanto uno de los más inservibles.

Lo puede ver todo, y con gran facilidad. Lo que requiere un milagro es conseguir que vea cualquier cosa, porque hay tanto Todo —es decir, todo lo que puede pasar, va a pasar, debería pasar o podría pasar en todos los universos posibles— que «cualquier cosa», cualquier cosa previamente especificada, cuesta horrores de encontrar. Antes de que Hex desarrollara los taumarritmos de control, capaces de completar en un día una tarea que habría ocupado a quinientos magos por lo menos durante diez años, los omniscopios se usaban solo como espejos, gracias a la maravillosa negrura que mostraban. Esto se debía a que «nada que ver» es en lo que consiste la mayor parte del universo, y más de un mago se había recortado plácidamente la barba mientras escrutaba el oscuro corazón del cosmos.

Había muy pocos omniscopios que se pudieran dirigir. Costaba mucho tiempo hacerlos y resultaban muy caros. Y a los magos no les entusiasmaba la idea de fabricar más. Los omniscopios eran para que ellos miraran el universo, no para que el universo les devolviese la mirada.

Además, los magos no creían en facilitarle demasiado la vida a la gente. Por lo menos, a la gente que no eran magos. Los omniscopios eran objetos poco comunes, preciados y delicados.

Sin embargo, como hoy era una ocasión especial, habían abierto sus puertas a los segmentos más ricos, limpios e higiénicos de la sociedad de Ankh-Morpork. Habían colocado una mesa bien larga para la Segunda Merienda. Nada demasiado disparatado: unas pocas docenas de aves de corral asadas, un par de salmones fríos, un bufet de ensaladas de treinta metros de largo, un montón de panes, un par de barriles de cerveza y por supuesto el convoy de chutneys, encurtidos y embutidos, ya que un solo carrito no se consideraba suficiente. Los asistentes se habían llenado los platos y ahora estaban todos de pie charlando y, por encima de todo, Dejándose Ver. Húmedo se coló en la sala sin ser visto, de momento, puesto que la gente estaba contemplando el omniscopio más grande de la universidad.

El archicanciller Ridcully dio un manotazo al trasto en un costado, provocando que se bamboleara.

—¡Sigue sin funcionar, señor Stibbons! —vociferó—. ¡Vuelve a salir ese maldito ojo enorme y encendido!

—Estoy seguro de que tenemos bien el... —empezó a decir Ponder, trasteando en la parte de atrás del enorme disco.

—Soy yo, señor, Taimado Clavículo, señor —dijo una voz procedente del omniscopio. El ojo encendido retrocedió y fue reemplazado por una inmensa nariz encendida—. Estoy aquí, en la torre terminal de Genua, señor. Siento estar tan rojo, señor. Me ha cogido alergia a las algas, señor.

—¡Hola, señor Clavículo! —berreó Ridcully—. ¿Cómo está usted? ¿Cómo va la...?

—... investigación de los bivalvos... —murmuró Ponder Stibbons.

—¿Cómo va la investigación de los bivalvos?

—No muy bien, la verdad, señor. He desarrollado una terrible...

—¡Bien, bien! ¡Vaya tipo con más suerte! —gritó Ridcully, ahuecando las manos a los lados de la boca para aumentar el volumen—. ¡Ya me gustaría a mí estar en Genua en esta época del año! Sol, mar, espuma y arena, ¿eh?

—En realidad es la temporada de lluvias, señor, y me preocupa un poco este hongo que está creciendo en el omni...

—¡Maravilloso! —gritó Ridcully—. ¡Pero bueno, no puedo pasarme el día entero aquí dándole palique! ¿Ha recibido algo? ¡Nos morimos de ganas de saberlo!

—¿Podría apartarse un poco más, por favor, señor Clavículo? —pidió Ponder—. Y usted no hace falta que hable tan... fuerte, archicanciller.

—¡El tipo está muy lejos, hombre! —dijo Ridcully.

—No en realidad, señor —dijo Ponder, con una paciencia perfeccionada con los años—. Muy bien, señor Clavículo, ya puede proceder.

El gentío que había detrás del archicanciller se echó hacia delante. El señor Clavículo retrocedió. Aquello era un poco demasiado para un hombre que se pasaba los días sin más interlocutores que los bivalvos.

—Esto, he recibido un mensaje por clacs, señor, pero... —empezó a decir.

—¿Nada de la Oficina de Correos? —dijo Ridcully.

—No, señor. Nada, señor.

Se oyeron vítores, abucheos y risas generales de la multitud. Desde las sombras de su rincón, Húmedo vio a lord Vetinari al lado del archicanciller. Recorrió la aglomeración con la mirada hasta divisar a Asidor D'Oropel, que estaba a un lado y, sorprendentemente, no sonreía. Y D'Oropel lo vio a él.

Con una mirada bastó. El hombre no estaba seguro. No lo estaba del todo.

Bienvenido al miedo, se dijo Húmedo. Es la esperanza, vuelta del revés. Sabes que las cosas no pueden salir mal, estás seguro de que no pueden salir mal...

Pero hay una posibilidad.

Te tengo.

Taimado Clavículo carraspeó.

—Ejem, pero no creo que este sea el mensaje que ha mandado el archicanciller Ridcully —dijo con voz de pito por culpa de los nervios.

—¿Y qué le hace pensar eso, hombre?

—Porque dice que no lo es —farfulló Clavículo—. Dice que es de gente muerta...

—¿Quiere decir que es un mensaje antiguo? —preguntó Ridcully.

—Ejem, no, señor. Esto... será mejor que lo lea, ¿vale? ¿Quiere que lo lea?

—¡De eso se trata, hombre!

Dentro del gran disco de cristal, Clavículo carraspeó.

—«¿Quién escuchará a los muertos? Nosotros que morimos para que pudieran volar las palabras exigimos ahora justicia. Estos son los crímenes del consejo de Gran Tronco: robo, malversación, infidencia, asesinato corporativo...»

## 

## CAPÍTULO XV

### Entrega

Lord Vetinari Solicita Silencio — El señor Mustachen se Viene Abajo — El Señor Pistón Se marcha — Engañando a Nadie Más que a Sí Mismo — El pájaro — El Concludium — Libertad de Elección

Reinaba el alboroto en la Gran Sala. La mayoría de los magos aprovechó la oportunidad para congregarse junto al bufet, que ahora estaba despejado. Si hay algo que los magos odian es tener que esperar mientras la persona que tienen delante termina de decidir si quiere o no ensalada de col. Es un bufet de ensaladas, dicen ellos, y tiene las cosas que suelen tener los bufets de ensaladas, si resultara sorprendente no sería un bufet de ensaladas, y tú no estás aquí para mirarlo. ¿Qué esperas encontrar? ¿Trozos de rinoceronte? ¿Celacanto en escabeche?

El catedrático de Runas Recientes se sirvió otro cucharón de pedacitos de beicon en el cuenco de la ensalada, después de haber construido con habilidad unos contrafuertes de apio y unos parapetos de repollo para incrementar cinco veces su profundidad.

—¿Alguno de vosotros sabe de qué va todo esto? —preguntó, levantando la voz por encima del barullo—. Parece que tiene molesta a mucha gente.

—Es todo ese asunto de los clacs —dijo el catedrático de Estudios Indefinidos—. Nunca he confiado en ellos. Pobre Clavículo. A su manera, es un joven decente. Se le dan bien los caracoles marinos. Parece que ahora tiene un problemilla...

Más bien era un problemón. Taimado Clavículo estaba abriendo y cerrando la boca al otro lado del cristal como si fuese un pez fuera del agua.

Delante de él, Mustrum Ridcully había enrojecido de furia, su estrategia de eficacia probada para afrontar la mayor parte de los problemas.

—... lo siento, señor, pero esto es lo que dice y usted me ha pedido que lo leyera —protestó Clavículo—. Y sigue durante un buen rato, señor...

—¿Y eso es lo que le ha dado la gente de los clacs? —exigió saber el archicanciller—. ¿Está seguro del todo?

—Sí, señor. Es verdad que me han mirado un poco raro, señor, pero le aseguro que es esto. ¿Por qué iba a inventarme yo nada, archicanciller? Me paso la mayor parte del tiempo dentro de un tanque de agua, señor. Un tanque solitario y muy, muy aburrido, señor.

—¡Ni una palabra más! —gritó Verdejamón—. ¡Lo prohíbo!

A su lado, el señor Nuezmoscada acababa de escupir su bebida a varios invitados chorreantes.

—¿Cómo dice? ¿Qué lo prohíbe, señor? —dijo Ridcully, volviéndose hacia Verdejamón, presa de una furia repentina—. ¡Señor mío, yo soy el director de esta institución! ¡No pienso tolerar que me den órdenes en mi propia universidad! ¡Si hay algo aquí que prohibir, señor, seré yo quien lo prohíba! ¡Gracias! ¡Siga, señor Clavículo!

—Eh, ejem, ejem... —jadeó Clavículo, anhelando la muerte.

—¡He dicho que siga, hombre!

—Ejem, ejem, sí... «No había ninguna seguridad. No había ningún orgullo. Lo único que había era el dinero. Todo se volvió dinero y el dinero se volvió todo. El dinero nos trató como si fuéramos cosas, y morimos...»

—¿Es que no hay ley en este lugar? ¡Eso son puras calumnias! —gritó Stowley—. ¡Esto es alguna clase de truco!

—¿De quién, señor? —bramó Ridcully—. ¿Intenta usted sugerir que el señor Clavículo, un joven mago de gran integridad, que quiero señalar que está haciendo un maravilloso trabajo con los besugos...?

—... bivalvos... —murmuró Ponder Stibbons.

—¿... con los bivalvos, está gastando alguna clase de broma? ¡Cómo se atreve, señor! ¡Continúe, señor Clavículo!

—Yo, yo, yo...

—¡Es una orden, doctor Clavículo!

—Ejem... «La sangre eng[[12]](#footnote-12)rasa la maquinaria del Gran Tronco mientras una gente voluntariosa y leal paga con sus vidas la estupidez criminal del consejo...»

Se reanudó el alboroto. Húmedo vio que la mirada de lord Vetinari atravesaba la sala. No tuvo tiempo de agachar la cabeza. La mirada del patricio lo perforó, llevándose consigo quién sabía qué. Se enarcó una ceja interrogativa. Húmedo apartó la vista y buscó a D'Oropel con la mirada.

No estaba allí.

Ahora la nariz del señor Clavículo resplandecía en el omniscopio como una almenara. Hacía lo que buenamente podía, dejando caer páginas y perdiéndose en la lectura, pero aun así avanzando con la determinación obstinada y tediosa de un hombre capaz de pasarse un día entero observando a una ostra.

—¡... nada menos que un intento de mancillar nuestros nombres delante de la ciudad entera! —estaba protestando Stowley.

—... inconscientes del daño que se está ocasionando. ¿Qué podemos decir de los hombres que han causado esto, cómodamente sentados en torno a su mesa y matándonos con sus cifras? Esto...»

—¡Voy a demandar a la universidad! ¡Voy a demandar a la universidad! —chilló Verdejamón. Agarró una silla y la lanzó contra el omniscopio. A medio camino del cristal, la silla se convirtió en una pequeña bandada de palomas, que montaron en pánico y se elevaron hacia el techo.

—¡Sí, por favor, demande a la universidad! —vociferó Ridcully—. Tenemos un estanque lleno de gente que ha intentado demandar a la universidad...

—Silencio —dijo Vetinari.

No pronunció la palabra en voz muy alta, peto tuvo un efecto parecido al de dejar caer una gota de tinta negra en un vaso de agua limpia. La palabra se deshizo en volutas y espirales, llegando a todos los rincones. Estranguló el ruido.

Por supuesto, siempre hay alguien que no está prestando atención.

—Y además —continuó Stowley, ajeno al silencio que se desplegaba en su pequeño mundo de justa indignación—, está claro que...

—He pedido silencio —recordó Vetinari.

Stowley se detuvo, miró a su alrededor y se desinfló. El silencio se impuso.

—Muy bien —dijo Vetinari en voz baja. Hizo una seña con la cabeza al comandante Vimes de la Guardia, que susurró algo a otro agente, que se hizo camino entre la gente en dirección a la puerta.

Vetinari se volvió hacia Ridcully.

—Archicanciller, le agradecería que diera usted a su alumno la orden de continuar, por favor —pidió en el mismo tono tranquilo.

—¡Por supuesto! Dele, profesor Clavículo. A su ritmo.

—Ejem, ejem, ejem... el texto sigue diciendo: «Esos hombres obtuvieron el control del Tronco mediante una treta conocida como la Doble Palanca, principalmente usando un dinero que les habían confiado unos clientes que no sospechaban que...»

—¡Pare de leer eso! —gritó Verdejamón—. ¡Es ridículo! ¡No son más que calumnias sobre calumnias!

—Creo haberme expresado con claridad, señor Verdejamón —dijo Vetinari.

Verdejamón titubeó.

—Bien. Gracias —dijo Vetinari—. Se trata de acusaciones muy graves, es cierto. ¿Malversación? ¿Asesinato? Estoy seguro de que el señor... perdón, el profesor Clavículo es un hombre de fiar... —en el omniscopio, Taimado Clavículo, el profesor más reciente de la Universidad Invisible, asintió a la desesperada— que se está limitando a leer lo que le han entregado, así que da la impresión de que el mensaje se ha originado dentro de su propia compañía. Acusaciones graves, señor Verdejamón. Hechas delante de toda esta gente. ¿Sugiere que debería tratarlas como una especie de broma? La ciudad entera está mirando, señor Verdejamón. Vaya, parece que Stowley no se encuentra bien.

\* \* \*

—Este no es el lugar adecuado para... —probó a decir Verdejamón, nuevamente consciente del crujido del hielo.

—Es el lugar ideal —dijo Vetinari—. Es un sitio público. Dadas las circunstancias y la naturaleza de las acusaciones, estoy seguro de que todo el mundo me exigirá que llegue al fondo del asunto lo antes posible, aunque solo sea para demostrar que carecen de fundamento alguno. —Miró a su alrededor. Hubo un coro de voces transmitiendo su conformidad. Hasta a la clase alta le gustaban los espectáculos—. ¿Qué le parece a usted, señor Verdejamón? —preguntó Vetinari.

Verdejamón no dijo nada. Las grietas se estaban extendiendo y el hielo estaba partiéndose por todas partes.

—Muy bien —dijo Vetinari. Se giró hacia la figura que tenía al lado—. Comandante Vimes, tenga la amabilidad de mandar hombres a las oficinas de la compañía Gran Tronco, de Ankh-Sto Asociados, de Inmuebles Llanuras Sto, de Ankh Futuros y sobre todo a la sede del Banco de Crédito Mercantil de Ankh-Morpork. Informe al director, el señor Quesburgo, de que el banco queda cerrado para hacer una auditoría y que quiero verlo en mi despacho tan pronto como le vaya bien presentarse. Cualquier persona presente en dichas sedes que se atreva a mover un solo papel antes de que lleguen mis secretarios será arrestado y acusado de complicidad con cualesquiera crímenes que se puedan descubrir. Mientras sucede eso, además, más, no podrá abandonar esta sala nadie relacionado con la compañía Gran Tronco ni ninguno de sus empleados.

—¡Eso no lo puede hacer! —protestó débilmente Verdejamón, pero el fuego lo había abandonado.

El señor Stowley se había derrumbado en el suelo, con las manos en la cabeza.

—¿No puedo? —dijo Vetinari—. Soy un Tirano. Nos dedicamos a esto.

—¿Qué está pasando? ¿Quién soy yo? ¿Qué lugar es este? —gimió Stowley, un firme creyente en empezar a hacer trabajo preliminar lo antes posible.

—¡Pero si no hay pruebas! ¡Ese mago está mintiendo! Deben de haber sobornado a alguien! —suplicó Verdejamón. No solo se había partido el hielo, sino que ahora se veía a solas en el témpano con la morsa enorme y hambrienta.

—Señor Verdejamón —dijo lord Vetinari—, si sale de su boca otro exabrupto no solicitado, será encarcelado. Confío en haber hablado claro.

—¿Con qué cargos? —replicó Verdejamón, apañándoselas para encontrar una última reserva de altivez en alguna parte.

—¡No hace falta ninguno! —Con la túnica arremolinándose como si fuera el borde de la oscuridad, Vetinari se giró hacia el omniscopio y hacia Taimado Clavículo, para quien de pronto tres mil kilómetros de distancia no eran suficientes—. Continúe, profesor. No habrá más interrupciones.

Húmedo observó al público mientras Clavículo leía el resto del mensaje, tartamudeando y errando la pronunciación. Había más generalidades que hechos concretos, pero incluía fechas, nombres y denuncias atronadoras. No había nada nuevo, nada nuevo de verdad, pero iba envuelto en lenguaje elegante y lo habían entregado los muertos.

Los que morimos en las torres a oscuras os exigimos...

Debería darle vergüenza.

Una cosa era poner palabras en boca de los dioses; los sacerdotes lo hacían todo el tiempo. Pero esto... esto era pasarse de la raya. Había que ser un cabronazo para pensar en algo así.

Se relajó un poco. Un ciudadano íntegro no habría caído tan bajo, pero a él no le habían dado aquel trabajo porque fuera un ciudadano íntegro. Había tareas que requerían la integridad de un martillo. Otras requerían el retorcimiento de un sacacorchos.

Con un poco de suerte, podría creérselo, si lo intentaba de verdad.

\* \* \*

Había caído una nevada tardía, y los abetos que rodeaban la Torre 181 estaban cubiertos de una corteza blanca bajo la dura y brillante luz del sol.

Esa noche todo el mundo estaba allí arriba: Abuelo, Roger, Gran Steve-oh, Resollón Medioslados, que era un enano y tenía que sentarse encima de un cojín para llegar a los teclados, y Princesa.

Se habían oído algunas exclamaciones ahogadas al llegar el mensaje. Ahora reinaba el silencio, salvo por el suspiro del viento. Princesa veía el aliento de los presentes flotando en el aire. Abuelo tamborileaba con los dedos en la madera. Entonces Resollón dijo:

—¿Todo eso ha sido real?

Las nubecillas de aliento se volvieron más densas. La gente estaba relajándose, regresando al mundo real.

—Ya has visto las instrucciones que nos han dado —dijo Abuelo, contemplando los bosques oscuros—. No hay que cambiar nada. Mandadlo hacia delante, nos han dicho. Así que lo hemos mandado. ¡Ya lo creo que lo hemos mandado, leche!

—¿De quién venía? —preguntó Steve-oh.

—Eso no importa —dijo Abuelo—. El mensaje entra, el mensaje sale, el mensaje sigue adelante.

—Sí, pero ¿quién lo ha mandado en realidad...? —empezó a decir Steve-oh.

—Joder, Steve-oh, realmente no sabes cuándo te tienes que callar, ¿verdad? —dijo Roger.

—Es que he oído hablar de la Torre 93, donde aquellos tipos murieron y la torre mandó una señal de emergencia ella sola —murmuró Steve-oh. Era rápido pulsando teclas, pero no saber cuándo tenía que callarse era solo uno de sus defectos sociales. En una torre, un defecto así te podía matar.

—Es la Palanca del Muerto —dijo Abuelo—. Ya deberías conocerla. Si pasan diez minutos sin actividad después de encajar una clave de firma, el tambor deja caer el jacquard en la ranura, el contrapeso se suelta y la torre manda una señal pidiendo ayuda. —Pronunció las palabras como si las estuviera leyendo de un manual.

—Vale, pero yo he oído que en la Torre 93 el jacquard estaba atascado y que...

—No lo soporto más —murmuró Abuelo—. Roger, pongamos en marcha otra vez esta torre. Tenemos señales locales que mandar, ¿verdad?

—Claro. Y cosas que esperan en el tambor —dijo Roger—. Pero D'Oropel ha dicho que no podemos reiniciar hasta...

—D'Oropel puede besarme el... —empezó a decir Abuelo, luego recordó en qué compañía estaba y terminó—: carrete. ¡Ya habéis leído el mensaje que acaba de pasar! ¿Os creéis que ese hijo de... que ese hombre sigue al mando?

Princesa se asomó por la ventana que daba línea arriba.

—La 182 está iluminada —anunció.

—¡Vale! Pues encendamos y pasemos código —gruñó Abuelo—. ¡Es nuestro trabajo! ¿Y quién nos va a detener? ¡Todos los que no tengáis nada que hacer, largaos! ¡Estamos funcionando!

Princesa salió a la pequeña plataforma para no estorbar. Por debajo de ella, la nieve era como azúcar glaseado, y el aire que le entraba por la nariz era como un cuchillo.

Cuando contempló las montañas, en la dirección que se había acostumbrado a considerar línea abajo, vio que la Torre 180 estaba enviando. En aquel momento oyó el golpe sordo y el clic de los propios postigos de la 181 al abrirse y sacudirse la nieve de encima. Pasamos código, pensó. Es nuestro trabajo.

En lo alto de la torre, contemplar el centelleo parecido al de las estrellas que emitía el Tronco, en medio del aire claro y gélido, era como formar parte del cielo.

Y se preguntó que temía más Abuelo: que los operarios de clacs muertos pudieran mandar mensajes a los vivos o que no pudieran.

\* \* \*

Clavículo terminó. A continuación sacó un pañuelo y se puso a frotar lo que fuera aquella cosa verde que había empezado a crecer en el cristal. El frotamiento hizo un ruido chirriante.

Por fin echó un vistazo nervioso a través de la mancha.

—¿Está todo bien, señor? No me habré metido en ningún lío, ¿verdad? —preguntó—. Es que justamente ahora creo que me falta poco para traducir la llamada de apareamiento de la almeja gigante...

—Gracias, profesor Clavículo; un buen trabajo bien hecho. Eso será todo —dijo el archicanciller Ridcully con frialdad—. Desenganche el mecanismo, señor Stibbons.

Una expresión de alivio ferviente cruzó la cara de Taimado Clavículo justo antes de que el omniscopio se apagara.

—Señor Pony, usted es el jefe de ingenieros del Gran Tronco, ¿verdad? —dijo Vetinari, antes de que el murmullo pudiera volver a elevarse.

El ingeniero, convertido de pronto en el centro de atención, retrocedió agitando frenéticamente las manos.

—¡Por favor, su señoría! Yo solo soy un ingeniero, no sé nada de...

—Tranquilícese, por favor. ¿Ha oído usted decir que las almas de los muertos viajan por el Tronco?

—Oh, sí, su señoría.

—¿Y es verdad?

—Bueno, ejem... —Pony miró a su alrededor, atormentado. Tenía sus copias de papel rosa, que demostrarían a todo el mundo que él no era más que un hombre que había intentado que las cosas funcionaran, pero ahora mismo lo único que podía encontrar que estuviera de su lado era la verdad. Se refugió en ella—. No entiendo cómo, pero, bueno... a veces, cuando estás en lo alto de una torre de noche, y los postigos traquetean y el viento canta en las jarcias, caray, te da la impresión de que es verdad.

—Tengo entendido que hay una tradición que se llama «Enviar a Casa» —dijo lord Vetinari.

El ingeniero pareció sorprendido.

—Vaya, sí, señor, pero... —A Pony le dio la sensación de que debería agitar una banderita por un mundo racional en el que, de momento, no tenía mucha fe—. El Tronco estaba a oscuras antes de que pusiéramos a correr el mensaje, así que no entiendo cómo podría haber entrado ese otro...

—¿A menos, por supuesto, que lo pusieran ahí los muertos? —dijo lord Vetinari—. Señor Pony, por el bien de su alma, y no en menor medida de su cuerpo, va a ir usted ahora a la torre del Tump, escoltado por uno de los hombres del comandante Vimes, y va a mandar un breve mensaje a todas las torres. Va a pedir las cintas de papel, que creo que se conocen como redobles de tambor, a todas las torres del Gran Tronco. Tengo entendido que las cintas muestran un registro de todos los mensajes que se originan en su torre y que no pueden alterarse con facilidad.

—¡Para eso harán falta semanas, señor! —protestó Pony.

—Entonces parece buena idea empezar bien temprano mañana —dijo lord Vetinari.

El señor Pony, que de pronto había caído en que ahora mismo sería una opción muy saludable pasar una temporadita bien lejos de Ankh-Morpork, asintió con la cabeza y dijo:

—A sus órdenes, milord.

—Entretanto el Gran Tronco permanecerá cerrado —dijo lord Vetinari.

—¡Es una propiedad privada! —estalló Verdejamón.

—Tirano, recuerde —dijo Vetinari en tono casi jovial—. Pero estoy seguro de que la auditoría servirá para solucionar por lo menos algunos aspectos de este misterio. Uno de los cuales, por supuesto, es el motivo por el que el señor Asidor D'Oropel no parece hallarse en esta sala.

Todas las cabezas se giraron.

—¿Tal vez ha recordado que tenía otro compromiso? —dijo lord Vetinari—. Creo que ya hace un buen rato que se ha marchado discretamente.

Los directores de Gran Tronco cayeron en la cuenta de que su presidente estaba ausente y, peor todavía, que ellos no. Se apiñaron.

—Me pregunto si, hum, llegado este punto podríamos discutir la cuestión con usted en privado, su señoría —dijo Verdejamón—. Me temo que no resultaba fácil tratar con Asidor.

—No le gustaba jugar en equipo —gimoteó Nuezmoscada.

—¿A quién? —dijo Stowley—. ¿Qué es este sitio? ¿Quién es toda esta gente?

—La mayor parte del tiempo no nos contaba nada en absoluto... —dijo Verdejamón.

—No recuerdo nada... —dijo Stowley—. No estoy en condiciones de testificar, os lo dirá cualquier médico...

—Creo que hablo por todos nosotros cuando digo que ya desde el principio desconfiamos de él...

—Mi mente es un papel en blanco. Nada de nada... ¿qué es esta cosa con dedos que hay aquí... quién soy yo...?

Lord Vetinari se quedó mirando al consejo de la compañía durante cinco segundos más de lo que resultaría cómodo, mientras se daba golpecitos suaves en la barbilla con la empuñadura de su bastón. Esbozó una débil sonrisa.

—Ya veo —dijo—. Comandante Vimes, sería injusto retener más tiempo aquí a estos caballeros. —Y mientras las caras que tenía delante se relajaban hasta convertirse en sonrisas llenas de esperanza, el más grande de los dones, añadió—: A las celdas con ellos, comandante. Celdas separadas, por favor. Los veré por la mañana. Y si viene a verlo el señor Slant de parte de ellos, dígale que me gustaría tener una pequeña charla con él, ¿quiere?

Aquello sonaba... bien. Húmedo se alejó tranquilamente hacia la puerta mientras se reanudaba el alboroto, y ya casi había llegado cuando la voz de Vetinari salió disparada de la multitud como un cuchillo.

—¿Se marcha, señor Mustachen? Espere un momento, haga el favor. Ya le acerco yo en carruaje a su famosa Oficina de Correos.

Por un momento, una mera fracción de segundo, Húmedo consideró la posibilidad de salir corriendo. No lo hizo. ¿De qué le habría servido?

El gentío se apresuró a dejar paso mientras lord Vetinari se dirigía a la puerta; detrás de él, la Guardia cerró filas.

En última instancia, existe la libertad para aceptar las consecuencias.

\* \* \*

El patricio se reclinó en la tapicería de cuero mientras el carruaje se alejaba.

—Qué velada tan extraña, señor Mustachen —dijo—. Ya lo creo.

Húmedo, igual que el repentinamente desorientado señor Stowley, consideró que su felicidad futura pasaba por decir lo menos posible.

—Sí, señor —dijo.

—Me pregunto si ese ingeniero encontrará alguna prueba de que el extraño mensaje ha sido puesto en los clacs por manos humanas —meditó Vetinari en voz alta.

—No lo sé, milord.

—¿No lo sabe?

—No, señor.

—Ah —dijo Vetinari—. Bueno, es sabido que los muertos a veces hablan. Tableros ouija y sesiones de espiritismo, etcétera. ¿Quién puede afirmar que nunca usarían los clacs como médium de comunicación?

—No seré yo quien lo diga, señor.

—Y es obvio que está usted disfrutando de su nueva carrera, señor Mustachen.

—Sí, señor.

—Bien. Porque el lunes sus obligaciones incluirán también la administración del Gran Tronco. Lo va a expropiar la ciudad.

En fin, ahí se quedaba la felicidad futura...

—No, milord —dijo Húmedo.

Vetinari enarcó una ceja.

—¿Acaso hay alternativa, señor Mustachen?

—De verdad es una propiedad privada, señor. Pertenece a los Buencorazón y a la demás gente que lo construyó.

—Vaya, vaya, por dónde nos sale —dijo Vetinari—. Pero el problema, verá usted, es que a esa gente no se le daban bien los negocios, solo los mecanismos. De no ser así, habrían calado a D'Oropel. La libertad para tener éxito va cogida de la mano con la libertad para fracasar.

—Fue un atraco a número armado —dijo Húmedo—. Fue una partida de Encuentra a la Dama con libros de contabilidad. Aquella gente no tuvo ni una posibilidad.

Vetinari suspiró.

—Es usted buen negociador, señor Mustachen. —Húmedo, que no era consciente de haber intentado negociar nada, guardó silencio—. Oh, muy bien. La cuestión de la titularidad permanecerá en suspenso por ahora, hasta que hayamos sondeado las simas más sórdidas de este asunto. Pero lo que yo quería decir en realidad era que mucha gente depende del Tronco para vivir. Aunque solo sea por pura consideración humanitaria, tenemos que hacer algo. Resolver el problema, director de correos.

—¡Pero si con la Oficina de Correos ya voy a ir sobrado de trabajo! —protestó Húmedo.

—Confío en que sí. Pero en mi experiencia, la mejor manera de sacar algo adelante es confiárselo a alguien que ya esté ocupado —dijo Vetinari.

—En ese caso, voy a mantener en marcha el Gran Tronco —dijo Húmedo.

—En honor a los muertos, tal vez —dijo Vetinari—. Sí. Como desee. Ah, hemos llegado a su parada.

Mientras el cochero abría la portezuela, lord Vetinari se inclinó hacia Húmedo:

—Ah, y antes de que amanezca le sugiero que vaya a asegurarse de que se han marchado todos de la vieja torre de los magos —dijo.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Húmedo. Sabía que su cara no revelaba nada.

Vetinari volvió a apoyar la espalda en el cuero.

—Bien hecho, señor Mustachen.

\* \* \*

Había bastante gente delante de la Oficina de Correos, y se elevó una aclamación mientras Húmedo caminaba hasta las puertas. Ahora estaba lloviendo, una llovizna gris y sucia de hollín que era poco más que niebla con un ligero problema de sobrepeso.

Una parte del personal lo estaba esperando dentro. Se dio cuenta de que la noticia no había llegado hasta allí. Ni siquiera la fábrica permanente de rumores que era Ankh-Morpork había podido adelantarle en su regreso de la universidad.

—¿Qué ha pasado, director general? —preguntó Ardite, retorciéndose las manos—. ¿Han ganado ellos?

—No —dijo Húmedo, pero ellos captaron la tensión de su voz.

—¿Hemos ganado nosotros?

—Eso lo tendrá que decidir el archicanciller —dijo Húmedo—. Supongo que no lo sabremos hasta dentro de unas semanas. Pero los clacs han sido cerrados. Lo siento, es todo un poco complicado...

Los dejó allí plantados y mirando mientras se encaminaba con andares fatigados a su despacho, donde encontró al señor Pistón de pie en el rincón.

—Buenas Tardes, Señor Mustajen —dijo el gólem con voz retumbante.

Húmedo se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Aquello era una victoria, pero no le producía sensación de victoria. Le producía sensación de enredo.

¿Las apuestas? Bueno, si Cañería llegaba a Genua se podía argumentar con las reglas en la mano que había ganado él, pero a Húmedo le daba en la nariz que las apuestas quedarían canceladas. Por tanto, al menos a la gente le devolverían su dinero.

Iba a tener que mantener el Tronco en marcha, los dioses sabrían cómo. En cierta manera se lo había prometido al Gnu, ¿verdad? Y era asombroso cómo la gente había llegado a depender de los clacs. No iba a enterarse de cómo le había ido a Cañería hasta dentro de varias semanas, y hasta Húmedo se había acostumbrado a que llegaran noticias diarias de Genua. Era como que te cortaran un dedo. Pero los clacs eran una monstruosidad enorme y pesada, con demasiadas torres, demasiada gente, demasiado esfuerzo. Tenía que haber una forma de hacer que fueran mejores y más simples y más baratos... o tal vez era algo tan grande que nadie podía sacarle beneficio. Tal vez era algo parecido a la Oficina de Correos, tal vez los beneficios aparecían dispersos por el conjunto de la sociedad.

Al día siguiente iba a tener que tomárselo todo en serio. Repartos de correo como era debido. Muchos más empleados. Cientos de cosas por hacer, y cientos de otras cosas por hacer antes de poder hacer esas cosas. Ya no iba a ser divertido ponerle un palo en las ruedas a aquel gigante lento y pesado. Había ganado, de manera que tendría que recoger los pedazos y hacer que todo funcionara. Y luego volver allí al día siguiente y hacerlo todo otra vez.

Se suponía que no debía terminar así. Después de ganar, uno se embolsaba el dinero y se largaba. Era así como se suponía que iba el juego, ¿no?

Su mirada se posó sobre la caja del mensaje de Anghammarad, con su correa retorcida y corroída, y le vinieron ganas de estar en el fondo del mar.

—¿Señor Mustachen?

Levantó la vista. Drumknott, el secretario, estaba de pie en la puerta, con otro secretario detrás.

—¿Sí?

—Lamento molestarle, señor —dijo el secretario—. Venimos a ver al señor Pistón. Es solo un pequeño ajuste, si no le importa.

—¿Cómo? Ah. Claro. Lo que quieran. Adelante. —Húmedo hizo un gesto vago con la mano.

Los dos hombres se acercaron al gólem. Se produjo una conversación que no alcanzó a oír, y luego el señor Pistón se arrodilló y los secretarios le desenroscaron la parte de arriba de la cabeza.

Húmedo observó horrorizado el proceso. Ya sabía que se hacía aquello, claro, pero aun así fue espeluznante verlo en persona. Tuvo lugar cierto hurgamiento que no pudo distinguir, y después volvieron a colocar el cráneo con un suave ruido de cerámica.

—Siento haberlo molestado, señor —dijo Drumknott, y los secretarios se marcharon.

El señor Pistón permaneció un momento de rodillas y luego se levantó despacio. Los ojos rojos se clavaron en Húmedo y el gólem le ofreció su mano.

—No Sé Lo Que Es Un Placer Pero Estoy Seguro De Que, Si Lo Supiera, Trabajar Con Usted Habría Sido Uno De Ellos —dijo—. Ahora Debo Dejarle. Tengo Otra Tarea.

—¿Ya no es usted mi, ejem, agente de la condicional? —dijo Húmedo, desconcertado.

—Correcto.

—Un momento —dijo Húmedo, mientras se hacía la luz—. ¿Vetinari lo ha mandado a usted a por D'Oropel?

—No Estoy Autorizado A Responder.

—Es así, ¿verdad? ¿Ya no me va a seguir más a mí?

—Ya No Lo Voy A Seguir Más A Usted.

—¿O sea que soy libre de marcharme?

—No Estoy Autorizado A Decírselo. Buenas Noches, Señor Mustajen. —El señor Pistón se detuvo en la puerta—. Tampoco Estoy Seguro De Lo Que Es La Felicidad, Señor Mustajen, Pero Creo... Sí, Creo Que Me Hace Feliz Haberlo Conocido.

Y agachando la cabeza para pasar por la puerta, el gólem se marchó.

Eso deja solamente al hombre lobo, pensó una parte de la mente de Húmedo, más rápida que la luz. ¡Y no sirven de mucho en los barcos, y están completamente perdidos si se trata de océanos! Es noche cerrada, la Guardia está corriendo de un lado para otro como una panda de locos, todo el mundo anda atareado, me queda algo de dinero y sigo teniendo el anillo de diamantes y una baraja de cartas... ¿quién se iba a dar cuenta?;A quién le iba a importar? ¿Quién se preocuparía?

Podía ir a donde quisiera. Pero no era realmente él quien estaba pensando aquello, ¿verdad? Eran solo un puñado de viejas neuronas que funcionaban en automático. No había ningún sitio a donde ir, ya no.

Caminó hasta el enorme boquete de la pared y contempló el vestíbulo. ¿En aquel sitio había alguien que se fuera alguna vez a su casa? Pero ahora había corrido la voz, y quien quisiera tener alguna esperanza de que le repartieran algo al día siguiente acudiría a la Oficina de Correos. El lugar estaba bastante ajetreado, pese a la hora que era.

—¿Una taza de té, señor Mustachen? —ofreció la voz de Stanley, detrás de él.

—Gracias, Stanley —dijo Húmedo, sin darse la vuelta.

Abajo, la señorita Maccalariat estaba de pie sobre una silla y clavaba algo a la pared.

—Todo el mundo dice que hemos ganado, señor, porque los clacs están cerrados y a los directores los han metido en la cárcel, señor. ¡Dicen que lo único que tiene que hacer el señor Virtical es llegar a la meta! Pero el señor Ardite dice que lo más seguro es que los corredores de apuestas no quieran pagar, señor. Y el rey de Lancre quiere que le imprimamos unos sellos, pero va a salir un poco caro, señor, porque allí arriba solo escriben unas diez cartas al año. Aun así, les hemos dado una lección, ¿eh, señor? ¡La Oficina de Correos ha vuelto!

—Es una especie de pancarta —dijo Húmedo en voz alta.

—¿Disculpe, señor Mustachen? —dijo Stanley.

—Esto... nada. Gracias, Stanley. Diviértete con los sellos. Me alegro de verte caminar tan... derecho...

—Es como tener una nueva vida, señor —dijo Stanley—. Será mejor que me vaya, señor, hace falta gente para clasificar...

La pancarta era más bien tosca. Decía: «¡Gracias señor Miustagen!».

El desánimo hizo presa en Húmedo. Siempre se sentía mal después de ganar, pero nunca tan mal como esta vez. Durante días enteros, su mente había estado volando y él se había sentido vivo. Ahora se sentía aturdido. Le habían colgado una pancarta como aquella y él era un mentiroso y un ladrón. Los había engañado a todos y allí estaban ellos, dándole las gracias por engañarlos.

Una voz suave a sus espaldas, en la puerta, dijo:

—Loco Al y los muchachos me han contado lo que ha hecho.

—Oh —dijo Húmedo, todavía sin darse la vuelta.

Ella estará encendiendo un cigarrillo, pensó.

—No ha estado nada bien por su parte —continuó Adora Belle Buencorazón, en el mismo tono tranquilo.

—No habría funcionado nada que estuviera bien —dijo Húmedo.

—¿Va a decirme que el fantasma de mi hermano le puso la idea en la cabeza? —preguntó ella.

—No. Se me ocurrió a mí solo —dijo Húmedo.

—Bien. Porque si hubiera intentado convencerme de lo otro, se pasaría el resto de su vida cojeando, créame.

—Gracias —dijo Húmedo con voz apagada—. Solo ha sido una mentira que sabía que la gente querría creer. Una simple mentira. Una forma de mantener en marcha la Oficina de Correos y de quitarle el Gran Tronco de las manos a D'Oropel. Lo más seguro es que se lo devuelvan a usted, si lo quiere. A usted y a todos los demás a los que D'Oropel estafó. Yo les ayudaré, si puedo. Pero no quiero que nadie me lo agradezca.

Sintió que la mujer se acercaba.

—No es ninguna mentira —dijo ella—. Es lo que tendría que haber sido verdad. Y ha alegrado a mi madre.

—¿Ella cree que es verdad?

—No quiere pensar que no lo es.

Nadie quiere. No aguanto esto, pensó Húmedo.

—Escuche, yo sé cómo soy —dijo—. No soy la persona que todo el mundo cree que soy. Lo único que quería era demostrarme a mí mismo que no soy como D'Oropel. Que soy más que un martillo, ¿entiende? Pero sigo siendo un estafador profesional. Pensaba que lo sabía. Puedo fingir sinceridad tan bien que ni siquiera yo sé si es de verdad. Trasteo con las mentes de la gente...

—No está engañando a nadie más que a sí mismo —dijo la señorita Buencorazón, acercando la mano hacia la de él.

Húmedo... se la sacudió de encima y salió corriendo del edificio, salió de la ciudad y regresó a su antigua vida, o vidas, siempre cambiando de lugar, vendiendo cristal como si fuera diamante, pero por alguna razón pareció que aquello ya no le valía, había perdido el encanto y se había agotado la diversión, ni siquiera los naipes le funcionaban bien, el dinero se acabó y un invierno en una posada que no era más que un muladar giró la cara hacia la pared...

Y llegó un ángel.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —preguntó la señorita Buencorazón.

A lo mejor podían aparecer dos...

—Nada, un pensamiento pasajero —dijo Húmedo.

Dejó que se elevara el resplandor dorado. Los había engañado a todos, incluso aquí. Pero lo mejor era que podía continuar haciéndolo; no le hacía falta parar. Lo único que tenía que hacer era recordarse a sí mismo, dos o tres veces al año, que podía dejarlo cuando quisiera. Mientras supiera que podía, nunca tendría que hacerlo. Y allí estaba la señorita Buencorazón, sin cigarrillo en la boca, a medio metro de distancia. Se acercó a ella...

Detrás de ellos se oyó un fuerte carraspeo. Resultó provenir de Ardite, que tenía en las manos un paquete muy grande.

—Siento interrumpir, señor, pero acaba de llegar esto para usted —dijo, y se sorbió la nariz en gesto de desaprobación—. Lo ha traído un mensajero, no uno de nuestros carteros. He pensado que sería mejor subírselo enseguida porque dentro hay algo que se mueve...

Era verdad. Y también había agujeros para que respirara, se fijó Húmedo. Abrió la tapa con precaución y apartó los dedos justo a tiempo.

—¡Doce y medio por ciento! ¡Doce y medio por ciento! —chilló la cacatúa antes de aterrizar en la gorra de Ardite.

Dentro del paquete no había ninguna nota, y en la caja no había nada más que la dirección del destinatario.

—¿Por qué iba alguien a mandarle un loro? —preguntó Ardite, procurando no poner la mano al alcance del pico curvado.

—Es el de D'Oropel, ¿verdad? —dijo la señorita Buencorazón—. ¿Le ha regalado el pajarraco?

Húmedo sonrió.

—Eso parece, sí. ¡Piezas de a ocho!

—¡Doce y medio por ciento! —vociferó la cacatúa.

—Lléveselo de aquí, por favor, señor Ardite —dijo Húmedo—. Enséñele a decir... a decir...

—«¿Confía en mí?» —propuso la señorita Buencorazón.

—¡Bien pensado! —dijo Húmedo—. Sí, haga eso, señor Ardite.

\* \* \*

Después de que Ardite se fuera, con la cacatúa meciéndose felizmente sobre su hombro, Húmedo se volvió hacia la mujer.

—¡Y mañana —dijo— le aseguro que traeré de vuelta las lámparas de araña!

—¿Cómo? Pero si la mayor parte de este sitio está sin techo —dijo la señorita Buencorazón, riendo.

—Lo primero es lo primero. ¡Confía en mí! Y luego, ¿quién sabe? ¡Puede que hasta encuentre el mostrador de madera noble! ¡No hay límites a lo posible!

Y fuera, en la bulliciosa caverna, empezaron a caer plumas blancas del techo. Es posible que fueran de ángel, aunque lo más probable es que vinieran de la paloma que un halcón estaba destripando sobre una viga. Pese a todo, eran plumas. Todo es cuestión de estilo.

\* \* \*

A veces se llega a la verdad juntando todas las pequeñas mentiras y restándolas de la totalidad de lo que se conoce.

Lord Vetinari estaba de pie en lo alto de la escalera del Gran Salón del palacio, observando a sus secretarios. Estos habían ocupado toda la enorme extensión del suelo para aquel concludium.

En distintas partes del suelo había marcas de tiza, círculos, cuadrados y triángulos. Dentro de las marcas se habían colocado papeles y libros de contabilidad en montones peligrosamente ordenados. Y mientras algunos de los secretarios trabajaban dentro de las figuras de tiza, otros iban sin hacer ruido de un contorno al siguiente, llevando papeles como si fueran sacramentales. Cada cierto tiempo llegaban secretarios y agentes de la guardia trayendo más expedientes y libros de contabilidad, que eran recibidos con solemnidad, evaluados y añadidos a la pila que les correspondiera.

Por todas partes se oía el clic clic de los ábacos. Los secretarios iban y venían silenciosamente, y a veces se reunían en un triángulo y agachaban las cabezas para conferenciar en voz baja. Aquello podía resultar en que se alejaran en nuevas direcciones o bien, cada vez con más frecuencia a medida que avanzaba la noche, en que uno de ellos trazara un nuevo contorno de tiza, que enseguida empezaba a llenarse de documentos. En ocasiones algún contorno se vaciaba y se borraba, y su contenido era distribuido entre los montones vecinos.

Nunca un círculo de hechicero ni un mandala místico se había trazado con tan laboriosa meticulosidad como las conclusiones que empezaban a alcanzarse en aquel suelo. El proceso continuó durante horas, con una paciencia que al principio aterraba y después aburría. Era el arte de la guerra de los secretarios, que acosaban al enemigo con la fuerza de columnas y archivos. Húmedo era capaz de leer las palabras que no estaban, pero aquellos oficinistas encontraban los números que no estaban, o que estaban dos veces, o que estaban pero iban en la dirección equivocada. No se daban prisa. Desprende las mentiras y acabará emergiendo la verdad, desnuda y avergonzada y sin más lugar donde esconderse.

A las tres de la madrugada llegó el señor Quesburgo, presuroso y derramando lágrimas amargas, para descubrir que su banco era una carcasa de papel. Traía a sus propios secretarios, con sus camisas de dormir mal metidas en pantalones puestos a toda prisa, que se arrodillaron junto al resto de los presentes y desplegaron aún más documentos, contrastando cifras con la esperanza de que si miraban fijamente los números durante el tiempo suficiente, sumarían una cantidad distinta.

Entonces apareció la Guardia trayendo un pequeño libro de contabilidad rojo, al que los secretarios asignaron un círculo para él solo, y pronto el patrón entero de la sala se reformó a su alrededor...

No fue casi hasta el amanecer cuando llegaron los hombres sombríos. Eran mayores y estaban más gordos e iban mejor vestidos —pero no de forma ostentosa, nunca de forma ostentosa—, y se movían con la gravedad que da manejar dinero en serio. Eran financieros, hombres más ricos que los reyes (que a menudo son bastante pobres), pero en la ciudad casi nadie fuera de su círculo los conocía ni se fijaría en ellos por la calle. Estuvieron hablando en voz baja con Quesburgo, en el tono que se utiliza con quien ha perdido a un ser querido, después hablaron entre ellos y por fin usaron pequeños portaminas dorados sobre pequeñas libretas pulcras para hacer que las cifras danzaran y saltaran a través de aros. Entonces se llegó a un acuerdo en voz baja y hubo apretones de manos, que en aquel círculo tenían un peso infinitamente mayor que cualquier contrato escrito. La primera ficha de dominó estaba colocada en su sitio. Los pilares del mundo dejaron de temblar. El Banco de Crédito abriría por la mañana, y cuando lo hiciera se abonarían las facturas, se pagarían los sueldos y la ciudad sería alimentada.

Acababan de salvar a la ciudad con oro más fácilmente de lo que en aquel momento podría haberla salvado cualquier héroe con acero. Pero en realidad no había sido exactamente el oro, ni siquiera la promesa del oro, sino más bien la fantasía del oro, el sueño fabuloso de que el oro estaba ahí, al final del arco iris, y de que seguiría estando ahí eternamente siempre y cuando, por supuesto, uno no se acercase a mirar.

Es lo que se conoce como finanzas.

De regreso a casa para tomar un desayuno sencillo, uno de ellos pasó un momento por el Gremio de Asesinos para presentarle sus respetos a su viejo amigo lord Downey, y durante esa visita los asuntos de actualidad se tocaron solo de manera muy superficial. Y quedó claro que Asidor D'Oropel, dondequiera que hubiera ido, era ahora la persona más arriesgada de asegurar del mundo entero. A la gente que protege el arco iris no le caen bien quienes se interponen para tapar el sol.

## 

## EPÍLOGO

### Un tiempo después

La figura que estaba sentada en el sillón no llevaba melena ni tampoco parche en el ojo. Tampoco tenía barba o, mejor dicho, no era su intención tenerla. Llevaba varios días sin afeitarse.

Gimió.

—Ah, señor D'Oropel —dijo lord Vetinari, levantando la vista de su tablero de juego—. Veo que ya está despierto. Siento que lo hayan traído de esta manera, pero hay gente bastante adinerada que quiere verlo muerto, y se me ha ocurrido que sería buena idea celebrar esta pequeña reunión usted y yo, antes de que la tuviera con ellos.

—No sé de quién me está hablando —dijo la figura—. Yo me llamo Randolph Puntillista, y tengo documentos que lo demuestran...

—Unos documentos magníficos, señor D'Oropel. Pero basta ya. No, es acerca de los ángeles de lo que quiero que hablemos.

Asidor D'Oropel, haciendo muecas esporádicas de sufrimiento a medida que se manifestaban los dolores causados por haber sido cargado por un gólem durante tres días, escuchó con perplejidad creciente las teorías angelicales de lord Vetinari.

—... y eso me lleva al quid del asunto, señor D'Oropel. La Real Casa de la Moneda necesita una estrategia completamente nueva. Francamente, está agonizando y no es en absoluto lo que necesitamos en el Siglo de la Anchoa. Y sin embargo, hay una vía de futuro. En los últimos meses, los célebres sellos del señor Mustachen se han convertido en una segunda moneda para esta ciudad. Son ligeros, no cuesta nada llevarlos encima, ¡y hasta se pueden mandar por correo! Fascinante, señor D'Oropel. Por fin la gente está empezando a renunciar a la idea de que el dinero tiene que relucir. ¿Sabe usted que el sello medio de un penique puede cambiar de manos hasta diez veces antes de que alguien lo pegue a un sobre y lo cancele? Lo que la Casa de la Moneda necesita para sobrevivir es un hombre que entienda el sueño de la moneda. El puesto viene con sueldo y tengo entendido que con gorra.

—¿Usted me está ofreciendo un empleo?

—Sí, señor Puntillista —dijo Vetinari—. Y para mostrarle la sinceridad de mi oferta, déjeme señalarle la puerta que tiene detrás. Si en cualquier momento de esta entrevista le viene a usted el deseo de marcharse, no tiene más que salir por ella y no volverá a tener noticias mías nunca más...

Un rato después el secretario Drumknott entró con pasos sigilosos en el despacho. Lord Vetinari estaba leyendo un informe sobre la reunión secreta que había celebrado la noche anterior el concilio interior interior del Gremio de Ladrones.

Recogió las bandejas sin hacer ningún ruido y luego se acercó y se detuvo junto a Vetinari.

—Acaban de llegarnos diez mensajes de clacs enviados ayer, milord —dijo—. Es bueno que vuelvan a estar en marcha.

—Ciertamente —dijo Vetinari, sin levantar la vista—. Si no, ¿de qué manera iba la gente a poder averiguar lo que queremos que piense? ¿Tenemos correo del extranjero?

—Los paquetes de costumbre, milord. El de Uberwald ha sido manipulado con suma pericia.

—Ah, mi querida lady Margolotta —dijo Vetinari, sonriendo.

—Me he tomado la libertad de sacar los sellos para mi sobrino, milord —continuó Drumknott.

—Por supuesto —dijo Vetinari, quitándole importancia con un ademán.

Drumknott echó un vistazo al despacho y se fijó en el tablero donde los pequeños ejércitos de piedra nunca cesaban su combate.

—Ah, veo que ha ganado usted, milord —dijo.

—Sí. Tengo que tomar nota del gambito.

—Pero también veo que el señor D'Oropel no está aquí...

Vetinari suspiró.

—Hay que admirar a un hombre que cree de verdad en la libertad de elección —dijo, mirando la puerta abierta—. Por desgracia, no creía en los ángeles.

1. Jerga rimada arrítmica de Dimwell: se conocen diversas jergas rimadas, que han aportado al universo términos como «manzanas y peras» (escaleras), «levantar la mancuerna» (taberna) y «qué incomodidad» (teoría general de la relatividad). La jerga callejera rimada de Dimwell es probablemente única, dado que no rima. Nadie sabe por qué, pero las teorías propuestas hasta ahora son: 1) que es muy compleja y de hecho sigue normas secretas, 2) que Dimwell es ciertamente un pozo de bobos, o 3) que se inventó para irritar a los forasteros, que suele ser el caso de la mayoría de las jergas de ese tipo. [↑](#footnote-ref-1)
2. No está bien juzgar por las apariencias. Pese a su expresión, que era la de un cerdito que acaba de tener una idea brillante, y pese a su modo de hablar, que podía recordar a un perro pequeño, jadeante y neurótico pero ridículamente caro, el señor Fritábano podría muy bien ser un hombre amable, generoso y piadoso. De la misma manera, ese hombre que está saliendo por tu ventana con jersey a rayas, antifaz y mucha prisa podría simplemente haberse perdido de camino a una fiesta de disfraces, y ese hombre con peluca y túnica que hay al frente de la sala del tribunal podría ser solo un travestido que ha entrado para guarecerse de la lluvia. Los juicios apresurados pueden ser muy injustos. [↑](#footnote-ref-2)
3. En zonas más boscosas y menos dominadas por el repollo y la industria general de la col, habría sido, por supuesto, el quinto pino. [↑](#footnote-ref-3)
4. Las mujeres siempre tienen muy poca representación en las órdenes secretas. [↑](#footnote-ref-4)
5. Otra vez. [↑](#footnote-ref-5)
6. Muchas culturas ya no practican ninguna de estas dos en el bullicioso y ajetreado mundo moderno, porque nadie recuerda en qué consisten. [↑](#footnote-ref-6)
7. Como, por ejemplo, que los caballos robados se desmantelaban en plena madrugada y podían reaparecer con un trabajito de teñido y dos patas distintas. Y también se decía que existía un caballo en Ankh-Morpork que tenía una costura longitudinal que le iba de la cabeza a la cola y que se componía de lo que había quedado de dos caballos involucrados en un accidente particularmente desagradable. [↑](#footnote-ref-7)
8. Más que molestia, se habría tomado un dolor agonizante. [↑](#footnote-ref-8)
9. A menudo, aunque no exclusivamente, se trata de un cazo, pero a veces puede ser una espátula de metal, o en raras ocasiones, un batidor de huevos que nadie en la casa admite haber comprado. El traqueteo desesperado y furioso y los gritos de: «¿Cómo puede ser que se cierre con ese trasto dentro pero luego no se abra? ¿Y quién lo ha comprado? ¿Lo hemos usado alguna vez?» son una loa a Mollestya. Además, come sacacorchos. [↑](#footnote-ref-9)
10. Otra expresión bastarda que se vendería a sí misma a cualquier granuja en un rincón oscuro. [↑](#footnote-ref-10)
11. Ridcully practicaba el método de archivo de la Primera Superficie Disponible. [↑](#footnote-ref-11)
12. El archicanciller Ridcully era un gran partidario del castigo mediante el ascenso. No podía tolerar que los civiles criticaran a uno de sus magos. Aquel era su trabajo. [↑](#footnote-ref-12)